ERICA RUTH NEUBAUER



INTRIGA EN ESTAMBUL

Un misterio para Jane Wunderly





COZY CRIME

MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
Nota de la autora
Agradecimientos
Créditos

Para Zoe Quinton, Katie y Trevor.
Más que a nada en el mundo.

1

Después de tantos meses en el extranjero, me resultó algo surrealista volver a Boston, mi ciudad. Las calles bullían de actividad, como siempre, y allí nada parecía haber cambiado, al contrario que yo. Me había convertido en una persona muy diferente de la que había partido hacia Egipto. No solo eso, sino que también regresaba a casa con un hombre para presentárselo a mi padre, algo que jamás habría creído que sucedería una segunda vez.

Y, sin embargo, allí estábamos.

Habíamos viajado en tren desde Nueva York después de pasar varios días en la Gran Manzana, y luego habíamos pedido un taxi en la estación. Tenía muchas ganas de pasar unas cuantas jornadas sin el ajetreo constante del viaje, y también de enseñarle Boston a Redvers. Él ya había estado muchas veces en la ciudad, pero decía que le apetecía verla a través de mis ojos. Quería llevarlo a mi parque preferido, a la pequeña panadería donde solía tomarme un café mientras veía pasar el mundo y a un millar de sitios más que frecuentaba cuando estaba en casa.

Primero, no obstante, debía presentarle a mi padre. Estaba emocionada y a la vez nerviosa ante la perspectiva de que se conocieran; sentía curiosidad por saber qué pensaría cada uno del otro. ¿Aceptaría mi padre a Redvers y su misteriosa profesión? ¿Encontraría Redvers adorable a mi despistado pero afable padre?

El taxista ya había descargado los baúles y las maletas en la acera, y suspiré al pensar que tendríamos que cargar con ellos hasta la casa. Mi padre contaba con ama de llaves, pero no disponíamos de más servicio que ese, así que la tarea de llevar el equipaje recaería sobre nosotros. Saltaba a la vista que me había malacostumbrado después de hospedarme en tantos alojamientos donde se ocupaban de esas cosas por mí.

Nuestra casa formaba parte de una larga construcción de ladrillo rojo, una serie de adosados que se extendían a lo largo de la estrecha calle iluminada por farolas de gas. Las ventanas blancas estaban protegidas por postigos negros, y las distintas puertas de entrada se encontraban a niveles ligeramente diferentes unos de otros debido a que las casas se habían construido siguiendo la pendiente ascendente de la colina. Se trataba de una zona histórica para baremos estadounidenses, aunque en modo alguno para los europeos. La calle estaba pavimentada con adoquines, que me seguían pareciendo encantadores a pesar de haber crecido allí y de que resultara algo complicado caminar sobre ellos; era fácil que se te quedara atascado el tacón. Nos encontrábamos justo en la linde del moderno barrio de Beacon Hill, donde vivían muchos de los más ricos y poderosos de la ciudad. Sin embargo, puesto que nosotros no éramos ni lo uno ni lo otro, disfrutábamos de la paz de nuestra modesta calle.

Ya tenía las llaves en la mano, así que abrí y empujé la puerta de entrada.

—¿Padre? ¡Ya estoy en casa! —exclamé hacia el silencio del interior.

No hubo respuesta.

—¿Sabía que venías? Quizá haya salido —dijo Redvers a mi espalda.

Entré del todo y asomé la cabeza. No se oía nada de nada, lo único que se percibía era un silencio insondable. También noté que el aire estaba algo rancio, como si no hubieran ventilado en una buena temporada. Eso era extraño de por sí, puesto que el ama de llaves solía pasarse varias veces a la semana y, en cambio, daba la sensación de que allí no entraba nadie desde hacía tiempo.

Era raro, pero nada parecía estar fuera de lugar, así que por el momento arrastramos los baúles y demás piezas de equipaje al interior y los dejamos en el pequeño vestíbulo. Aproveché la oportunidad para enseñarle la casa a Redvers, empezando por el acogedor salón donde había pasado incontables horas leyendo junto al fuego. Él lo contempló todo sin hacer ningún comentario, hasta

que llegamos al retrato enmarcado de mi madre que había en la repisa de la chimenea.

—¿Esa era tu madre? —preguntó entonces.

Asentí con la cabeza y me acerqué a él.

—Veo el parecido —dijo.

Me reí.

—Es muy amable por tu parte, pero me parezco mucho más a mi padre.

—Para poder juzgar eso, antes tendré que conocerlo. —Redvers hablaba con un tono informal, pero era un hombre observador y yo sabía que estaba analizándolo todo.

También sabía que ambos nos preguntábamos dónde narices se había metido mi señor padre. No había nada fuera de lugar, pero reparé en que una fina capa de polvo cubría todas las superficies, lo cual no solo significaba que mi padre estaba ausente desde hacía un tiempo, sino que también el ama de llaves, la señora George, hacía días que no pasaba por allí.

No obstante, había otra cosa que despertaba mi curiosidad, así que incliné la cabeza hacia Redvers.

—¿Y tú a quién te pareces? —pregunté.

Jamás había visto una fotografía de su familia y de repente se me hizo extraño, puesto que iba a entrar en ella mediante el matrimonio.

Mi prometido se encogió de hombros con naturalidad y, al igual que había hecho antes mirando el retrato, clavó sus ojos en mí con una sonrisa cariñosa.

—Según me dicen, tiro más hacia mi padre, pero ¿quién sabe?

—Yo, supongo. Cuando lo conozca.

Aunque ignoraba cuándo sería eso, porque todavía no habíamos hablado de viajar a su localidad natal para conocer a su padre. Sabía que el núcleo familiar de Redvers se reducía tan solo al hombre, ya que su madre y su hermano habían fallecido años antes; cuando llegara el momento, la reunión que tendríamos sería pequeña.

—Aún queda mucho tiempo para eso —repuso él, y me estrechó en un cálido abrazo.

Nos separamos unos instantes después y continué con el recorrido para enseñarle el comedor y asomarnos a la cocina antes de llegar a mi estancia preferida de la casa: la biblioteca, que también hacía las veces de despacho de mi padre. Las paredes estaban forradas de libros de los géneros y tamaños más dispares. Literatura e historia compartían estantería con novelas modernas y textos antiguos. Aquello era un auténtico batiburrillo, y me encantaba.

Tomé asiento en la silla que había tras el gastado escritorio de madera, que estaba cubierto de papeles desperdigados, algo que no era nada nuevo. Sí lo eran, sin embargo, los montones de correspondencia por abrir. Me puse a rebuscar distraída entre los sobres, preguntándome dónde se encontraría mi desaparecido padre y por qué la señora George, a juzgar por el polvo, no había ido por lo menos en una semana a la casa.

Mientras los comprobaba, de pronto reparé en que había muchos del banco. Fruncí el ceño y miré a Redvers, que estaba curioseando por las estanterías sin decir nada. Busqué un poco y, tras encontrar el abrecartas de mi padre, abrí un sobre para sacar la carta y leerla por encima. Las palabras «plazo de pago» y «ejecución hipotecaria» me llamaron la atención, así que respiré hondo y decidí leer la notificación de principio a fin. Como empezaron a saltarme todas las alarmas, abrí otro sobre, y luego otro más.

—¿Va todo bien? —preguntó Redvers.

Alcé la mirada con una expresión de preocupación más que evidente.

—Aquí hay un montón de comunicados del banco. —Señalé la serie de sobres que tenía delante, abiertos ya—. Parece que mi padre pidió prestada una gran cantidad de dinero con la casa como aval, y ahora el banco le exige que lo devuelva.

Un ceño fruncido ensombreció la frente de Redvers.

—¿Para qué querría tanto dinero?

—No tengo la menor idea, pero parece que solo quedan unas semanas de plazo para pagar antes de que ejecuten la hipoteca.

Noté que me invadía el pánico, pero logré contenerlo.

Seguro que aquello tenía una explicación, y seguro que encontraríamos a mi padre a lo largo del día, conseguiríamos que

devolviera el dinero y todo acabaría bien. En cuanto eso estuviera solucionado, Redvers y yo podríamos continuar con nuestra apacible estancia en Boston.

—¿Por qué no habrá hecho caso de las notificaciones?

Negué con la cabeza.

—No ha abierto ni una sola, y algunas parecen llevar aquí bastante tiempo. Mi padre es un poco… despistado. Durante años, la que se ha encargado de llevar las cuentas he sido yo.

Normalmente también me ocupaba de la correspondencia y, bueno, de todo lo demás. Mi padre daba sus clases en la universidad y solía abstraerse en su trabajo de investigación. Me había inquietado un tanto dejarlo solo mientras yo me iba de viaje con su hermana, mi tía Millie, pero la señora George me había asegurado que todo iría bien.

Redvers, sin embargo, había hecho una pregunta importante: ¿para qué había necesitado mi padre tantísimo dinero? Era una cantidad tan elevada que, por lo visto, de pronto corríamos el peligro de perder la casa. ¿Cuánto hacía que lo había pedido prestado y qué había hecho con él?

2

El raudo registro del resto de la casa no nos desveló mucho más, salvo que el viejo y destartalado baúl de mi padre no estaba allí. Solo podíamos elucubrar adónde habría ido, aunque pensé que valía la pena acercarnos a ver a la señora George para averiguar lo que sabía sobre el paradero de mi padre. Si su baúl no estaba, eso implicaba que había salido para hacer algo más que una excursión de un día, así que el asunto del banco no iba a resolverse tan deprisa como había esperado en un principio.

De hecho, el banco sería nuestra primera parada, de modo que salimos para llegar dando un paseo. Se encontraba a solo unas calles y, después del largo trayecto en tren, me alegró tener la ocasión de estirar las piernas, aunque hacía un día algo fresco. Finales de noviembre no era la época del año más agradable en Nueva Inglaterra, si bien el clima tampoco era mucho más benévolo en la Inglaterra original. Además, con mis guantes de piel, el casquete de lana y la chaqueta iba bastante bien protegida contra el viento cortante.

Los árboles estaban casi pelados, y las pocas hojas secas que se veían en las estrechas aceras pasaban volando junto a nuestros pies mientras avanzábamos hacia la plaza donde se encontraba el banco. Solté el brazo de Redvers en cuanto cruzamos la puerta para entrar en el vestíbulo, aunque se mantuvo muy cerca, detrás de mí.

—Buenos días, señora Wunderly —me dijo el empleado del mostrador.

Yo no recordaba su nombre, pero le correspondí con un saludo afable.

—¿Qué puedo hacer por usted? —añadió después.

—Tengo algunas preguntas sobre un préstamo que pidió mi padre. ¿Con quién podríamos hablar?

—Creo que con el señor Whitaker. Veré si está disponible.

El empleado dejó su puesto tras el mostrador y se dirigió a un despacho, llamó a la puerta y se asomó dentro. Tal vez me lo pareciera a mí, pero creí ver que la amabilidad del hombre había quedado empañada por cierta preocupación en cuanto había mencionado el préstamo, aunque seguramente eran solo imaginaciones mías.

De todos modos, tenía los nervios a flor de piel cuando nos acompañó al despacho del señor Whitaker apenas unos momentos después, y ni siquiera la reconfortante mano de Redvers en mi espalda consiguió calmarme.

—Señora Wunderly —me saludó el señor Whitaker, tras lo que lanzó una mirada cargada de intención a mi compañero.

—Este es el señor Redvers, mi prometido —dije.

De reojo, vislumbré una sonrisa en su rostro; era la primera vez que lo presentaba como tal. Y pareció también tener el efecto deseado, que era el de tranquilizar al señor Whitaker.

—Ah, estupendo. Un placer, señor Redvers.

Se estrecharon la mano y luego nos sentamos en las sillas de madera que había frente al escritorio del hombre. Era un despacho bastante práctico: en la pared colgaba un viejo mapa de la ciudad, pero poco más había aparte de eso. Whitaker entrelazó las manos sobre el ordenado escritorio y me miró con serenidad.

—Supongo que habrá venido a hablar del préstamo que pidió su padre.

—Así es. Acabo de regresar a casa y no sabía nada al respecto. —No conocía a Whitaker de antes, pero todos los trabajadores del banco estaban al tanto de que yo solía ocuparme de los asuntos de la familia. Esperaba que el hombre conociera los detalles—. ¿Me ha parecido ver que vamos retrasados con el pago?

Whitaker asintió con tristeza.

—Me temo que el profesor Wunderly no ha intentado pagar ni siquiera un plazo, de manera que ahora nos vemos obligados a exigir la devolución de la cantidad total, o bien a quedarnos con la propiedad de la casa, puesto que se usó como aval.

—¿Y qué cantidad en concreto solicitó el profesor Wunderly? —preguntó Redvers.

—Casi noventa mil dólares.

Me quedé sin respiración. Sabía que sería una suma elevada, pero aquello era astronómico. No me extrañaba que el banco fuera a quedarse con la propiedad.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer? —quise saber.

Sentí la desesperación en mi propia voz. No teníamos semejante cantidad de dinero ni por asomo, pero tampoco quería perder la casa. No solo había crecido allí, sino que era el lugar que contenía todos los recuerdos que me quedaban de mi madre.

El señor Whitaker negó con la cabeza. Noté que no le gustaba darme la noticia, pero eso no me servía de consuelo.

—Me temo que no. Podría concederle una semana extra, tal vez, pero es lo único que me está permitido a estas alturas.

Intenté no dejarme llevar por el pánico.

—¿De manera que tendríamos tres semanas, entonces? ¿Y podríamos hacerle una transferencia con el dinero?

Si conseguíamos localizar a mi padre, tal vez pudiéramos recuperar el dinero y devolvérselo al banco lo antes posible.

—Desde luego.

Redvers intervino de nuevo.

—¿Sabe usted por casualidad para qué quería el dinero el profesor Wunderly?

Whitaker ladeó un poco la cabeza.

—Lo cierto es que no. Se mostró bastante misterioso acerca de todo este asunto.

Separó las manos y dio unas palmadas en la superficie de la mesa. Lo tomé como señal de que allí ya habíamos terminado.

—Gracias por su ayuda, señor Whitaker. Se lo agradezco, y también esa semana extra.

—Ojalá pudiera hacer más por ustedes, señora Wunderly, señor Redvers.

El hombre se puso de pie y nosotros seguimos su ejemplo. Salimos del despacho y, tras despedirnos del amable empleado con

un gesto de la mano camino de la puerta, nos encontramos de nuevo en la acera.

Me volví hacia Redvers.

—Tres semanas. Solo disponemos de tres semanas para encontrar a mi padre, recuperar el dinero de donde quiera que lo haya metido y enviárselo al banco.

—¿Y no podrías pedírselo a tu tía?

Apenas sopesé esa opción un instante. Haría todo lo que estuviera en mi mano por resolver la situación sin tener que pedirle a la tía Millie que nos sacara del apuro. Era probable que dispusiera de los fondos necesarios para salvar nuestro hogar, pero mi padre tendría que escuchárselo toda la vida, igual que yo.

—Esperemos no tener que recurrir a eso.

3

Nuestra siguiente misión era ir a ver a la señora George. El ama de llaves trabajaba a tiempo completo para la tía Millie, mientras que a nosotros solo nos hacía un hueco aquí y allá, de modo que fuimos a casa de mi tía para hablar con ella. Al contrario que nosotros, Millie vivía en la modernísima zona de Beacon Hill y, en lugar de tener una casa adosada, disponía de una enorme mansión de estilo renacentista estadounidense construida en piedra caliza blanca. Allí las calles seguían siendo estrechas —toda la ciudad sufría de apreturas a ese respecto—, pero la fachada frontal de la casa de Millie daba a un parque bastante bonito tanto en verano como en otoño. La construcción estaba relativamente cerca de sus vecinos, pero aquello era Boston, así que era de esperar.

Fue extraño llegar a la casa de mi tía sabiendo que ella no estaría. Jamás había estado allí cuando Millie no estaba presente, y me pregunté qué sería de la mansión ahora que se había prometido con lord Hughes. ¿Vivirían en Inglaterra de manera permanente? ¿Conservaría mi tía esa residencia?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el mayordomo, que nos abrió la puerta. Se sorprendió al verme, aunque la única muestra de ello fue una ceja levantada apenas unos milímetros.

—La señora Stanley no se encuentra en casa, señorita Jane.

Aun así, abrió la puerta del todo y nos dejó entrar en el gran vestíbulo.

Hacía ya mucho que insistía en que el hombre me llamara Jane a secas, pero solo había conseguido convencerlo hasta el punto de referirse a mí como «señorita Jane». En fin, menos era nada…

—Ya lo sé, Sullivan. En realidad, hemos venido a ver a la señora George.

El hombre asintió una vez.

—Está en la cocina. Le diré que se reúna con ustedes en la sala de estar.

Redvers me siguió y pasamos por delante de la gran escalinata, desde donde enfilamos un corto pasillo hasta una sala razonablemente acogedora. A mi tía le gustaban las estancias perfectas e inmaculadas, pero al menos allí los muebles eran lo bastante cómodos como para sentarse en ellos. No era el caso del salón, donde Millie recibía a los huéspedes más formales, y tampoco del comedor, en realidad. Durante más de una cena de etiqueta en la mesa de mi tía había acabado con el trasero dormido.

La señora George irrumpió en la sala. Era una mujer regordeta, con el pelo rizado y gris recogido en un moño y una sonrisa cálida. Casi salté del asiento para ir a saludarla y darle un fuerte abrazo.

—¡Qué alegría verte, Jane, cielo! —exclamó—. ¿Y quién es el caballero que te acompaña? —Unió las manos ante su rostro y lo miró con brillo en los ojos.

—Este es el señor Redvers —dije mientras el caballero en cuestión se adelantaba y le ofrecía la mano a la señora George—. Estamos prometidos y vamos a casarnos.

La mujer reaccionó con una sonrisa enorme y me miró con complicidad. Al morir mi madre, el ama de llaves me había ofrecido toda su calidez y un oído paciente: cosas, ambas, que necesitaba y siempre agradecí mucho. Jamás olvidaría lo buena que había sido conmigo.

—Bienvenido a la familia, señor Redvers. Sabía que Jane no seguiría viuda mucho tiempo.

Por mucho que deseara hacerlo, no le discutí ese punto, puesto que técnicamente estaba en lo cierto. Iba a casarme otra vez pese a la terrible experiencia que había vivido tras mi primer paso por el altar.

Hice a un lado esos recuerdos, acompañé a la señora George a un asiento y me senté frente a ella. Pero antes de que pudiera abrir la boca, la mujer se adelantó.

—Habéis venido por tu padre. —Su tono de voz fue sobrio.

—En efecto.

—Ese bobo, siempre saliendo disparado a cualquier parte sin avisar más que un momento antes…

En eso no le faltaba razón. Mi padre era tan despistado como impulsivo, sobre todo cuando perseguía alguno de sus intereses académicos.

—¿Cuánto hace que se marchó? No he podido averiguarlo.

—Hará ya varias semanas. Me dijo que esta vez no me preocupara por nada de la casa, porque no sabía cuándo regresaría. Bueno, ni él, ni tú. —Sonrió de oreja a oreja—. Pero ahora ya has vuelto, Jane, y puedo empezar a ocuparme de todo otra vez.

—Detesto decirte esto, pero no creo que vayamos a quedarnos. —Empezaba a sospechar que mi visita iba a ser más que breve—. ¿Sabes adónde ha ido mi padre en esta ocasión?

La señora George se encogió de hombros.

—De nuevo a Constantinopla, imagino.

—Eso me temía —murmuré—. ¿Y las notificaciones del banco que había en el escritorio?

—Bueno, ya sabes que yo no le llevo la correspondencia —contestó con cierto remilgo. Sin embargo, tras verme enarcar una ceja, un instante después confesó—: Pero sí, me di cuenta de que había más cartas del banco de lo normal.

—¿Parecía preocupado por ellas?

—Tu padre nunca parece muy preocupado por nada —declaró la señora George—, y ya sabes cómo es con el correo.

—Lo sé —mascullé.

Era yo quien solía encargarse de esos asuntos, y antes de irme lo había dejado todo preparado para que no hubiera ningún imprevisto durante mi ausencia. Sin embargo, no se me había ocurrido que mi padre pudiera pedir un préstamo gigantesco y desaparecer del mapa.

Terminamos la conversación con la señora George sin haber averiguado nada nuevo, pero sí informamos a la mujer de cómo le iba a la tía Millie. Le alegró enterarse de su compromiso, y no

pareció preocuparle en absoluto que pudiera vender la mansión y quedarse en Inglaterra para siempre. Cuando nos marchamos, decidimos regresar a casa de mi padre dando un paseo. Ya estaba oscureciendo, y las calles resultaban algo inquietantes a la luz de las farolas y con las ramas de los árboles desnudos estirándose hacia el cielo nocturno.

—¿No crees que tu padre tal vez te haya dejado una nota? —preguntó Redvers. Había estado bastante callado en casa de mi tía.

—Sinceramente, me sorprende que no lo haya hecho. —Lo reflexioné unos instantes—. Aunque hay un par de sitios más donde podríamos buscar.

—¿Por qué no habría de dejarla en el lugar más evidente?

—Puede que no se le ocurriera. Vive un poco metido en su mundo.

Ya había empezado a preguntarme cómo llegar a Turquía y sentía cierto reparo ante la idea de realizar otra travesía en barco, cuando Redvers interrumpió mis pensamientos.

—Un poco como tú ahora. —Con su tono pretendía incordiarme, aunque también parecía preocupado.

—Me confieso culpable. Es que me inquieta tener que ir a Constantinopla.

—No creo que hayamos llegado a ese punto todavía. Podríamos limitarnos a enviarle un telegrama y pedirle que empiece a pensar en cómo transferir el dinero al banco antes de partir hacia Estambul.

Me detuve.

—¿Estambul?

—Así es como se llama la ciudad —dijo Redvers—; como la llaman la mayoría de los turcos.

Intentaría usar esa denominación en lo sucesivo.

—Pero ¿por qué pediría prestado todo ese dinero? ¿Y por qué se marcharía luego a Estambul con él?

—Son preguntas razonables —concedió Redvers—, y tiene que haber una explicación razonable también.

Cuando llegamos a casa, no pude evitar comparar la pequeña construcción adosada de ladrillo con la residencia señorial de mi tía. Aun así, nunca me había importado lo pequeña que parecía en

comparación. Nuestro hogar me resultaba pintoresco y acogedor, y no era capaz de imaginar siquiera que fuéramos a perderlo.

De modo que haría lo que estuviera en mi mano por impedirlo.

4

Apenas habíamos entrado por la puerta cuando me volví hacia Redvers.

—Creo que deberíamos realizar un registro exhaustivo de toda la casa.

Él me sonrió.

—Justo lo que estaba pensando. Tenemos que asegurarnos de que tu padre no ha guardado ese dinero a buen recaudo en algún rincón.

Decidimos empezar por la planta de arriba e ir descendiendo. El baño no contenía nada interesante y lo inspeccionamos enseguida, antes de ponernos con los otros tres dormitorios de esa planta. El de invitados pronto quedó descartado, ya que no encontramos nada de interés, y entonces pasamos al mío. Era extraño verme de nuevo en mi habitación, la misma que había tenido desde niña. Cuantísimas cosas habían sucedido desde la última vez que había estado en ese cuarto… Me tomé un momento para asimilarlo. Redvers ya estaba mirando debajo del colchón, pero se detuvo al verme allí plantada.

—¿Vas a limitarte a supervisar?

Lo miré arrugando la nariz.

—No, solo pensaba en todo lo que ha cambiado últimamente. —Me adelanté y empecé a registrar el armario—. También estaba pensando que es poco probable que mi padre escondiera nada aquí. Por no mencionar lo extraño que resulta estar registrando mis propias cosas… Suelen ser las pertenencias de otras personas las que revolvemos.

—Una apreciación muy válida. —Redvers pareció meditarlo, pero no dijo más hasta que terminamos con la habitación.

Como era de esperar, no encontramos nada.

Eso nos dejaba solo con el dormitorio de mi padre. Era el más grande de todos y, aunque nunca me habían prohibido entrar en él,

rara vez lo hacía. Estaba amueblado con sencillez. Tenía una cama con dosel y un armario, y un segundo ropero que antaño había pertenecido a mi madre. También tenía un tocador que todavía contenía sus cosas: un cepillo para el pelo, un frasco de perfume casi vacío y un viejo joyero. Redvers se puso a registrar el armario de mi padre y yo me senté frente al tocador y, distraída, curioseé en los cajones. No había más que cosas sueltas de ambos. Acaricié el cepillo de mi madre y destapé el perfume para inhalar su aroma. Era tal y como recordaba su olor. Aunque, si eso se debía a un recuerdo auténtico o a la costumbre de hacer justamente eso de vez en cuando, era difícil saberlo.

—Tu padre todavía conserva sus cosas —comentó Redvers al abrir el segundo ropero.

Me volví para mirarlo. Aún no había tocado nada. En lugar de eso, estaba de pie con las manos en las caderas, contemplando el armario lleno de vestidos anticuados y otras prendas a las que se les notaban tanto los años como los estragos del paso del tiempo.

—Hace ya casi veinte años —dije—. Una vez le pregunté a mi padre por ello y me contestó que no podía soportar separarse de nada que le hubiera pertenecido a ella. No volví a sacar el tema. —Me levanté y me acerqué a Redvers, que me tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Fue un gesto reconfortante—. Los recuerdos que conservo de mi madre se desdibujan.

—Eras muy pequeña cuando murió.

Guardé silencio unos segundos.

—Todavía me acuerdo del olor de su perfume, pero ya no del sonido de su voz.

Reconocerlo me provocó una punzada en el corazón que hacía tiempo que no sentía.

—Creo que eso nos ocurre a todos —señaló Redvers con delicadeza.

No contesté, pero le apreté la mano. Tras agarrarla un momento, logré reunir el valor necesario para soltarla, dar un paso al frente y continuar con el registro.

Sin embargo, tampoco en esa habitación dimos con nada. No me sorprendió; habría sido rarísimo que mi padre escondiera algo allí,

aunque tal vez ya había contado con eso. Al quedarnos sin ningún rincón más donde buscar allí, volvimos a la planta baja y seguimos registrando las demás estancias. El despacho de mi padre fue donde más tiempo estuvimos buscando, puesto que era con diferencia la habitación más caótica; así que, mientras avanzábamos, yo iba ordenando y examinando todos sus papeles y demás parafernalia académica. Nada de todo aquello tenía ningún significado para mí. Por lo que pude ver, no eran más que trabajos de estudiantes e investigaciones históricas, lo típico que solía encontrarse en su escritorio. La única novedad ya la había visto antes: las cartas del banco.

Desanimados, terminamos con la planta baja y acabamos en la cocina. Redvers se sentó a la pequeña mesa mientras yo contemplaba la nevera.

—Me pone un poco nerviosa pensar en mirar ahí dentro.

—¿No crees que la señora George la vaciaría antes de marcharse? —comentó Redvers.

—Debió de hacerlo, sí, pero a saber qué metería mi padre después de mandarla a casa.

Me preparé mentalmente para ser asaltada por un hedor espantoso en cuanto la abriera.

—Puede que encuentres un gran fajo de billetes —fantaseó Redvers.

Esa idea bastó para animarme a abrir la puerta de golpe. Me sorprendió y me alivió ver que no había nada que se hubiera podrido. Solo encontré un bloque de mantequilla que había visto días mejores, pero habían retirado todo lo demás.

Todo, salvo un sobre que llevaba escrito mi nombre y que me aguardaba en el estante superior. Lo saqué y cerré la puerta, tras lo cual me senté con pesadez en la silla que había frente a Redvers.

—No es donde habría esperado encontrar algo así —señaló.

Negué con la cabeza mientras mis dedos rasgaban la solapa posterior.

—A mí no me sorprende. He encontrado muchísimas cosas en la nevera a lo largo de los años. Entre ellas, sus gafas de lectura. Sinceramente, es el primer sitio en el que debería haber mirado.

Saqué la carta del sobre y Redvers se puso detrás de mí para poder leerla por encima de mi hombro.

Querida Jane:

No sé cuándo encontrarás esta carta, pero es probable que nuestros rumbos se hayan cruzado sin saberlo nosotros. Espero que mi hermana y tú estéis bien, y que todavía no la hayas abandonado al borde de la carretera. Ambos sabemos cómo puede ponerse… Le he dicho a la señora George que no se moleste en arreglar la casa hasta que regreses.

Creo que me hallo ante un gran avance en mi trabajo o que pronto lo estaré. También me han surgido algunos problemillas, pero nada que deba preocuparte. Todo quedará solucionado, espero que antes de que leas esto. Debo marchar. Constantinopla me llama.

Tu padre, que te quiere,

Henry

Redvers volvió a sentarse en su silla sin apartar los ojos de los míos.

—De modo que sí, se ha ido a Estambul.

—Eso parece —repuse.

—¿Por qué no habrá querido decirte qué problemas son esos? —preguntó—. Si ya te ocupabas de las cuentas, ¿por qué ocultarte cualquier apuro en el que se haya metido?

Lo pensé un momento, intentando encontrar la mejor forma de explicarle esa faceta algo complicada de nuestra relación.

—Yo me ocupaba de la contabilidad, sí, pero en cierto modo él sigue viéndome todavía como a su niña. Creo que a veces se le olvida que ya soy una mujer adulta, y viuda, además. —Contemplé la carta un instante—. No sé explicar qué diferencia encuentra él entre que me ocupe de las facturas y que me involucre en asuntos familiares más peliagudos, pero ahí lo tienes.

Redvers guardó silencio y reflexionó sobre lo que acababa de decir antes de plantearme la siguiente pregunta, una muy pragmática:

—¿Sabes dónde se alojará en Estambul? Para enviarle un telegrama y ver qué puede hacerse.

Suspiré.

—Sí, lo sé. Ha estado allí más veces y siempre se hospeda en el mismo hotel, pero no va a gustarte lo que voy a decir.

Esta vez le tocó a él suspirar.

—Ya sé lo que vas a decir. Y no, no va a gustarme.

Teníamos que ir a Estambul.

5

Y así fue como acabé en la cubierta de otro barco, apenas unos días después de haber desembarcado del último. Sin embargo, la pequeña embarcación en la que me encontraba en esos momentos surcaba las fuertes corrientes del estrecho del Bósforo rumbo a la misteriosa ciudad de Estambul.

Una vez más, deslicé los dedos por el sobre que llevaba en el bolsillo del abrigo, algo preocupada por los delicados bordes del papel, aunque era su contenido lo que más me inquietaba. La carta de mi padre era sin lugar a dudas críptica, pero también preocupante. Sobre todo, la parte donde decía que le habían surgido «algunos problemillas». El solo hecho de que los mencionara significaba que quizá el uso del diminutivo no estaba demasiado justificado.

¿Tenían que ver esos problemas únicamente con el préstamo que había pedido con la casa como aval? En Boston no habíamos encontrado el dinero por ninguna parte, lo cual quería decir sin duda que se lo había llevado con él. Mi padre parecía ir cargado con una cantidad desorbitada de dinero y haber partido con ella hacia un país extranjero. Era un hombre adulto, pero su naturaleza despistada y su afabilidad general me inquietaban sobremanera. ¿Confiaría en la persona equivocada y le robaría los billetes? ¿Se los dejaría en la habitación del hotel para descubrir luego que alguien los había encontrado y se los había llevado?

Nos quedaban menos de dos semanas para devolver el préstamo o la casa cambiaría de manos. Maldije el tiempo que nos había escatimado la travesía de ese plazo tan apremiante, unos días que habríamos invertido mejor buscando a mi padre, en lugar de tomar trenes y barcos diversos. Sin embargo, no había una forma más rápida de llegar adonde necesitábamos ir. Habíamos enviado varios

telegramas antes de zarpar y no podríamos hacer nada más hasta volver a poner pie en tierra firme.

Una mano se posó en mi espalda y alcé la mirada para encontrarme a Redvers entornando los ojos con inquietud mientras me daba un beso en la sien. Me apreté un momento contra su costado para agradecerle la preocupación, aunque estaba convencida de que se debía más a mi estado mental que al paradero de mi padre. No era que Henry Wunderly no le preocupara, pero sabía que Redvers no creía que le hubiera sucedido nada espantoso.

—Estoy seguro de que solo se ha perdido entre archivadores. Lo encontraremos en un periquete, conseguiremos enviar el dinero al banco y todo se solucionará.

Era la misma afirmación con la que llevaba todo el viaje intentando tranquilizarme, aunque no había podido ofrecer respuestas plausibles a mis preguntas sobre el préstamo ni para qué narices podía haber necesitado mi padre semejante cantidad de dinero. Y, pese a que le agradecía la intención y solo deseaba que lo que decía fuera verdad, mi instinto me decía que las cosas no eran tan sencillas.

Decidí cambiar de tema.

—Debemos de estar llegando ya.

La cantidad de barcas de pesca había crecido exponencialmente, al igual que los reclamos de las aves marinas en el cielo.

—Así es.

Redvers me tomó de la mano y me llevó a la proa del barco, donde varios pasajeros de nuestra pequeña embarcación se habían reunido para contemplar cómo nos aproximábamos a Estambul. La niebla de primera hora de la mañana empezaba a levantarse y dejaba entrever la capital, que se extendía a ambos lados del puerto como un eslabón muy real que unía Oriente con Occidente. El canal navegable estaba repleto de una cantidad asombrosa de pequeñas barquitas de madera que avanzaban junto a los numerosos transbordadores, llenos de pasajeros que cruzaban de un lado al otro de la ciudad mientras los pescadores inspeccionaban sus redes y se comunicaban a gritos en su idioma. Todo ello resultaba muy evocador, pero mis ojos de inmediato se vieron atraídos por las

grandiosas cúpulas y los afilados minaretes de una mezquita gigantesca que se levantaba sobre una colina que parecía dominarlo todo. El resto de la ciudad se extendía por las numerosas laderas de su alrededor, y los minaretes de muchas otras mezquitas perforaban aquí y allá el telón del cielo, que caía hacia el mar. La vista era tan sobrecogedora que casi olvidé el motivo que nos había llevado hasta allí.

Casi. La preocupación por los «problemillas» de mi padre no se me iba de la cabeza en ningún momento y había sido una compañera constante desde que habíamos zarpado de Boston.

Estaba impaciente por ir directa a los archivos y encontrar a mi padre allí, pero Redvers insistió en que pasáramos primero por el hotel para refrescarnos un poco. Sabía que tenía razón, de modo que hice lo posible por contener mi sensación de urgencia, y lo conseguí en gran medida, aunque sabía que otro valioso día se nos escaparía entre los dedos mientras desembarcábamos, localizábamos el equipaje y mandábamos que lo cargaran en un transbordador hacia el otro lado de la ciudad. Me calmé al recordar que, pese a que contábamos con menos de dos semanas para solucionar el tema, con eso debería bastarnos.

—Resulta increíble que la ciudad esté dividida en dos por el mar —comenté.

En esos instantes resultaba sobre todo inconveniente, puesto que añadía un paso extra a nuestro trayecto, pero sabía que más adelante me parecería interesante, y puede que incluso encantador.

—Este lugar es verdaderamente único. No solo está separada la parte asiática de la europea por el Bósforo, sino que la parte europea también está dividida a su vez por el Cuerno de Oro.

—Muchos transbordadores, entonces.

—Muchos transbordadores y muchas barcas —confirmó Redvers.

Un bostezo se apoderó de mí y reconocí a regañadientes —aunque no en voz alta— que, ya que íbamos al hotel a dejar el equipaje y refrescarnos un poco, una taza del famoso café turco tampoco estaría fuera de lugar. Había dormido bastante mal durante la travesía y llevaba levantada desde antes del amanecer; sin duda me iría bien un buen reconstituyente.

Tras descargar el equipaje del transbordador y cargarlo de nuevo en un taxi, dirigí mi atención a la calle. Coches y carros tirados por búfalos competían con un tranvía eléctrico y numerosos peatones por su lugar en la calzada.

Nos dirigíamos al distrito de Pera, eso era todo lo que sabía. Allí había amplios bulevares bordeados por edificios de varias plantas que ostentaban decorativas ventanas en arco. Fuera de las vías principales, vi estrechas callejuelas serpenteantes con casas de madera apiñadas unas junto a otras, y niños jugando en las calzadas adoquinadas. Aun así, me sorprendió que la ciudad tuviera un aspecto tan occidental, con sus amplias avenidas y sus tranvías eléctricos. Se lo comenté a Redvers.

—Descuida, las partes más antiguas de la ciudad se parecen mucho más a lo que esperabas. El barrio de Pera sufrió un gran incendio hace unas décadas y fue entonces cuando se construyeron estos bulevares, pero incluso las calles que rodean el hotel son tan estrechas como cabría esperar.

Asentí con la cabeza. Claro, él ya había estado en Estambul. Sin ser muy consciente de ello, me pregunté dónde no habría estado ese hombre. ¿En la Antártida, tal vez? Si se lo preguntaba, lo más probable era que sacara una fotografía en la que se lo viera junto a un pingüino.

El taxi nos dejó delante del Pera Palace, que en su época debía de haber sido un gran hotel y que seguía siendo bonito, aunque ya mostraba signos del paso del tiempo. Era un edificio de piedra grande y rectangular, de varias plantas, situado en la esquina de la Grande Rue con la calle del Cementerio. Nuestro taxista torció por una estrecha bocacalle del lateral del hotel, donde los mozos esperaban a los huéspedes bajo una marquesina de hierro y cristal, fijada con cables a la fachada. Unos balcones de elegante forja escultórica acompañaban a las ventanas que quedaban por encima de nosotros, y las volutas talladas en el mármol añadían florituras al aspecto, en gran medida rectilíneo, del hotel. Un mozo bien vestido salió y se encargó de nuestro equipaje mientras nosotros entrábamos y nos deteníamos unos instantes para admirar la decoración.

El mostrador de recepción quedaba justo al otro lado de las puertas de un vestíbulo sorprendentemente pequeño, con suelos ajedrezados en mármol gris y rosa. Redvers me llevó directa al mostrador; yo solo pensaba en dejar el equipaje en algún sitio para poder hacer una breve parada en el restaurante y tomar un café antes de dirigirnos a los archivos. Nos registramos enseguida, y Redvers pidió que nos subieran las maletas mientras nos instalábamos en el gran salón a disfrutar de esa rápida taza de café.

Al contrario que el vestíbulo, el gran salón parecía no terminar nunca. La piedra y el mármol rosado se alternaban en una cenefa que recorría la parte superior de las ventanas y las puertas de una forma que me recordaba al hotel Mena House, en Egipto. Entre las columnas de piedra que se elevaban por todo el perímetro de la sala, se abrían numerosas ventanas enmarcadas por delicadas tallas de madera que hacían que el espacio resultara luminoso y etéreo. También contaba con la iluminación de dos elegantes arañas de luz: al mirar arriba, vi en el techo seis cúpulas decoradas con pequeños círculos de cristal azul que parecían brillar como el cielo sobre nosotros. Las largas cortinas rojas y los sillones lujosamente tapizados en ese mismo color empezaban a mostrar signos de desgaste, pero la sala seguía siendo espléndida y me robó el corazón al instante. Sin embargo, antes de que pudiéramos recorrer la mitad del salón, una voz familiar nos hizo parar en seco.

—¡Jane, no puedo creerme que hayáis decidido hospedaros aquí! —La voz de la tía Millie resonó por la gran sala casi como si quisiera anunciar nuestra llegada a todo el hotel.

6

Se me escapó un suspiro imposible de reprimir. Por suerte, estábamos bastante lejos de mi tía y no me oyó. Una rauda mirada al rostro de Redvers me desveló que ese nuevo giro de los acontecimientos lo había dejado atónito, y deseé poder sentir lo mismo que él. Caminamos con cierta reticencia hacia donde se encontraban Millie y su prometido, lord Hughes, un simpático miembro de la aristocracia británica que poseía la extraordinaria habilidad de ser inmune a la tosquedad de mi tía. Estaban instalados en un pequeño grupo de silloncitos elegantes, con un servicio de té en su mesa. Lord Hughes se levantó en cuanto nos acercamos, pero mi tía permaneció bien aposentada donde estaba.

—Tía Millie, cuando te envié el telegrama no esperaba que decidierais reuniros con nosotros aquí.

Mi tía, que había sido una de las destinatarias del aluvión de telegramas que habíamos enviado antes de embarcar, soltó un bufido.

—No esperarías que me quedara en casa cuando mi único hermano resulta haber desaparecido de la faz de la Tierra.

Noté que la arruga de mi frente se me marcaba aún más. Le había comunicado que mi padre había partido hacia Estambul, pero en el mensaje que le envié no mencionaba nada sobre el préstamo avalado por la casa.

—No ha desaparecido… —empecé a decir, aunque ella me interrumpió enseguida.

—Edward ya ha hablado con el recepcionista, y tu padre se marchó hace varios días sin saldar la cuenta. —Millie consiguió bajar un poco la voz al decir eso, una pequeña clemencia—. Ya se ha encargado de pagarla él.

—No ha sido nada —declaró lord Hughes.

—Se lo agradezco —repuse, distraída, intentando asimilar esa información—. ¿Por qué se habrá marchado mi padre? —¿Había recibido nuestro telegrama y, aun así, se había ido? ¿O no había llegado a leerlo?—. Y seguro que solo se olvidó de pasar por recepción. Ya sabes cómo es.

Millie negó con la cabeza.

—Henry dejó aquí el baúl, y su ropa seguía colgada en el armario. Por suerte para nosotros, lo guardaron todo por si regresaba.

Pese a la presunción de mi tía, reparé en que estaba preocupada de verdad, cosa que no ayudaba en nada a calmar la inquietud que me oprimía la garganta. Aunque mi instinto me había advertido que algo iba mal desde que había encontrado la nota de mi padre, en realidad había empezado a confiar en la versión de Redvers, que me tranquilizaba diciendo que lo encontraríamos, tanto a él como el dinero, y que todo acabaría bien.

Sin embargo, no se me ocurría ninguna explicación plausible para que mi padre hubiera dejado el hotel sin su equipaje. Por muy despistado que fuera, habría tenido que llevarse sus cosas con él. ¿Formaba aquello parte de sus «problemillas»? ¿Lo habían localizado esos problemas allí? Me quedé pensando adónde podría haber ido, y con una cantidad tan elevada de dinero encima.

A menos que hubiera dejado el dinero en alguna parte… Era una idea ilusoria, sinceramente; dudaba que fuéramos a encontrarlo entre sus pertenencias. Ni siquiera mi padre era tan confiado como para eso.

No obstante, continuaba decidida a seguir con el plan original de no mencionarle a mi tía el préstamo bancario. No solo aumentaría su preocupación, sino que intentaría ocuparse del asunto de inmediato, antes de que pudiéramos encontrar a mi padre y el dinero, y no deseaba quedar en deuda con su prometido. Ni con él ni con ella.

Redvers tomó la palabra:

—¿Dónde está su equipaje ahora?

Hughes señaló con la cabeza al mostrador de recepción.

—Lo tienen ahí atrás. Les he pedido que lo guardaran hasta que llegarais.

Redvers asintió con gratitud hacia el hombre y se dieron la mano. Luego se volvió hacia mí.

—Yo me encargo.

Sonreí con languidez cuando el prometido de mi tía se ofreció voluntario para acompañarlo y decidir adónde enviar el equipaje de mi padre.

La chispa de una nueva preocupación se encendió en los recovecos de mi mente, pero la extinguí antes de que pudiera formarse del todo.

—Habéis llegado muy deprisa —le dije a mi tía.

—Así es. ¿Piensas quedarte ahí plantada o vas a sentarte?

Le tomé la palabra y me acomodé en el silloncito que quedaba frente al suyo mientras ella echaba un vistazo nada disimulado a mi mano derecha.

—Veo que sigues sin haber cazado al señor Redvers.

Pese a la preocupación que sentía, mi terquedad seguía presente, así que me negué a contarle que Redvers me había propuesto matrimonio hacía poco y que yo ya había aceptado. Si le decía que el motivo fundamental por el que habíamos ido a Boston era para que mi padre y él se conocieran antes de poner fecha para la boda, mi tía se lo tomaría como una victoria personal, y eso se me atragantaba tanto que era incapaz de dejar salir las palabras de mi boca.

Además, a decir verdad, tampoco tenía una prisa imperiosa por lanzarme a otro matrimonio. Esta vez estaba decidida a tomármelo con calma y, por el momento, Redvers estaba más que dispuesto a dejar que yo fijara el ritmo, que era lento.

En lugar de eso, cambié de tema.

—¿Dónde os alojáis lord Hughes y tú?

Millie resopló.

—Tenemos una habitación en el Tokatliyan. Sinceramente, este barrio ha visto días mejores. Perdió mucho durante la guerra, según me han contado. Allí, en cambio, los alojamientos son aceptables. —Se quitó una mota de polvo invisible de la falda—. Esta tarde iremos a hacer una visita guiada por el palacio de Topkapi.

—Un plan estupendo —repuse.

Por lo menos eso la tendría ocupada mientras Redvers y yo íbamos a los Archivos Nacionales donde trabajaba mi padre cada vez que visitaba la ciudad. Como catedrático de Historia especializado en el Imperio otomano, a lo largo de los años había pasado muchísimo tiempo en diferentes archivos, tanto de Estados Unidos como del extranjero, y yo me había acostumbrado a localizarlo entre pilas y pilas de documentos polvorientos. Solo me preocupaba que esta vez no resultara tan sencillo.

Cuando lord Hughes y Redvers regresaron, mi tía y su prometido se marcharon al fin, no sin antes asegurarnos que se reunirían de nuevo con nosotros ya entrada la tarde.

—Supongo que podríamos quedar aquí, si resulta más cómodo. Al menos sirven un té decente —señaló Millie.

—Eso sería maravilloso. —Deseé que mis palabras hubiesen sonado sinceras, por mucho que no las sintiera así.

Millie tomó el brazo de lord Hughes y fueron hacia la salida del hotel. Los seguí con la mirada y aguardé hasta que ya no pudieran oírnos antes de hablar.

—Espero que en esta ciudad pueda conseguirse alcohol, porque voy a necesitar una copa cuando vuelvan esos dos.

7

Redvers soltó una risa socarrona.

—Aunque técnicamente el alcohol está prohibido por la religión islámica, sigue encontrándose en muchos locales. En esta misma planta hay un bar encantador, el Orient.

—La primera buena noticia que me han dado en todo el día. —Me froté una sien y luego bajé la mano. Necesitaba de verdad esa taza de café, pero teníamos otros asuntos de los que ocuparnos—. ¿Revisamos primero las pertenencias de mi padre?

Redvers asintió con la cabeza.

—Es justo lo que iba a proponerte. —Agitó un papelito—. Y aquí está el telegrama que enviaste. Sin abrir.

Suspiré. Al menos eso quería decir que mi padre no había huido al enterarse de que íbamos para allá. Sin embargo, tampoco ayudaba a determinar qué podía haber motivado entonces su salida del hotel.

El florido ascensor de forja y madera estaba ocupado, de manera que optamos por la escalera y subimos varios tramos de escalones de mármol cubiertos por una alfombra roja con motivos orientales dorados. Al entrar en nuestra habitación, eché un vistazo rápido. Consistía en un solo espacio, aunque amplio, con una cama metálica con dosel en un extremo y un escritorio de madera oscura en el otro, además de un grupo de silloncitos bajos de madera tapizada colocados cerca de las ventanas. Apenas me fijé en que teníamos vistas al agua antes de devolver la atención hacia el conocido y destartalado baúl de piel de mi padre. Había intentado regalarle uno nuevo por Navidad hacía varios años, pero él insistía en que no podía separarse de ese en particular, ya que se lo había comprado mi madre en su primer año de matrimonio. El mozo lo había dejado en el soporte para equipajes, y me coloqué delante para examinarlo

unos segundos antes de abrir los cierres con un chasquido seco y levantar la tapa.

—Nos lo han subido aquí para que tengamos un poco de intimidad mientras revisamos sus pertenencias. —Redvers se colocó a mi lado —. El recepcionista me ha dicho que fue el personal quien guardó sus cosas, porque había dejado la ropa colgada en el armario.

Lo miré con evidente preocupación. Eso no era nada nuevo, pero vi que en esta ocasión también Redvers estaba inquieto, y no solo por mí.

—Aunque registráramos sus cosas en casa, sigo sin tener ni idea de lo que metió en el baúl, así que no sabré decir si falta algo.

—Pero tal vez seas capaz de ver si hay algo nuevo —repuso él.

Era muy buen argumento. Empecé por sacar del baúl, uno a uno, los artículos bien doblados. Solo eso ya era prueba de que mi padre no los había metido ahí, pues él jamás se habría molestado en conseguir ese grado de pulcritud; era obvio que el personal del hotel había cuidado de sus cosas mejor de lo que jamás habría hecho él. Saqué todo el contenido del baúl y luego di un paso atrás para valorarlo. Unos cuantos pantalones, una americana y varias camisas habían quedado doblados junto a montones de calcetines —algunos de los cuales, según vi, ya no tenían arreglo y habría que tirarlos—, un kit de afeitado y otros artículos imprescindibles.

—¿Hay algo que no parezca encajar? —preguntó Redvers.

Negué con la cabeza.

—Pero te diré lo que es extraño. Mi padre siempre lleva consigo montones de papeles. No tiene un diario ni nada por el estilo, pero sí deja papelitos metidos por todas partes. Ya viste cómo está su despacho. Y también lleva una cartera de piel con las costuras a punto de reventar, que me parece que falta.

Redvers se inclinó y se puso a registrar los bolsillos de la americana. Sin decir palabra, seguí su ejemplo y empecé a mirar en los de los pantalones. Registramos de manera sistemática todos los artículos que habían salido del baúl, pero, más allá de unas cuantas monedas sueltas y un botón que habría que recoser en una prenda desconocida, no encontramos nada. La frustración se debatía con una angustia renovada en mi interior.

—Sea lo que sea lo que le ha pasado, parece que por lo menos se llevó todos sus papeles. —Proferí un sonido receloso—. Y aquí no hay ningún dinero escondido. —Eso no me sorprendía.

Redvers me puso una mano en el hombro.

—No podemos estar seguros de que le haya pasado algo. Puede que sencillamente se marchara pensando que pronto regresaría a recoger sus cosas.

—¿Y el dinero? —pregunté.

Su única respuesta fue fruncir el ceño.

Que mi padre creyera que pronto regresaría a recoger su equipaje era la mejor de las posibilidades, aunque también era bastante improbable. Su baúl llevaba una semana abandonado allí. Seis días, para ser exactos, y el hotel había tardado dos en echar en falta al huésped y recoger sus cosas. Eso significaba que íbamos ocho días por detrás de Henry Wunderly, allá donde estuviera, y teníamos menos de dos semanas antes de que el banco emprendiera acciones para quitarnos la casa.

Volvimos a guardarlo todo en el baúl, nos refrescamos en un momento y nos dirigimos a los Archivos Nacionales de Turquía, que, por supuesto, se encontraban al otro lado del Cuerno de Oro. Bajamos hasta el puerto y embarcamos en otro transbordador para luego pedir un taxi que nos llevó hasta los Archivos. Nos encontrábamos muy cerca del corazón del casco antiguo; las calles eran estrechas y estaban abarrotadas de gente, tal como había esperado en una ciudad con tanta historia. Las cuestas serpenteaban por las colinas, los hombres iban encorvados, cargados con bultos pesados a la espalda, y se abrían camino entre otros que conducían carros de burros con enormes bidones metálicos de agua. Vi a varios de ellos apresurándose por las atestadas aceras con unos contenedores de latón que se balanceaban, y me apunté preguntarle después a Redvers qué era lo que llevaban en ellos. En ese momento, sin embargo, lo importante era que ya habíamos llegado.

Un inmenso muro de sillares pequeños se extendía a lo largo de la calle y se perdía de vista en la esquina, que estaba dominada por una torre de guardia redondeada, con ventanas de intrincadas filigranas doradas y un tejado decorativo acabado en pico. Ladeé la cabeza en dirección al muro.

—¿Es aquí adonde vamos? —Parecía algo más propio de un castillo que de un archivo nacional.

Redvers negó con la cabeza mientras pagaba al taxista.

—Eso es parte de la antigua muralla de la ciudad. —Y señaló al otro lado de la calle, a un portalón que quedaba enfrente, en otro muro—. Es por ahí: la Sublime Puerta, se llama.

No estaba muy segura de que fuera sublime, pero sin duda era una puerta que llamaba la atención. Un alero curvo construido en bronce, cubierto por la pátina de los años y con decoraciones pintadas en la parte inferior, enmarcaba la entrada principal, cuyas puertas de madera oscura estaban rodeadas por un decorativo mármol gris y blanco. A ambos lados, otros dos aleros a juego, más pequeños, ocupaban la enorme fachada de mármol gris, cada uno sobre una fuente con un pequeño caño dorado.

Al otro lado de la puerta se levantaba un pequeño laberinto de edificios, y Redvers me llevó hacia la izquierda, donde cruzamos otras puertas de madera para entrar en una construcción bastante difícil de describir. Hablamos con una segunda persona que recordaba vagamente haber visto a un visitante de Estados Unidos hacía poco y nos dirigió al despacho de Ziya Bey. Sin embargo, al llamar a la puerta, que no tenía ningún cartel, no obtuvimos respuesta alguna.

Volví a contar las puertas.

—¿Estamos seguros de que es esta?

El empleado había sido muy solícito, pero nos había costado entenderlo. Redvers asintió y, cuando estábamos a punto de dar media vuelta, un hombre con un traje de *tweed* gris se acercó a nosotros por el largo pasillo.

—¿Me estaban buscando?

Tenía una cabeza algo grande y rectangular, y unas cejas espesas; sinceramente, esas cejas gruesas como orugas eran el centro de

atención de todo su rostro y hacían que la inteligencia que refulgía en sus ojos oscuros pasara desapercibida.

—¿Es usted Ziya Bey? —preguntó Redvers.

—Sí —contestó el hombre, que se detuvo ante nosotros y entornó un poco los ojos para observarme con escrutinio.

Me sonrojé un poco al ser objeto de esa inspección inesperada.

—Usted debe de ser Jane —añadió entonces—. Se parece mucho al profesor Wunderly.

Mi incomodidad momentánea se vio reemplazada por alivio al comprobar que ese señor conocía a mi padre.

Ziya abrió la puerta del despacho y nos invitó a pasar. En la pequeña sala reinaba un orden meticuloso. Salvo por una pequeña alfombra de oración algo gastada que se veía bajo la ventana, carecía de toque personal alguno. Redvers y yo tomamos asiento.

—¿Puedo ofrecerles un té?

Abrí la boca para decir que no teníamos tiempo para tés, pero Redvers me puso una mano en el brazo.

—Nos encantaría —contestó.

Yo casi vibraba de impaciencia, pero charlamos un poco con él sobre esto y aquello mientras esperábamos a que llegara el té. Un niño que no podía tener más de diez años entró con una tetera decorativa y unas tacitas con forma de tulipán. Tras un gesto de la cabeza por parte de Ziya, el pequeño colocó un colador diminuto sobre una de las delicadas tazas, luego levantó la tetera de plata y sirvió la infusión a través de él antes de disponerlo en la siguiente taza para llenarla también. Cuando terminó, dejó a un lado el colador, agarró unas pinzas pequeñas y volvió a mirar al señor.

—Se toma con dos terrones —nos informó el archivero, y volvió a hacerle una seña al niño para que continuara.

El pequeño echó dos terrones de azúcar en las tazas antes de entregarnos una a cada uno en un platito pequeño y con una cucharilla de plata igualmente minúscula. Ziya y Redvers levantaron las cucharillas, y el sonido de unos suaves tintineos invadió el despacho mientras la plata repiqueteaba contra las tacitas llenas de té. Yo seguí su ejemplo, aunque no solían gustarme las infusiones azucaradas.

De todos modos bebí un sorbo, y entonces me alegré de que le hubieran puesto ese azúcar. Era un té muy diferente del inglés, oscuro y bastante amargo. Habría resultado casi imbebible sin esos dos terrones, pero ambas cosas se equilibraban muy bien, y lo cierto era que estaba delicioso.

—¿Ha visto usted a mi padre? Lo estamos buscando —pregunté por fin, con la esperanza de haber charlado ya suficiente sobre banalidades para cumplir con los requisitos mínimos de las buenas costumbres.

El hombre negó con la cabeza.

—Hace casi una semana que no ha vuelto por aquí.

Eso coincidía con lo que habíamos averiguado en el hotel.

—Vino hace unas tres semanas. Estaba muy emocionado por un posible descubrimiento. Investigábamos unos documentos de los inicios del Imperio otomano. Su turco era bastante bueno, pero no lo suficiente para realizar traducciones de la época de Solimán, de modo que yo le ayudaba.

Mi padre hablaba a menudo sobre aquello en lo que estaba trabajando, y detestaba reconocer que yo a veces solo lo escuchaba a medias; sobre todo porque tenía cierta tendencia a repetirse a menudo. La culpabilidad amenazaba con superarme; en esos momentos no había nada que deseara más que oír una de sus historias por enésima vez.

—Me alegra que haya venido. De no ser así, habría mandado a buscarla, creo. —Ziya parecía preocupado por primera vez en la conversación—. El profesor estaba muy emocionado con los últimos textos que habíamos traducido, aunque no podía decirme exactamente por qué.

«No podía o no quería», fue lo que me vino a la cabeza, aunque sin ningún motivo en particular, por lo que me di un codazo mental a mí misma.

—Después se fue a comer y ya no regresó. Pensé que lo vería entrada la tarde, pero no volvió. Me dije que regresaría pronto, puesto que hemos trabajado juntos muchos años. A veces se marchaba durante un día entero, casi siempre para pasear por la ciudad y pensar, pero luego volvía aquí. No empecé a preocuparme

hasta que pasaron varios días sin verlo. Fui a su hotel a interesarme por él y me dijeron que allí no estaba. —Su mirada parecía inquieta cuando se cruzó con la mía—. Me resultó raro que se marchara sin su equipaje.

También resultaba raro que Ziya supiera que mi padre se había marchado sin su baúl, y me pregunté por qué le habría dado el hotel esa información sobre uno de sus huéspedes. ¿Estarían él o el hotel al tanto de la gran cantidad de dinero que llevaba encima mi padre?

Como si percibiera mis sospechas, el hombre añadió:

—Tengo un primo que trabaja en la recepción. Por eso lo sé.

No estaba segura de si eso mejoraba las cosas, y noté que Redvers, a mi lado, cambiaba de postura en la silla. Asentí para indicarle que prosiguiera, pero Redvers se adelantó con una pregunta:

—¿Tiene idea de qué es lo que creía haber encontrado el profesor Wunderly?

Ziya se inclinó y lo pensó unos instantes.

—Desconozco la importancia del documento que tradujimos, pero sí sé que creía estar cerca de localizar por fin el corazón del sultán.

8

Aquello parecía un anuncio imponente, pero preferí esperar antes de juzgarlo.

—Ya había creído estar cerca una o dos veces antes.

—Cierto —reconoció Ziya—. Solo que en esta ocasión parecía diferente. No puedo explicar por qué, pero ambos lo intuíamos.

Redvers miró al hombre y luego a mí.

—¿Qué es el corazón del sultán?

Yo conocía bastante la pieza, puesto que mi padre llevaba interesado en ese objeto histórico desde que yo tenía uso de razón. De hecho, había sido algo así como una broma continuada entre mi madre y él, aunque la obsesión de mi padre por encontrar el corazón había crecido más aún tras su muerte. Sin embargo, decidí dejar que lo explicara Ziya, pues quería ver si su relato coincidía con lo que yo recordaba. Le indiqué con un gesto que contestara él.

—Solimán el Magnífico fue un gran gobernante del Imperio otomano, uno de los mayores de la historia. Durante una campaña en Hungría para expandir nuestras fronteras, cayó enfermo y murió. Corría el año 1566. Se entiende que sucedió en el campo de batalla.

Asentimos para mostrar que comprendíamos que había caído heroicamente. Satisfecho, se reclinó en el respaldo de la silla y entrelazó las manos sobre el chaleco de lana gris.

—Su muerte se ocultó a los soldados durante un tiempo para que no perdieran el valor en la lucha. En aquel momento estaban sitiando la ciudad de Szigetvár y no podían permitirse aflojar, de modo que prepararon el cadáver de Solimán para el funeral en secreto. Para ello, le extrajeron el corazón y lo metieron en una caja de oro, que después enterraron.

Redvers enarcó un poco las cejas, pero yo sabía que ni siquiera habíamos llegado a la mejor parte de la leyenda. Aun así, tenía una

pregunta antes de proseguir:

—¿Le extrajeron solo el corazón? En Egipto extirpan todos los órganos internos para el entierro.

Ziya inclinó un poco la cabeza.

—Lleva usted razón. También en este caso extirparon todos los órganos del emperador para poder preservar su cuerpo. Los enterraron en el mismo lugar, pero el corazón es lo que más interesa a todo el mundo. —Ziya hizo una breve pausa antes de continuar con la historia—. El cadáver se custodió allí durante cuarenta y ocho días, hasta que su hijo pudo acudir a reclamar el trono. Después de ese tiempo, el cuerpo de Solimán se devolvió a Estambul, donde fue enterrado como era costumbre.

—Pero el corazón se quedó donde estaba —señalé.

—Así es. Y nunca ha sido encontrado.

Redvers arrugó un poco la frente.

—Una historia fascinante, pero ¿por qué tanto interés en encontrar el corazón de ese hombre y no los demás órganos? ¿Es la caja de oro lo que busca la gente?

Ziya se inclinó hacia delante y negó con la cabeza.

—No es ni mucho menos la caja, señor. Verá, dice la leyenda que quien posea el corazón del sultán poseerá también todo el poder del gobernante. Y fue un hombre muy poderoso… Podría ser un peligro que algo así cayera en las manos equivocadas.

Reparé en que Redvers hacía lo posible por contener una risa ante esa historia cargada de supersticiones. Yo no creía que el corazón del sultán poseyera poderes místicos, y tampoco mi padre, de eso estaba segura. Bueno, casi. Pero eso no significaba que no hubiera por ahí otros que sí creyeran en la leyenda, y suponía que serían capaces de casi cualquier barbaridad para hacerse con semejante objeto. Ya fuera por poder, por dinero… o por ambas cosas.

Y, a pesar de que Ziya Bey pensase que esa gente iba únicamente detrás del corazón, yo disentía. Cuando Solimán se encontraba en pleno apogeo de su poder, el Imperio otomano poseía unas riquezas extraordinarias. Incluso habían tallado cajas de esmeralda en las que guardar esmeraldas más pequeñas, por el amor de Dios. Era posible que esa caja de oro llevara engarzadas piedras preciosas de un valor

incalculable, lo cual haría que encontrarla valiera la pena, al margen de lo que guardara en su interior.

Nos quedamos sentados un momento en silencio, asimilando lo que Ziya acababa de contarnos. Sabía que Redvers llegaría a la misma conclusión que yo: si bien el corazón no tenía poder alguno, sin duda habría individuos que codiciaban la caja. Pero sentía curiosidad por saber qué pensaba aquel hombre.

—¿Cree que esa leyenda contiene cierta parte de verdad? —pregunté.

Tuve que reconocer que pareció reflexionarlo a fondo antes de contestar.

—Creo que hay muchas cosas que escapan a nuestro entendimiento. De manera que, si bien personalmente no creo en esas historias ni voy tras ellas, tampoco puedo descartar la posibilidad de que el corazón sea muy valioso, y no una simple curiosidad.

Volvió a hacerse el silencio, pero esta vez fue Redvers quien lo rompió, práctico como siempre.

—¿Podemos ver en qué estaban trabajando el profesor y usted antes de que se marchara?

—Por supuesto. —El archivero se levantó de la silla—. Vayamos a la sala de investigadores. He guardado aparte los documentos de los que nos estábamos ocupando. —Me miró de reojo—. Pensé que tal vez viniera usted y quisiera verlos.

Seguimos a Ziya por varios pasillos estrechos y en penumbra que nos llevaron hasta la sala de estudio. A pesar de los techos abovedados, allí la iluminación también era escasa, algo sorprendente para un lugar al que los eruditos iban a leer e investigar. Tras instalarnos en una mesa alargada, sacó una pequeña pila de documentos antiquísimos y lo que parecían ser unos cuadernos.

Señaló los documentos.

—Esto son *evrak*, o papeles sueltos. —Luego señaló los cuadernos —. Y esto son *defters*. Bueno, su padre y yo estábamos trabajando con estos *defters* y tradujimos gran parte de ellos, pero este *evrak* de aquí es el último texto que traduje para el profesor —explicó el

hombre—. Se trata de una carta de uno de los visires que sirvieron a Solimán el Magnífico.

Ziya dejó el papel ante nosotros con cuidado. Estaba amarillento a causa de los años y tenía los bordes oscurecidos; parecía un milagro que siguiera existiendo. Sin embargo, por la cantidad de escritura que contenía era evidente que se trataba de una carta muy breve. Ahí no había mucho con lo que trabajar, y el hombre realizó una traducción rápida.

—Dice: «Regresamos con nuestro gran gobernante para que pueda ser enterrado en su tumba. Ahora está con su amada Roxelana». Luego, sigue describiendo cómo transportaron el cuerpo. Su padre estaba entusiasmado con esta parte de aquí. —Ziya señaló un punto cerca del final del manuscrito.

Fruncí el ceño.

—¿Esa es la traducción correcta? ¿«Dejaron su corazón enterrado lejos de su corazón»? ¿«La llave puede encontrarse cerca»?

—Tampoco tiene mucho sentido para mí, pero es lo que dice, casi palabra por palabra. —Frunció las cejas mientras miraba el papel—. No sé qué fue lo que le gustó a su padre de esa frase, pero parecía pensar que era importante.

Ziya dejó la carta a un lado y nos enseñó el resto de los documentos. Por lo que nos explicó, parecía que mi padre no se había mostrado ni de lejos tan entusiasta con nada más. Eso nos dejaba solo con el acertijo críptico de la carta del visir.

Hasta entonces, Redvers había estado bastante callado, asimilándolo todo. Cuando habló, esperaba que preguntara por los documentos, pero me equivocaba.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo, y me puso una mano en la espalda, como si pretendiera acompañarme ya a la salida.

Sentí una punzada de indignación al notar que quería pastorearme, sobre todo porque allí debía de haber algo más que nos indicara hacia dónde había salido corriendo mi padre. Tenía que haberlo.

Ziya Bey inclinó la cabeza.

—No hay de qué. Me parece que necesitarán un traductor mientras estén por aquí, ¿verdad? —Y asintió como confirmando su

observación—. Estaré encantado de proporcionarles ese servicio.

—Es muy amable al ofrecerse, aunque no quisiera… —empezó a contestar Redvers, pero el hombre alzó ambas manos.

—Insisto. De verdad. —Me miró a mí con sus ojos marrones y cálidos—. Su padre lo habría querido así.

No creía ni por un segundo que mi padre hubiera querido que un archivero desatendiera su trabajo académico para ponerse a mi servicio como traductor personal, pero me lo callé. Además, Ziya parecía haber encontrado así la forma de sumarse a la búsqueda de Henry Wunderly, pero ¿cuáles eran sus motivos? Era posible que estuviera sinceramente preocupado por su bienestar, pero también podría tratarse de algo totalmente diferente, como la perspectiva de encontrar una caja de oro o un buen fajo de billetes estadounidenses, obtenidos a cambio del aval de nuestro hogar.

Entonces me reprendí por ser demasiado suspicaz. Lo más posible era que Ziya solo intentara ayudarnos. De todos modos, la mano de Redvers no se había movido de mi espalda y noté que se tensaba un poco al oír la propuesta del hombre. Parecía que a ninguno de los dos nos hacía mucha gracia.

—Está bien, aceptamos. ¿Cree que podrá reunirse con nosotros esta tarde en el hotel? —dijo Redvers.

Me sobresalté un poco ante la sorpresa de oír que aceptaba. Había dado por hecho que buscaría una excusa para rechazar su ofrecimiento.

—Puedo ir con ustedes ahora mismo, si quieren. Solo tengo que guardar estos documentos.

El archivero ya estaba recogiendo los papeles y los cuadernos que había esparcido sobre la mesa. Con cuidado, desde luego, por deferencia a su antigüedad.

—Será mejor ya entrada la tarde. —La voz de Redvers resultó amable y con un matiz de disculpa, pero la noté forzada—. Después de un viaje tan largo, creo que nos irá bien echarnos un rato a descansar.

—Claro, faltaría más —repuso él—. Me reuniré con ustedes allí esta tarde. ¿También se hospedan en el Pera Palace, entonces?

Redvers se lo confirmó e intercambiamos unas últimas fórmulas de cortesía antes de marcharnos. No me decidí a comentar nada hasta que salimos a la calle.

—Quiero confiar en él, pero no estoy del todo segura de que debamos hacerlo.

Redvers negó con la cabeza.

—Todavía no, al menos.

9

Echamos a andar cuesta arriba en dirección a la parada del tranvía, serpenteando entre el mar de gente que ocupaba la calle, casi todos hombres con traje o camisa con chaleco y los tradicionales pantalones holgados. Solo una o dos mujeres llevaban un velo oscuro, y estas iban siempre acompañadas por un hombre. Pasamos por delante de varias terrazas vacías de establecimientos que parecían cafés; al mirar al interior, vi a más hombres —tanto ancianos como de mediana edad— reunidos alrededor de mesitas, algunos fumando altas pipas de cristal. Estaba fascinada, pero la falta de mujeres me resultaba llamativa. También reparé en que los lugareños no llevaban el fez tradicional que había esperado, sobre todo después de mi viaje a Egipto, donde todos usaban un sombrero muy similar.

—¿Qué ha pasado con el fez? —le pregunté a Redvers.

A pesar de que la mayoría de los hombres vestían igual que él —con traje y abrigo de lana—, algunos llevaban vestimentas turcas con mucho vuelo que parecían chocar completamente con los sombreros fedora que lucían. Era una visión más bien desconcertante.

—Los prohibieron en 1925. Justo el año pasado.

Esto me llamó la atención. Igual que el hecho de que, en realidad, no sabía casi nada sobre la ciudad de Estambul. Sentí una punzada de remordimiento por no haber dedicado el largo viaje hasta allí a estudiar un poco sobre la ciudad y su cultura, pero no había sido capaz de concentrarme en nada.

Sin embargo, parecía que había llegado el momento de una breve lección de historia.

—¿Y por qué lo prohibieron?

—La nueva República Turca está dirigida por un hombre llamado Atatürk, que… bueno, está intentando que el país entre en la modernidad aunque sea a la fuerza, y por lo visto el fez tenía demasiada conexión con el pasado otomano.

Miré alrededor y reparé en que también había esperado ver a todas las mujeres con velo. En lugar de eso, la mayoría iban vestidas igual que yo, cubiertas con largos abrigos y sombreros estilosos para protegerse del aire frío, aunque en las calles seguía habiendo menos presencia femenina.

—Atatürk intenta modernizar el país, que sea menos fundamentalmente musulmán, de manera que a las mujeres ya no se les exige llevar velo. Muchas de las que ves, además, creo que son rusas. —Inclinó la cabeza hacia un pequeño grupo de personas con harapos que pedían limosna a los transeúntes—. Muchos rusos llegaron aquí huyendo tras la guerra. Rusos blancos que se opusieron a la revolución.

Aquel no era nuestro primer encuentro con los rusos blancos, de modo que no me sorprendió demasiado que se hubiera producido una gran afluencia de ellos en Estambul, estando tan cerca de Rusia. Sin embargo, por interesante que fuera todo aquello, mi cerebro tenía otras preguntas más acuciantes.

—¿Crees que lo habrá traducido correctamente? —Supuse, correctamente también, que Redvers sería capaz de seguir mi abrupto cambio de tema.

Miró hacia atrás sin aflojar ni un poco el paso antes de responderme.

—Es difícil decirlo. No hablo muy bien el turco y no sé leerlo. Ni siquiera el moderno. Pero es poco probable que Ziya Bey nos haya dado una mala traducción.

—¿Por qué dices eso?

—Porque seguro que tu padre tomó notas. Dijiste que siempre lleva muchos papeles encima, y podría ser que te hubiera dejado o te hubiera enviado esas notas. Ziya no tenía forma de saber si había sido así o no, de modo que para él era más seguro dar por hecho que, si intentaba engañarnos, lo pillaríamos.

Reflexioné un momento.

—A menos que el hotel sí le dejara echar un vistazo a las cosas de mi padre. Entonces, tal vez supiera que ahí no había papeles ni notas.

Redvers volvió la cara de nuevo hacia mí para mirar de reojo hacia atrás.

—Es posible. Sobre todo si su primo trabaja en la recepción.

Intenté recordar qué acababa de contarle a Ziya Bey. Había mencionado que mi padre me había dejado una carta, pero no lo que decía ni dónde la había encontrado. Aunque, con la ayuda de su primo, el archivero sin duda podría conocer muchos detalles. Por ejemplo, que mi padre no había dejado ningún otro mensaje para mí en el hotel. Y, a partir de ahí, Ziya podía haber deducido que la única misiva que había recibido se había redactado mucho antes de la desaparición y, por tanto, no contenía información alguna sobre la carta traducida.

Por desgracia, no había forma de saber si mi padre le había contado lo del dinero que llevaba encima a menos que le preguntáramos directamente. Solo que no era capaz de imaginar ningún motivo por el que mi padre hubiera tenido que mencionárselo. Salvo que fuera para preguntarle dónde podía guardarlo, como en un banco local con buena fama.

No hacía más que darle vueltas a quién podía saber qué, y tanta actividad mental solo aumentaba mi frustración, porque, más allá de un acertijo críptico, no teníamos nada sólido con lo que trabajar. Un acertijo al que, por muchas veces que me lo repitiera para mí, no lograba encontrar ningún sentido.

—¿Y ahora qué? —pregunté cuando nos acercábamos a la parada del tranvía.

Justo llegaba uno y calculé que, si corríamos para cruzar la calle, tal vez llegáramos a montarnos en él.

Redvers me dio la mano y cambió de dirección con brusquedad, paró un taxi y me metió deprisa en el asiento de atrás antes de subir él también.

—Al Gran Bazar, por favor —le dijo al conductor.

—Es una hora un poco rara para ir de compras —comenté, divertida.

No se me escapaba que Redvers había visto algo extraño. Estaba en guardia desde que habíamos salido otra vez a la calle, había aprovechado varias oportunidades para mirar atrás con disimulo, pero no tenía ni idea de qué había descubierto.

Tampoco iba a recibir una respuesta inmediata, ya que nuestro taxista turco resultó ser increíblemente simpático y, pese a que el trayecto era muy corto, no hacía más que darle conversación a Redvers en un inglés macarrónico. En circunstancias normales me habría encantado, pero en esos momentos solo estaba impaciente por llegar a algún sitio donde pudiera interrogar a Redvers sobre qué era aquello de lo que parecía esconderse.

Mientras los hombres charlaban, me pregunté distraída si algún día dejaría de sentir esos nervios que me consumían por dentro. ¿Cómo narices íbamos a encontrar a mi padre si ya íbamos tan por detrás?

El taxi nos dejó en una esquina y, pese a la aglomeración de gente, miré alrededor algo confusa.

—¿Dónde está el bazar?

Redvers sonrió y señaló más allá de los tenderetes que había en la acera, donde varios comerciantes vendían sus productos, hacia el edificio que teníamos delante.

—Ahí dentro.

—¡Oh!

Había esperado que estuviera al aire libre, como en El Cairo. Y, a pesar de mi gran deseo por hablar con Redvers sobre lo que fuera que había visto, descubrí que sentía también mucha curiosidad por visitar el famoso mercado de Estambul.

Entramos en el extensísimo edificio de sillares de piedra por un gran arco y al instante nos sumergimos en el caos del mercado. Bajo los techos abovedados, pintados de amarillo y azul, personas y mercancías ocupaban hasta donde alcanzaba la vista en múltiples direcciones. La única luz natural parecía provenir de las pequeñas ventanas que había cerca del techo. Como le comenté a Redvers, me resultaba absolutamente abrumador.

Él miró hacia atrás.

—Creo que tiene más de tres mil tiendas. Si no conseguimos darle esquinazo aquí, no lo conseguiremos en ninguna parte.

—¿A quién?

—Al hombre que nos está siguiendo.

Todas las piezas encajaron de pronto: la atención que había puesto Redvers tras nosotros en la calle, su repentino deseo de meterse en el bazar. Descubrí que, en lugar de miedo, lo que sentía era exasperación; lo último que necesitaba era otra cosa por la que preocuparme.

Todavía no había localizado a nuestro perseguidor, pero no me hacía falta verlo para creer que estaba ahí, así que dejé que Redvers escogiera el camino. Avanzamos por el primer pasillo con decisión y dejando atrás una cantidad vertiginosa de mercancías: zapatos de piel en un arcoíris de colores, bolsos y cinturones también de piel, cerámica y platos con preciosas decoraciones pintadas. El siguiente pasillo contenía más tesoros, como telas de colores intensos y maravillosos. Lamenté de verdad no tener tiempo para detenerme y curiosear un poco. De vez en cuando, entre la muchedumbre, veía a un cliente que se sentaba en un taburete a la puerta de una tienda con el propietario y disfrutaba de una taza de té, o incluso de café. Cada vez me resultaba más evidente que en Turquía la gente se tomaba muy en serio su té.

—¿Seguro que todavía nos sigue?

El olor del fuerte café turco acababa de llegarme a la nariz y me sentía más que tentada a parar a beber una taza.

Sin aflojar el paso, Redvers me dirigió una mirada de gravedad. Torcimos por un pasillo que parecía ofrecer sobre todo alfombras, y casi solté una exclamación de entusiasmo al ver los intrincados diseños y la artesanía junto a la que pasábamos a toda prisa. Estaba pensando en lo mucho que deseaba deslizar los dedos por los tejidos apilados cuando, de pronto, Redvers se detuvo ante mí.

—Entra ahí.

Me indicó con delicadeza que pasara junto a un tendero que le hizo una señal con la cabeza, y así entramos en la tienda de alfombras de aquel hombre. Allá donde mirara había alfombras, apiladas o enrolladas, en un sinfín de colores. Enseguida nos

agachamos tras una enorme pila de tapices orientales que quedaba bastante al fondo. Satisfecha con nuestro escondite, alargué una mano y la pasé por los tejidos que teníamos delante, impresionada por su finura. Redvers estaba completamente alerta, y me sentí mal por no poder ayudarlo, pero no tenía ni idea de cómo era nuestro perseguidor.

Un segundo tendero, un hombre apuesto con el pelo oscuro y ojos color ámbar, se acercó a nuestra pila de alfombras. Ya esperaba que nos preguntara qué hacíamos escondidos ahí detrás, pero, en lugar de eso, fingió recolocar la alfombra de arriba del todo sin mirarnos ni una sola vez.

—Los conoces, ¿verdad? —le susurré a Redvers.

No contestó, pero el tendero bajó la mirada hacia mí y me guiñó un ojo.

Meneé un poco la cabeza. Por supuesto que los conocía.

Unos minutos después, el hombre que estaba en la puerta se reunió con su compañero junto a nuestra pila de alfombras.

—Creo que ya no os siguen —anunció.

Redvers se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Gracias, Mehmed, Orhan —les dijo a uno y a otro—. Es un placer volver a veros, como siempre.

—Lo mismo digo, amigo. Me recuerda a la última vez que estuviste en la ciudad, de hecho. —Los ojos color ámbar de Orhan brillaron divertidos al hacer memoria—. ¿Tenéis tiempo de tomaros un té?

—Me temo que esta vez no, pero prometo volver pronto.

—¿Y nos presentarás entonces a tu encantadora amiga? —se interesó Mehmed.

—Jane Wunderly —dije, tendiéndole una mano.

Mehmed la aceptó y la estrechó, y después Orhan hizo lo propio. Nadie tenía que presentarme, era perfectamente capaz de hacerlo yo solita, aunque me moría por saber qué había ocurrido esa «última vez» que Redvers estuvo en la ciudad. Me costó lo mío reprimirme para no pedirles a esos encantadores vendedores de alfombras que me contaran la historia.

—Tienen unas alfombras preciosas —comenté, en cambio—. Espero poder ver más en la próxima ocasión.

A Orhan se le iluminó la mirada.

—Estaré encantado de enseñarle todas las alfombras que su corazón desee.

Nos marchamos abriéndonos camino por entre el gentío, más o menos en la misma dirección por la que habíamos llegado allí. Mis sentidos, pese a la tenue iluminación, seguían abrumados por el amplio y colorido surtido de artículos en exposición, y me costó un gran esfuerzo centrarme en las preocupaciones más inmediatas.

—¿Estás seguro de que ya no nos sigue?

—Bastante, sí. Lo he visto pasar de largo y no ha vuelto atrás. Además, ahora daremos unas cuantas vueltas, así que es poco probable que consiga encontrarnos.

—Estupendo —dije. Cuando Orhan había mencionado los «deseos de mi corazón», había despertado un recuerdo en mí que llevaba años sin aparecer, pero que quería compartir entonces, que nos movíamos a una velocidad más normal—. ¿Sabes? Cuando era pequeña y mi padre me hablaba del corazón del sultán, siempre lo imaginaba como una joya enorme con forma de corazón. Como un rubí. —Habíamos torcido hacia otra zona donde, por lo que podía ver, solo había joyerías, y miré alrededor sin encontrar nada semejante a lo que acababa de describir—. No fue hasta que me hice algo mayor cuando comprendí que hablaba de un corazón humano de verdad. Seguramente momificado, a estas alturas.

—Sí, resultaría mucho más romántico que fuera una joya —convino Redvers—. ¿Es eso lo que te gustaría? ¿Un rubí enorme con forma de corazón?

Me eché a reír.

—No, Redvers, no quiero eso.

Sabía que se refería al anillo de compromiso, y también que lo decía solo por incordiarme un poco, pero creí detectar un matiz de seriedad en la pregunta. Todavía no me había regalado ningún anillo, y me intrigaba saber qué tendría pensado, aunque no quería preguntar.

—Bueno es saberlo.

Me dirigió una sonrisa socarrona que, entonces sí, hizo que me preguntara qué tenía pensado exactamente.

10

Fuera del bazar, en lugar de ir al tranvía, paramos un taxi y regresamos al hotel. Redvers no les quitaba el ojo de encima a los vehículos de atrás, pero no vio que nos siguiera nadie; parecía que habíamos logrado dar esquinazo a quien fuese. Yo esperaba estar a solas con él para interrogarlo sobre el hombre al que había visto, pero, en lugar de subir a nuestra habitación, se fue directo al mostrador. Lo seguí con el ceño fruncido.

—Necesitamos comer algo —le dijo a un nuevo recepcionista, un joven que no parecía tener más de veinte años e iba vestido con un traje negro.

Estuve a punto de objetar que no teníamos tiempo para comer, pero en ese momento me rugió el estómago. Y a un volumen considerable. Redvers sonrió de medio lado y el recepcionista tuvo la gentileza de fingir no darse cuenta. En lugar de eso, asintió y me miró apenas un instante antes de dirigirse a mi compañero.

—El padre de la señora tenía predilección por un *meyhane* en particular. ¿Tal vez querrían ir allí?

Redvers le contestó al joven que eso sería ideal y, mientras apuntaba el nombre del sitio —supuse que un *meyhane* sería una especie de restaurante—, me puse a rumiar. ¿Acaso sabía todo el hotel que era la hija de Henry Wunderly? Y, lo que era aún más importante, ¿cómo no se me había ocurrido preguntar a los empleados si alguno sabía algo de mi padre y sus costumbres?

Volvimos a salir a la calle, donde Redvers se tomó un momento para inspeccionar a los transeúntes en una y otra dirección antes de echar a andar.

—Ni siquiera había pensado en preguntarle al personal si alguien sabía qué lugares le gustaba frecuentar a mi padre —declaré, abatida.

—Para eso me tienes a mí —repuso él a la ligera, ofreciéndome un brazo.

Lo acepté y lo enlacé con el mío.

—Es verdad —repuse, con un tono igual de intrascendente—. Por lo demás, resultas bastante inútil.

Redvers me sonrió con descaro, luego me dio un beso medio a escondidas y, por un instante, me sentí un pelín mejor.

Llegamos al *meyhane* al cabo de unos minutos y enseguida nos sentaron, ya que éramos los únicos clientes del establecimiento. El exterior era igual de modesto que el interior. Un techo de ladrillo y paneles de madera en la mitad inferior de las paredes añadían cierto encanto al pequeño espacio, que estaba amueblado con sencillas mesas y sillas también de madera.

Cuando el camarero se marchó con la comanda de un té para Redvers y un café para mí, me volví hacia mi acompañante.

—Así que, además de todo lo demás, nos siguen.

—Pues sí —confirmó.

Suspiré. No se me había ocurrido que pudiera sucedernos eso y, una vez más, me alegró que los instintos de Redvers estuvieran tan bien afinados. Sin duda se debía a su profesión, fuera cual fuese. Mi imaginación había empezado a pensar en él como en un espía, aunque me preguntaba si él pondría objeciones a semejante generalización.

—En primer lugar, ¿por qué iba a seguirnos nadie? —pregunté—. Y, en segundo, ¿cómo pueden saber quiénes somos?

De pronto Redvers pareció mortificado, algo poco habitual en él, que normalmente aparentaba muchísima seguridad.

—La última vez que estuve en la ciudad, se produjo un pequeño… incidente.

Noté que se me enarcaban las cejas. Pese a todo, aquello me parecía bastante divertido.

—¿Qué clase de «incidente»?

Redvers expulsó aire. Resultaba obvio que no le entusiasmaba contarme esa historia y, sin darme cuenta, me incliné hacia delante, expectante ante cualquier cosa que estuviese a punto de confesar.

—Hace varios años, estuve aquí por… motivos que no vienen al caso.

Una de mis cejas descendió, y procedí a fruncirla.

—Vaya, no me digas.

—Sí te digo. Una cuestión de intereses políticos y la llegada de unos exiliados.

Levanté una mano. Tenía razón, los motivos no me interesaban.

—Pero ocurrió algo —dije. Fue una afirmación más que una pregunta.

—Me reconocieron y descubrieron mi tapadera. La noticia corrió rápidamente entre los grupos interesados de la ciudad, así que tuvieron que enviar a otra persona para recabar la información que se suponía que debía reunir yo.

—¿Quién te reconoció? —Tenía la barbilla apoyada en la palma de la mano y lo miraba con intención.

Redvers hizo una pausa y volvió a suspirar.

—Una mujer rusa que había sido noble en su país, pero que en aquel momento trabajaba en un club nocturno de aquí. Había empeñado todas sus pieles y sus joyas y, cuando se le acabó el dinero, se subió a los escenarios.

—Suena fascinante. ¿Y era buena cantante, al menos? ¿O acaso bailaba? —Lo preguntaba por incordiarlo; esa mujer no me preocupaba en absoluto, pero era divertido ser yo quien lo ponía a él en un aprieto, para variar.

—Katerina Semenova. Cantaba bastante bien, la verdad. Y tú te estás divirtiendo demasiado.

Eso lo dijo justo antes de que el camarero se acercara con nuestras bebidas y las dejara en la mesa con cuidado. Fue el tiempo suficiente para que volviera a ponerme seria.

—El hombre que nos seguía… No lo has reconocido.

Redvers negó con la cabeza.

—No, pero eso no quiere decir nada. Hay mucha gente que podría haberme reconocido. Probablemente ese solo era al que nos habían asignado hoy.

Di un sorbo de café y degusté el contundente sabor amargo.

—Probablemente ese sea el que se ha quedado sin trabajo hoy, puesto que le hemos dado esquinazo.

—Enviarán a otro.

Asentí. Estaba de acuerdo con él.

—¿Sabes qué pueden querer?

Redvers se encogió de hombros.

—Quizá descubrir qué estoy haciendo aquí y si hay algo de lo que deberían estar al corriente. Supongo que he causado algo de revuelo en algunos círculos.

Volví a apoyar la barbilla en la mano.

—Bueno, solo es una complicación más, supongo. Pero, ya que es probable que no tenga nada que ver con mi padre, no sirve de mucho que nos preocupemos por ello, ¿verdad?

Estaba a punto de hacerle otra pregunta cuando una mujer con una blusa bordada y una falda larga y oscura, ceñida por un cinturón, se acercó a nuestra mesa. Era más de una década mayor que yo, quizá incluso dos, pero sus enormes ojos color avellana eran dulces y su melena solo empezaba a exhibir las primeras canas.

—Disculpad —dijo—. No quisiera interrumpir, pero tú eres Jane, ¿verdad? ¿Jane Wunderly?

La sorpresa asomó sin duda a mi rostro. ¿Acaso sabían todos los habitantes de la ciudad quién era yo? Primero Ziya Bey, luego el recepcionista y de pronto esa mujer.

—Verás —añadió—, es que conozco a tu padre.

11

Tampoco resultaba tan sorprendente que esa mujer conociera a mi padre si trabajaba en un restaurante que él frecuentaba. Sin embargo, lo raro era que me reconociera a mí.

—Tu padre hablaba de ti a menudo.

Había apoyado las manos en el respaldo de una silla libre y estaba muy serena. Redvers le indicó que se sentara con nosotros, y así lo hizo, acomodándose en la silla con naturalidad. El camarero regresó justo entonces, y la mujer le dirigió una indicación brusca en turco, tras lo que el joven se escabulló.

Redvers enarcó las cejas, y a saber qué expresaría mi rostro, porque la mujer soltó una risa.

—Le he pedido que traiga un plato de tentempiés para que podáis comer algo mientras hablamos. Debéis de tener hambre.

—¿Podemos saber cómo se llama? —pregunté.

—Perdón. Soy Maral Aslanyan. Mi padre es el dueño de este *meyhane* —dijo—. El profesor Wunderly lleva años viniendo aquí y siempre nos informa de cómo le va todo a su niña. Lleva una fotografía tuya en la cartera, siempre.

Eso me pareció conmovedor.

—Qué bonito. ¿Hace mucho que lo conoce, entonces?

Maral extendió las manos.

—Mi familia tuvo que abandonar la ciudad durante un tiempo. Somos armenios y nos vimos obligados a marcharnos, igual que muchos de los nuestros. Tu padre tuvo la gentileza de mantener el contacto y, cuando regresamos a Estambul, volvió de nuevo al restaurante.

Asentí, dispuesta a preguntar más sobre por qué se había visto obligada su familia a abandonar la ciudad, pero miré a Redvers y vi una expresión especulativa en sus ojos.

—¿Estaba usted muy… unida al profesor? —preguntó.

Era una pregunta como cualquier otra, pero la forma en que la pronunció parecía implicar algo que jamás se me habría ocurrido. Me recliné en mi silla, pasmada. ¿Acaso insinuaba lo que creía que estaba insinuando?

Maral se sonrojó, y un encantador rubor le subió por el cuello hasta las mejillas y le hizo perder la compostura.

Abrí la boca, aunque de ella no salió ningún sonido. De hecho, no estaba segura de saber qué decir nunca más en toda mi vida. Mi padre tenía… ¿una amistad romántica? ¿Una novia? Estaba ansiosa por saber exactamente cuál era esa relación —dentro de lo razonable—, pero también me aterraba descubrirlo. Henry Wunderly hablaba a menudo de lo mucho que había amado a mi madre y, aunque hacía muchos años que había fallecido, ella había seguido siendo la fuerza motriz para la creciente obsesión de mi padre por encontrar al fin el corazón del sultán… O al menos eso era lo que me decía a mí. Ni una sola vez me planteé que pudiera haber conocido a otra persona. Nunca me había parecido que le interesara siquiera algo así.

Además, ¿cuántas veces había visitado mi padre Estambul a lo largo de los años? Yo recordaba unos cuantos viajes, aunque de pronto tenía sentido que siempre insistiera en viajar él solo. Las cartas que llegaban a casa con regularidad, franqueadas con exóticos sellos extranjeros, también cobraban un nuevo significado.

Maral había recuperado la compostura, y tanto Redvers como ella estaban sentados en silencio, mirándome. Mi primer impulso fue el de salir huyendo, pero me contuve. Si mi padre apreciaba a esa mujer, entonces debía hacer lo posible por llegar a conocerla, al margen de mis sentimientos. O, por lo menos, descubrir todo lo que sabía. Porque en esos momentos, si queríamos encontrar a mi padre y el dinero, necesitábamos toda la información que pudiéramos reunir.

—Encantada de conocerte, Maral —conseguí decir por fin.

En su rostro apareció una sonrisa cálida, a la que correspondí. O, por lo menos, esperé que fuera eso lo que expresaba mi cara. A

juzgar por la mirada de Redvers, tal vez el resultado no fue del todo logrado.

Solté un suspiro de alivio cuando Redvers intervino y, así, me dio ocasión de recomponerme.

—¿Sabes adónde puede haber ido el profesor Wunderly?

Maral negó con la cabeza mientras se le veía la preocupación en la mirada.

—Es muy poco propio de él marcharse sin despedirse. Como no volvió pasados varios días, fui al Pera Palace a preguntar, pero no quisieron decirme nada.

Eso seguramente había sido frustrante para ella, aunque me tranquilizó que el personal del hotel no fuera dando información sobre sus huéspedes a cualquiera que entrara por la puerta. Esperaba que fuese cierto que el único motivo por el que Ziya Bey había conseguido saber algo de mi padre era porque su primo trabajaba allí. Lo cual me recordó algo.

—Este mediodía hemos hablado con Ziya Bey y nos ha enseñado los documentos con los que estaba trabajando mi padre antes de desaparecer —dije.

Al mencionar ese nombre, el rostro de Maral se ensombreció. Abrió la boca para decir algo, pero justo entonces la cocina empezó a exhibir su generosidad y a nuestra mesa llegaron platos y platos llenos de comida y aromas deliciosos. El camarero explicó que eran *mezes*, o aperitivos turcos, y especificó en qué consistían algunos de ellos: los *dolmas*; las berenjenas a la parrilla con yogur, pasta de tomate y chile; judías pintas y un yogur de menta para untar con un poco de pan de guarnición. Mi estómago volvió a rugir y, en cuanto el último plato llegó a la mesa, empecé a servirme.

Sin embargo, ni siquiera la aparición de la comida pudo hacerme olvidar lo que estábamos hablando.

—¿No te gusta Ziya?

Maral negó con la cabeza.

—No me fío de ese hombre.

Redvers y yo la miramos con expectación, pero ella calló un momento para ordenar las ideas.

—Tu padre confiaba en él, y lo he visto muchas veces, sobre todo en este último viaje. Ziya siempre parecía acompañarlo. —Su tono amargo y la rigidez de sus labios dejaban muy claro lo que pensaba de él—. También había ocurrido algo con una expedición que disgustó mucho a tu padre, pero no quiso contarme más.

Eso me intrigó. ¿Se trataría de su expedición actual, en busca del corazón del sultán? ¿O de otra diferente por completo? Empecé a maldecir el hecho de que mi padre no escribiera algún tipo de diario.

También me pregunté si el desagrado de Maral hacia el archivero no se debería a su mera presencia, que sin duda comportaba un menoscabo del tiempo que podía pasar a solas con mi padre. ¿Estaría sesgada su opinión sobre ese hombre porque habría deseado tener a Henry Wunderly para ella sola?

—¿Te ha dado algún otro motivo para desconfiar? ¿Crees que ha traducido correctamente los documentos?

Maral se encogió de hombros.

—No tengo motivos para pensar lo contrario. Henry estaba satisfecho con las traducciones que hacía Ziya Bey, y nunca vi razón alguna para mencionarle que a mí no me caía bien.

Pasé por alto el hecho de que se refiriera a mi padre por su nombre de pila con tanta naturalidad y, en lugar de eso, cambié un poco de tema.

—¿Mencionó algo mi padre sobre los documentos antiguos con los que estaban trabajando?

Una sonrisa cariñosa despuntó en el rostro de Maral. Por mucho que toda aquella situación me incomodara, vi que su afecto por mi padre era auténtico.

—Pues sí. Estaba muy emocionado. Era un acertijo muy críptico. Yo no creía que significara nada, pero Henry estaba convencido de saber lo que quería decir. —Sacudió la cabeza—. Lo siento, pero no me lo explicó todo. Quería esperar hasta estar seguro de haber acertado.

Me había hecho ilusiones durante unos instantes y, de pronto, quedaron destrozadas. Se me debió de notar en la cara, porque Maral alargó una mano y la posó en mi brazo.

—Siento no saber más. —Se irguió contra el respaldo de la silla—. ¿Habéis visto esos documentos? ¿Ziya os los ha enseñado?

Asentí, y ella continuó:

—Te pareces mucho a tu padre. También tú lo resolverás.

Aprecié que pensara así, aunque no estaba del todo segura de que tuviera razón. Tampoco lo estaba de parecerme tanto a mi padre. Lo que sí sabía era que no me gustaba que hiciera esa comparación como si nos conociera a ambos lo suficiente para ello; me resultó de una familiaridad excesiva e hizo que se me revolviera algo el estómago. Lo solucioné con un bocado de pan bien cargado de berenjena.

Maral miró a Redvers. Después, sus ojos oscuros se toparon de nuevo con los míos.

—Hay una cosa más que deberías saber. A tu padre le preocupaba que lo estuvieran siguiendo.

12

Solo con ver la cara de Redvers supe que pensaba que Maral tendría que haber empezado por darnos esa información. Dejé el pan en la mesa y me concentré de nuevo en el asunto que teníamos entre manos.

—¿Sabes quién lo seguía? —preguntó Redvers.

Ella negó con la cabeza.

—Solo sé que Henry creía que era por lo menos un hombre, aunque tal vez más.

—¿Por qué iba nadie a seguir a mi padre?

Henry Wunderly era un académico tranquilo que siempre tenía la cabeza y las narices metidas en la Antigüedad. Ni siquiera era arqueólogo, solo un catedrático de Historia que resultaba haberse obsesionado con un objeto en concreto. Y, si bien estaba claro que contaba con facetas ocultas —como ponía de manifiesto la mujer que estaba sentada a mi lado—, ¿por qué iba a seguirlo nadie? Lo único que se me ocurría era que estuviera relacionado con el corazón del sultán. Pero ¿cómo sabía quienquiera que fuese que mi padre creía estar a punto de encontrarlo?

Eso sacaba a colación un tema diferente. Si alguien seguía a mi padre, ¿era la misma persona que nos seguía a nosotros? ¿Podía no estar relacionado en absoluto con Redvers y sus visitas anteriores a la ciudad? ¿Y por dónde narices podíamos empezar a averiguarlo? Contuve un gruñido de frustración. Era la primera vez que el trabajo de Redvers para el Gobierno británico resultaba un impedimento más que una ayuda, y no podía suceder en un momento peor.

La ligera preocupación que poco antes había logrado reprimir regresó con ánimo de venganza. ¿Y si mi padre no había desaparecido sin más? ¿Y si se lo habían llevado? Aunque ¿por qué iban a seguirnos a nosotros también? Si ya tenían a mi padre y el

dinero, no nos necesitaban para nada. De modo que tal vez el hombre que nos seguía sí estuviera relacionado con Redvers y solo era casualidad que a mi padre también lo hubieran seguido.

Salvo que me costaba creer en esa clase de casualidades.

—Todavía no sabemos nada, Jane.

Redvers parecía haber percibido el miedo en la expresión de mi rostro.

Quería creerlo, pero me resultaba imposible impedir que mi preocupación creciera exponencialmente. Alguien había seguido a mi padre, que luego había desaparecido sin su equipaje y sin decirle a nadie adónde iba. El gran apetito que sentía se vio reemplazado al instante por el temor a que mi padre corriera peligro; estaba perdiendo la capacidad de pensar de manera racional porque mi cerebro saltaba de un lado a otro sin orden ni concierto. ¿Qué debíamos hacer a continuación? ¿Cómo podíamos encontrarlo? ¿Qué haríamos para devolver el dinero al banco?

—Recuerda que debes respirar. —La voz serena de Redvers consiguió llegar a mí a través de mi pánico.

Asentí y me obligué a realizar los ejercicios de contar respiraciones que me había enseñado un psicoanalista hacía años.

Mientras me ocupaba de inhalar y exhalar, Redvers tomó las riendas de la conversación.

—¿Recuerdas algo más que te contara el profesor y que pueda resultarnos útil? ¿Algún lugar al que le gustara ir?

Maral hacía lo posible por recordar, pero la frustración tensaba su gesto. Entonces dejó caer los hombros.

—A Henry le encantaba escuchar música en directo y solía llevarme a Maxim's. —Me miró abatida, luego devolvió la mirada a Redvers—. Incluso cuando yo no podía acompañarlo, creo que le gustaba pasar el rato allí.

—Eso nos ayuda mucho, gracias —dijo él.

Yo todavía no había recuperado la serenidad cuando, tras ver rechazados todos nuestros ofrecimientos de pagar la comida, nos despedimos de Maral. Redvers le aseguró que volveríamos a visitarla pronto, y yo conseguí sonreír a medias y asentir con la cabeza. La

mujer me envolvió en un fuerte abrazo que solo le devolví a medio gas antes de salir por la puerta.

Tenía una cantidad desbordante de información que procesar. Nadaba en un mar de emociones: miedo por mi padre, claro, pero también dolor y traición al ver que había sustituido a mi madre en sus afectos. Necesitaba tiempo para asimilar lo que significaba todo eso para mí. Los recuerdos que guardaba de mi madre se habían ido desdibujando con los años y era probable que a mi padre le hubiera sucedido igual, por mucho que me costara reconocerlo. Supuse que en parte por eso estaba tan obcecado en encontrar el corazón del sultán. Pero ¿cómo iba yo a reconciliar su dedicación a la memoria de mi madre con que hubiera una mujer nueva en su vida?

Sabía que no podía ser objetiva al juzgar a Maral, pero no me fiaba de ella, al igual que tampoco confiaba en Ziya Bey. Era de sentido común no fiarse de nadie hasta poder descartar que estuvieran involucrados en lo que le hubiera ocurrido a mi padre.

Durante todo el trayecto de vuelta al hotel guardé silencio mientras diferentes argumentos arreciaban en mi cabeza, y al final detuve a Redvers en la acera antes de entrar.

—Sé que seguramente Ziya estará esperándonos, pero no creo que pueda soportar más compañía justo ahora. Aunque soy consciente de que necesitamos preguntarle por esa expedición de la que nos ha hablado Maral.

Redvers observó la expresión de mi rostro con una mano en mi hombro.

—¿Por qué no subes a la habitación y hablo yo con él sobre eso? Luego nos excusaré para el resto de la tarde y le pediré que se vaya.

Asentí.

—¿Y entonces lo seguirás?

Sabía que debíamos investigar al archivero y decidir si podíamos confiar en él o no, pero me encontraba demasiado sobrepasada para realizar el numerito habitual, en el que yo insistía en acompañar a Redvers y él discutía conmigo.

—Por supuesto —contestó, y se preparó para enfrentarse a una discusión que no iba a tener lugar.

Me limité a asentir de nuevo.

—Ten cuidado.

Redvers me miró con preocupación antes de apretarme el hombro y abrirme la puerta para entrar en el hotel. Fui directa al ascensor, donde compartí la cantidad mínima de información con el ascensorista antes de encontrarme en nuestra planta. Entré en la *suite* y me hice un ovillo en el sillón que había junto a la ventana, desde donde me limité a contemplar el agua: estaba surcada por gran cantidad de barcas pesqueras y transbordadores que llevaban pasajeros de un lado al otro de la ciudad. Cuando el sol se puso, aún no había llegado a ninguna conclusión, pero decidí que debía meterme en la cama. Me tapé con la colcha sin tener ni idea de cómo iba a dormirme. Seguro que mi cerebro, pasado de vueltas, no me lo permitiría.

Sin embargo, caí rendida en cuanto toqué la almohada con la cabeza.

A la mañana siguiente tenía los ojos hinchados de tanto dormir, pero notaba la mente mucho más despejada. Me quedé tumbada en la cama varios minutos, capaz al fin de asimilar toda la información que me habían facilitado el día anterior y evaluar cada detalle con objetividad. Bueno, tal vez no con una objetividad total, puesto que seguía algo aturdida por la noticia de que mi padre mantenía una relación romántica internacional, pero el resto de los componentes sí me resultaban más fáciles de examinar.

Cuando me eché una bata de seda por encima del camisón, Redvers ya estaba en la salita, vestido y esperándome. Sus cálidos ojos se suavizaron al verme.

—Me alegra que hayas dormido tan bien.

—¿Cómo sabes que he dormido bien? —pregunté, desafiante.

Levantó una ceja con elegancia y yo me sonrojé. Tendría que recordar dejar los combates verbales para después de tomarme el café. No es que hubiera ocurrido nada subido de tono esa noche, pero sí compartíamos cama. Me pregunté qué haría mi tía si descubriera ese detalle en concreto: seguro que se horrorizaría. No

obstante, desde la travesía transatlántica en el *Olympic*, donde nos habíamos hecho pasar por marido y mujer, Redvers se había acostumbrado a registrarnos de esa forma. Para él, que todavía no estuviéramos legalmente casados no era más que un tecnicismo. Yo, por supuesto, aún sentía cierta aprensión ante la idea de dar el sí quiero. No por el hombre a quien se lo daría, sino porque el matrimonio no me había tratado nada bien en el pasado.

En esta ocasión, no obstante, estaba tomando decisiones mucho mejores.

—Tu tía y su prometido desayunarán con nosotros.

O tal vez no.

—¿No ha habido forma de evitarlo? —Suspiré al ver que los labios de Redvers se curvaban con diversión—. Ya lo sé, ya lo sé… Ayer casi no estuvimos nada con ellos. —Regresé al dormitorio—. Aunque no estoy segura de que vayan a resultarnos de ayuda —refunfuñé.

Millie, en todo caso, solía acabar siendo un estorbo. Aun así, me adecenté en un tiempo récord y volví a presentarme en la salita, esta vez vestida para el día.

Sin embargo, Redvers aún no estaba dispuesto a bajar. Seguía ocupando uno de los silloncitos y me indicó que me sentara en el que tenía enfrente.

—Necesito café —dije.

No me vendría ninguna idea brillante hasta que hubiera puesto a punto el cerebro con un par de tazas de fuerte café turco. Casi se me hizo la boca agua solo con pensarlo.

—No tardaré ni un minuto. Prefiero hablarlo contigo ahora, sin tu tía delante.

Suspiré, me senté y empecé con mis propias preguntas:

—¿Interrogaste ayer a Ziya Bey acerca de la expedición?

Redvers asintió.

—Sí, y negó saber nada al respecto, pero es muy poco probable que sea cierto, a juzgar por su reacción.

—O sea que ahora tenemos que averiguar cómo sacarle la verdad. —Meneé la cabeza—. Añade eso a la lista de cosas por las que tenemos que preocuparnos. —Empezaba a ser una lista bastante larga—. ¿Lo seguiste después?

—Lo seguí, y un buen rato, la verdad. No descubrí nada sobre tu padre, pero sí averigüé bastante sobre el propio Ziya Bey. Para ser un hombre tan devotamente religioso como dice ser, tiene algunas… costumbres muy interesantes.

Eso me despertó la curiosidad.

—¿Como cuáles?

—Lo seguí hasta una parte de la ciudad conocida por ser epicentro de vicios. Si tuviera que apostar, diría que nuestro archivero es un entusiasta del opio o de las mujeres.

—Puede que de ambos —señalé, divertida.

Redvers sonrió al ver mi entusiasmo.

—No me arriesgué a entrar para preguntar. El establecimiento era demasiado pequeño y me habría descubierto enseguida. —Su sonrisa desapareció y se me quedó mirando—. ¿Cómo llevas las noticias de ayer?

Podría haber fingido que no sabía a qué se refería, pero no habría servido de nada. Además, esa conversación se interponía entre el café y yo, de modo que lo mejor sería quitármela de encima lo antes posible.

—Fue un duro golpe saber que mi padre tiene una… relación romántica. —Seguía sin estar segura de cómo referirme a esa mujer —. No sé cómo tomármelo.

—¿No es natural que tu padre haya conocido a alguien? ¿Cuánto hace que falleció tu madre?

—Murió cuando yo era pequeña, así que debe de hacer más de veinte años ya. —No me apetecía calcular exactamente cuántos. A medida que la cantidad de años que nos separaban crecía, más me entristecía, puesto que mis recuerdos de ella se hacían cada vez más tenues—. Es solo que el corazón del sultán era una especie de broma entre ellos dos. —Rememoré las imágenes borrosas de mi madre metiéndose con mi padre. Bromeando, por supuesto. Mi padre tenía un gran sentido del humor, aunque a menudo estaba demasiado inmerso en sus estudios para exhibirlo, así que mi madre se lo sacaba a fuerza de incordiarlo, y él la llamaba su «corazón de corazones»—. A ella le encantaba decir que el verdadero amor de mi padre era el corazón del sultán, y discutían por ello, aunque nunca

en serio. —Sonreí al recordarlo, pero enseguida recuperé la seriedad —. Cuando murió, encontrar el corazón se convirtió en una obsesión para él. Como una forma de mantener viva su memoria, supongo.

—Pero ahora que tiene a otra persona… —señaló Redvers.

—Imagino que me pregunto por qué sigue intentando encontrar el corazón. ¿Ha arrinconado los recuerdos de mi madre? Además, ¿para qué habrá pedido prestado ese dinero poniendo la casa como aval?

Lo que no dije fue que también me preguntaba qué sería de mi padre —y de mí— si perdíamos el dinero y la casa. No quería verme obligada a depender de nadie para tener un techo. Para mí era muy cómodo saber que contaba con un hogar al que podía regresar, por mucho que técnicamente perteneciera a mi padre. ¿Y si de pronto nos lo arrebataban?

Redvers guardó silencio un momento.

—Veo adónde quieres ir a parar.

Me ofreció una mano y yo, tras aceptarla, me levanté. Él me sentó en su regazo y me abrazó.

—Lo encontraremos —dijo, pegado a mi hombro.

No fui capaz de contestar nada, pero por unos instantes, envuelta en sus brazos, sentí la certeza de que lo lograríamos. También recordé que había accedido a formar un hogar con ese hombre y me sentí algo menos inquieta.

Entonces se puso de pie, con lo que casi me tiró al suelo.

—Hora de desayunar.

Nos dirigimos al vestíbulo, donde Millie y lord Hughes estaban esperándonos ya. Me preparé para recibir un rapapolvo por lo mucho que había dormido o lo cansada que se me veía todavía, pero mi tía se limitó a echarme un vistazo, poner los ojos en blanco y dirigir a nuestro pequeño grupo hacia el pequeño restaurante anexo al vestíbulo del hotel. Redvers me tomó de la mano y la apretó. Alcé la mirada y vi el brillo de sus ojos; sabía muy bien qué comentario había esperado de mi tía, así que también yo le apreté la mano

mientras le dirigía la primera sonrisa sincera que conseguía ofrecer en días.

Al fin y al cabo, si lográbamos sobrevivir a Millie, no había duda de que conseguiríamos dar con mi padre. ¿Qué no podíamos hacer los dos juntos?

El desayuno se servía en una sala muy luminosa, justo al otro lado del gran salón. Tenía toda una pared que consistía en una serie de ventanales interrumpidos únicamente por unos gruesos pilares blancos. El lugar estaba abarrotado de mesas cubiertas con manteles blancos y altas plantas semejantes a palmeras, que se repartían por el espacio y aportaban una calidez muy necesaria. El camarero, un joven atento, nos acompañó a la mesa y esperó a que decidiéramos qué queríamos comer antes de apresurarse de vuelta a la cocina. Millie y lord Hughes pusieron reparos y solo pidieron un té, diciendo que ya habían comido algo. Yo pedí unos huevos además del desayuno tradicional turco, y Redvers siguió mi ejemplo. Me gustaba probar la gastronomía local y alimentarme igual que los lugareños al menos una vez en cada viaje.

En cuanto la comanda estuvo hecha, Millie se arrancó con una de sus peroratas.

—El palacio de Topkapi es bastante bonito, a su manera, aunque tiene una decoración casi escandalosa. Creo que los azulejos se pintaron a mano. Y deberíais ver la sala donde exponen joyas y oro. Es digno de ver.

No pude prestar mucha atención a la perorata sobre lo que habían visitado el día anterior hasta que tuve mi café turco delante; por suerte, me lo sirvieron enseguida. Era denso y fuerte, justo lo que necesitaba para despertar mi cerebro, aunque la taza fuera pequeñísima. El camarero enarcó una ceja cuando pedí otro casi al instante, pero fue a buscarlo sin rechistar.

Redvers lo siguió con la mirada.

—Tu consumo de café va a escandalizar al país —me susurró, puesto que mi tía seguía describiendo en detalle los terrenos del palacio.

Ni siquiera había llegado aún al edificio en sí.

—Las tacitas son minúsculas —contesté en otro susurro—. Tendría que tomarme cuatro para hacer una sola taza de las…

—Jane, ¿escuchas lo que digo?

Me pregunté cómo era posible que siempre me llevara yo una regañina por esas conversaciones murmuradas, mientras que Redvers nunca recibía. Bebió otro sorbo de su té con cara de ser del todo inocente, y puede que le diera una patada por debajo de la mesa sin querer antes de contestar a mi tía.

—Que sí, tía Millie. Estabas hablando del sultán.

—Así es. Solimán el Magnífico.

Me libré de una lección más extensa gracias a que llegó el desayuno. Los huevos tenían buena pinta, pero el resto de las bandejas los eclipsaban con diferencia. Lonchas de quesos y rebanadas de pan de buena corteza, una pasta de tomate con aceitunas, pepino y tomate cortados en daditos; cada cosa en su propio cuenco, todo con aspecto de ser fresco y estar delicioso. Me lancé de inmediato, y Redvers también.

Millie se interrumpió el tiempo suficiente para dejar que nos concentráramos en nuestros platos antes de volver a la carga.

—No sé, pero la idea de un harén me resulta bastante desconcertante, aunque por lo visto ese sultán era diferente. Tenía uno, desde luego, pero ¿sabíais que, por lo menos al cabo de un tiempo, estuvo bastante enamorado de una sola mujer? Edward, ¿cómo se llamaba?

Lord Hughes se aclaró la garganta.

—Roxelana, creo que era. Aunque a veces la llaman Hürrem Sultan.

Millie profirió un sonido de confirmación.

—Sí, creo que era así. En cualquier caso, bebía los vientos por ella, y eso que era una esclava y él tenía ya un harén entero de mujeres donde elegir. Por lo visto, acabó desposándola. Suena a historia de amor de las de verdad. Incluso se escribían poemas cuando él no estaba en palacio. —Rebuscó un momento en su bolsito—. Fuimos con un guía que nos recitó unos versos que el sultán le había dedicado a ella. Le pedí que me los escribiera.

Se detuvo un momento y le lanzó a lord Hughes una sonrisa furtiva que él le correspondió. No pude por menos de pestañear al verlo; todavía me desconcertaba descubrir el lado más manso de Millie. Un instante después, reprendió su búsqueda y por fin sacó un papel.

—Aquí lo tengo. El sultán escribía con pseudónimo, ¿sabéis? Muhibbi. Bueno, esto es lo que le escribió:

> Trono de mi nicho solitario, mi fortuna, mi amor, mi luz de luna.
> Mi amiga más sincera, mi confidente, mi existencia entera, mi sultana, mi amor único y valiente.
> La más hermosa entre las hermosas…
> Mi primavera, mi amada de rostro alegre, mi día, mi corazón, mi hoja sonriente…
> Mi vergel, mi dulce, mi rosa, la única que en este mundo no me provoca congoja…
> Mi Estambul, mi Karaman, tierra de mi Anatolia.
> Mi Badajsán, mi Bagdad y Jorasán.
> Mi mujer de preciosa melena, mi amada de frente inclinada, mi amada de mirada traviesa… Por siempre cantaré tus alabanzas.
> Yo, amante de corazón atormentado, Muhibbi el de los ojos arrasados, soy feliz.

Millie leyó los versos con gran sentimiento y todos la escuchamos sin decir nada. Como poema, era bonito, pero en mí desencadenó una serie de emociones diferentes. El amor del sultán por esa mujer era evidente, puesto que le dirigía muchos apelativos: primavera, rosa, luz de luna. ¿Era posible que a veces también se refiriera a ella como «su corazón»? ¿Y no era el corazón del sultán justamente lo que nos había llevado allí? El acertijo resonó en mi cabeza unos instantes. El corazón lejos de su corazón, pero la llave…

—Creo que sé dónde hay que buscar —dije con cautela.

Mis tres compañeros de mesa guardaron silencio.

—¿Dónde? —preguntó Redvers al cabo de unos segundos.

—Donde esté enterrada Roxelana.

13

—¿De qué estás hablando? —espetó mi tía.

Era evidente que le había molestado que hubiera interrumpido su disertación sobre el palacio de Topkapi y la historia de amor entre el sultán y su esposa, la otrora esclava. Por lo visto, su monólogo había continuado cuando yo había dejado de escuchar y me había puesto a barruntar.

Sin embargo, vi que Redvers ya estaba uniendo las mismas piezas que yo. Asintió con lentitud y se reclinó en el respaldo de la silla.

—Creo que podrías tener razón.

—Sobre todo porque los visires habrían conocido su devoción por ella.

—¿De qué estáis hablando? —La voz de Millie sonó una pizca más potente esta vez, y supe que tendríamos que ofrecerle alguna explicación antes de que todo el restaurante recibiera un informe detallado de lo mucho que la habíamos decepcionado ambos.

Redvers se aclaró la garganta y les hizo a lord Hughes y a Millie un resumen del estado de la situación, dejando al margen cualquier mención a que alguien siguiese a mi padre y también a nosotros. Me pregunté si era lo más sensato, ya que se me ocurrió que incluso mi tía y lord Hughes podían tener a alguien siguiéndolos, pero intuí que había algún motivo por el que Redvers no quería revelar ese detalle, así que me callé.

Millie, a regañadientes, pareció aceptar que tal vez yo tenía razón sobre el significado de esa pista tan críptica.

—Deberíamos ir allí de inmediato —anunció, y levantó la mano para llamar al camarero.

Vi que Redvers pensaba deprisa, así que me acomodé y me limité a disfrutar del espectáculo.

—Bueno —dijo con cautela—, creo que sería mejor no ir juntos. De hecho, me parece que lo más sensato sería dividirnos en dos grupos.

—¿Y eso por qué? —preguntó lord Hughes.

Redvers se detuvo un momento y yo luché por disimular lo mucho que estaba divirtiéndome.

—Podremos cubrir más terreno si nos separamos. Por si Jane no tiene razón. Sería útil buscar en otros lugares donde la mujer del sultán pasara el tiempo. —A medida que la idea calaba, empezó a hablar más deprisa. Vi que empezaba a gustarle su propia historia, pese a haberla improvisado sobre la marcha. Ni siquiera me molestó la insinuación de que podía haberme equivocado; su claqué argumental me entretenía demasiado—. Lord Hughes, creo que usted y la señora Stanley…

Ahí mi tía lo interrumpió:

—Millie —señaló con un tono que no dejaba lugar a discusión.

No pude evitar que las cejas casi se me alzaran por encima del rostro, pero nadie estaba fijándose ni remotamente en mí. Regresé a mi tacita de café turco. Había llegado casi al fondo, donde la bebida era más bien un barro suelto. La mayoría de la gente dejaba de beber ahí, pero yo continué, disfrutando de la sensación que me producían los posos contra los dientes.

Redvers le dirigió una sonrisa cálida a mi tía.

—Millie, pues. —Y siguió explicando el plan que se había sacado de la manga—. Creo que vosotros dos deberíais regresar al recinto del palacio e inspeccionar el harén. Es muy probable que la siguiente pista se encuentre ahí, y hará falta vuestra vista de lince para peinar un área tan grande.

Mi tía apretó los labios y asintió con firmeza.

—Es una idea magnífica.

Tenía que reconocer que me había impresionado. Millie jamás habría accedido a ese plan si se lo hubiera propuesto yo. Aunque me sorprendía un poco que no hubiera detectado la evidente estrategia zalamera de Redvers.

—Vamos, Edward, tenemos trabajo. —Mi tía se levantó sin más ceremonia y echó a andar hacia la salida.

Lord Hughes nos dedicó una sonrisa cálida. Sospeché que él era muy consciente de que Redvers se había propuesto apartarlos a los dos de en medio, pero que no le importaba en absoluto.

—Nos veremos esta tarde, entonces —dijo, y siguió a Millie con paso tranquilo.

La alcanzó justo cuando mi tía se giraba con impaciencia para ver por qué no estaba ya con ella.

Redvers y yo esperamos un poco más antes de levantarnos también de la mesa.

—Has estado muy fino —dije.

—Gracias. Estoy encantado de que haya salido tan bien.

—¿Nos vamos directos a la tumba? —pregunté.

—Creo que Roxelana está enterrada en un mausoleo del recinto de la mezquita de Solimán, pero no es ahí adonde iremos primero.

Me invadió la frustración. Teníamos que encontrar a mi padre y, que yo viera, resolver ese acertijo era nuestra mejor oportunidad de hacerlo.

Sin embargo, antes de poder abrir la boca para decir nada, Redvers me puso una mano en el hombro mientras sus ojos seguían fijos en Millie y lord Hughes.

—Primero averiguaremos si también los siguen a ellos.

Me desinflé enseguida, y mi frustración se vio sustituida por gratitud: Redvers mantenía la cabeza clara, mientras que la mía me impulsaba a recorrer la ciudad sin pensar en si podía estar dándole pistas a alguien. Respiré hondo. Encontraríamos a mi padre, solo teníamos que ser listos en cuanto a la forma de conseguirlo. Obligué a mi cuerpo a tranquilizarse mientras nos poníamos de pie, medio ocultos por un gran pilar que había al fondo del vestíbulo.

Hughes y Millie ya estaban subiendo a un taxi cuando un hombre vestido con un traje gris se levantó de uno de los sofás tapizados de rojo. Era bajito, pero por lo demás completamente anodino, y comprendí que se confundiría con facilidad entre los lugareños. Lo que lo delató fue que echó a andar con bastante decisión tras mi tía y su prometido, cruzó el vestíbulo y paró un taxi enseguida.

—Creo que eso contesta la pregunta —observó Redvers.

—¿Lo reconoces de ayer?

Negó con la cabeza.

—No, no es el mismo que nos siguió a nosotros.

Paseé la mirada por el vestíbulo, preguntándome si sería capaz de localizar a alguien que pareciera sospechoso. Porque, si seguían a mi tía, sin duda también habría alguien siguiéndonos a nosotros.

Redvers me ofreció un brazo y me hizo cruzar el vestíbulo como si regresáramos a la habitación. Cuando entramos en el ascensor, le sonreímos con amabilidad al ascensorista que cerró las puertas y nos subió a nuestra planta. Cuando salimos todo fue perfectamente normal hasta que las puertas se cerraron de nuevo y el ascensor empezó a descender.

—Deprisa. —Redvers tiró de mí en el sentido contrario a la habitación—. Vamos por aquí.

Abrió una puerta discreta que parecía solo para uso del personal del hotel. Cuando se cerró tras nosotros, oí que el ascensor se detenía de nuevo en esa misma planta.

Bajamos la escalera corriendo y salimos por una puerta poco usada que daba a una calle estrecha y abarrotada, ideal para nuestros propósitos. Al cabo de un momento me di cuenta de que estaba lloviendo, y agradecí haber pensado en bajar a desayunar con el abrigo de lana. Redvers solo llevaba la americana del traje, así que esperé que no pasara frío.

—Este truco solo nos funcionará una vez —me advirtió mientras corríamos hacia la siguiente travesía, salpicándonos con el agua que se acumulaba entre los adoquines—. A partir de ahora, tendremos que ser más astutos aún para despistarlos.

En el cruce, Redvers encontró un taxi enseguida y nos subimos a él. Durante varias manzanas estuvo mirando tras nosotros para ver si nos seguía algún otro vehículo, pero parecía que habíamos conseguido escapar sin ser vistos.

Por lo menos esa vez.

14

—¿Crees que es por ti? ¿O por mi padre?

—Me inclino a pensar que es por tu padre, visto que también siguen a tu tía y a lord Hughes. —Redvers hablaba en voz baja—. Pero es difícil estar seguro. Además, ahora ya saben que sabemos que están ahí.

Eso era cierto, sin duda. Al haberles dado esquinazo de una forma tan evidente —fueran quienes fuesen—, básicamente les habíamos anunciado que sabíamos que estaban ahí y que nos estaban siguiendo. Esperaba que Redvers tuviera más ideas para perderlos de vista en el futuro y, sobre todo, para descubrir por qué nos seguían y quiénes eran.

Sin embargo, un taxi público no era lugar para hacerle esas preguntas.

La mezquita de Solimán se encontraba al otro lado del Cuerno de Oro, no muy lejos de donde habíamos estado el día anterior. No obstante, puesto que se levantaba sobre la colina más elevada de la ciudad, pudimos verla incluso desde nuestro lado en cuanto nos acercamos al agua. El taxi cruzó el puente y zigzagueó por las calles estrechas para dejarnos cerca del templo.

El complejo era muy extenso. La mezquita de piedra, con sus numerosas pequeñas cúpulas alrededor de una mayor y sus altos minaretes, dominaba toda la zona. Pese a la angustia y la frustración que me perseguían desde que había llegado a Estambul, no pude evitar tomarme un momento para admirar la impresionante arquitectura que tenía ante mí.

—Esto es enorme.

—Lo es —convino Redvers—. Además de la mezquita en sí, en el recinto hay varias escuelas, unos baños y muchos otros edificios.

Entramos por la parte delantera, pasando por entre lo que Redvers creía que eran unas escuelas religiosas anexas al templo. Parecían pequeños complejos por derecho propio. Después llegamos a un gran patio y nos dirigimos a la entrada principal de la mezquita, donde nos quitamos los zapatos para llevarlos en la mano.

—Ya que estamos aquí, podemos echar un vistazo dentro. La tumba de Roxelana se encuentra detrás de la mezquita, pero tendrás que cubrirte la cabeza.

Deseé haber llevado una bufanda para taparme, en deferencia a sus creencias, pero esperé que con mi casquete de lana bastara.

Al entrar, nos mantuvimos junto a las paredes del gran espacio oscuro y nadie dijo nada ni sobre mi tocado ni sobre mi presencia, aunque dejé de preocuparme por ello en cuanto cruzamos la puerta, ya que el interior era espectacular. La construcción era ligera y diáfana, con unas enormes arañas de luz de forma circular que colgaban bajas del techo. La característica dominante del interior de mármol era los amplios arcos, en los que se alternaban la piedra rosa y la blanca, y una multitud de ventanas también en arco que ascendían hasta la gran cúpula, pintada de dorado y verde, que se alzaba en lo alto. Me di cuenta de que estaba casi boquiabierta, y por un instante me alegré de no dejar que mi impaciencia por la tarea que teníamos entre manos estropeara el disfrute de los monumentos que íbamos encontrando en el camino hacia el lugar del descanso eterno de Roxelana. Continuamos avanzando por los laterales de la sala, pasando junto a columnas y arcos, hasta llegar a una salida que había hacia el final y que nos llevó a otro patio mucho más pequeño.

En cuanto estuvimos allí y localicé los mausoleos, sin embargo, recuperé la sobriedad. Había dos: uno era notablemente más grande y tenía una columnata que lo rodeaba por completo. Estaba decorado con arcos y una cúpula característica en lo alto.

Redvers me indicó el más pequeño.

—Ese es el de Roxelana —dijo.

Nos dirigimos al edificio octogonal sin mediar palabra. Tenía una pequeña zona de vestíbulo —muchísimo más modesta que la del sultán—, y Redvers abrió las puertas para poder entrar en el

siguiente espacio. Aunque el alicatado artesanal de todo el complejo era precioso, lo que nos encontramos en esa sala era, sin lugar a dudas, asombroso. Los azulejos estaban pintados con motivos que recordaban a plumas en tonos azules y verdosos, que lo cubrían todo desde el suelo hasta el techo. También había baldosas más grandes, con una bella caligrafía pintada encima de cada una de las ventanas, las cuales podían cerrarse con unos postigos de madera de tallas intrincadas. Las ventanas, que bañaban la estancia de luz pese al día nublado, se alternaban con pequeñas hornacinas decoradas con esas mismas baldosas. Había visto azulejados preciosos en Egipto, pero no podían compararse con aquel exquisito trabajo.

Lo que no vi, no obstante, fue ningún lugar donde esconder algo.

—Aquí no hay ningún rincón donde ocultar ni un rollo —susurré.

Por desgracia, la lluvia parecía haber llevado allí a más gente en lugar de disuadirla, y el recinto estaba bastante lleno de turistas.

Miré alrededor y me di cuenta de que, además de la presencia de todas esas personas, tampoco sabíamos muy bien qué era lo que buscábamos. Yo había imaginado un trozo de papel antiquísimo, enrollado y atado con una cinta pulcra, pero eso no era realista. De hecho, no era plausible en absoluto.

En el centro de la sala había tres tumbas de piedra con cubiertas a dos aguas. La mayor de todas, la que pertenecía a Roxelana, estaba rodeada por una valla de madera con elaboradas tallas que llegaba a la altura de la cintura. Le di un codazo suave a Redvers.

—¿Crees que…? —Señalé las tumbas con la cabeza.

Sería una auténtica hazaña conseguir pasar al otro lado de la valla y llegar hasta la tumba sin que nadie nos viera.

Negó con la cabeza.

—Roxelana murió varios años antes que el sultán, sí, pero es poco probable que abrieran la tumba y la profanaran —contestó susurrándome al oído.

Tuve que reconocer que fue un alivio; no me hacía especial ilusión ponerme a saquear tumbas. Aunque estaba dispuesta a lo que hiciera falta para encontrar a mi padre, me alegré de no haber llegado aún a ese extremo.

Redvers inspeccionó la primera hornacina mientras yo empezaba a recorrer el perímetro despacio, fijándome en los motivos orientales. Remolinos de colores y detalles minúsculos empezaron a nublarme la vista, pero perseveré mientras otros visitantes me adelantaban en una corriente de personas que arrastraban las suelas mojadas por el suelo de mármol. Me quedé un rato más admirando las plumas pintadas por encima de las ventanas.

Detrás de mí, noté que Redvers se había detenido, pero no aparté los ojos de lo que estaba inspeccionando, ni siquiera cuando otra pareja cruzó la puerta y me golpeó el brazo al pasar. Yo seguía mirando fijamente las paredes. Y por fin encontré lo que buscaba. Me habría gustado soltar un alarido de victoria, pero aquella pareja se disponía a salir del espacio y no quería atraer más su atención; bastante lo habría hecho estudiando en detalle las paredes. Cuando dieron la vuelta completa y se marcharon, le hice una señal a Redvers.

—Ahí. —Señalé un punto justo en el centro de la pared frente a la que me encontraba, donde los motivos quedaban interrumpidos por un azulejo orientado en la dirección equivocada.

Redvers me miró con intención.

—¿Quieres hacerlo?

Observé el azulejo un momento más y me acerqué. Mi padre debía de haber estado allí y haber visto lo mismo, y luego debió de volver a colocar el azulejo de alguna forma. Al acercarme más, reparé en que la fina línea de mortero que lo rodeaba estaba desgastada, le faltaba material.

—No parece que sea muy difícil sacarlo otra vez —dije, todavía sin tocarlo.

—¿Por qué no montas guardia para asegurarnos de que no viene nadie? Preferiría no acabar en una prisión turca.

—Yo preferiría que ninguno de los dos acabásemos ahí.

Redvers sacó su juego de ganzúas del bolsillo interior de la americana y escogió una fina herramienta de metal.

—No debería costar mucho, parece que ya lo han extraído más veces —masculló para sí.

Mientras se ponía manos a la obra, yo me coloqué en la puerta, apoyada contra el marco con displicencia mientras miraba hacia el otro patio, pero sin perder comba de lo que ocurría tras de mí. Esperaba que Redvers se diera prisa, porque no pasaría mucho rato antes de que alguien se acercara. Ese pequeño mausoleo era sorprendentemente popular entre los turistas. Supuse que era por la bonita historia de amor entre el famoso sultán y su esposa.

Los suaves sonidos de la herramienta rascando tras de mí no resultaban nada llamativos, pero de todos modos me hicieron tensar los hombros, que empezaban a ascender hacia mis orejas. Me dije que solo estábamos siguiendo los pasos de mi padre, que solo hacíamos lo que había que hacer. Con suerte, después podríamos recolocar el azulejo. Tal vez antes de que nadie lo echara en falta. Aunque sabía que eso no eran más que ilusiones mías.

Apenas pasaron unos instantes antes de que Redvers me rozara el brazo al salir por la puerta.

—Vámonos.

Tomamos una ruta diferente para abandonar el complejo y, mientras esquivábamos paraguas, esperamos que nadie nos hubiera visto cerca del mausoleo. Avanzamos a paso tranquilo para no llamar la atención, aunque nos dirigíamos con decisión hacia la salida. Estaba demasiado nerviosa para disfrutar del entorno, a pesar de sentir una punzada de remordimiento al comprender que era poco probable que volviera a visitar esos hermosos edificios. Hubiera sido más agradable verlos en un día soleado, disfrutar de la vista del Cuerno de Oro y la ciudad que se extendía a su alrededor.

Cuando regresamos a la calle y echamos a andar a paso raudo en dirección contraria a la mezquita de Solimán, se oyó la llamada a la oración. Era un sonido hermoso y característico, una voz masculina entonando algo que podían ser palabras, aunque resultaba difícil saberlo. El sonido reverberaba por las calles y llegaba desde las numerosas mezquitas de la ciudad.

Con la llamada resonando a nuestro alrededor, por fin me atreví a hacer la pregunta:

—¿Lo tienes?

Redvers me lanzó una sonrisa rápida y chulesca.

—Por supuesto que lo tengo.

15

Encontramos un *MEYHANE* algo apartado, donde pedí un café y Redvers, una taza de té. Me quité el abrigo de lana, que estaba empapado, y lo colgué en el respaldo de la silla mientras él hacía lo propio con su americana. La mesa en la que estábamos se encontraba en el oscuro interior de la sala, en un rincón del fondo, tal como Redvers había pedido. Cuando estuvo seguro de que el camarero estaba ocupado en otra parte, metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó el azulejo que había retirado de la pared junto con una buena dosis de polvo. Lo sostuvo ante mí antes de contemplarlo él mismo, gesto que me llenó de cariño mientras empezaba a inspeccionarlo de cerca.

La parte delantera del azulejo no tenía más que el motivo de plumas en tonos azules y verdosos que se repetía por todas las paredes del mausoleo, pero la parte de atrás mostraba lo que parecía una inscripción en árabe. Me alivió ver que había acertado al pensar que ese azulejo era la pista. Gracias a los cielos, no tendríamos que regresar al escenario del crimen para realizar más actos vandálicos. Por desgracia, ninguno de los dos sabía leer la inscripción, y menos aún si estaba en turco antiguo.

Noté que fruncía el ceño y me esforcé por relajar de nuevo la expresión mientras le devolvía el azulejo a Redvers.

—Necesitamos un traductor.

Él volvió a echarle un breve vistazo antes de guardarlo a buen recaudo en su bolsillo.

—En efecto.

El camarero había llegado con las bebidas calientes y cada uno aprovechó para poner en orden sus ideas mientras el joven lo dejaba todo en la mesa.

En cuanto desapareció de nuevo, dije en voz alta lo que había estado rumiando:

—Lo más lógico sería pedirle a Ziya Bey que nos lo traduzca. Mi padre confiaba en él para realizar sus traducciones cuando estaba aquí.

—Y, sin embargo, Maral no —adujo Redvers.

—Aunque es difícil saber por qué.

Redvers asintió, de acuerdo conmigo, y luego reflexionó un poco antes de volver a hablar.

—No creo que tengamos más opción que llevárselo a Ziya —dijo —. Será mejor no arriesgarse a enseñárselo a ningún desconocido, que podría darse cuenta de lo que es y, o bien denunciarnos por vandalismo, o bien seguir las pistas por su cuenta.

Hice una mueca. Todavía me sentía mal por haber desfigurado un monumento tan antiguo y bonito, pero las circunstancias eran las que eran, de modo que me dije que no habíamos tenido más remedio y prometí devolver el azulejo a su sitio en cuanto tuviéramos ocasión.

—¿Crees que Ziya nos entregará a la policía? —pregunté.

Redvers se encogió de hombros.

—Es una posibilidad, claro está. Aunque creo que es menos probable que lo haga él que alguien que no nos conoce de nada.

—¿Podemos estar seguros siquiera de que mi padre encontró esta pista? ¿Desaparecería antes de tener ocasión de ir a buscarla?

No tenía ni idea de cómo habría podido conseguir mi padre extraer el azulejo de la pared sin que nadie se diera cuenta. Era un académico, no un espía internacional. También me pregunté cómo habría podido traducirlo allí mismo. Sabía un poco de turco, pero dudaba de que su nivel alcanzara para algo así. ¿Era posible que hubiera sido el primero en hallar la inscripción?

Redvers negó con la cabeza.

—Había un poco de masilla en cada esquina del azulejo y parecía como si alguien hubiera aplicado mortero barato en las grietas. No he tenido que raspar mucho para sacarlo, lo cual quiere decir que alguien más había estado antes ahí.

En ese caso, debíamos esperar que hubiera sido mi padre, o nuestra búsqueda del corazón del sultán sería inútil.

Redvers, ajeno a los argumentos que se debatían en mi cabeza, hizo un leve gesto de impotencia.

—Si fue otra persona la que se adelantó y encontró el corazón, creo que o tu padre o la comunidad del mercado negro se habrían enterado. Eso significa que lo más probable es que fuera él quien descubrió el azulejo. A fin de cuentas, fue tu padre quien encontró el documento con el acertijo.

Si había sucedido así, ¿había extraído mi padre el azulejo, había pedido que se lo tradujeran y lo había devuelto a su sitio? ¿Sin que nadie más lo viera ir y venir? Para traducirlo se lo habría llevado a Ziya Bey, pero me parecía inimaginable que el archivero hubiera pasado por alto contarnos eso. Que mi padre le hubiera llevado ese azulejo era un detalle bastante importante.

¿O nos lo había ocultado adrede? ¿Era posible que Maral tuviera razón al no confiar en él? Quería gritar de frustración.

—¿Y si Maral tiene razón y no debemos fiarnos de Ziya? Algo oculta, pero ¿será más que una simple debilidad por las mujeres? —En aras de la simplicidad, reduje mi debate interno a los detalles más básicos.

—Ya lo he pensado. —Redvers bebió un poco de té, hizo una leve mueca y añadió otro terrón de azúcar, tras lo que le dio vueltas—. No tenemos por qué decirle de dónde hemos sacado el azulejo, desde luego. Sencillamente habrá que tenerlo siempre cerca para poder vigilarlo.

—Ten cerca a tus amigos… —dije con un suspiro.

—… y aún más a tus enemigos —terminó Redvers.

Fuimos a los archivos en busca de Ziya, pero uno de sus compañeros nos dijo que no había ido a trabajar ese día. El hombre nos comentó que también se había ido a casa temprano el día anterior, es decir, justo después de nuestra visita. Por la tarde había

ido a vernos al hotel, pero eso dejaba varias horas sin explicar. No hizo que me sintiera más tranquila para confiar en él.

—Esto no me gusta —le dije a Redvers cuando volvimos a la calle.

Su rostro estaba cubierto por una sombra.

—A mí tampoco, para serte sincero. —Miró alrededor—. Si regresamos al hotel, seguro que volverán a seguirnos, pero creo que por ahora es nuestra mejor opción. Debemos reagruparnos.

Estuve de acuerdo, así que tomamos un tranvía hasta el puerto y luego el transbordador hacia el otro lado del Cuerno de Oro, donde nos alojábamos. Las inclemencias del tiempo hicieron que la travesía no fuera precisamente ideal, y se me revolvió un poco el estómago con tanta marejada. Me alegré de llegar a la orilla contraria y, para cuando conseguimos un taxi que nos llevara al hotel, ya me encontraba mejor.

Irrumpimos en el vestíbulo con paso firme… Bueno, yo irrumpí con paso firme, Redvers tenía la molesta costumbre de entrar paseando con elegancia allá adonde fuera. No habíamos llegado muy lejos cuando vi de reojo que alguien se levantaba bastante deprisa, así que me detuve para mirarlo.

No era otro que Ziya Bey.

—¡Señor Redvers! Señora Redvers. Me preguntaba cuándo regresarían.

A punto estuve de corregirle y decirle no solo que me apellidaba Wunderly, sino que Redvers ni siquiera era un apellido. Era su nombre de pila, pero la explicación de por qué Redvers lo evitaba y el hecho de que todavía no estuviéramos casados… En fin, me faltaba energía para todo eso. Si Ziya Bey quería llamarme señora Redvers, me parecía bien. Además, estaba segura de que no sería la última vez que sucedería. A la gente le encantaba suponer cosas.

Redvers y yo nos apartamos del flujo de transeúntes del vestíbulo mientras Ziya se acercaba. Yo casi no podía estarme quieta en el sitio, impaciente por deshacerme del abrigo mojado.

—Espero que no lleve mucho rato esperando —dijo Redvers—. Siento que ayer no pudiéramos reunirnos los dos con usted.

Con todo lo que había ocurrido, casi había olvidado que la intención de Ziya había sido vernos la tarde del día anterior en el

hotel, y también que Redvers lo había seguido y había descubierto detalles bastante sucios sobre el hombre. Me pregunté si Maral, de alguna forma, conocía los vicios a los que se entregaba este hombre, y si por eso no confiaba en él. Me apunté mentalmente que debía preguntárselo en algún momento.

—Entiendo lo agotador que puede resultar viajar. —Sonrió—. Espero que hoy estén más descansados.

—Así es, gracias. —Redvers guardó silencio y observó al hombre un instante.

Comprendí que intentaba decidir si debíamos seguir adelante con el plan original y pedirle al hombre que nos ayudara con la traducción. Puesto que estaba allí esperándonos, se podía explicar que no hubiera ido a trabajar a los archivos, de modo que tal vez no había motivo alguno para sospechar. Bueno, ningún motivo más.

Ziya señaló hacia el restaurante que había junto al vestíbulo.

—¿Les apetece un té?

—Me parece una idea magnífica. —Redvers paseó la mirada por el vestíbulo—. Pero pediremos que nos lo suban a la habitación.

Si a Ziya le escandalizó la propuesta, hizo un trabajo admirable ocultándolo. Tal vez él no entendiera qué motivo había para subir a nuestra habitación, pero yo desde luego sí. Debíamos dar por hecho que nos vigilaban en todo momento, de modo que sacar del bolsillo el azulejo que habíamos birlado y ponernos a analizarlo en el restaurante de un hotel no era la opción más sensata.

Nos detuvimos en el mostrador de recepción y, tras pedir que nos subieran un servicio de té turco a la habitación, nos dirigimos al ascensor de inmediato. Ziya y Redvers charlaron un poco mientras yo seguía replanteándome si era buena idea confiar en ese hombre. Sin embargo, ya habíamos optado por esa vía, de modo que no dije nada. A esas alturas, involucrar a un desconocido era demasiado peligroso, y punto.

Cuando estuvimos en la habitación, nos quitamos los abrigos mojados y los colgamos para que se secaran antes de sentarnos en el grupo de silloncitos de la zona de estar. No tuvimos que esperar más de cinco minutos para oír que llamaban a la puerta.

Me levanté, agradecida de tener algo que hacer aparte de dar conversación.

—¡Ya voy yo a abrir!

Por desgracia, no era el té. Era Millie.

16

Mi tía se coló por la puerta antes de que hubiera abierto del todo y pasó junto a mí antes de que comprendiera a quién tenía delante. Lord Hughes, que iba detrás de ella, me dirigió un guiño amable y conspirativo antes de seguir a Millie al interior de la habitación. Asomé la cabeza al pasillo para comprobar antes de cerrar la puerta si, a uno u otro lado, no había un camarero con una bandeja de té. Me permití también cerrar los ojos un instante, preparándome para reunirme con los demás.

—Debo decir que tengo la sensación de estar perdiendo el tiempo —comentaba Millie cuando me senté de nuevo.

Lord Hughes y ella habían ocupado el pequeño confidente del fondo de la salita.

—No me da la impresión de estar avanzando en absoluto en la búsqueda de mi hermano. Edward y yo hemos inspeccionado el harén bastante a conciencia y no hemos encontrado nada útil.

Estaba a punto de explicarle que nosotros, de hecho, sí habíamos avanzado bastante, pero Millie siguió hablando:

—También me resulta asombroso que vosotros dos, sin estar casados, compartáis habitación.

La boca de Redvers se curvó con diversión, pero yo noté un calor que me encendía el rostro. Me pregunté si sería posible arrastrarme bajo el sillón y morirme allí discretamente, sin que nadie se diera cuenta.

La expresión de Ziya Bey fue de auténtico desconcierto.

—¿No están casados? El hotel jamás permitiría que una pareja que no está casada se registrara en la misma habitación. A pesar de los cambios que ha introducido Atatürk, este país sigue siendo muy religioso, muy conservador. —Ladeó la cabeza, pensándolo un poco

—. Aunque la ciudad lo es menos, eso es cierto. Pero de todos modos…

—Bueno, en realidad es solo cuestión de tiempo. Estamos prometidos y vamos a casarnos —adujo Redvers con total naturalidad mientras cruzaba las piernas—. Se suponía que iba a hablar con el padre de Jane sobre este mismo asunto cuando descubrimos que había venido a Estambul.

Cerré los ojos y me pellizqué el puente de la nariz. No era así ni mucho menos como había querido darle a mi tía la noticia de que iba a casarme otra vez. De algún modo, tenía la sensación de que había ganado ella y de que a partir de ese momento estaría más que insoportable.

Millie dio una palmada de entusiasmo.

—¡Qué noticia más maravillosa! Jane, tendremos que empezar a preparar tu ajuar. Necesitarás vestidos nuevos, por supuesto. Tienes algunos aceptables, pero no muchos. —Y siguió parloteando un poco más antes de que la interrumpiera levantando la mano.

—Para empezar, no necesito un «ajuar». —Que ya no estábamos en la era victoriana, por Dios. Pero me mordí la lengua—. Y, además, deberíamos concentrarnos en encontrar a mi padre antes que nada.

Eso consiguió que Millie volviera a poner los pies en el suelo.

—Por supuesto. —Hizo una pausa. Por una vez en su vida, parecía arrepentida—. Me he dejado llevar por la emoción del momento.

Un silencio, un silencio glorioso, se hizo con la habitación unos instantes antes de que Redvers tomara de nuevo la palabra.

—Ziya, tenemos un asunto bastante delicado que comentar con usted. Algo que necesitamos traducir.

El hombre extendió las manos.

—Me tienen a su disposición.

—Pero lo que hablemos ahora no puede salir de esta habitación. ¿Nos entendemos? —Redvers miró alrededor y estableció contacto visual con todos los allí presentes.

Cada uno de ellos asintió con la cabeza, y sus ojos oscuros por fin se cruzaron con los míos. Le sostuve la mirada, comunicándole en silencio que lo apoyaría con cualquier decisión que tomara en ese

momento. Él asintió levemente también y luego sacó el azulejo del bolsillo.

—Hemos encontrado esto y necesitamos saber qué dice la inscripción de la parte de atrás.

Redvers le pasó el azulejo al archivero en primer lugar, lo cual hizo que mi tía se levantara del confidente y se colocara de pie tras él para ver qué habíamos descubierto. Me sorprendió un poco que no le arrebatara la pieza de las manos.

—¿Dónde lo han encontrado? —Ziya sostenía el azulejo con sumo cuidado y lo miraba con incredulidad.

Redvers negó con la cabeza.

—Eso no tiene importancia.

El traductor parecía querer discutirlo, pero luego cambió de opinión. Nos lo quedamos mirando mientras leía el texto varias veces.

—No estoy seguro de que lo que entiendo aquí tenga sentido.

Justo entonces llamaron a la puerta y Millie soltó un bufido impaciente desde donde estaba, detrás de Ziya. Me levanté, fui a la puerta una vez más y en esta ocasión dejé pasar al camarero con el servicio de té. Los demás observamos en silencio mientras el hombre lo colocaba todo en una mesita baja, mirando de vez en cuando al grupo, sobre todo a mi tía, que seguía de pie en una posición extraña junto al hombro del archivero, mientras el resto permanecíamos sentados. Sin duda notó que había tensión en el ambiente, en especial porque nadie decía una palabra y todos evitábamos mirarnos a los ojos. Al lanzarle una mirada rauda a Ziya reparé en que ya no tenía el azulejo en la mano, y me alegró que hubiera tenido la precaución de ocultarlo.

—¿Desearán algo más?

El camarero seguía mirándonos con curiosidad, de modo que lo acompañé a la puerta asegurándole que no necesitábamos nada.

Cuando se hubo marchado, cerré con pestillo y regresé a mi asiento.

—Aquí no hay bastantes tazas, Jane —señaló Millie.

Me limité a mirarla unos segundos, tras lo que resopló.

—Supongo que ya nos las apañaremos.

Ziya volvió a sacar el azulejo de donde fuera que lo había escondido y se quedó mirándolo una vez más. Mi tía, que ya no estaba cernida sobre su hombro, se dedicó a servirse una taza de té.

—Ha comentado que no tenía sentido, pero ¿qué cree que dice? —preguntó Redvers.

—Algunas palabras cuesta descifrarlas —explicó despacio—, pero parece que habla de un mapa. —Las cejas del archivero se unieron mientras volvía a leer la inscripción y movía la boca como si pronunciara las palabras para sí—. Y de que puede encontrarse bajo la ciudad. Donde el agua se acumula y unos monstruos montan guardia. —Volvió a leerlo y se encogió de hombros—. Es lo más que puedo acercarme.

—¿Un mapa de qué? —quiso saber Millie mientras cruzaba de nuevo hacia el confidente para sentarse.

Reparé en que ni se molestó en tocar la taza de té que acababa de servirse. En cambio, fue lord Hughes quien alargó la mano y se puso a beberlo, aunque yo sabía que él lo tomaba con menos azúcar que mi tía.

—Bueno —empezó a decir Redvers con reticencia. Cruzamos una mirada y, un momento después, me encogí de hombros y dejé que fuera él quien decidiera hasta dónde desvelar—. Es muy probable que se trate del mapa del corazón del sultán.

—¿De qué estamos hablando? ¿De una piedra preciosa enorme? —preguntó Millie—. Sobra decir que no veo yo a Henry interesado en joyas.

Negué con la cabeza.

—Se trata, literalmente, del corazón del sultán. Momificado, diría, y enterrado en una caja de oro.

Mi tía apretó los labios con repugnancia.

—O sea, que lo valioso es la caja de oro.

—No, señora —repuso Ziya—. Se cree que el corazón confiere poderes místicos a aquel que lo posea.

Millie se quedó mirando un buen rato al archivero.

—Menuda bobada…

Él no se inmutó siquiera por el desprecio de mi tía e hizo un gesto de indiferencia antes de inclinarse para servirse un té.

—Tal vez usted crea eso, pero hay muchos que no estarían de acuerdo. Y son ellos los que deben preocuparnos —dijo.

Oculté una sonrisa al ver la eficacia con que el hombre había hecho callar a mi tía.

Lord Hughes intervino entonces:

—¿Cómo vamos a averiguar adónde nos lleva esta pista?

—Creo que sé a qué se refiere —contestó Redvers—. A una de las cisternas que hay bajo la ciudad.

Ziya asintió.

—Es lo que he pensado yo también. Solo es cuestión de saber cuál. Hay varios cientos.

Redvers lo ponderó unos instantes.

—Podríamos probar con la Cisterna Basílica, ya que es la mayor y la más conocida.

El traductor asintió para expresar que estaba de acuerdo.

Millie se puso de pie y plantó las manos en sus anchas caderas.

—Bueno, pues vámonos ya.

Nos miró con impaciencia a los demás, que seguíamos bien sentados.

—Iremos, pero no ahora mismo —repuso Redvers—. El problema es que nos están siguiendo a todos.

A Millie se le abrió la boca al oír ese anuncio, tras lo que volvió a sentarse despacio junto a su prometido. Pese a todo, descubrí que estaba disfrutando bastante del espectáculo que ofrecía mi tía sin ser consciente de ello.

—¿Estáis seguros? —preguntó Hughes.

Tanto Redvers como yo asentimos. Todavía no sabíamos con certeza si nuestra vigilancia se debía a Redvers o a mi padre, pero no parecía necesario comentar ese detalle con los demás.

—Hemos visto a hombres que nos siguen a nosotros y también a vosotros dos. —Señalé a Millie y a lord Hughes.

Redvers siguió explicando:

—Eso significa que necesitamos un plan sin fisuras antes de salir hacia allí. No queremos indicarle el camino a nadie.

—¿Sabemos quiénes son? —Hughes parecía preocupado.

Redvers negó con la cabeza.

—Todavía no. —No se extendió más, aunque yo sabía que estaba ideando algún tipo de plan para resolver esa parte del misterio.

Me fijé en la cara que ponía Ziya, pero su expresión no había cambiado: seguía siendo del todo neutral. Lo había observado durante el anuncio de Redvers, y no había mostrado sorpresa alguna al saber que nos seguían, como tampoco cuando yo había señalado que también seguían a Millie y a lord Hughes. ¿Era solo porque se le daba bien ocultar sus emociones, o porque lo sabía de antemano?

El té se había quedado frío hacía rato y nuestro grupo seguía sin haber acordado un plan que satisficiera a todo el mundo. Tampoco me sorprendía, porque Millie estaba involucrada y detestaba perderse ni un poquito de lo que ella consideraba «la acción». Yo lamentaba sinceramente haberla hecho partícipe de la búsqueda, aunque, conociéndola como la conocía, no estaba segura de que hubiera forma humana de mantenerla al margen, salvo que le administráramos una pócima para dormir o la dejáramos atada en la habitación de su hotel. Y, por tentadoras que resultaran esas opciones…

En esos momentos, mi auténtica preocupación era no perder de vista a Ziya, ya que no solo sabía con exactitud adónde nos dirigíamos, sino también lo que estábamos buscando. No quería que se me escapara. En honor a la verdad, habría estado más contenta esposada a ese hombre solo para asegurarme de que no se escabullía.

—Creo que lo mejor será esperar a mañana. Tal vez incluso por la noche —dijo Redvers.

A mí eso no me hacía ni pizca de gracia, porque le daba ocasión al archivero de ponerse en contacto con… Bueno, con cualquiera, en cuanto nos retiráramos a dormir. ¿Y si nos entregaba a las autoridades o, peor aún, iba él solo a la cisterna a buscar lo que hubiera allí? Aun así, tendría que esperar a estar un momento a solas con Redvers para comentárselo. Sabía que él ya lo habría

tenido en cuenta, solo quería saber qué plan se le había ocurrido para superar esos obstáculos.

—Creo que, por hoy, será mejor que nos separemos. —Redvers ya estaba levantando una mano para acallar las protestas que fácilmente podían anticiparse por parte de Millie, y lo consiguió, lo cual le permitió continuar sin interrupciones. Era un buen truco, aunque a mí no me daría resultado—. Deberíamos ir a visitar los lugares que frecuentó el profesor Wunderly antes de marcharse.

—De desaparecer, querrás decir. —Millie era incapaz de estar sin meter al menos un poco de baza.

Se reclinó en su asiento con cara de satisfacción por haber dicho la suya, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo.

—Muy bien, supongo que deberíamos reconocerlo: es posible que el profesor Wunderly haya desaparecido.

No pude impedir que un escalofrío me recorriera los brazos. Redvers se dio cuenta y me miró con preocupación, pero yo meneé un poco la cabeza y le indiqué que continuara.

—Deberíamos hacer preguntas discretas. Averiguar si alguien recuerda lo que hizo o con quién habló los días previos a su desaparición. —Redvers miró a todo el grupo, y cada uno de sus miembros asintió para indicarle que estaba de acuerdo—. Ziya, usted vendrá con nosotros.

Casi suspiré de alivio. Así podríamos vigilarlo sin tener que confiar en que nadie lo hiciera por nosotros.

—Millie y lord Hughes, creo que deberíais ir al *meyhane* donde solía comer el profesor. Hablad con la gente que trabaja allí y a ver qué descubrís.

Mi tía profirió un sonido de protesta.

—Pero ¿adónde iréis vosotros?

Vi que le molestaba la perspectiva de tener que comer en un pequeño establecimiento local. Mi tía se sentía más cómoda con lo grandilocuente y lo caro.

—No tenéis por qué comer allí —señalé—. Podríais ir después de la comida, solo a tomar un té. —Oculté una sonrisa al decirlo, aunque también sentí un poquito de lástima por Maral, puesto que

Millie estaba a punto de caerle encima y ella aún no sospechaba nada.

También me pregunté por qué los enviaba Redvers allí, si nosotros ya habíamos hablado con Maral de mi padre.

Él, sin inmutarse ante las protestas de mi tía, se volvió hacia Ziya y hacia mí.

—Nosotros iremos a Maxim's.

—¿Y qué es Maxim's? —preguntó Millie.

—Un club nocturno —explicó el hombre—. Últimamente goza de bastante popularidad. Tienen bandas que tocan *jazz* en directo y se puede bailar.

Millie resopló indignada pero, al final, aunque a regañadientes, accedió a cumplir con la tarea que le había sido asignada, puesto que aún le apetecía menos poner un pie en un club nocturno.

—A saber con qué clase de gentuza tendrán que codearse —le susurró a lord Hughes cuando salían de la habitación.

Eso nos dejó a nosotros tres. Yo estaba impaciente por quedarme a solas con Redvers y poder comentar mis preocupaciones con él, pero no pensaba dejar solo a Ziya Bey.

Redvers miró su reloj.

—Tenemos algo de tiempo antes de que Maxim's se anime. ¿Vamos a comer algo antes?

Ziya lo pensó.

—Sí, me reuniré con ustedes abajo dentro de unos minutos.

Abrí la boca para decir que iríamos todos juntos, pero Redvers se me adelantó.

—Nos vemos abajo.

Le dirigí una mirada de auténtica incredulidad mientras dejábamos que el archivero saliera de la habitación y cerrara la puerta sin hacer ruido.

—¡Quién sabe con quién se pondrá en contacto ahora! —siseé.

—Justamente —repuso Redvers, que enseguida abrió la puerta y se asomó al pasillo—. Veamos quién es esa persona.

El hombre ya se había metido en el ascensor, y los números iban descendiendo cuando pasamos por delante de camino a la escalera. Justo cuando empezábamos a bajar los escalones, oí que el ascensor

se detenía, aunque bastante antes de llegar a la planta baja. Supuse que estaría recogiendo a otro cliente del hotel, a pesar de que apenas había sitio para tres personas en el minúsculo artefacto.

—¿Qué pasa si llegamos abajo nosotros primero?

—Si nos damos prisa, tendremos tiempo de escondernos. Hay un pasillo a la derecha que podríamos usar sin que nos vieran.

Siempre me impresionaba la capacidad de ese hombre para localizar cualquier ubicación en un mapa mental sin que pareciera tener que esforzarse lo más mínimo.

Cuando llegamos a la planta baja, parecía que el ascensor solo había descendido un piso más y luego se había detenido por completo.

—Qué raro —murmuró Redvers.

Yo no podía estarme quieta, impaciente por que ocurriera algo mientras Redvers tomaba la decisión de cuál sería nuestro próximo movimiento. Me sorprendió que este resultara ser apretar el botón del ascensor. Normalmente lo accionaba un miembro del personal, pero también había un mecanismo para hacerlo bajar de forma automática. El artefacto volvió a ponerse en marcha y, antes de que se detuviera en la planta baja, por las ventanitas de la puerta de madera vi una pila de ropa amontonada en el suelo de la cabina. Por desgracia, parecía que dentro de esa ropa había un hombre, y del ascensorista no quedaba ni rastro.

Redvers consiguió desatrancar la reja de hierro y empujó la puerta de tal manera que me bloqueó la vista del pequeño espacio, pero sospeché que sabía muy bien de quién se trataba.

—Es Ziya Bey —dijo Redvers—. Y está muerto.

17

Solo teníamos unos instantes antes de que se acercara otro cliente o algún miembro del personal; fue una suerte que el ascensor y la escalera estuvieran tan tranquilos en ese momento. Desde luego, también había sido una suerte para el asesino.

Redvers se apresuró a registrar los bolsillos del archivero antes de enviarme otra vez escalera arriba, a nuestra habitación. Lo esperé allí con impaciencia: la alfombra de la habitación se llevó una buena tunda, porque no hacía más que pasearme de un lado a otro. Sin embargo, no me importaba esperar arriba, ya que no me entusiasmaba la idea de conocer a la policía turca, así que estuve contenta de dejar que Redvers gestionara la situación. Había pasado casi media hora cuando entró en la habitación. Fue directo hacia mí, me envolvió en un abrazo y luego me soltó y tomó asiento.

Ni siquiera dije nada, solo me lo quedé mirando hasta que empezó a hablar.

—Lo han apuñalado. Varias veces, con mucha eficacia.

—¿El ascensorista? —Resultaba ridículo, pero no estaba haciendo ningún chiste, lo decía absolutamente en serio.

—Eso parece. He preguntado, y por lo visto ha habido cierta confusión sobre qué joven se suponía que debía operar el ascensor esta tarde. Uno de ellos no podía venir a trabajar porque está enfermo y se suponía que iba a sustituirlo otro, pero no se ha presentado y nadie recuerda quién ha hecho el turno al final.

—Maldita sea —dije—. No me he fijado en quién nos ha subido a la planta.

Redvers negó con la cabeza.

—Yo tampoco. Ahora que lo pienso, creo que intentaba ocultar su rostro. Sin duda, adrede, visto *a posteriori*.

—Menudo golpe de suerte para él que Ziya bajara solo.

—Desde luego. A menos que de todos modos fuera a seguirlo para después asesinarlo en algún otro lugar del hotel. —Redvers se pasó una mano por la cara—. Como ya sabemos, un uniforme de hotel es un disfraz muy efectivo. —Habíamos tenido ocasión de probar ese camuflaje, y tenía razón: la gente no solía fijarse en el personal uniformado. Igual que acababa de pasarnos a nosotros—. He encontrado el disfraz tirado en un contenedor cerca de la salida trasera.

—Claro. —Sabía que habría buscado el uniforme para confirmar que sus suposiciones sobre cómo se había llevado a cabo el crimen eran correctas—. ¿Qué le has dicho a la policía?

—Nada. Los han llamado, por supuesto, pero yo solo he avisado al recepcionista de que en el ascensor había un hombre que parecía haberse desmayado. He añadido que no lo conocía, así que me han dejado marchar.

—¿Qué ha ocurrido después?

—El recepcionista ha ido a mirar y luego ha corrido al teléfono. —Redvers se encogió de hombros—. Supongo que para llamar a la policía.

—¿Y dónde has estado tanto rato?

—Preguntando a otros miembros del personal. Estaban tan sorprendidos que me han contestado sin ningún problema, e incluso han añadido algún que otro cotilleo. Nada que nos sea útil, por desgracia.

—Pobre Ziya. —Estaba sentada en el borde del sillón, y entonces me recosté con pesadez—. Fueran cuales fuesen sus pecados, no merecía esto.

Redvers estuvo de acuerdo.

—Y nos deja en una situación algo peliaguda. Sabemos que estaba ayudando a tu padre con las traducciones y que formó parte de una especie de expedición con él. Basándome en su reacción de antes, diría que era algo diferente al corazón del sultán, pero ahora será más difícil aún descubrir de qué se trataba.

—Y también averiguar por qué lo han matado.

—Pero tiene que estar relacionado con esto —opinó Redvers—. Cuesta imaginar que estuviera metido en algo más que haya

provocado que lo apuñalen en un ascensor justo después de reunirse con nosotros.

Eso era cierto. Lo más probable era que lo hubieran matado a causa de nuestro interés por el corazón del sultán.

Esperamos un rato, pero la policía no llamó a nuestra puerta, así que decidimos seguir adelante con el plan inicial de la tarde. Estaba triste por el archivero, pero tampoco podíamos permitirnos perder el tiempo, mi reloj interno seguía avanzando hacia la fecha en que el banco se quedaría con la casa.

Entramos en Maxim's, un club nocturno típico, con luz tenue, mesitas muy juntas y una pista de baile cerca de la cual se estaba preparando la banda. A primera vista, la clientela parecía bastante ecléctica: lugareños mezclados con extranjeros y turistas. Me sorprendió tener la buena suerte de que nos adjudicaran una mesa casi al instante. Todavía era temprano, pero el establecimiento ya estaba bastante lleno. El dueño en persona, un hombre negro llamado Thomas, nos acompañó a nuestro sitio.

Cuando se marchó, Redvers se inclinó hacia delante.

—Es originario de Estados Unidos, pero emigró a Rusia.

—Sí, lo he supuesto por su acento —dije—. ¿Qué hace aquí ahora?

—Vino con los rusos blancos —explicó Redvers—. Seguramente las bailarinas serán rusas también. La mayoría de las mujeres que actúan en estos clubes lo son.

—Qué interesante —repuse mientras contemplaba la hilera de mujeres con falditas cortas de flecos que bailaban al ritmo de la música de la banda.

Me preguntaba por el dueño del lugar. Puesto que Thomas era negro, solo me sorprendió en parte ver que los músicos de la velada también lo eran, y, por lo que pude ver, también estadounidenses. En mi país, que una banda de músicos de *jazz* negros tocara para una clientela mixta habría sido algo bastante escandaloso, pero allí parecía estar bien visto. Me gustó esa actitud, igual que la música;

habían empezado a tocar justo cuando nos sentamos y eran buenísimos.

Un camarero se acercó a preguntarnos qué queríamos beber. Yo pedí un *gin-rickey* y Redvers un *whisky* con hielo.

La canción que sonaba en esos momentos terminó y las luces bajaron más aún. Miré alrededor, preguntándome qué ocurría, cuando un foco iluminó el escenario. Un instante después, la banda empezó a tocar de nuevo, esta vez una canción más lenta, y el telón se abrió y dejó ver a una mujer con un vestido verde cargado de lentejuelas e indecentemente corto.

Oí que Redvers profería un ruidito y lo miré. Parecía resignado, así que me incliné para susurrarle mi pregunta:

—¿Tu amiga Katerina?

—La misma que viste y calza.

Eso convertía la velada en Maxim's en algo muchísimo más interesante.

Era muy buena cantante, tenía una voz grave y áspera, y una presencia imponente en el escenario. Todas las miradas del establecimiento estaban fijas en ella, y reparé en que la propia Katerina no solo lo sabía, sino que lo disfrutaba; lo cual significaba que no podíamos ser más diferentes.

Fui dando sorbos a mi copa despacio, saboreando la bebida. Habría sido fácil vaciarla de golpe, ya que era de una calidad excelente y bajaba como la seda, pero no quería comprometer mis facultades, y me fijé en que Redvers hacía lo mismo. Habíamos acordado confundirnos con el público al tiempo que manteníamos la cabeza clara, pero con Katerina en el escenario, y por tanto con visibilidad de la totalidad de la sala, teníamos pocas probabilidades de pasar inadvertidos. Sobre todo Redvers. Lo mejor que podíamos hacer era mantenernos sobrios.

La canción llegó a su fin. Katerina se inclinó en diversas direcciones para saludar e incluso mandó un beso hacia nuestra mesa antes de desaparecer tras el telón. Casi pude oír el quejido mudo de Redvers, pero la banda volvió a acelerar el tempo y la gente ocupó de nuevo la pista de baile. Si alguien había notado que nos prestaba una atención especial, pronto lo olvidaría.

Me giré hacia Redvers. El gesto de Katerina había sido de una intimidad exacerbada, lo cual hizo que me preguntara hasta qué punto se conocían esos dos. Sin embargo, me sentí orgullosa al ser capaz de dejar de lado esos pensamientos y centrarme en preocupaciones más acuciantes.

—Ya que ahora no es muy probable que pasemos desapercibidos, ¿por qué no preguntamos al personal por mi padre?

Al fin y al cabo, era lo que Redvers había dicho que haríamos allí. Solo que no estaba segura de por dónde empezar. ¿Por los camareros? ¿El dueño? ¿Katerina? Aunque ¿quién era probable que recordara a un hombre del montón entre un público tan nutrido?

Redvers hizo un gesto de negación.

—No le veo mucho sentido. Nos será más útil descubrir exactamente quién nos sigue… y por qué.

Mientras hablaba, vi que un hombre con un traje de corte muy moderno pero con pinta de ser del hampa se abría paso por la sala abarrotada en dirección a nuestra mesa. Si hubiera tenido que escoger a alguien para interpretar el papel de un pirata, habría sido a él: ojos oscuros y una barba bien recortada, pero el pelo quizá demasiado largo.

Se detuvo junto a nuestra mesa, lo bastante cerca para que lo oyéramos por encima del considerable volumen de la música y el público.

—Son ustedes el señor Redvers y la señorita Wunderly, tengo entendido.

Redvers entornó un poco los ojos.

—¿Y si es así?

—Conocían ustedes a mi hermano —dijo el hombre.

—¿Y quién es su hermano?

—Ziya Bey.

Tanto el rostro de Redvers como el mío debieron de expresar un desconcierto absoluto, porque el hombre asintió una vez antes de tomar prestada una silla de la mesa de al lado y colocarla entre ambos, tras lo cual se sentó sin que nadie lo hubiera invitado a hacerlo.

—Sí que ha corrido deprisa la voz —comentó Redvers—. No deben de haber pasado ni dos horas desde el incidente.

—Me dedico a saber cosas —dijo el hombre, aunque eso no explicaba mucho.

—¿Podríamos saber su nombre? —pedí.

—Ekrem Bey —dijo con una gran sonrisa.

Los dientes le brillaron bajo la luz tenue. No me fiaba un pelo ni de esa sonrisa ni del hombre que la ofrecía. Me resultó desconcertante que no pareciera en absoluto afectado por la muerte de su hermano y que, en lugar de eso, se presentara como si estuviéramos hablando del tiempo.

—Encantado de conocerlo —dijo Redvers—. Aunque lamento las circunstancias.

—Desde luego —repuso Ekrem, que me repasó con la mirada antes de volverse de nuevo hacia Redvers.

Pensé en decirle que sentía que hubieran matado a su hermano, pero me mordí la lengua. No quería volver a llamar su atención sobre mí; esa mirada tenía algo que me inquietaba.

—¿Qué saben acerca de la muerte de mi hermano? —Sin esperar respuesta, Ekrem llamó a un camarero y pidió un *whisky*—. Tienen un *whisky* bastante bueno. Una marca de importación. ¿Puedo ofrecerle uno? —Eso iba por mí, y lo dijo con un tono casi seductor.

Negué con la cabeza y lo miré a los ojos.

—No, gracias. Ahora mismo no quiero nada más.

Los ojos de Ekrem se iluminaron, divertidos, pero no dijo nada más hasta que el camarero se marchó. Entonces se volvió hacia Redvers con las cejas levantadas a causa de la expectación por la inminente respuesta a su pregunta.

—Lo han matado en el ascensor. Eso es más o menos todo lo que sabemos por el momento.

—Venga, seguro que saben algo más —repuso Ekrem.

Redvers miró al hombre unos segundos.

—¿Por qué habríamos de compartir con usted la información que tengamos?

Ekrem torció el rostro.

—Bien visto.

El camarero le sirvió su bebida y este dio un sorbo con tranquilidad antes de continuar:

—¿Qué les parecería un intercambio? Resulta que yo también tengo una información que puede interesarles.

—¿Como cuál? —preguntó Redvers.

—Como qué ocurrió con el dinero del profesor Wunderly.

18

De no ser por el murmullo del público y de la banda, que tocaba una canción animada, habría sospechado que mi suspiro de sorpresa se había oído incluso desde la barra. A esas alturas me resultó imposible seguir mordiéndome la lengua.

—¿Qué sabe del dinero?

—Ay, señora mía, veo que por fin he captado su interés.

Pensé en qué cara pondría si le tiraba mi bebida encima, pero me contuve y, en lugar de eso, bebí un largo trago. Por suerte para todo el mundo, Ekrem dejó de rezumar lo que él sin duda pensaba que era encanto y recuperó cierta sobriedad.

—Mi hermano era un musulmán devoto. Siempre fue un buen chico, incluso cuando éramos niños. —Vio la expresión de Redvers y se interrumpió—. ¿Acaso piensa usted lo contrario?

Redvers alzó el mentón.

—La otra noche lo vi en partes de la ciudad… digamos que poco recomendables.

Ekrem ladeó la cabeza.

—Estaba buscándome a mí, presa del pánico, como de costumbre. Soy yo quien frecuenta esos establecimientos, no mi hermano. —Volvió sus ojos lobunos hacia mí—. Se entiende que solo por cuestiones de negocios.

Ni me molesté en contestar a eso. No pensaba seguirle el juego, fuera cual fuese. Aunque sí resultaba verosímil que Ziya Bey hubiera ido en busca de su hermano, y no a abandonarse a un vicio inconfesable. Todo el mundo tenía secretos, eso era cierto, pero él no me había parecido de los que ocultaban una adicción al opio o a las mujeres. Resultaba demasiado incongruente con su personalidad, por mucho que hubiera despertado mis sospechas. Unas sospechas

que de pronto parecían justificadas, por cierto, si bien no por los motivos que yo creía.

Ekrem se volvió hacia Redvers y siguió explicando:

—Ziya también era un poco ingenuo, y lo acabó timando un socio que afirmaba estar preparando una expedición a Hungría para encontrar cierto objeto histórico.

—¿El corazón del sultán? —preguntó Redvers.

Ekrem volvió a inclinar la cabeza.

—Bien podría ser. El caso es que hicieron una gran compra de provisiones y Ziya convenció a su padre para que invirtiera, puesto que su socio prometía grandes beneficios. Desde luego, la expedición no existía y el hombre huyó de la ciudad con el dinero. Una cantidad bastante elevada, si los rumores son ciertos. —Ekrem dio un sorbo de *whisky* y paseó la mirada por la sala con naturalidad antes de dirigirnos de nuevo una mirada intensa.

A mí se me había caído el alma a los pies. ¿Podía ser eso cierto? ¿Había pedido prestado mi padre ese dinero poniendo la casa como aval solo para invertirlo en una estafa? ¿Era posible que no fuéramos a recuperarlo jamás?

Por la mirada de preocupación de Redvers, comprendí que él estaba preguntándose lo mismo.

—En defensa de Ziya, diré que él no tenía ni idea de que la expedición era una estafa. Simplemente sabía que su padre llevaba muchos años buscando el corazón. —Ekrem suspiró—. Es un hombre tan confiado, mi hermano… O era, mejor dicho. Tendré que acostumbrarme.

La frialdad de su tono me crispó y me removí con incomodidad en la silla. Ekrem se dio cuenta y dejó el vaso en la mesa con cuidado.

—Siento que mi hermano haya muerto, señorita Wunderly, pero lo lloraré a mi manera —dijo en voz baja, con un tono como de advertencia.

Asentí en respuesta, pero no dije nada.

—¿Nos dará el nombre de ese socio? —preguntó Redvers, con lo que puso fin al momento de tensión.

Ekrem volvió a mirar a mi prometido.

—Por supuesto, pero creo que es muy poco probable que lo encuentren.

Y tampoco teníamos tiempo de sobra para hacerlo. Aunque lográramos dar con ese hombre, no había ninguna garantía de que aún conservara parte del dinero. Me quedé devastada; todo apuntaba a que íbamos a perder la casa familiar.

—Mi hermano se sentía culpable por el papel que había jugado en todo ello. Me dijo que iba a encontrar la manera de compensárselo a su familia, aunque no tengo la menor idea de cómo pensaba conseguirlo. —Ekrem se encogió de hombros—. De todas formas, ya ven de qué le ha servido.

—¿Y qué interés tiene usted en esta historia ya? ¿Por qué nos cuenta todo esto? —quiso saber Redvers.

—Porque quiero encontrar al responsable de la muerte de mi hermano. Puede que no estuviéramos muy unidos o que ni siquiera nos cayéramos muy bien. —En ese punto, me miró un instante antes de continuar—. Pero vengaré su muerte, y ustedes pueden ayudarme a hacerlo.

Fui incapaz de contenerme y no darle una contestación a ese hombre.

—Le ha quedado muy dramático, pero ¿tiene alguna idea de quién está detrás de ello?

La expresión de Ekrem transmitía cierta diversión.

—Pues no. Pero lo descubriré.

Miré a Redvers, pero a él le había llamado la atención otro asunto. Seguí su mirada y vi que estaba fija en Katerina, que se encontraba en un extremo de la sala, contemplándonos sin disimulo mientras un joven con un traje azul marino hablaba con ella. Katerina se había cambiado y llevaba un vestido de noche más elegante, negro y con un gran escote, muy vistoso sobre su piel clara. Se había soltado la melena oscura y vi que la llevaba demasiado larga para la moda del momento, aunque le formaba unas ondas preciosas a ambos lados del rostro. Todavía no había hecho ademán de acercarse, pero eso parecía a punto de cambiar. Sin mediar palabra con su joven interlocutor, echó a andar y lo dejó con la boca ligeramente abierta

mientras ella avanzaba entre el gentío, que se apartaba de forma instintiva para no entorpecer su camino.

Parecía que estaba a punto de conocer a Katerina Semenova tanto si quería como si no.

Hice a un lado lo que sentía hacia Ekrem Bey y la posible pérdida inminente de mi hogar, justo a tiempo para que Katerina llegara a nuestra mesa y nos dedicara una reverencia. Ekrem se levantó y fue a buscar otra silla de una mesa cercana para ofrecérsela a la rusa, que se sentó y luego la acercó algo más a Redvers. Reparé en la tensión que irradiaba mi prometido y en lo mucho que eso divertía a Ekrem Bey.

—Redvers —saludó Katerina con voz seductora, una voz cargada de humo y sensualidad—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Yo no diría tanto. —Redvers bebió otro trago de *whisky* y me miró a los ojos por encima del borde del vaso.

Sabía que con esa mirada intentaba tranquilizarme, cosa que no era necesaria, si bien la diferencia entre esa mujer y yo no podía ser más notoria. En ese momento sentía más curiosidad que otra cosa, sobre todo porque ella no dejó que la brusca respuesta de él la molestara en absoluto.

Su mirada penetrante se volvió hacia mí, pero no dijo nada.

Redvers volvió a acaparar su atención.

—Por desgracia, no tenemos tiempo para ponernos al día. Jane y yo debemos irnos ya.

Katerina parecía divertida.

—Justo ahora que acabo de llegar. —Y sonrió: un espectáculo deslumbrante que sacó a relucir un pequeño hoyuelo en su mejilla—. ¿Es por el hombre que os sigue? ¿El de esa mesa del fondo? —Señaló en dirección a él con apenas una leve inclinación de la cabeza, un gesto que podría haber pasado inadvertido para quien nos estuviera observando.

Redvers se limitó a suspirar, se terminó la bebida y dejó el vaso otra vez en la mesa.

Ekrem ni siquiera movió los ojos en la dirección que había indicado Katerina. Eso me confirmó que tenía experiencia en esa clase de asuntos. En cambio, esperó unos segundos para volverse y llamar al

camarero, momento que aprovechó para revisar el espacio que quedaba tras nosotros.

—¿El hombre que tiene un fedora en la mesa? —Dio un sorbo de su copa—. Muy maleducado por su parte. —Ekrem le pidió otra copa al camarero al que había llamado.

Redvers estuvo dando golpecitos a su vaso durante toda la conversación y, cuando el camarero se marchó, tomó la palabra:

—¿Alguno lo conoce?

—Sí, por supuesto que lo conozco. —Ekrem se detuvo para hacer otra pausa y beber un poco más antes de dejar su vaso—. Pero no sé para quién trabaja. ¿Y usted, Katerina?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo narices voy a saber yo eso?

Él soltó una risa socarrona y su sonrisa lobuna regresó, aunque esta vez dirigida a ella.

—Porque ambos nos dedicamos a negocios muy parecidos.

Katerina no contestó, se limitó a reclinarse en el respaldo de la silla y marcar el hoyuelo. No me hizo falta preguntar de qué se conocían esos dos. Era evidente que ambos sabían muy bien quién era el otro, y tampoco era necesario saber todos los detalles.

—Pero ¿quiere que se lo averigüe, bella dama? —preguntó Ekrem, esta vez dirigiéndose a mí.

La insinuación de su voz casi sobrepasaba lo cortés, y comprendí que prefería, con diferencia, que dedicara sus atenciones a Katerina. Volví a reprimir todos los instintos que me impulsaban a lanzarle mi bebida a la cara a ese hombre —ya iban dos veces que me sentía tentada en una sola noche— y, en lugar de eso, hablé apretando los dientes.

—Sí. Se lo agradecería mucho.

Vi que Redvers me miraba desde el otro lado de la mesa y me dirigía un leve gesto de la cabeza para animarme. De no ser por eso, la copa habría ido a parar sin lugar a dudas a la cara de Ekrem.

—Bah, no será necesario —dijo Katerina, que se puso de pie con elegancia—. Ya me encargo yo. —Y pasó junto a Redvers, momento en que le acarició el hombro y la nuca, antes de desfilar con estilo

por la sala e inclinarse sobre la mesa de aquel hombre para dejar entrever lo que imaginé sería un buen escote.

Miré a Redvers enarcando las cejas, y él me sostuvo la mirada con los labios apretados en un claro gesto de desagrado antes de volverse hacia Ekrem Bey.

—Me parece que es nuestro momento para marcharnos —dijo—. Usted, ¿qué plan tiene?

Solo podía esperar que ese plan no nos incluyera.

Ekrem Bey se encogió de hombros como si tal cosa.

—Veré qué puedo descubrir por aquí. —Lanzó una mirada en dirección a Katerina antes de volverse hacia mí, claramente divertido por el gesto anterior de la mujer—. Parece que la señora lo tiene todo controlado, pero les recomendaría que se marcharan ya.

Redvers lo miró un instante, luego se puso de pie y agarró su abrigo. No los habíamos dejado en la puerta por ese mismo motivo, así que enseguida seguí su ejemplo, me hice con el mío y crucé la pista de baile tras él.

Esperaba tres cosas. Primero, que Katerina entretuviera a nuestro perseguidor el tiempo suficiente para que pudiéramos escapar más o menos inadvertidos. Segundo, que Ekrem no aprovechara la oportunidad para seguirnos y, en cambio, intentara averiguar para quién trabajaba nuestro perseguidor. Y tercero, no tener que ponerme a bailar.

19

Al mirar atrás, vi que Ekrem seguía sentado en nuestra mesa y no les quitaba el ojo de encima a Katerina y a su presa, de modo que parecía improbable que fuera a seguirnos al salir del club. No quería que supiera adónde nos dirigíamos, aunque yo misma apenas tenía una vaga idea. En el fondo, lo que pasaba era que no quería a ese hombre cerca, en ningún sitio, y menos aún cuando intentábamos localizar pistas sobre el paradero de mi padre y el corazón del sultán. Tuvimos más suerte todavía porque Katerina seguía ocultándonos de la vista de nuestro perseguidor, y su ayuda despertó en mí tanto gratitud como sospecha. La noche estaba siendo movidita y Redvers y yo tendríamos mucho de lo que hablar después… De su excesiva familiaridad con esa mujer, para empezar.

Solté un suspiro de alivio al ver que la suerte seguía de mi lado también en el tercer punto: no tuve que bailar, porque Redvers me hizo cruzar por entre las parejas que daban vueltas sin detenernos y, así, llegamos a la parte de atrás de la sala. De todos modos habría quedado raro, ya que ambos llevábamos los abrigos colgados del brazo, y yo también el sombrero, que antes había remetido por una manga sin ninguna ceremonia.

Redvers le pasó unos billetes a un camarero muy sorprendido, que se miró la palma de la mano una única vez antes de asentir con entusiasmo y llevarnos por un pasillo interior hasta un almacén. Había otro camarero sentado en una pila baja de cajas cuando pasamos por allí y, aunque nos miró con curiosidad, no dijo nada. El primer camarero abrió una cerradura y empujó una puerta que había en la pared contraria para dejarnos salir. Con un rápido gesto de su mano, la puerta volvió a cerrarse y nos encontramos solos en un callejón angosto.

—Por aquí, creo —dijo Redvers.

—¿A la Cisterna Basílica? —pregunté.

—¿Adónde, si no? —repuso.

Me tomó de la mano y echó a andar por el callejón para alejarnos de Maxim's antes de torcer a la izquierda en la siguiente callejuela que cruzaba. Reparé en que ambos mirábamos atrás constantemente, fijándonos en si nos seguían o no, pero parecíamos a salvo.

Se había hecho bastante tarde y a esas horas de la noche no había muchos tranvías, así que paramos un taxi a varias manzanas del club. Empecé a respirar algo más tranquila al ver que poníamos cada vez más distancia entre nosotros y nuestros acompañantes de esa noche, y al acercarnos al puente por fin me sentí libre de cualquier escrutinio.

También la cisterna se encontraba al otro lado del Cuerno de Oro, en el mismo barrio que los demás monumentos históricos que habíamos visitado, todos los cuales estaban cerrados a cal y canto por la noche. El bullicioso ajetreo de las visitas que habíamos hecho hasta entonces había desaparecido con la puesta de sol, y de repente nos vimos en una calle casi desierta. Era una sensación inquietante, como poco. Redvers le había pedido al taxista que nos dejara a una manzana de nuestro destino, solo por si las moscas, y mientras nos acercábamos intenté calcular qué hora sería ayudándome de la oscuridad del cielo y la ausencia de peatones. Sabía que habían realizado una llamada a la oración más o menos al anochecer, hacía ya varias horas, de manera que supuse que debía de faltar poco para la última llamada de la noche, pero no podía estar segura.

Desde donde nos encontrábamos se veía Santa Sofía, y también estábamos cerca del recinto de la Mezquita Azul, que se erguía muy cerca de su vecina. Sin embargo, lo que teníamos delante en esos momentos no era ni de lejos tan grandioso. Se trataba de un edificio sencillo, de una sola planta, con sillares alternos en rosa y beis. Habría sido fácil pasarlo enteramente por alto, sobre todo a causa de sus majestuosos vecinos, justo a nuestra espalda. Cuando estuvimos frente a la puerta, Redvers se giró hacia mí. Yo asentí y me coloqué a su espalda, igual que había hecho tantas otras veces, para impedir

que alguien viera desde la calle cómo trabajaba con su pulcro juego de ganzúas. Hacía frío y el aire nocturno hizo que me estremeciera bajo el abrigo.

Apenas unos minutos después, Redvers había cruzado la puerta y yo esperaba a estar segura de que los pocos paseantes que quedaban en las aceras no se fijaban en nosotros antes de colarme también en el interior. Cerramos la puerta sin hacer ruido y Redvers volvió a manipular la cerradura desde dentro.

Allí, la oscuridad era total. Ya estaba maldiciendo por no haber pensado en llevar una linterna cuando Redvers encendió la suya.

—¿Cuántas cosas escondes en esa americana? —pregunté.

También me habría gustado saber por qué nunca parecía que cargaba con todo un arsenal de herramientas para ladrones. Gracias al resplandor de la linterna vi que Redvers me guiñaba un ojo. Hice un gesto de exasperación, aunque él no se dio ni cuenta porque ya estaba registrando la pequeña sala en la que nos encontrábamos.

—Ah, excelente —dijo—. Justo lo que necesitamos.

Un momento después encendió un farol de mano que proyectó una luz tenue pero más abundante que la de la linterna. Redvers lo levantó y me lo entregó. Acto seguido, otro farol se sumó al anterior, y Redvers se quedó con él antes de guardar la linterna en el bolsillo del abrigo.

Bajamos varios tramos de escalera iluminándonos con los faroles hasta alcanzar el nivel inferior. En el último tramo, Redvers tuvo que agacharse para evitar darse con la cabeza en la mampostería, pero enseguida nos encontramos en la cámara principal, donde el techo era alto y había una serie de barquitas amarradas. Redvers y yo levantamos los faroles, y su resplandor amarillento se reflejó en el agua. La vista no nos alcanzaba mucho más allá, pero pudimos distinguir un mar de columnas antiguas con las bases hundidas en el agua. Los techos abovedados se cernían en lo alto, y tanto el espacio como las columnas parecían seguir hasta el infinito, mucho más allá de donde moría la tenue luz de los faroles, hacia la impenetrable oscuridad.

Redvers ya estaba acercando una barca a la plataforma para que yo pudiera subir. Dejé el farol y puse un pie en el fondo de la

embarcación, sujetándome en una de las fuertes manos de Redvers al hacerlo. Me desplacé hacia la proa de la barquita y me acomodé antes de que él se inclinara hacia delante y dejara mi farol en el asiento de madera. Alargué un brazo para asirlo y me volví hacia la cisterna sosteniéndolo en alto. ¿Por dónde debíamos empezar? Necesitábamos un plan para organizar la búsqueda o pasaríamos dentro toda la noche, y parte de la mañana siguiente también.

Redvers se subió a la barca y yo bajé el farol mientras la pequeña embarcación se balanceaba con el peso de este, y luego volvía a estabilizarse sobre las aguas.

—Creo que deberíamos empezar por la parte del fondo. Si lo hubieran escondido aquí, sería demasiado fácil de encontrar —opinó Redvers.

—Parece una deducción razonable —dije.

Redvers empezó a remar para llevarnos hasta el fondo de la cisterna. Era difícil decir qué profundidad tenía el agua, pero, aun con los dos sentados en la barca, flotábamos sin problema. Aunque el brazo se me cansaba enseguida, volví a levantar el farol para intentar que Redvers no nos estrellara contra una columna de piedra. Pensé que, si llegaba a darse el caso, no saldríamos bien parados.

Mientras él remaba, no pude evitar que la cabeza se me fuera de nuevo a todo lo que habíamos descubierto esa noche y lo que significaba para nosotros.

—Aunque el dinero haya desaparecido, tenemos que encontrar a mi padre.

Redvers se mostró de acuerdo profiriendo un gruñido que se oyó por encima del susurro de los remos en el agua.

—De todos modos, por mucho que las piezas encajen, no debemos olvidar de dónde proviene esa historia.

—Ese hombre es la última persona del mundo con quien querría relacionarme o en quien querría confiar —aduje—, pero también creo que la historia parece cierta. Por desgracia. Debería haber sabido que mi padre se metería en líos mientras Millie y yo estábamos en el extranjero.

Redvers no tenía nada que decir a eso, pero yo tampoco buscaba una respuesta.

—Si al final consigue encontrar el corazón, tal vez gane con él dinero suficiente para devolver el préstamo —añadí.

—Si fuera de los que apuestan, apostaría a que eso es exactamente lo que piensa tu padre.

—Tenemos que encontrarlo antes de que se meta en más problemas. Cosa que tal vez haya hecho ya, puesto que había hombres siguiéndolo y ahora nos siguen a nosotros.

—Sí que parece estar todo relacionado.

—¿Y dónde encaja Katerina? —pregunté.

No creía que estuviera relacionada con los asuntos de mi padre, pero sentía curiosidad por la tensión de antes, en la mesa, entre Redvers y la cantante rusa, y sobre todo por cómo se había despedido de nosotros. No estaba celosa, puesto que era evidente que Redvers no disfrutaba de las atenciones de la mujer, pero sí me interesaba saber más sobre su historia.

—No creo que tenga nada que ver. —Cambió de tema con brusquedad—. Deberíamos pensar en la mejor forma de realizar un registro sistemático de la cisterna. Creo que habría que empezar por donde está seca. Hace varios cientos de años, el nivel del agua estaba más alto e imagino que intentarían esconderlo lo más lejos posible del agua.

Él no lo vio, pero mis cejas salieron disparadas hacia arriba al recibir ese repentino torrente de información. Me daba perfecta cuenta de que no quería hablar de Katerina Semenova, y lo dejaría correr de momento, puesto que teníamos otros asuntos importantes que atender, como descubrir si había algo escondido en esa enorme cisterna. Sin embargo, no olvidaría explorar ese tema en profundidad más adelante.

Acabábamos de llegar al fondo de la cisterna, ya no nos movíamos y noté que algo me goteaba en la cabeza desde el techo abovedado, a unos nueve metros por encima. Era desagradable, pero me obligué a estudiar la pared o, más bien, lo poco que podía ver de ella. Parecía poco probable que hubieran conseguido esconder el mapa en la pared misma, puesto que era de piedra maciza.

Hice a un lado la angustia que sentía por mi padre y nuestro hogar en Boston, así como mi imperiosa curiosidad por Katerina, y me concentré en pensar bien las cosas. ¿Dónde podrían haber ocultado un mapa los seguidores de Solimán? Balanceé el farol hacia un lado para observar el pilar que me quedaba más cerca. No tenía nada de particular, solo era una enorme columna de piedra con algunos elementos decorativos en la base y en lo alto. Recordaba vagamente que mi padre me había hablado una vez sobre métodos antiguos de impermeabilización, de manera que ¿era posible que no les preocupara la línea del nivel del agua?

—Acércame a esa columna, por favor —pedí.

Redvers obedeció.

—¿Ves algo?

—No, solo intento comprobar si pudieron guardar algo en alguna columna. —La que estaba inspeccionando no tenía nada de especial, pero ¿sería lo mismo con todos los pilares de ahí abajo?—. ¿Sabes si todas son iguales? —No estaba segura de cuánto sabía Redvers sobre esa cisterna.

Se quedó callado un momento, sin duda rebuscando en su memoria.

—Creo que no. Si no recuerdo mal, hay una a la que llaman columna de ojo de gallina. Tiene tallados los ojos de las plumas de una cola de pavo real.

Se me iluminó la mirada.

—¿Y sabes dónde está?

—No lo recuerdo muy bien —dijo Redvers—, pero hay otras dos que tienen una base más especial todavía. Sacaron muchas piedras de otros edificios antiguos y las trajeron aquí para aprovecharlas.

Estaba impacientándome con esa lección de historia, ya sabía que la gente había reutilizado materiales desde el inicio de los tiempos. Lo que necesitaba saber era qué columnas eran diferentes, no cómo habían acabado siendo así.

—Redvers… —dije, y añadí un ruidito que me salió desde el fondo de la garganta.

No pude ver su expresión bien, pero sí oí que tosió.

—Perdona, cariño. —Su voz delataba que le había dolido—. Se supone que hay dos columnas cuyas bases descansan sobre tallas de la cabeza de Medusa.

Casi aplaudí al oír eso.

—¡Medusa! Como el monstruo del acertijo.

—Bien visto.

—¿Y sabes dónde se encuentran?

Noté que la barca se balanceaba con suavidad mientras Redvers miraba alrededor en la penumbra.

—Diría que hacia la parte de delante, lo cual se contradice con lo que había supuesto. Pero vayamos a echar un vistazo.

Empezó a remar hacia la pared contraria y unos minutos después localicé la primera de las cabezas de gorgona. Estaba bocabajo, de modo que el agua le lamía los ojos. Levanté el farol para inspeccionar el lado que me quedaba más cerca. Redvers se dio cuenta al instante de lo que hacía y rodeó la columna con la barca mientras yo deslizaba la mano por la piedra. Nada. Cuando regresamos al rostro de Medusa, la miré a los ojos y luego me volví para ver adónde dirigía su mirada ciega.

—Allí —dije, señalando la columna opuesta.

—Brillante, Jane. Puede que hayas dado con algo.

No le veía la cara a Redvers, pero percibí con claridad la admiración de su tono. En lugar de contestar, seguí deslizando la mano por la base de la columna para comprobar la piedra, aunque me permití una pequeña sonrisa.

Sin embargo, y pese a que tardé varios minutos en reconocerlo, allí no había nada.

—Nada. —Empezaba a decepcionarme, pero aún nos quedaba la otra.

Redvers nos trasladó a la segunda columna con una gorgona en la base. En ella, el pilar descansaba sobre el lateral del rostro, que tenía una mejilla aplastada por la columna y la otra tocando el suelo. Repetí los mismos gestos que había realizado con la cabeza anterior para comprobar la base y deslicé las manos por la piedra hasta donde alcanzaba sin volcar la barca, pero no encontré nada extraño. De nuevo me volví para seguir la mirada de la gorgona y me

encontré mirando a otra columna que era exactamente igual que sus vecinas, solo que tenía un murete de ladrillo alrededor de la base.

Eso resultaba mucho más prometedor.

Deslicé las manos por los ladrillos y apreté cada uno de ellos con delicadeza.

—¡Aquí! —anuncié.

Había encontrado uno que parecía algo menos antiguo que los demás y que se movió un poco cuando lo toqué.

—¿Puedes sacarlo? —preguntó Redvers.

Intenté moverlo más, pero estaba muy bien encajado. En mi empeño por liberar el ladrillo, me doblé una uña y agité la mano antes de decidir que le cedía los honores a Redvers.

—Inténtalo tú.

Este maniobró con la barca para colocarse más cerca del bajo murete de ladrillo y yo sostuve el farol en alto para que pudiera ver lo que hacía sin dejar de controlar al mismo tiempo la estabilidad del bote. No quería que, sin querer, acabáramos cayendo al agua mientras él tiraba de esos ladrillos. Sobre todo porque no sabía cuánto tiempo resistiríamos en el agua, que solo podía estar a una temperatura gélida, y tampoco había forma de decir cuánta profundidad había bajo nosotros. Mantenernos a salvo en la barca era la mejor estrategia.

El fuerte sonido de un ladrillo al desencajar de los demás resonó por toda la cámara y un escalofrío me recorrió la columna, aunque no habría sabido decir exactamente por qué. Vi cómo Redvers lo extraía con cautela y se detenía para asegurarse de que la integridad de la pequeña pared no corría peligro, y no iba a desmoronarse. Luego miró al agujero que había abierto.

—Jane, ¿me pasas la linterna?

Me incliné hacia delante con cuidado y, consciente en todo momento del balanceo de la embarcación, la encontré en el bolsillo de su abrigo, que había dejado tirado en el fondo del bote. Me quedé en esa posición y esperé a recuperar el equilibrio antes de entregarle a Redvers lo que me había pedido. Él encendió la linterna e iluminó el agujero del ladrillo, gruñó y metió la mano. Al sacarla, aferraba un paquetito negro. Se me aceleró el corazón; tenía que

reconocer que era emocionante seguir una pista y, en efecto, encontrar algo al final del camino.

Redvers se sentó, desenvolvió la tela impermeable y sacó de dentro un trozo de papel que iluminó con la linterna.

—Es un mensaje.

Resoplé con impaciencia. Por supuesto que era un mensaje.

Redvers me miró.

—Un mensaje para ti.

Me dio un vuelco el corazón. Que estuviera dirigido personalmente a mí solo podía significar una cosa: mi padre había estado allí y se había llevado el mapa, tras lo cual me había dejado un mensaje en su lugar.

Redvers se inclinó para entregármelo. Era un trozo de papel nuevo, no el vestigio del pasado que había esperado encontrar.

Queridísima Jane:

Supongo que habrás llegado hasta aquí, puesto que siempre has sido una chica muy lista. Yo solo he conseguido avanzar tanto gracias a que he tenido muchísima suerte, y he encontrado el mapa, que llevaba siglos aquí escondido. ¡Menudo descubrimiento, cielo! Tras todos estos años, puede que por fin haya dado con el corazón. Yace cerca de la ciudad donde creía que estaría, pero, desde luego, jamás habría dado con él sin este mapa. Me voy a Hungría.

Sonreí al leer el entusiasmo de mi padre, aunque mi sonrisa se desvaneció enseguida.

No quiero que te preocupes, cariño, pero me temo que están siguiéndome. En parte por eso te dejo esta nota. No vengas tras de mí. Seguro que estaré bien, y me pondré en contacto contigo en cuanto haya aclarado las cosas.

Te quiere,

Henry

Proferí un sonido de frustración. Ya sabía qué «cosas» creía que iba a aclarar, aunque, por supuesto, él no estaba al tanto de que sabía lo de la estafa y el dinero perdido. Aun así, deseaba simplemente poder hablar con él y ayudarle a encontrar la forma de solucionar el enredo. Todavía nos quedaba una semana y media,

más o menos, antes de vernos obligados a echar mano de nuestro último recurso, la tía Millie, y una parte de mí conservaba la esperanza de encontrar otra salida. Sin embargo, era difícil averiguar cuál podía ser esa salida si dedicábamos todo nuestro tiempo a intentar descubrir dónde estaba mi padre.

Por lo menos ya teníamos un país, y creía que también sabía a qué ciudad se refería. Era otro paso en la dirección correcta, por mucho que no fuéramos lo bastante deprisa para mí.

Guardé el mensaje y el envoltorio de tela impermeable en el bolsillo del abrigo mientras Redvers volvía a colocar el ladrillo en su sitio. Cuando estuvo más o menos seguro de que nadie se daría cuenta de que lo habíamos manipulado, recuperó la linterna y abrió la boca para decir algo. Sin embargo, en ese momento oímos el claro sonido de unos pasos bajando por la escalera de la cisterna.

20

Mi mirada, presa del pánico, se encontró con la de Redvers bajo la luz tenue. Él me indicó que apagáramos los faroles, cosa que hicimos tan deprisa y tan en silencio como pudimos antes de dejarlos caer en el fondo de la barca. Noté que el bote se hundía un poco más y supuse que Redvers había alargado una mano para acercarnos a la siguiente columna, puesto que de pronto estábamos contra ella. El intruso se movía despacio. Era evidente que, fuera quien fuese, intentaba no hacer ruido, pero no había pensado en quitarse los zapatos y así era casi imposible ser del todo silencioso sobre el pavimento de piedra con zapatos de suela dura.

Los pasos descendían ya por el último tramo de la escalera. Apenas me atrevía a respirar y recé una oración muda por que ninguno de los dos tuviera que estornudar justo en ese momento; resonaría por toda la cisterna y, aunque sería difícil distinguir dónde nos encontrábamos exactamente, eso nos delataría. El bote de remos estaba a bastante distancia de la escalera, de modo que no era probable que la luz llegara hasta nosotros, pero el corazón me latía con fuerza en el pecho mientras me preguntaba quién podría ser. Estaba bastante segura de que habíamos llegado hasta allí sin que nos siguiera nadie, de modo que ¿quién habría bajado a hurtadillas por la escalera de la cisterna a esas horas de la noche? ¿Un guardia nocturno? Redvers pensaba que no estaba vigilada por la noche. ¿Nos habrían seguido pese al empeño de Katerina por evitarlo? ¿O se trataba del mismísimo Ekrem?

Oímos que alguien arrastraba algo a lo lejos, y a eso le siguió lo que parecía el ruido de alguien dejando un farol en el suelo, un suave repicar de metal sobre piedra. Un susurro de telas y luego… Nada. ¿Qué narices estaba ocurriendo? Sonaba como si aquella

persona se hubiera apostado con la intención de esperarnos. El silencio se prolongó y los minutos empezaron a pasar.

Parecíamos haber llegado a un punto muerto.

No sabía cuánto tiempo llevábamos sentados en la oscuridad, pero fue el suficiente para que se me durmiera el trasero. Eso por no hablar del frío que tenía en ese espacio tan húmedo después de llevar tanto rato sin movernos: se me había metido por debajo de la ropa y me había calado hasta los huesos. Por lo menos no estábamos sentados en la gélida escalera de piedra, como nuestro visitante misterioso. De hecho, empezaba a pensar que quien fuera debía de estar hecho de piedra también, porque no habíamos vuelto a oír ningún sonido desde que había tomado asiento.

Me rodeé el cuerpo con los brazos, desesperada por volver a poner pie en tierra firme, pero ¿qué opciones teníamos? Si nos movíamos, solo conseguiríamos delatarnos, y no había forma de dar esquinazo a quien fuera que se hubiese apostado al otro lado de la cisterna. Como habíamos apagado los faroles, ni siquiera veíamos lo suficiente para comunicarnos por gestos e intentar idear un plan y, con la acústica que tenía ese sitio, no me atrevía ni a susurrar directamente al oído de Redvers, suponiendo que fuera capaz de encontrarlo. Cambiar de postura en la pequeña embarcación era demasiado arriesgado, sobre todo a oscuras. Si volcábamos, sería un desastre.

Había empezado a tiritar y esperaba no tener que acampar allí toda la noche cuando por fin una voz atravesó la oscuridad:

—¿Jane? ¿Estás aquí abajo?

El alivio casi hizo que me cayera de espaldas.

—¿Maral? ¿Eres tú?

—Sí, claro.

Se me ocurrió una contestación algo grosera para ese «claro», pero mi intención se vio interrumpida por Redvers, que encendió la linterna y me iluminó mientras yo me inclinaba para volver a agarrar el farol y encenderlo también. Sostuve la luz en alto y él se hizo con

los remos y maniobró para rodear la columna y llevarnos remando de vuelta a la escalera.

Al acercarnos, vi que, en efecto, allí estaba Maral, también bastante abrigada. Levantó su propio farol y vi la expresión divertida de sus ojos, cosa que no contribuyó a mejorar mi humor, ya que, por mucho que agradeciera no haberme topado con nadie más indeseable, a mí la situación no me hacía ni pizca de gracia.

—No estaba del todo segura de que fuerais vosotros, aunque lo sospechaba —dijo Maral cuando bajamos del bote con cuidado.

—Si creías que éramos nosotros y sabías dónde estábamos, ¿por qué no has dicho algo antes? —No me molesté en ocultar el enfado de mi voz.

Ella se encogió de hombros con displicencia.

—He visto que faltaba una barca, pero ¿y si no erais vosotros? Hay personas muy turbias interesadas en lo que investigaba tu padre. O eso parece.

Redvers profirió un soplido de irritación y yo le di la razón en silencio. ¿De qué nos había servido estar tanto rato sentados a oscuras en ese lugar húmedo? Ni que hubiéramos podido tenderle una emboscada a Maral desde el bote de remos. Si ya antes había albergado sentimientos contradictorios hacia ella, nada de eso ayudaba a mejorar su causa. Pese a sus explicaciones, sentí algo más que una punzada de ira.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó, levantando una ceja.

Habría apostado una buena cantidad de dinero a que sabía exactamente lo que habíamos encontrado.

—Tenemos un mensaje. —Oí mi propia voz, y no sonaba amable.

—Lo que sospechaba. —Maral asintió una vez—. ¿Vamos a algún lugar más cómodo?

Regresamos a la entrada de la cisterna justo cuando la llamada a la oración resonaba por las calles y a más volumen que nunca, puesto que estábamos a apenas unos kilómetros de las dos mezquitas.

Iluminé mi reloj con la linterna que aún llevaba encendida: solo eran las diez de la noche, pero daba la sensación de ser muchísimo más tarde. No me habría sorprendido comprobar que fuera ya de madrugada.

Uno a uno, los miembros de nuestro pequeño grupo fuimos saliendo por la puerta de entrada sin llamar la atención y enfilamos el camino de vuelta por las calles de la ciudad. Supuse que Maral tenía un destino concreto en mente, y acerté: regresamos a su *meyhane*. A esas horas estaba cerrado, pero ella sacó una llave del bolsillo y abrió.

—Sentaos. Iré a por algo de beber. Me parece que necesitáis entrar en calor.

Se movió con garbo por entre las mesitas vacías y regresó poco después con una botella sin etiqueta y tres tacitas en las manos. Se sentó a la mesa, descorchó la botella y sirvió una buena cantidad de líquido en cada taza.

Cuando me pasó la mía, lo olisqueé para averiguar qué era, y el fuerte olor a alcohol casi me quema el interior de la nariz. Lo aparté y Maral se rio.

—Sabe mejor de lo que huele —me aseguró.

Negando con la cabeza, di un buen trago y tuve que toser mientras el ardor del licor iba bajándome por la garganta. Tenía un sabor fuerte, como a regaliz negro, que nunca me había gustado, como tampoco me gustó esa quemazón. Pero Maral había acertado en una cosa: consiguió hacerme entrar en calor.

—¿Qué es este brebaje? —pregunté.

Quería saberlo para evitarlo en el futuro.

—*Raki* —dijo ella—. Mi padre lo fabrica aquí mismo, en la trastienda.

Eso explicaba muchas cosas, sin duda.

Agradecí ver que también a Redvers le hacía toser, y que le lloraron los ojos antes de recobrar la compostura. Maral se lo bebió como si no fuera más que un refresco en un caluroso día de verano.

Esperó a que acabáramos de recomponernos antes de hacernos una pregunta.

—¿Has encontrado el mensaje de tu padre?

Asentí y ella sonrió.

—¿Cómo sabías que estaba ahí? ¿Y cómo crees que consiguió bajar sin que nadie lo viera? —Se encogió de hombros.

—Un amigo mío trabaja en la cisterna. A veces tiene las llaves. —Maral no se explayó más, aunque tampoco hacía falta.

—La última vez que hablamos, nos ocultaste algunos detalles relevantes. —El tono de Redvers fue distendido, pero noté que también él estaba enfadado.

Desde fuera, parecía que Maral estaba guiándonos en círculos. ¿Por qué no nos había dicho que mi padre había ido a la cisterna? ¿Por qué no había mencionado el mensaje que me había dejado allí? De hecho, si nos hubiera dicho que mi padre me había dejado una nota en ese lugar, podríamos habernos ahorrado el destrozo del mausoleo de Roxelana. Noté que volvía a invadirme la ira. ¿Por qué había permitido que perdiéramos tanto tiempo? Estábamos intentando seguir las pistas para dar con mi padre, ¿acaso no quería Maral que lo encontráramos?

Volvió a llenarnos las tazas de *raki*, aunque yo ya había bebido más que de sobra de esa pócima mortal.

—No llegó a enseñarme las pistas y nunca me dijo exactamente qué había encontrado, ni dónde. —Toqueteó su taza y un velo de tristeza cayó sobre su rostro—. Deseaba que confiara en mí, pero él decía que no quería que supiera demasiado, que prefería no ponerme en peligro. —Eso fue todo lo que explicó, aunque me di cuenta de que había mucho más que decir sobre el tema.

—Lo ayudaste a entrar en la cisterna. ¿Por qué no dijiste que había escondido un mensaje para Jane allí? —preguntó Redvers.

—Porque no sabía que lo había hecho. Henry me dijo que había dejado una nota para su hija, pero no dónde. También me contó que había encontrado un mapa, pero ni una sola vez me dijo dónde ni qué aparecía en él. —Se encogió de hombros—. Me pidió las llaves de la cisterna y yo se las conseguí, pero no hice ninguna pregunta. Debéis entender que todas esas cosas fueron insinuándose en momentos diferentes, no todas a la vez, de modo que no sabía qué había en cada sitio. Sin embargo, después de conocer a tu tía esta tarde, he comprendido que te la había dejado allí.

Noté que mi ira se desvanecía, aunque solo un poco. Si bien mi tía era bastante dada a guardar secretos, había ocasiones en las que el orgullo le podía y no era capaz de morderse la lengua. Maral era astuta, de manera que resultaba muy posible que hubiera conseguido que Millie contara algo que no debía. Aun así, si tan lista era, me costaba creer que no hubiera encajado todas las piezas mucho antes de hablar con mi tía.

Esa conversación no había aclarado muchos puntos, pero sí había logrado algo. En lugar de debatirme simplemente con la idea de que mi padre pudiera tener una relación romántica con alguien, por primera vez consideré que quizá no debíamos confiar en absoluto en esa mujer.

21

—¿Qué decía el mensaje de tu padre? —preguntó Maral.

Miré a Redvers sin saber muy bien qué contestar a eso. Él inclinó un poco la cabeza, y lo tomé como una señal de que podía compartir el contenido de la nota. Pese a lo que acababa de decirnos Maral, sabía que tanto Redvers como yo pensábamos que tenía más información. Esperé un poco, luego saqué del bolsillo la tela impermeable con el mensaje y la dejé en la mesa. Maral desenvolvió la nota y la leyó, y una sonrisa soñadora le iluminó el rostro. Lo único que sí creía sobre esa mujer era que mi padre le importaba de verdad; todos los indicios apuntaban a que así era, y mucho.

—Qué típico de él, ¿verdad? —comentó antes de dejar el mensaje delante de mí con delicadeza y suspirar—. Se ha ido a Hungría.

—Eso es lo que parece —repuso Redvers.

Aunque la nota de mi padre decía que no lo siguiéramos, ni en sueños pensaba hacerle caso. Porque, si bien el mensaje daba a entender que se había marchado por propia voluntad, había demasiadas preguntas sin contestar. ¿Por qué había dejado atrás su equipaje? ¿Por qué no había registrado su salida del hotel ni se había despedido de Maral o de Ziya Bey? Ya sabía dónde había acabado el dinero con toda probabilidad: en el bolsillo de un estafador. Pero ¿por qué había hombres siguiéndolo?

Miré a Maral un momento, dándole vueltas a todo ello.

—¿Te contó mi padre algo sobre la expedición en la que había invertido?

Su rostro no delató nada mientras daba otro trago de *raki*. Alzó la botella y nos la ofreció a Redvers y a mí. Ambos negamos con la cabeza y ella se encogió de hombros antes de servirse un poco más de esa bebida letal. Me dio la sensación de que era una táctica dilatoria para poner en orden las ideas.

—Cuando llegó, me preguntó si había algún banco donde pudiera hacer un depósito. Por lo visto, llevaba encima una gran cantidad de dinero y le ponía nervioso dejarlo en la habitación del hotel.

Me tranquilizó que por lo menos hubiera tenido sensatez para eso.

—Pero entonces, puede que una semana después o así, lo vi muy disgustado. Le pregunté si tenía algo que ver con el dinero y estuvo muy brusco conmigo. —Maral inclinó el rostro mientras rememoraba —. Luego se disculpó por su mal humor, pero no me explicó nada.

Era poco propio de mi padre tener un arranque de mal genio y me sorprendió que se desquitara con Maral. Aunque, desde luego, no había sabido que esa relación existía y mucho menos cómo era, de modo que no podía juzgar sus dinámicas.

Se produjo una pausa en la conversación, en parte porque yo no sabía hasta dónde revelar, de modo que fue Redvers quien intervino:

—Parece ser que el profesor Wunderly invirtió en una expedición que resultó no ser más que una estafa. Por lo visto, perdió el dinero con el que había venido a Turquía.

Maral asintió despacio.

—Eso tendría sentido, por lo que sé y por cómo reaccionó.

—¿Por qué te ocultaría lo de la expedición? —pregunté.

Ella levantó una ceja.

—Supongo que ya sabes cómo es tu padre. Hay cosas que comparte y otras de las que siente que debe encargarse él solo. Muchos hombres son así.

No podía quitarle la razón. Era como aquello de que mi padre confiara en mí para llevar las cuentas del día a día, pero no en muchos otros asuntos que consideraba que debía gestionar «el hombre de la casa». Resultaba bastante irritante y, basándome en lo poco que sabía de ella, imaginaba que a Maral también le molestaba.

—Me sorprende que el archivero no esté con vosotros —señaló.

Casi había olvidado que lo habían asesinado esa misma tarde y me sentí fatal. Me pareció insensible por mi parte, aunque habían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo que aún no había tenido oportunidad de asimilar nada de ello.

—Lo han matado —anuncié—. Esta tarde.

Maral abrió mucho los ojos, su expresión denotaba horror. Parecía bastante sincera, aunque tampoco había motivo para que no lo fuera. No era probable que se hubiera hecho pasar por ascensorista para apuñalar a Ziya Bey, pues ¿qué podría haberla impulsado a cometer un acto tan extremo?

—Siento mucho oír eso —dijo con voz suave—. No me caía bien y tampoco confiaba en él, pero no deseaba verlo muerto.

Redvers dio vueltas a su taza en las manos.

—¿Sabías que fue Ziya quien le propuso al profesor Wunderly invertir en la falsa expedición?

Maral negó con la cabeza.

—No tenía la certeza, pero sospechaba que podía ser así.

—¿Qué te hizo sospechar eso? —quise saber.

La mujer torció el gesto.

—Pequeños detalles. Después de que tu padre perdiera los nervios, los vi a los dos juntos muchas veces y algo había cambiado entre ellos. Tu padre ya no era tan afable, y Ziya se mostraba aún más… deferente que antes.

Si la historia de Ekrem Bey era cierta, y yo cada vez estaba más convencida de que lo era, todo lo que decía Maral no hacía más que confirmarlo.

—¿Sabéis quién ha matado al señor Bey? —preguntó.

Redvers y yo nos miramos, luego negué con la cabeza.

—No, no lo sabemos —contestó él—. Pero nos proponemos averiguarlo.

Yo no tenía la menor idea de cómo íbamos a lograrlo, sobre todo porque, si de mí dependía, íbamos a montarnos en el primer tren.

Eso me llevó a mi siguiente pregunta:

—¿Cómo llegaremos a Hungría?

—Compraremos billetes para el próximo tren con destino a Budapest. Aunque, una vez allí… Tu padre no ha dicho cuál es la ciudad.

—Ah, eso es fácil —repuse—. Szigetvár.

Redvers enarcó una ceja y yo me encogí de hombros.

—Mi padre hablaba a menudo de ella, de que Solimán el Magnífico murió en el campo de batalla a las afueras de esa ciudad. Todo el

mundo sabe que el corazón se enterró en algún lugar cercano, pero resultaba imposible buscar en un radio de varios kilómetros alrededor de la localidad; por eso iba detrás de algo que redujera el área de búsqueda.

—Y lo encontró —dijo Redvers, terminando la argumentación por mí. Se apoyó en la silla—. Iremos hasta Budapest y allí haremos transbordo para tomar un tren hacia el sur. Creo que será la forma más conveniente de llegar.

—Supongo que no habrá forma de convencer a Millie para que se quede aquí.

—Lo dudo —dijo Redvers.

Maral había estado callada, pero entonces tomó la palabra.

—Me temo que a mí tampoco habrá forma de convencerme para que me quede —dijo—. Haré la maleta y estaré lista por la mañana.

Apuró lo que quedaba en su taza y la dejó en la mesa con decisión.

Redvers se frotó la frente.

—Pareceremos un circo ambulante, con tanta gente.

No podía negárselo, pero, a menos que huyéramos los dos de la ciudad en plena noche, no veía otra opción.

—De todos modos, ¿qué probabilidades hay de que subamos a ese tren sin que nos sigan?

Redvers lo pensó un momento, luego suspiró.

—Sería difícil incluso siendo solo nosotros dos y el equipaje. Si vamos cinco… —Meneó la cabeza—. Tendremos que hacer lo que podamos.

Nos marchamos tras acordar con Maral que nos encontraríamos por la mañana en el Pera Palace para seguir haciendo planes.

Iba a ser un viaje en tren muy interesante.

Habíamos dejado un mensaje para Millie y lord Hughes en el Tokatliyan, de modo que ya estaban esperándonos en el Pera Palace cuando bajamos por la mañana. Mi tía me fulminó con la mirada, pero yo estaba demasiado cansada para preguntarme qué era lo que

había hecho esta vez, ya que casi no había dormido en toda la noche. Mi cerebro no dejaba de dar vueltas a las preguntas y las sospechas que me asediaban, así como al viaje que de repente teníamos que organizar.

Redvers y yo no habíamos desayunado aún, de modo que fuimos al restaurante, donde enseguida nos sentaron y nos prometieron café. Esperaba que el camarero lo trajera antes de que Millie se me echara encima.

Sin embargo, no era mi día de suerte.

—Fuisteis a la cisterna sin nosotros —me acusó mi tía en cuanto consideró que el camarero no podía oírnos—. ¿Acaso nos mandasteis a hacer un recado para quitarnos de en medio?

Dejé que contestara Redvers.

—En absoluto —dijo para calmarla—. La cosa salió así porque se presentó la oportunidad y pudimos despistar al hombre que nos seguía. Decidimos aprovechar la ocasión.

—Bueno. —La ira de Millie no estaba aplacada del todo, pero casi —. Descubrimos unos cuantos detalles muy interesantes en el café ese… ¿Cómo lo llaman?

—Un *meyhane* —apuntó lord Hughes.

—Sí, eso. —Mi tía se alisó la parte delantera de la falda—. ¿Sabías que tu padre tenía una amiga aquí, en Estambul? —Millie me miró con intención—. ¿Una amiga «especial»?

Dejé los ojos cerrados un momento. ¿Dónde estaba ese café?

—Supongo que tampoco importa demasiado —siguió diciendo sin esperar una respuesta—. ¿Qué descubristeis en la cisterna?

—Un mensaje de mi padre —informé—. Dice que se ha ido a Hungría.

Millie se quedó muda un instante, el tiempo justo para que el camarero regresara con mi café turco.

—¿Podría traerme más? —susurré.

Debí de sonar algo desesperada, porque el joven me sonrió con amabilidad y me guiñó un ojo. Me recliné en la silla con alivio, bien aferrada a la tacita llena de cafeína.

La siguiente interrupción llegó encarnada en Maral, que se presentó al mismo tiempo que mi segunda taza. Me quedé sentada

dando sorbitos de la primera mientras todo el mundo se saludaba y la recién llegada acercaba una silla a la mesa. Era evidente que Millie no sabía cómo tomarse su aparición, y solo esperé que evitara hacer algún comentario demasiado grosero.

Redvers puso a todo el mundo al tanto de lo que sabíamos sobre la desaparición de mi padre, aunque sin comentar nada del asesinato de Ziya ni del dinero perdido.

—¿Todavía estamos convencidos de que ha desaparecido? A mí me parece que simplemente se ha ido de viaje a Hungría. —Millie me miró—. Ya sabes cómo es tu padre a veces. Puede que se marchara y se le olvidara decírselo a nadie.

La miré unos segundos y parpadeé. Eso era un giro de ciento ochenta grados respecto a su insistencia del día anterior en cuanto a la desaparición de su hermano. Cierto, ni yo misma estaba del todo segura de cómo tomarme las acciones de mi padre, pero el término «desaparición» me resultaba un tanto fuerte. Eso, sin embargo, no me impidió discutir con mi tía.

—Es verdad, aunque el hecho sigue siendo que dejó aquí todas sus cosas. Y también está el asunto de esos hombres que nos siguen y que lo seguían a él.

Todavía me sorprendía que mi padre se hubiera dado cuenta de eso, porque era despistado a más no poder. Por supuesto, se habría vuelto cada vez más precavido a medida que se acercaba al mapa. O al menos esperaba que así hubiera sido.

Pensé en compartir con Millie el último punto de información que le había ocultado, lo del préstamo y el plazo que se nos echaba encima antes de que mi padre perdiera la casa, pero Redvers se me adelantó con otra bomba.

—Y ayer mataron a Ziya Bey. En el ascensor, cuando salía de nuestra reunión.

Millie ahogó un grito, e incluso el imperturbable lord Hughes pareció quedarse de piedra al oírlo.

—Tuvo que ser minutos después de que nos marcháramos nosotros —dijo el hombre.

Redvers asintió en silencio.

Esperaba una declaración similar por parte de mi tía sobre el peligro al que casi se habían enfrentado, pero volvió a sorprenderme: Millie se quedó sentada y sin decir nada durante un buen rato antes de asentir una única vez.

—Pues tenemos que ir los cuatro a Hungría. Debemos encontrar a tu padre.

Entonces Maral les anunció a unos y nos recordó a otros su intención de acompañarnos en el viaje, cosa que recibí con sentimientos contradictorios. No me fiaba de ella, pero tampoco veía cómo evitar que se sumara a la expedición.

Era evidente que se preocupaba por mi padre, pero había muchas cosas que no nos había contado sobre sus actividades. Por no hablar de que nos había tenido un buen rato agazapados y nerviosos en la oscuridad de la cisterna antes de desvelar su identidad. No, Maral no había hecho mucho por ganarse mi cariño; de hecho, más bien al contrario. Y eso sin contar con que ya me costaba asimilar que tuviera una relación con mi padre y lo que implicaba eso para el recuerdo que ambos guardábamos de mi madre.

Como por el momento no podía hacer nada en cuanto a ninguna de esas cuestiones, desconecté y disfruté del café mientras mis compañeros de mesa discutían sobre quién iba a ir adónde. Cuando por fin se quedaron sin puntos por los que pelearse, permanecimos un rato sentados en silencio. Fue un silencio incómodo, pero silencio al fin y al cabo, así que lo saboreé a fondo. Hasta que lord Hughes rompió la paz.

—Muy bien, pues iremos todos. Pero ¿cuándo partimos?

22

Estalló otra discusión. Millie insistía en tomar el Orient Express, que salía de Estambul solo dos veces por semana, por lo que tendríamos que esperar a la tarde del día siguiente, si es que había compartimentos disponibles. Yo no quería saber cuánto costaría semejante viaje, ni quién correría con los gastos. Maral prefería una alternativa más barata, pero el Orient Express era la forma más rápida de llegar a Budapest pese a que tardase un día en salir.

Millie puso cara de suficiencia mientras lord Hughes y Redvers se marchaban para reservar los billetes. Maral también se excusó y dijo que se reuniría con nosotros al día siguiente en la estación. Me alivió saber que nos libraríamos de todos ellos durante al menos un día y medio, por mucho que eso significara que hasta entonces estuviésemos de brazos cruzados.

Cuando íbamos a regresar a la habitación, el recepcionista subió corriendo el corto tramo de escaleras para interceptarnos antes de que pudiéramos entrar en el ascensor.

—Señora Wunderly —dijo—. Hay un mensaje para usted.

Le di las gracias y fruncí el ceño mirando la nota que había dejado en mi mano. ¿De quién narices podía ser? Todas las personas a las que conocía en Constantinopla, mejor dicho, Estambul, habían desayunado con nosotros. A excepción de Ekrem Bey, y cualquier día que pasara sin tener noticias de ese hombre me parecía una bendición. Me guardé la nota en el bolsillo del vestido verde de lana, donde me dio la sensación de que ardía, hasta que por fin estuvimos en la habitación.

—¿De quién es? —preguntó Redvers.

Abrí la nota y mi mirada fue directa a la firma del final.

—Parece que de tu amiga, Katerina Semenova.

Las cejas de Redvers salieron disparadas hacia arriba.

—Debería haber imaginado que esa mujer no nos dejaría marchar sin volver a verla.

—Quiere quedar conmigo esta noche en el *hammam* de Ca alo lu. Ya sé que no lo he pronunciado bien. —Lo miré a los ojos—. ¿Qué es eso y dónde está?

Redvers suspiró.

—Es un baño turco, y no tienes por qué quedar con ella. Menos aún en un baño, si no estás cómoda con todo lo que conlleva eso.

Lo reflexioné unos instantes. La nota insinuaba que Katerina tenía información para mí y, aunque era muy probable que se tratara de un engaño, sentía la suficiente curiosidad para arriesgarme a reunirme con ella e incluso someterme a lo que me deparara ese baño. Le entregué la nota a Redvers mientras pensaba en voz alta.

—Prefiero arriesgarme a que no tenga nada para nosotros y verla de todos modos. Porque ¿y si de verdad me da alguna información? Anoche nos ayudó distrayendo a nuestro perseguidor.

—Así es, pero seguro que tenía algún motivo para ello. Esa mujer no hace nada sin una razón.

Lo miré un momento.

—¿Hasta qué punto conoces a Katerina? —No había olvidado la tensión que se había palpado en la mesa la noche anterior, los dedos de Katerina en el cuello de Redvers y la evidente estratagema de él para eludir hablar de ello después.

Redvers negó con la cabeza y evitó mirarme a los ojos.

—Lo suficiente para saber que no es de fiar.

Me encogí de hombros.

—A estas alturas, ¿quién lo es? —Pero había otro aspecto que estaba pasando por alto, sobre todo si mi deducción era acertada—. ¿Hubo algo entre vosotros dos?

Esta vez Redvers sí me miró a los ojos.

—No por mi parte.

Eso era interesante, pero decidí dejarlo correr porque no dudaba de su palabra. Aunque sí sentía curiosidad por conocer toda la historia.

Todavía teníamos mucho tiempo para matar el rato hasta que me reuniera esa noche con Katerina, por lo que repasé nuestras

pertenencias. Hacer las maletas sería rápido, porque tanto Redvers como yo éramos unos viajeros bastante austeros en cuestión de equipaje. ¿Qué íbamos a hacer con todo un día por delante? Moverme me ayudaba a pensar, así que empecé a caminar de un lado a otro de la salita.

—Ponte el abrigo.

Frené en seco para mirarlo.

—¿Adónde vamos?

—Nos sentará bien salir un poco a ver la ciudad. No puedes pasarte todo el día recorriendo la habitación —dijo Redvers.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos permitirnos que nos cobren el cambio de alfombra. —Su tono fue irónico.

Suspiré y reconocí que tal vez tuviera razón. No en lo de la alfombra, pero sí en cuanto a que podíamos salir a ver la ciudad e intentar distraernos, porque mi cabeza no dejaba de dar vueltas. La preocupación que sentía por mi padre y por nuestra casa, la incertidumbre de si confiar o no en Maral, la tristeza por el asesinato de Ziya y la pregunta de quién había sido el responsable, la frustración por los hombres que nos seguían y, de pronto, una reunión con aquella rusa. Tenía mucho que asimilar y solucionar. Caminar de un lado a otro de la habitación no me ayudaría a entender las cosas, pero tal vez salir a recorrer la ciudad sí.

—A lo mejor nos siguen —señalé y, por una vez, la idea me resultó extrañamente atractiva.

Sobre todo porque no pensábamos hacer nada interesante. Me gustaba la idea de llevar a nuestro perseguidor a dar una vuelta inútil por la ciudad.

Redvers me miró y meneó la cabeza.

Salimos del hotel a pie, debatiendo sobre adónde ir. Descartamos cruzar el Cuerno de Oro porque ya lo habíamos hecho en numerosas ocasiones. Redvers propuso el palacio de Dolmabahçe, pero no me interesaba demasiado pasearme por más recintos reales. No me

cabía duda de que sería precioso, pero en esos momentos no me atraía, pues no creía que pudiera apreciar la visita de verdad.

Al final, nos limitamos a dar un paseo subiendo y bajando las colinas de la ciudad por el barrio de Pera y los colindantes. Pese a que hacía un día algo fresco, al menos no llovía. El ejercicio era una buena forma de entrar en calor y, para mí, de quemar energía nerviosa. También dejé que mi mente se ocupara de los espinosos problemas a los que nos enfrentábamos lanzándole de vez en cuando alguna idea o alguna pregunta a mi paciente compañero.

En nuestro recorrido pasamos por delante de muchas tiendecitas, y me detuve a mirar unas cerámicas preciosas que había en un escaparate. El dependiente salió y enseguida empezó a explicarme que cada pieza estaba pintada a mano por un artesano y me habló de los diseños florales en azules y rojos, pero yo solo lo escuchaba a medias, porque por fin había identificado al hombre que nos seguía: podía verlo en el reflejo del escaparate, al otro lado de la calle, esperando a que volviéramos a ponernos en marcha. Quise soltar un gritito de deleite, pero en lugar de eso le di un codazo a Redvers y echamos a andar de nuevo. Dejamos al dependiente decepcionado y me sentí un poco mal por él, pero tampoco necesitaba ninguna pieza de cerámica, por mucho que estuviera pintada a mano.

—¡Por fin he dado con él! —mascullé para informar a Redvers un minuto después.

—¿Estás segura? Podría ser otro turista.

Le lancé una mirada sombría y él soltó una risa. Aun así, solo para asegurarnos de que tenía razón, probé con la misma táctica unas cuantas veces más: me detenía a mirar algo y, prácticamente en cada ocasión, volvía a ver a ese hombre allí parado. Ahora que lo había identificado, resultaba mucho más fácil encontrarlo entre el gentío. Me di unas palmaditas imaginarias en la espalda para felicitarme. Había tardado varios días, pero por fin lo había conseguido.

Comimos en un pequeño café que encontramos de vuelta al hotel. Nuestro perseguidor se detuvo algo más atrás y se quedó esperando en la sombra de un edificio. Aquellos hombres eran bastante buenos en su trabajo; si Redvers no se hubiera percatado de que nos

seguían, puede que yo tampoco me hubiera dado cuenta. En esos momentos, mirando al hombre, sentí la tentación de abordarlo y preguntarle para quién trabajaba y qué quería, pero eso no nos habría llevado a ninguna parte. Para cuando lográramos cruzar la calle, él ya habría desaparecido. De eso no tenía duda.

Viendo adónde se había ido mi atención, Redvers me leyó el pensamiento.

—También me he planteado acercarme a él, pero creo que el mejor momento para acorralarlo será esta noche en el club.

—Ah, ¿vamos a ir otra vez al club hoy? —pregunté, divertida.

Redvers sonrió.

—Pues sí. Después de tu cita en el *hammam*.

Proferí un gruñido.

—Gracias por comunicármelo. Detestaría tener que implicarme en la decisión de qué hacer con nuestro tiempo.

La media sonrisa de Redvers se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja que hizo que le salieran unas arruguitas monísimas alrededor de los ojos. Sabía que solo estaba metiéndome con él. Era la primera vez en varios días que estábamos a solas de verdad, pese a nuestro perseguidor. Y la conversación, por el momento, se había centrado en gran medida en el próximo viaje en tren y lo que podíamos encontrarnos cuando llegáramos a Budapest, no en lo que íbamos a hacer esa noche.

Nos enfrentábamos a un buen montón de incógnitas, y quién había sido el responsable del asesinato de Ziya Bey no era la menor de ellas. Ambos suponíamos que el apuñalamiento lo había realizado el ascensorista, pero seguramente por orden de alguien más, cosa que parecía el punto crucial. ¿Quién estaba detrás de todo aquello? Era alguien que se tomaba la investigación de mi padre muy en serio, a juzgar por los hombres que nos seguían y el asesinato del archivero.

Sin embargo, poco podíamos hacer hasta la noche. Yo albergaba la leve esperanza de conseguir enterarme de algo a través de Katerina; al fin y al cabo, parecía conocer muy bien a Ekrem Bey. Tal vez pudiera contarme algo que ayudara a aclarar al menos uno de los misterios que nos rodeaban. Y, como por el momento no había

nada más que hacer, me permití disfrutar de un rato a solas con mi prometido.

Se me hacía raro pensar en él así. Todavía no tenía un anillo y, aunque a mí no me parecía necesario, Redvers insistía en hablar con mi padre. Al margen de quién hablara con quién, el hecho era que había accedido a casarme con ese hombre. En algún momento. En un futuro lejano.

Hasta que encontráramos a mi padre y diéramos con la forma de salvar el hogar de mi familia, eso era una preocupación para otro día.

23

Cuando acabamos de comer, Redvers y yo seguimos paseando por el barrio, y él aprovechó para enseñarme unas cuantas cosas sobre el arte de seguir a alguien. Básicamente me señaló varias tácticas que estaban dándole resultado a nuestro perseguidor y otras que no. Fue un ejercicio útil, y me gustó que aprovecháramos la circunstancia al máximo. Sobre todo porque estábamos de complicaciones hasta el cuello y ninguna de ellas parecía que fuera a resolverse pronto.

Dejamos pasar varias horas hasta que llegó el momento de regresar al hotel y cambiarnos para la noche. Estaba segura de que nuestro perseguidor lo agradeció, pero no me sentí nada mal por haberlo tenido alerta y en marcha durante todo el día.

Llegó la hora de prepararme para mi cita con Katerina Semenova, tanto en un sentido práctico como psicológico. Y, puesto que después iríamos a Maxim's, necesitaba un conjunto que fuera apropiado para ambas ocasiones. Titubeé un rato antes de decidirme por unos pantalones negros de pernera ancha y una blusa blanca de seda, a la que añadí un collar largo de cuentas.

—¿Pantalones? —se extrañó Redvers.

—Pantalones —confirmé—. Siento como si tuviera que ir preparada para cualquier cosa.

Se acercó y me dio un beso que hizo que quisiera replantearme lo de salir de la habitación del hotel.

—Causarás revuelo, pero no esperaba menos de ti. Redvers no se equivocaba. De camino al *hammam* atraje más de una y de dos miradas, así como expresiones de auténtico rechazo, pero al cabo de un rato dejé de prestar atención. Tenía demasiadas cosas de las que preocuparme.

Llegamos al *hammam* de Ca alo lu unos minutos antes de la hora acordada. Estaba escondido entre una serie de tiendas en una calle

anodina, y lo único que delataba su existencia era un gran cartel de bronce que colgaba encima del portal. Dejé a Redvers en la acera estrecha, empujé las puertas de madera y bajé unos escalones de mármol que me condujeron a otra puerta más, la de la recepción, donde había un mostrador de madera antes de llegar a la fuente de mármol que dominaba el resto del espacio. Allí no había nadie más que una mujer de mediana edad que alzó la vista cuando entré.

—¿Jane Wunderly? —preguntó.

Miró un buen rato mis pantalones, pero la expresión amable de su rostro no vaciló.

—Sí —dije—. Se supone que he quedado con alguien.

La mujer sonrió.

—Ella ya te espera.

Debía haber imaginado que, por muy pronto que llegara, Katerina habría llegado antes aún. Ni en sueños iba a permitir que le quitara la ventaja.

—Sígame, por favor.

La mujer hizo un gesto con la mano y me condujo por un pasillo, decorado con palmeras en macetas, hasta que cruzamos una estrecha puerta de madera. En las paredes de la sala circular a la que llegamos se abrían más puertas de madera que llevaban a vestidores privados. Levanté la mirada y vi que por encima había un segundo nivel, con una barandilla de madera hasta la altura de la cintura. Parecía que yo era la única en toda esa sala, pero me pregunté cómo debía de ser aquello a una hora de más ajetreo si necesitaban tantos vestidores para la clientela. La mujer señaló la cabina que teníamos justo delante, con un número seis de latón fijado en la puerta.

—Hay toalla para usted. Quítese todo y envuélvase con ella. Vendrá alguien a buscarla.

Asentí, aunque incómoda con la petición de que me quitara toda la ropa, y también con el hecho de que allí no hubiera nadie más, ni siquiera mi anfitriona rusa. Sin embargo, hice lo que me habían indicado. Me despojé de todas mis prendas y me envolví con la suave toalla de algodón. Era muy consciente de las cicatrices que tenía en la espalda, recuerdo de mi primer matrimonio, pero aparté

esos pensamientos. También me habían dejado un par de sandalias de madera, así que me las puse, abrí la puerta y me asomé con cautela. En efecto, alguien había ido a buscarme.

Allí había una mujer esperándome, envuelta ella también en una toalla. Tenía los ojos castaños y amables, y llevaba la melena larga recogida en un gran moño en la nuca.

—¿Jane? —preguntó.

Volví a asentir y ella me indicó que la siguiera. Cruzamos el suelo de mármol y empujamos dos puertas estrechas que se abrían a una sala bastante más cálida que las anteriores. Allí el suelo también era de mármol; de hecho, casi todo lo era. Un enorme pedestal heptagonal de mármol gris y blanco, como de un metro de alto, ocupaba casi todo el centro del espacio. La cúpula blanca que se cernía en lo alto estaba sostenida por unas columnas con capiteles decorativos y unidas por arcos entre sí. A lo largo de las paredes había fuentes, construidas también con el mismo material blanco y gris. Mi guía, sin embargo, cruzó la sala y se agachó para entrar por un pasadizo bajo que se abría en el mármol. La seguí y me encontré en una cámara muy pequeña. Allí, la piedra cubría solo tres cuartas partes de las paredes. Por encima se veía un ladrillo rojo que alcanzaba hasta el alto techo abovedado. La cúpula estaba pintada de blanco y tenía unos pequeños orificios con forma de estrellas y círculos, que dejaban entrar la luz natural. Oí que el vapor salía siseando de un respiradero que había en la pared, a mi izquierda.

Ya no estaba sola.

—Katerina. Encantada de verte otra vez.

Ella me sonrió de una manera claramente felina, ladeando la cabeza. La encargada del baño nos dejó a solas y me senté en el banco, también de mármol, que había frente al de la rusa. Me pregunté cuánto tiempo llevaría allí. No podía ser muchísimo, porque no estaba sudando y en esa salita hacía el calor suficiente para que cualquier persona sana rompiera a sudar en un periquete. Yo ya notaba las perlas de humedad que se aglomeraban en mi rostro y apenas acababa de entrar.

Había visto a Katerina de cerca la noche anterior, pero allí, con más luz, volví a pensar que era una mujer muy atractiva, no

necesariamente guapa, pero sí con unos rasgos fascinantes. Llevaba el pelo oscuro recogido hacia atrás, de forma que se le marcaban los altos pómulos, y los ojos color avellana se le veían grandes y separados.

—Gracias por reunirte aquí conmigo. —Hizo un gesto delicado con una mano hacia las paredes de la sala—. Es uno de mis lugares preferidos para relajarme.

—Cómo no —repuse.

No me extrañaba que le gustara relajarse allí, aunque también era muy consciente de que me había pedido una reunión en unos baños para pillarme desprevenida y hacerme sentir incómoda. Sobre todo porque sospechaba que la siguiente sala conllevaría que nos desnudáramos por completo delante de desconocidas. Era una forma bastante astuta de sacarle información a un oponente, la verdad.

Solo que Katerina no me conocía.

—¿Sigue culpándome Redvers por lo de la última vez que estuvo en la ciudad? —Me miró a los ojos con una expresión divertida.

—La verdad es que sí. —Si ella podía ser directa, yo también.

—Qué bobo… No fui yo quien lo delató, aunque sabía que era un agente de la Corona, desde luego. —Se encogió de hombros con un gesto ensayado que dirigía la atención a sus delicadas clavículas.

En comparación con su talla pequeña, me sentía un poco como un mastodonte. El hecho de ir tapadas con tan poca tela lo hacía mucho más evidente.

—Es importante saber quién es cada cual —añadió.

—¿Y tienes por costumbre investigar a todo el mundo?

Me miró ladeando la cabeza.

—Me gusta recabar información. Lo encuentro útil.

No me cabía la menor duda.

—Anoche lamenté que Redvers no estuviera interesado en ponerse al día conmigo. Por los viejos tiempos. —Su tono de voz dejaba muy claro lo que quería decir con eso de «los viejos tiempos»—. Supongo que tiene que ver contigo.

Le sostuve la mirada con aplomo.

—No tengo ningún reparo en que se ponga al día contigo. —No era cierto, pero esperé resultar convincente.

A eso le añadí un gesto informal de indiferencia con la esperanza de obtener el efecto deseado, aunque era difícil juzgar si lo había conseguido o no.

—Hmmm… De todos modos —dijo Katerina—, sospecho que, si no quiere verme, será por ti. —Suspiró con teatralidad—. Me da mucha pena ver alejarse a un viejo amigo. —El énfasis en esas dos últimas palabras fue innegable.

Decidí cambiar de tema e intentar hacerme con las riendas de la conversación.

—¿Y qué clase de información recabas? ¿Algo relacionado con Ekrem Bey o el asesinato de su hermano?

Katerina inclinó la cabeza.

—Más bien con el hecho de que tu padre estuvo hace poco en la ciudad.

24

Noté que primero me hervía la sangre y luego se me helaba. No me gustó que esa mujer mencionara a mi padre; me ponía los pelos de punta por motivos que no era capaz de identificar. Redvers había dicho que no se podía confiar en ella y, aun sin su advertencia, tampoco lo habría hecho. ¿Había sido eso una amenaza más que un simple comentario?

Hice lo posible por mantener el rostro del todo inexpresivo mientras en mi cabeza arreciaban todas esas ideas.

—En efecto, estuvo aquí. Le gusta mucho Estambul y viene bastante a menudo.

Katerina volvió a sonreír y a mostrar su hoyuelo.

—Su novia y él fueron muchas veces a Maxim's. Reconocí a la dama del restaurante de la calle de abajo.

Noté que se me relajaban un poco los hombros. Tal vez había exagerado con mi reacción. Sí, a esa mujer le gustaba recabar información sobre la gente, pero me lo había soltado todo a las primeras de cambio, de modo que tampoco era un secreto. Además, conocía a mi padre porque solía ir al club donde trabajaba ella, y eso era algo que yo ya sabía y que me habían confirmado muchas otras personas: que a mi padre le gustaba pasar el rato en Maxim's.

Me libré de tener que contestar porque la encargada regresó justo entonces. Aproveché la oportunidad para poner en orden las ideas y prepararme para el siguiente e inevitable ataque. Sospechaba que Katerina quería algo de mí, pero no estaba segura de qué era.

En la sala a la que nos llevó había otras dos encargadas del baño, una para cada una.

—No te preocupes —me dijo Katerina—. No hablan inglés.

Ni me molesté en contestar a eso. Mi encargada me sonrió y me llevó a un pedestal de mármol, donde me indicó que me quitara la

toalla. Dudé, pensando en las cicatrices que tenía en la espalda, pero hice lo que me pedía y me quedé de pie, desnuda, mientras ella extendía una suave toalla de algodón sobre la piedra. Cerré los ojos y esperé que Katerina no aprovechara la ocasión para mirarme: esas sí que eran unas preguntas que no pensaba contestar. Por suerte, guardó silencio y reprimió su curiosidad.

Tampoco mi encargada comentó nada. Solo me indicó que me quitara las sandalias de madera, luego me tomó de la mano y me llevó a una fuente que había en la pared. Sonrió, sacó un platito de metal del agua burbujeante y alargó un brazo para verterme el agua por los hombros. Repitió esa acción varias veces, hasta que me mojó todo el cuerpo. Cuando terminó, volvió a llevarme al pedestal de mármol.

—Tumbe —dijo, señalando la toalla.

Por el rabillo del ojo vi que a Katerina le hacían realizar los mismos pasos y sentí una punzada de envidia al comprobar que ella parecía muy cómoda con su cuerpo, con todas esas curvas sensuales, mientras que a mí me daba vergüenza el mío.

Me tumbé bocarriba en la toalla, sobre el mármol cálido, y sentí un instante de alivio porque, si bien iba tal como vine al mundo, mis cicatrices quedaban ocultas por fin. De momento, al menos. Mi encargada se puso un guante de tela recia de algodón y empezó a frotarme con vigor, empezando por los brazos y el cuello y bajando desde ahí.

—¿Os quedaréis mucho tiempo Redvers y tú? —preguntó Katerina desde su sitio, más allá de mis pies.

—Solo unos días.

—Qué lástima —repuso—. ¿Y tu padre?

¿Acaso sabía que estaba buscando a mi padre? ¿O que había invertido tan mal su dinero que estábamos a punto de perder la casa? Debía andarme con ojo, no quería darle más información de la que ya tuviera. Aun así, la pregunta parecía indicar que no sabía que mi padre ya no estaba en la ciudad.

—Más o menos lo mismo —contesté, contenta de no tener que mirarla a los ojos mientras le mentía descaradamente—. Ahora soy yo quien tiene una pregunta: ¿de qué conoces a Ekrem Bey?

—Es difícil no conocer a Ekrem Bey cuando se trabaja en Maxim's —respondió.

Casi solté un suspiro de exasperación por sus falsas respuestas, tan evasivas, pero me limité a cerrar los ojos.

—¿Hay algo que quieras decirme? ¿Un motivo por el que me hayas pedido que venga?

Empezaba a cansarme de ese jueguecito y pensé que, en lugar de librar un combate verbal con ella, prefería disfrutar del tratamiento que estaba recibiendo. Mi encargada usaba el guante para frotarme con energía y, así, exfoliarme todo el cuerpo. Rayaba en lo doloroso, pero al mismo tiempo sentaba de maravilla. Me pidió que me diera media vuelta y apenas se detuvo un instante antes de continuar por la espalda. Me puse tensa, pero la mujer tuvo muchísimo cuidado en el lugar donde se concentraban mis marcas, así que volví a relajar los músculos.

Katerina soltó una risa.

—Ay, sí. Quería deciros a Redvers y a ti que estoy investigando quién os sigue o, mejor dicho, quién ha ordenado que os sigan. Me di cuenta de que os resultaba molesto, así que he decidido preguntar por ahí para ayudaros.

—Y, cuando lo sepas, ¿nos lo dirás?

—Desde luego.

—¿A cambio de qué? —pregunté—. ¿Mi primogénito?

Katerina soltó una risa profunda.

—Nada tan trascendental como eso, pero sin duda llegará un momento en que me hará falta pediros algún favor a cambio.

Imaginaba que, de haber podido verla, estaría dedicándome su sonrisa felina. Y, si ella hubiese podido verme a mí, me habría visto poner los ojos en blanco.

—¿De modo que recabas favores, además de información? —comenté.

Se hizo un silencio y supuse que estaba pensando la respuesta.

—Sí, así es. Ambas cosas me parecen útiles para una mujer en mi posición.

Sospeché que quería que le preguntara cuál era esa «posición», de modo que preferí cambiar de tema:

—¿No le sonsacaste nada al hombre de anoche?

La oí suspirar.

—No era más que un peón. Ni siquiera sabía para quién trabajaba.

Preferí no preguntar cómo había conseguido esa información. No tenía duda de que sus métodos de interrogatorio eran persuasivos. En lugar de eso, me quedé callada mientras mi encargada volvía a verterme agua tibia con una cubeta de metal para retirar la piel muerta. A continuación, tomó lo que parecía una funda de almohada grande, la sumergió en otra cubeta metálica y empezó a moverla de un lado a otro varias veces, mientras sostenía la parte de arriba abierta. Entonces la levantó por el extremo, se acercó a mí y pasó la mano por toda la tela para extraer de ella una cantidad increíble de espuma que cayó sobre mi cuerpo. Segundos después, estaba toda cubierta por cálidas burbujas de jabón. Era como estar flotando en una nube. Entonces empezó a frotarme de nuevo de la cabeza a los pies con unas manos sorprendentemente fuertes. Saldría de allí más limpia que en toda mi vida.

La encargada me dio la vuelta y me cubrió con otra tanda de espuma antes de que Katerina hablara de nuevo.

—Es una lástima que tu padre no se quede en la ciudad —dijo.

Su voz rebotó en el mármol y resonó un poco en la amplia sala. Yo me encontraba tumbada bocarriba, mirando hacia la enorme cúpula en lo alto, que también en esta ocasión estaba pintada de blanco y tenía orificios decorativos que dejaban entrar la luz natural. Se me tensó todo el cuerpo al oírla mencionar otra vez a mi padre.

—Sí que lo es.

No estaba segura de qué pensaba Katerina que iba a sacarme, en cuanto a información se refería. Porque, aun desnuda y cubierta de burbujas, no tenía intención alguna de desvelarle nada.

—Hace varios días que no lo veo por el club —insistió—. Esperaba que fuerais todos a verme actuar una vez más antes de marcharos.

—Supongo que tendrás que conformarte con nosotros dos.

—Supongo. —Su voz sonó musical, grave y profunda, igual que la que había puesto la noche anterior, cuando la oímos cantar—. No me molestaré en preguntarle a Redvers si no le gustaría ir a verme solo.

Estaba harta de su interés por verse a solas con mi prometido. Aunque lo hiciera, confiaba totalmente en él: entre esa mujer y Redvers no pasaría nada. Sin embargo, Katerina empezaba a resultarme cansina con su evidente decepción. Se comportaba como si yo le hubiera quitado un juguete, aunque ni siquiera fuera su preferido. Katerina no quería que nadie más tuviera algo que ella no podía tener, y punto.

—¿No añoras Rusia? —Supuse que también yo podía intentar soltar una bomba de despedida.

Su risa llenó el espacio.

—Ay, no. Un lugar terrible con una gastronomía espantosa. Añoro tener dinero, desde luego. Y un título. Pero ¿lo demás? —Profirió un sonido que sonó como «pche…»—. Además, Estambul es un buen sitio para alguien como yo.

Estuve a punto de preguntar qué quería decir con eso, pero me contuve. De nuevo, parecía que quería que me interesara por ella, y no pensaba darle esa satisfacción. Además, era poco probable que cualquier cosa que dijera fuese cierta. O, al menos, no sería toda la verdad. No tenía duda alguna de que ocultaba mucho detrás de esa supuesta franqueza.

Mi encargada hizo que me sentara y me llevó de vuelta a la fuente de la pared. Me quedé allí de pie mientras ella, una vez más, me vertía agua tibia por encima, ayudándose con elegancia de aquel platito de metal. Después me envolvió en una toalla de algodón suave.

—Ha sido un placer, Jane Wunderly. —La voz de Katerina llegó desde detrás de mí—. Hasta la próxima ocasión en que nos encontremos.

Volví la cabeza enseguida para mirarla, pero ya se había marchado. Mi asistente me condujo de nuevo al vestidor, donde en comparación hacía frío, y me estremecí. Miré alrededor, pero no vi a Katerina ni a su asistente por ninguna parte. ¿Dónde se habría metido? ¿Acaso tenía una sala privada?

Parecía haberse esfumado en el aire.

Me vestí de nuevo con mi ropa, que estaba tal como la había dejado; no parecía que la hubiese registrado nadie. La encargada

me había dejado una tacita de té y un trocito de delicia turca fuera del vestidor, así que me senté en un pequeño taburete tapizado y bebí un poco de la infusión. Di un bocado de la delicia, pero dejé el resto. Intentaba degustar ese dulce cada vez que me lo ofrecían, pensando que tal vez en esa ocasión le encontraría el gusto, pero nunca lo conseguía. Tenía un sabor demasiado floral para mí, como si me comiera una rosa.

Habría estado bien quedarme para relajarme un poco más después de la experiencia, pero Katerina había desaparecido y me resultaba inquietante estar allí sola. Así pues, regresé con rapidez al área de recepción, que también estaba desierta, y subí los escalones que llevaban a la calle.

Cuando salí a la acera, vi que Redvers me esperaba en las sombras del edificio de enfrente. Me reuní con él y empezamos a caminar de vuelta a una vía principal. Aquella zona estaba desierta a esas horas de la noche, tendríamos que llegar a una calle más concurrida para encontrar un taxi.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada útil —respondí, y le conté todo lo que habíamos hablado.

—¿Tú no le has dicho algo a ella?

—No, no le he contado nada.

Le di un pequeño codazo en el costado por sugerir siquiera que Katerina podía haberme hecho cantar tan fácilmente.

—No pretendía insinuar eso. —Su voz contenía una sonrisa.

—Deberías conocerme mejor. —Suspiré—. No imagino por qué quería reunirse conmigo, salvo que quisiera calar a la competencia.

—No hay competencia que valga —dijo Redvers con cierta rigidez.

—Lo sé. —Posé la mano en su codo, lo apreté un poco y noté que se relajaba algo—. Aunque comprendo por qué ha insistido en que fuera al *hammam*: dejar a alguien en cueros es una forma magnífica de desestabilizarlo.

Redvers asintió.

—Es lista y dudo que haga algo sin un motivo. Puede que jamás sepamos si buscaba algo más que hablar a solas con mi prometida.

Recordé su truco de desaparición.

—¿La has visto salir?

—No, no he visto salir a nadie.
Negué con la cabeza. Un misterio más que envolvía a esa mujer.

25

Para cuando me pude reunir con Redvers ya era tarde, pero me moría de hambre, así que buscamos un pequeño *meyhane* donde aún se pudiese picar algo a esas horas. Después de una cena rápida consistente en un kebab, de pollo para mí y de cordero para Redvers, pedimos un trozo de *baklava* dulce de postre y nos fuimos a Maxim's.

El club nocturno estaba igual de concurrido que la noche anterior, si no más. No me sorprendió que nos informaran de que tendríamos que esperar para conseguir mesa, de modo que decidimos ir a la barra. No me importaba estar un rato de pie. Ya habría tiempo de sobra para estar sentados cuando estuviéramos en el tren.

Nos acomodamos en un lugar libre de la larga barra y empecé a estudiar la sala mientras Redvers intentaba captar la atención del camarero. Las paredes estaban cubiertas de un papel oscuro con motivos dorados, y el espacio estaba inundado por un humo denso que hacía que me picaran un poco los ojos. La noche anterior no me había dado cuenta, pero con el aumento de clientes había aumentado también el humo del tabaco. Me volví y vi que varias mesas del fondo tenían esas altas pipas de cristal que había visto por todas partes en la ciudad y que contribuían a la neblina generalizada.

Al cabo de unos minutos ya tenía mi *gin-rickey* en la mano y empecé a beber despacio, preguntándome si Katerina aparecería esa noche por allí. Después de mi reciente encuentro con ella, esperaba de verdad que se hubiera tomado el día libre.

—Hmmm… —hizo Redvers a mi lado.

Tocaba la misma banda que la noche anterior, así que dejé de mirar al escenario para centrarme en él.

—¿Qué?

—He visto a alguien con quien deberíamos tener una charla.

Parecía que Redvers se expresaba con vaguedad a propósito.

—¿Otro espía? —susurré con teatralidad.

Eso pareció hacerle gracia.

—Esto es Estambul; los espías y las intrigas abundan.

Lo dijo como si todo el mundo lo supiera, aunque para mí era una novedad. Sin embargo, lo pensé y le encontré cierto sentido. La ciudad estaba enclavada en la confluencia de dos continentes muy distintos. Allí habían florecido y caído imperios. Debía de ser un punto de encuentro natural para que los espías reunieran información sobre el otro bando, que se encontraba a tan solo un trayecto de transbordador de distancia.

También encajaba con lo que Katerina me había dicho antes: que Estambul era una buena ciudad para ella, una mujer que gustaba de recabar información.

Sin embargo, yo tenía otras preguntas.

—Pero, a ver, ¿a cuántas personas conoces en esta ciudad?

Redvers me miró y yo me encogí de hombros.

—Es que me pregunto si necesito una agenda de contactos más grande.

Sus labios se curvaron en una sonrisa y entonces me señaló con la cabeza una mesa del fondo. Miré hacia allí y me decepcionó ver que no era más que Ekrem Bey.

—Has cargado muchísimo las tintas solo para anunciar al señor Bey.

—Sé lo mucho que disfrutas de su compañía.

Refunfuñé. No me entusiasmaba volver a hablar con ese hombre, y por un momento me planteé dejar que Redvers se encargara de ello, pero solo por un momento. Con los vasos en la mano, nos abrimos paso entre las mesas mientras la banda atacaba la siguiente canción y así nos acercamos a Ekrem, que estaba con una mujer con la que hablaba en voz baja y con los rostros muy cerca. Sin decir palabra, Redvers apartó una silla libre para mí y luego otra para él mientras yo me sentaba.

—¿Cómo está usted, Ekrem? —saludó.

El hombre suspiró.

—Querida, ¿nos disculpas un momento? Tengo que ocuparme de un negocio.

La amiga de Ekrem pareció molestarse bastante, hasta que este le aseguró que después se lo compensaría. Algo más aplacada, la joven se alejó hacia la barra meciendo su corta faldita llena de cuentas.

Ekrem volvió a suspirar mientras la veía marchar.

—Espero que valga la pena.

Redvers no se dejó impresionar.

—Aquí hay muchísimas mujeres.

—Pero ninguna tan desesperada.

Mis labios esbozaron una mueca, pero fui capaz de contenerme antes de que se diera cuenta. Estaba haciendo lo posible por no llamar su atención.

—¿Descubrió algo anoche? —preguntó Redvers, directo al grano.

—¿Sobre qué? —Ekrem ladeó la cabeza—. ¿El asesino de mi hermano o los hombres que los están siguiendo?

Redvers lo miró varios segundos.

—Ambas cosas.

Parecía que esa noche el hombre estaba disfrutando de ponérnoslo difícil.

—No. —Volvió los ojos hacia mí, e intenté no rehuir su mirada—. ¿Ha descubierto algo durante su charla con Katerina?

No me sorprendió que lo supiera, aunque sí hizo que me preguntara hasta qué punto se conocían esos dos, y si trabajaban más unidos de lo que ninguno de ellos quería hacernos creer. Pero también sabía que no valía la pena preguntarlo; jamás nos lo dirían.

—No sabe para quién trabajaba ese hombre. Ni siquiera él lo sabe —dije, escueta.

Ekrem hizo un gesto de indiferencia y se volvió hacia Redvers.

—Cuando tenga algo, se lo haré saber. —Se apartó de la mesa—. Si me disculpan.

Solo me dirigió una mirada de soslayo, aunque cargadísima de insinuación, antes de dirigirse a la barra para recuperar la atención de su joven amiga.

Los dos lo seguimos con la mirada y entonces me giré hacia Redvers.

—Bueno, supongo que es una forma de conseguir mesa. —Le di un sorbo al *gin-rickey*—. Apuesto a que sabe más de lo que dice.

—Siempre he sabido que eras una mujer inteligente.

—¿Crees que conseguirá descubrirlo? ¿Quién está detrás de todo? —Agité una mano con vaguedad al pronunciar ese «todo» al que nos enfrentábamos y que incluía el asesinato del hermano de Ekrem—. ¿Y de verdad crees que nos lo contará?

—Hay que arriesgarse. Pero sí creo que le interesa compartir con nosotros al menos parte de lo que descubra.

No me molesté en discutirle ese punto; no veía cómo podría hacerse realidad, sobre todo porque íbamos a marcharnos de la ciudad.

—¿Cómo sabrá adónde enviar la información, si es que la consigue? Nos vamos mañana.

—No tengo ninguna duda de que nos encontrará.

Eso era todo lo que Redvers pensaba decir al respecto, y lo mismo daba, porque justo entonces la banda se puso a tocar otra vez. El tempo de la canción era animado y una vocalista subió al escenario: una mujer negra con una voz atrevida y ronca, perfecta para el género. Solté un suspiro de alivio, puesto que parecía que Katerina, en efecto, tenía la noche libre. Aun así, incapaz de relajarme del todo, me sorprendí inspeccionando la sala por si aparecía por allí. Pedimos otra ronda y bebimos despacio para mantener la cabeza clara, aunque disfrutando de la música.

El alivio me duró poco, porque de pronto divisé a Katerina contra la pared del fondo del club. Su vigilancia no llamaba tanto la atención esta vez, pero no me cupo duda de que nos tenía muy controlados. A Redvers sobre todo.

No volví la cabeza, pero le indiqué su posición con la mirada.

—Ahí está tu amiga.

—Ojalá me sorprendiera.

En cuanto esas palabras salieron de su boca, Katerina dejó su posición y se abrió camino por entre el humo que flotaba sobre las

mesas. Llegó a la nuestra sin mucha ceremonia y se deslizó con elegancia en el asiento que había dejado libre Ekrem Bey.

—Cuando he dicho que esperaba que volvierais a Maxim's, no me refería a algo tan inmediato —me comentó Katerina—. Esta noche no actúo.

Su vestido negro y ceñido tenía un corpiño de lentejuelas que destellaban bajo la sutil luz.

Me encogí de hombros, pero no dije nada. Ella volvió la mirada hacia Redvers.

—Siempre te gustó oírme cantar. Quizá si hablo con la banda…

Redvers por fin le dedicó su atención.

—No será necesario.

Sus palabras fueron cortantes, y reparé en que casi nunca lo había visto tan alterado. ¿Qué le había pasado con esa mujer?

Katerina, que parecía conocer perfectamente el efecto que tenía en él, sonrió, aunque esta vez sin hoyuelo. Creía a Redvers cuando me decía que por su parte no había habido ningún interés; no tenía motivo para pensar que me estuviera mintiendo. Sin embargo, era evidente que lo que hubiera ocurrido los había dejado marcados a ambos. Me debatía entre querer y no querer conocer toda la historia.

Ella se volvió de nuevo hacia mí frunciendo un poco los labios y comportándose como si ya fuéramos amigas.

—Antes, en Rusia, cuando todavía tenía dinero y nadaba en el lujo, no habría sido capaz de resistírseme.

Contesté profiriendo un gruñido en lugar de explicarle que era improbable que Redvers tuviera una reacción diferente. Las joyas, los vestidos de gala y todos los accesorios que se compraban con dinero no cambiaban a la mujer que había debajo. Y eso era lo que le interesaba a él.

Como Redvers seguía ninguneándola y, en lugar de mirarla a ella, se dedicaba a observar a la banda, la mirada de Katerina se endureció un instante, y luego su rostro adoptó una expresión neutral. Levantó la mano con ligereza.

—Necesito una copa, así que os dejaré solos para que disfrutéis de la velada. Hasta la próxima, Jane, Redvers.

Él siguió sin mirarla siquiera y Katerina se marchó, en esta ocasión sin repartir caricias.

Esperé un momento antes de abordar el tema.

—Bueno… —empecé a decir.

Redvers negó con la cabeza.

—Ni siquiera vale la pena gastar saliva en ello.

Lo miré unos instantes y lo dejé correr. Estuvimos un rato callados, disfrutando de la banda y bebiendo pequeños sorbos. Cuando los músicos hicieron otra pausa entre canción y canción, Redvers se volvió hacia mí.

—¿Has visto a nuestro perseguidor?

—Sí.

El hombre estaba de pie junto a la barra, escondido entre varios grupos de personas que reían y charlaban, pero era evidente que no formaba parte de ellos. Lo había reconocido porque era el mismo de la noche anterior, de modo que le habían dado una segunda oportunidad para que nos siguiera la pista.

—Podría ser una buena ocasión para cruzar unas palabras con él —sugirió Redvers.

—¿Cómo te propones hacer eso?

No estaba segura de que consiguiéramos sacarle más información de lo que había hecho Katerina, pero valía la pena intentarlo. Sobre todo porque nada nos garantizaba que ella no me hubiera mentido.

—Iremos a por los abrigos, pero saldremos siguiendo la misma ruta que anoche.

Asentí. El callejón trasero estaba bastante oscuro, sobre todo a esas horas.

—Tú te adelantas y te pones a charlar como si yo fuera a tu lado, pero yo buscaré un lugar donde esconderme para, cuando él te siga, colocarme detrás.

—¿Y luego?

Redvers apuró la copa.

—Luego ya veremos.

Hicimos justo lo que había propuesto: recuperamos los abrigos del guardarropa y regresamos para cruzar el club hacia la salida trasera en lugar de usar la puerta principal. El mismo miembro del personal de la noche anterior apenas se extrañó cuando Redvers le pasó otro billete doblado para que nos acompañara a la salida. Supuse que era algo bastante corriente, si la ciudad estaba a rebosar de espías y personajes del hampa… Esas huidas por la parte de atrás hacían que el personal se sacara unos dólares extra cada noche.

—Nos sigue un hombre —le dijo Redvers al joven—, pero deja que salga por el mismo sitio que nosotros.

El chico asintió como si también eso se lo pidieran todos los días. Yo salí al callejón en primer lugar, al tiempo que me ponía el abrigo. Redvers me pasó el suyo.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —pregunté.

—Mantente en la sombra y sostenlo más o menos en alto.

Él se agazapó al otro lado de la puerta, detrás de un par de contenedores de la basura que le ofrecían refugio.

De inmediato comprendí lo que se proponía. Si yo conseguía que pareciera que éramos dos los que nos alejábamos, mucho mejor. Avancé por el callejón e hice lo posible por sostener el abrigo en alto a mi derecha mientras caminaba ofreciendo mi mejor interpretación de un perchero humano. Esperé que todo sucediera con rapidez, porque el brazo no iba a aguantarme mucho rato en esa posición tan extraña.

Sin embargo, no tuve que esperar casi nada. No había llegado ni a la mitad del callejón cuando oí que la puerta se abría tras de mí y se cerraba otra vez con discreción. Con tanta discreción que, si no hubiera aguzado el oído, tal vez ni me habría enterado. Empecé a charlar sola con la esperanza de atraer a nuestro perseguidor en mi dirección y que Redvers pudiera caer sobre él desde atrás. Cuando ya me acercaba al final del callejón, oí unos pasos amortiguados a mi espalda y sacudí un poco el abrigo, como un capote delante de un toro.

Percibí un grito ahogado y solté el abrigo; el brazo me temblaba ya a causa del esfuerzo de llevarlo tan en alto. Me di la vuelta y vi a Redvers conteniendo a nuestro perseguidor: le había inmovilizado

los brazos en la espalda y forcejeaba con él. El fedora del hombre cayó al suelo y, entonces, oí un disparo que procedía de detrás de mí.

26

La detonación resonó por todo el callejón y enseguida me dejé caer al suelo, donde me golpeé las rodillas con los adoquines. También acabé con las palmas de las manos en el pavimiento mientras agitaba la cabeza con fuerza hacia uno y otro lado, sin saber muy bien dónde centrar la atención al principio. Más allá, Redvers estaba de pie, conmocionado, mirando al hombre al que un momento antes tenía inmovilizado pero que de pronto estaba en el suelo, a sus pies.

—¡Corre! —gritó.

Me puse en pie como buenamente pude y me lancé a la carrera. Recorrí a toda velocidad los metros que faltaban para llegar a la calle principal sin separarme del muro de ladrillo del edificio y luego me asomé por la esquina. Vi a alguien vestido completamente de negro corriendo en la dirección contraria. Era una figura bastante pequeña y delgada, y torció por una esquina justo cuando la localicé.

Ni siquiera me molesté en intentar seguir a quienquiera que fuese. Me sacaba demasiada ventaja.

Di media vuelta, regresé al callejón y me detuve a recoger el abrigo de Redvers de donde lo había dejado caer. Lo estreché contra el pecho mientras me acercaba a mi prometido. Ya estaba registrando a aquel hombre cuando llegué a su lado, y se había guardado algo en el bolsillo de los pantalones. Me quedé de pie junto a ellos en la penumbra y, aun sin la ayuda de ninguna farola, vi que el tiro le había dado a nuestro perseguidor en el corazón. O lo bastante cerca para que hubiera caído muerto casi al instante. Intenté no pensar en lo que podría haber ocurrido si la bala lo hubiera atravesado y le hubiera dado a Redvers, que estaba tras él.

—Han sido demasiado rápidos —dije.

Redvers no contestó. Terminó lo que estaba haciendo y enseguida se puso de pie. Me tendió una mano y yo le pasé el abrigo. Se lo

puso y se lo abotonó con dedos raudos.

—Tenemos que irnos.

Estaba conmocionada. Cuando nos topábamos con un cadáver, solíamos esperar e informar a la policía.

—Pero…

Redvers negó con la cabeza.

—Vámonos ya.

Me tomó de la mano, tiró de mí y dejamos al hombre exactamente donde estaba. Corrimos los metros que nos separaban de la calle principal y luego seguimos a paso ligero. Nos movíamos con resolución, aunque un observador ajeno al asunto no habría imaginado que huíamos del escenario de un crimen.

Al menos, eso esperaba yo.

Cuando estábamos ya a varias manzanas del Maxim's, empecé a temblar mucho. Redvers me miró.

—Casi hemos llegado.

Supuse que se refería al hotel. Y aunque así era, no entramos por el vestíbulo, como yo pensaba. En lugar de eso, nos dirigimos a la parte de atrás, donde abrió con pericia una puerta de servicio valiéndose de las ganzúas. Entramos, y Redvers miró alrededor para asegurarse de que no había nadie por allí antes de guiarme por un corto pasillo que llevaba a una escalera. Subimos a nuestra planta, a la que entramos por una puerta discreta que daba a un pasillo contiguo al nuestro. Yo temblaba mucho y me sentí aliviada cuando por fin estuvimos al otro lado de la puerta de nuestra habitación.

Mientras Redvers se desabrochaba el abrigo vi que la sangre le había salpicado en el traje y la camisa. No era de esas mujeres que se desmayaban con facilidad, pero noté que se me iba un poco la cabeza al descubrir la sangre medio seca. Había intentado no pensar en el hecho de que podrían haberlo matado a él también, pero al ver esas manchas ya no pude seguir ignorándolo. Me quedé allí de pie, mirando fijamente las salpicaduras de un tono granate mientras Redvers me quitaba a mí el abrigo y me llevaba al baño con delicadeza. Abrió los grifos y me preparó un baño caliente.

—Han estado a punto de matarnos. Quienquiera que fuese podría haberte matado de un tiro —conseguí decir, a pesar de que me

castañeteaban los dientes—. ¿Y si la bala lo hubiera atravesado?

—Pero no ha sido así. No me han matado. Los dos estamos bien. —Repitió esa frase varias veces más, pero de todos modos tardó un buen rato en calar en mí.

El agua caliente casi se había enfriado otra vez antes de que consiguiera dejar de temblar. Cuando recuperé la calma, vacié la bañera y me envolví en un albornoz para salir a la salita.

—¿Te encuentras mejor? —Redvers estaba cerca de la ventana, también en albornoz.

Fui a sentarme en el sofá, y él se acercó y tomó asiento a mi lado.

—Sí —dije. No parecía que hiciera falta explicar más—. ¿Llevaba alguna documentación encima?

—Claro que no. —Redvers frunció el ceño, contrariado—. Le he encontrado una caja de cerillas en el bolsillo, pero nada más. Aun así, hemos descubierto algo.

—¿El qué?

—Que quienquiera que se esconda detrás de esto está dispuesto a matar a uno de los suyos para evitar que lo delaten.

Volví a estremecerme y Redvers me miró con preocupación, pero agité una mano para quitarle importancia.

—¿La caja de cerillas es de algún sitio interesante?

Negó con la cabeza.

—Un establecimiento del mismo barrio, un garito muy parecido a Maxim's. Y aquí fuma todo el mundo, así que no significa mucho.

Pensé en la rauda figura vestida de negro.

—¿Por qué no nos ha disparado también a nosotros? Sin duda habría resuelto cualquier problema que podamos suponer.

—Le he dado bastantes vueltas a eso. Lo mejor que se me ha ocurrido es que todavía deben de necesitarnos para algo.

—Pues no sé para qué. Mi padre tiene el mapa, y el dinero que yo suponía que llevaba encima parece haberse esfumado hace tiempo. No tenemos nada, en realidad. —Entonces se me ocurrió algo—. A menos que crean que podemos guiarlos hasta él.

—Eso es muy posible. De hecho, tendría muchísimo sentido. Quienquiera que esté detrás de esto no quiere salir a la luz, pero nos necesita con vida para descubrir adónde ha ido tu padre con el

mapa. —Redvers dejó de hablar y me di cuenta de que acababa de ocurrírsele algo más.

—¿Qué pasa?

Me atrajo hacia sí y me abrazó antes de soltarme otra vez. Ese gesto, que debería haberme tranquilizado, tuvo el efecto contrario, porque sabía que en realidad significaba que le preocupaba mucho lo que iba a admitir a continuación:

—Puesto que ya lo seguían antes, solo podemos deducir que también lo siguieron hasta Hungría. Espero que no le haya ocurrido nada, eso es todo.

Al seguir ese razonamiento, entendí cuáles eran sus temores. Si habían seguido a mi padre, era muy probable que él los hubiera conducido hasta Szigetvár, ya que no era un espía entrenado y capaz de dar esquinazo a sus perseguidores. Estaba de acuerdo con Redvers: esperaba que no le hubiera ocurrido nada, ni a él ni al mapa. Sin embargo, era inquietante que parecieran necesitarnos. Solo podía esperar que no significara que mi padre, al final, sí había desaparecido. O, peor, que alguien lo hubiera secuestrado.

Hice lo posible por reprimir esos nuevos temores. No ayudaban en nada, y al cabo de poco partiríamos hacia Hungría, donde, con suerte, encontraríamos algunas respuestas. Regresé al tema inicial.

—¿Cómo sabía el asesino que intentaríamos dar esquinazo a nuestro perseguidor?

—Imagino que no lo sabía y que solo estaba realizando un reconocimiento del terreno, y de pronto ha visto lo que estaba a punto de ocurrir. Esa es mi mejor suposición, al menos.

—Y seguimos sin tener ni idea de quién puede ser.

¿Podíamos eliminar a algún conocido? La figura de negro no se parecía a Ekrem Bey, y Katerina… Bueno, la última vez que la había visto había sido en la barra, hablando con un par de jóvenes. Eso no quería decir que no pudiera tratarse de ella, pero parecía poco probable que se hubiera cambiado de ropa tan deprisa, y tampoco había demostrado ningún interés en la búsqueda del corazón por parte de mi padre. No parecía algo de lo que tuviera constancia, aunque sí sabía que había abandonado la ciudad. El interés de

Katerina parecía consistir puramente en mi prometido y en el desinterés de este por ella.

¿Podría tratarse de Maral? Ella sí tenía más o menos la altura y la talla del asesino. Por otro lado, yo tampoco había podido verlo muy bien. Además, con toda esa ropa negra se hacía difícil discernir cómo era desde tan lejos. Empezaba a dudar de mi propia memoria en cuanto a esa figura misteriosa y meneé la cabeza para aclarar las ideas.

Me puse a pensar en todas las personas con quienes estábamos lidiando.

—Tanto Ekrem como Katerina han dicho que intentarían descubrir quién nos sigue. ¿Crees que alguno de ellos correrá la misma suerte?

Era difícil enterarse de cosas a través de un muerto. O de una muerta, para el caso. Me sorprendió un poco tanta insensibilidad por mi parte, pero estaba llegando al límite. Aquella ciudad era preciosa, pero ya iba siendo hora de que nos fuéramos de allí.

Redvers suspiró.

—También yo lo he pensado, pero ambos saben cuidarse solos. Además, seguro que, en cuanto encuentren el cadáver, el club entero se habrá enterado en cuestión de minutos. Todo el mundo será más precavido.

Eso también podía impedir que hicieran ninguna pregunta, por mucho que Ekrem afirmara tener una causa imperiosa, puesto que buscaba al asesino de su hermano. Quién sabía si esa motivación sería suficiente para que continuara con sus pesquisas y se arriesgara a que le dispararan. Y resultaba imposible deducir qué haría Katerina, como también llegar a saberlo, a fin de cuentas.

Entonces se me ocurrió otra cosa.

—¿Crees que la policía dará con nosotros? Nos han acompañado hasta la salida del callejón justo antes de que mataran a ese hombre, y sé que el camarero podrá describirnos.

—Me parece que será mejor actuar con discreción hasta que salga el tren. Para curarnos en salud.

Una respuesta que no me resultó demasiado tranquilizadora.

27

Esa noche dormí muchas horas, pero no podía decirse que hubiera descansado. Me desperté a causa de una pesadilla en la que era Redvers quien recibía el tiro y, tras darme la vuelta para verlo sano y salvo a mi lado, de nuevo pude dormir, aunque las pesadillas siguieron acosándome. No recordaba todo lo que había soñado, pero desperté con más angustia aún por la situación de mi padre que el día anterior. ¿Habría acertado Millie con su presentimiento de que su hermano había desaparecido? Era difícil no preocuparse por su seguridad cuando estaban matando a gente a diestro y siniestro. La inquietud por perder la casa empezaba a ocupar un lugar secundario entre mis temores.

Redvers pidió que nos subieran el desayuno a la habitación, y ya iba por la mitad de la segunda taza de café antes de que se me ocurriera que mi tía podía estar buscándonos en el comedor de abajo.

—Millie… —empecé a decir.

Redvers sonrió.

—Les he enviado un mensaje diciendo que estamos indispuestos y que nos encontraríamos con ellos más tarde, en el tren.

Solté un suspiro de alivio al oírlo, aunque seguramente a ella le parecería escandaloso que Redvers le hubiera dicho que estábamos «indispuestos».

—¿Les has contado lo que pasó anoche?

Negó con la cabeza.

—Creo que deberíamos guardarnos lo ocurrido para nosotros.

Estaba de acuerdo, no había necesidad de inquietar a nadie más. Era poco probable que a ninguno de ellos le ocurriera nada a plena luz del día, y al caer la noche estaríamos en el Orient Express,

alejándonos de la ciudad. Además, era a nosotros a quienes buscaría la policía.

Redvers hizo lo posible por distraerme durante las horas siguientes. A pesar de todo —de la angustia, las sospechas y la preocupación—, tenía una facilidad impresionante para encenderme, y se le dio bastante bien conseguir que pensara en otras cosas. Agradecí muchísimo el cartelito de «no molestar» que colgaba en nuestra puerta.

Sí que nos arriesgamos a bajar a la planta baja para ir a comer, algo tarde, en el restaurante que había allí. A ambos se nos había abierto el apetito tras el ejercicio, así que nos tomamos nuestro tiempo para disfrutar de una sopa de lentejas seguida de un delicioso arroz pilaf cargado de verduras, todo ello coronado por una tradicional *baklava* con té. El tiempo era un lujo que podíamos permitirnos, ya que teníamos el equipaje preparado y nos habíamos asegurado de que se llevaran también el baúl de mi padre junto con los nuestros.

Cuando volvimos a cruzar el vestíbulo, ya estaban cargando nuestras cosas en un carro para llevarlas a la estación del tren. Un hombre con uniforme de la policía pasó a nuestro lado para ir al café, y yo me puse tensa, pero no se fijó en nosotros. Redvers lo vio también y me hizo un leve gesto.

—Es hora de irse.

No podía estar más de acuerdo.

Los demás se reunirían con nosotros en la estación de Sirkeci, de modo que Redvers y yo tramitamos la salida del hotel y subimos al taxi que nos habían pedido.

—Supongo que todavía nos seguirán —murmuré—. Aunque hayan perdido a un hombre.

No había notado nada en especial, pero imaginaba que continuaban ahí.

—Creo que podemos darlo por hecho —me dijo Redvers al oído. Su aliento me rozó un mechón de pelo y me provocó un escalofrío en la espalda. Me pregunté si algún día me cansaría de ese hombre

—. Y seguro que estarán también en el tren, aunque tal vez podamos aprovechar eso en nuestro beneficio. Sobre todo porque estarán nerviosos ahora que han eliminado a uno de los suyos.

Tenía preguntas sobre cómo exactamente íbamos a conseguir eso, pero me las guardé para mí.

La estación de Sirkeci se encontraba al otro lado del Cuerno de Oro, en el extremo de la pequeña península donde estaban ubicados tantos lugares antiguos de Estambul. Parecía un trayecto algo largo.

—¿No construyeron nuestro hotel para los viajeros del Orient Express?

—En efecto —confirmó Redvers.

—Entonces ¿por qué no lo situaron en la misma orilla que la estación?

—Espacio y tierras, imagino —repuso, encogiéndose de hombros.

Eso no respondía del todo mi pregunta, pero no insistí. Estábamos cruzando por última vez el puente que unía ambos lados del Cuerno de Oro.

El taxi nos dejó frente a la estación, un precioso edificio con un atrio central abovedado y dos alas que se extendían a ambos lados de este. El ladrillo rojo de la fachada estaba coronado por grandes placas de lo que parecía ser mármol rosa, y ambos materiales quedaban resaltados por el omnipresente mármol gris que habíamos visto en toda la ciudad. Cada ala tenía una serie de ventanas circulares con vidrieras de colores por encima de unas puertas en arco que recorrían todo el edificio en ambas direcciones, lo cual le confería un aspecto muy oriental. Redvers localizó al mozo que se encargaba de nuestro equipaje —me alegró ver que había llegado justo antes que nosotros— y lo dirigió al tren. Nosotros subimos los pocos escalones que llevaban a la terminal principal de la estación mientras pasajeros, familiares y mozos de carga iban y venían de aquí para allá. Una gran vidriera redonda y colorida dominaba el espacio desde lo alto de las puertas principales, que tenían a su vez más ventanas a los lados, acabadas estas en arcos apuntados y con formas bulbosas. El interior de la estación era un espacio luminoso y ligero, y la cúpula del techo se elevaba muy por encima de nuestras cabezas. Todo el lugar estaba pintado de blanco, que se alternaba

con un marrón oscuro para crear unos encantadores diseños simétricos en el techo y alrededor de toda la sala. Las vidrieras que recorrían la parte superior bañaban el espacio con una luz preciosa. Intenté no quedarme mirando con cara de boba, pero era difícil no hacerlo. Ya nos habían sacado los billetes, así que fuimos directos al andén, al otro lado del edificio, donde encontramos a Millie y a lord Hughes esperándonos.

El Orient Express tenía una enorme locomotora de vapor negra al frente, seguida del vagón de equipajes y una serie de vagones de pasajeros en azul marino, con letras doradas en lo alto de los laterales que decían «Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens». Nada en aquel convoy parecía no ser de primera clase, aunque me dijeron que existían unos compartimentos de segunda que se habían añadido en los últimos años, y sería allí donde viajaría Maral. Todo apuntaba a que iba a ser un viaje elegante, y también era cierto que no había una forma más rápida de ir de Estambul a Budapest, donde cambiaríamos de tren para dirigirnos al sur, a la campiña húngara.

Redvers y yo teníamos un compartimento en primera clase, y agradecí que los hombres se hubieran ocupado de la organización. Si se lo hubieran dejado a Millie, tal vez habría acabado compartiendo alojamiento con ella «por cuestión de decoro», lo cual habría sido una cruz, en el mejor de los casos. Y ese, sin duda, no hubiera sido el mejor de los casos.

Me pregunté quién pagaría todo ese lujo: ¿Millie o lord Hughes? Esa cuestión me recordó el asunto de la casa y que el reloj seguía avanzando. Por dentro, pese a todo lo que había ocurrido, yo seguía llevando la cuenta de los días que quedaban. La preocupación por la seguridad de mi padre había eclipsado en mi cabeza la idea de que el banco podía quedarse con nuestro hogar, pero, aun así, nunca lo olvidaba del todo. Era solo una vivienda, desde luego, pero conservaba muchos vínculos con mi infancia y con mi madre, además de inspirarme una gran sensación de seguridad: con ella, sabía que siempre tendría un lugar al que regresar, pasara lo que pasase. Había sido un refugio para mí después de la muerte de mi primer marido y me costaba imaginar perderlo. No tenía ninguna

duda de que Redvers era completamente diferente de Grant, mi difunto esposo, y de que con él las cosas irían como la seda, pero eso no quería decir que me sintiera del todo cómoda al perder esa red de seguridad.

Aun así, dejé todo eso en pausa, puesto que en ese momento un mozo con un elegante uniforme azul y detalles trenzados en dorado nos acompañaba a nuestro vagón. El pasillo era estrecho, con el espacio justo para que una persona pudiera caminar por él con comodidad, y estaba decorado con un hermoso revestimiento de caoba y una moqueta gruesa bajo los pies. Cuando el mozo abrió la puerta de nuestro compartimento, pasé junto a él y me aposenté en un asiento tapizado en un tejido suntuoso, suave como el borreguillo. Redvers le dio las gracias y le aseguró que no necesitábamos nada más por el momento.

—Sé que una de tus autoras preferidas ha viajado en este tren —comentó Redvers mientras ocupaba el asiento que había frente al mío.

—¿A quién te refieres?

—A Agatha Christie.

—¡Ah! —Paseé la mirada por la elegante decoración: paneles de caoba y teca con taraceas, gruesas cortinas con un estampado floral que podían descorrerse y sujetarse con cordones dorados. Bajo la ventanilla, una mesita minúscula tenía una lamparita de latón con pantalla de tela—. Me sorprende que no haya ambientado una novela en este tren. Un escenario móvil resultaría muy entretenido.

No me molesté en preguntarle a Redvers cómo conocía el historial de viajes de la señora Christie. Seguro que había algún motivo por el que no podía compartirlo conmigo.

—Me aseguraré de proponérselo —dijo con un brillo inconfundible en los ojos.

Yo puse los míos en blanco. Ya iba a abrir la boca para contestar algo cuando llamaron a la puerta. Redvers abrió y resultó ser otro hombre con uniforme azul. Se trataba del mozo que tenía asignado nuestro compartimento, que venía a presentarse. Dejé escapar un pequeño suspiro de alivio, me alegraba que fuera cualquiera menos Millie. Todavía necesitaba unos minutos más para recobrar las

fuerzas antes de enfrentarme a mi tía. No parecía que pudiera haber motivo alguno para que se quejara del alojamiento, pero con ella nunca se sabía.

Sin embargo, no debería haberme preocupado. No vimos ni a Millie ni a lord Hughes hasta que llegó la hora de reunirnos con ellos en el vagón comedor para cenar. A un lado del vagón había una hilera de mesas para cuatro, vestidas con manteles blancos y puestas con cubertería y porcelana fina, y otra hilera de mesas para dos en el otro, lo cual dejaba un pasillo central para los pasajeros y los camareros. En cada mesa había una lámpara de latón que proyectaba una luz agradable, y me fijé en que todas ellas tenían también un jarroncito con flores frescas sobre el mantel. Las paredes estaban revestidas de caoba decorativa, cosa que combinaba estupendamente con los lujosos asientos de piel y los gruesos cortinajes de damasco. Nos sentaron a una mesa para cuatro y vi que Maral se encontraba hacia el fondo del vagón, en una de las pequeñas, donde cenaría con quien le asignaran para acompañarla.

—Viajamos a Estambul en este mismo tren, por supuesto, y quedé muy contenta con el servicio —comentó Millie cuando se aposentó en su silla—. Solo puedo suponer que este trayecto será de igual calidad.

Sentí que una ceja se erguía, pero conseguí controlar mi expresión. El servicio debía de ser excepcional como poco para haberse ganado semejante halago por parte de mi tía.

—Aunque parece que esta vez han logrado colocar más mesas en el comedor porque el tren lleva un vagón de segunda. —Sus labios se apretaron y formaron una línea fina.

No estaba segura de que eso de las mesas adicionales fuera cierto, y me sentí muy tentada de contestar algo como «Dios no lo quiera», pero me mordí la lengua. Enfrentarse a Millie con sarcasmo nunca acababa bien. Sin embargo, crucé una mirada con lord Hughes, y compartimos una pequeña sonrisa. Me alegraba que el

hombre pareciera amar a mi tía de verdad y aceptarla tal como era. Su presencia era silenciosa pero reconfortante.

La cena consistió en varios platos. Empezamos con una sopa de lentejas a la que siguió un pilaf de cordero acompañado de patatas y judías salteadas, todo ello rematado por quesos y fruta. Redvers y yo tomamos una copa de vino mientras cenábamos, pero pasamos a nuestros cócteles habituales al terminar. Justo cuando el camarero estaba sirviéndonos esas bebidas tardías reparé en que la silla vacía de la mesa que teníamos detrás ya estaba ocupada. El pasajero en cuestión me daba la espalda, así que no podía ver quién era, pero me resultó familiar.

—¿Quién es ese? —le susurré a Redvers, dirigiendo su atención con un leve gesto de la cabeza.

Él frunció el ceño.

—No estoy seguro, pero tengo mis sospechas.

Millie nos fulminó con la mirada —no le gustaba verse excluida de nada, y menos aún de una conversación en la mesa—, pero por una vez no nos sometió a ningún interrogatorio.

Todavía estaba mirando fijamente al hombre cuando este se volvió a medias en su silla hacia el pasillo y luego giró hasta quedar de cara a mí.

Era Ekrem Bey.

28

Le dirigí una sonrisa que, sin duda, más bien pareció un rictus.

—¿Qué hace él aquí? —pensé en voz alta mientras Ekrem se levantaba y se acercaba a nuestra mesa.

—Hola de nuevo —saludó.

Millie lo miró de arriba abajo.

—¿Quién diablos es usted y qué desea? Esta mesa es privada.

Había olvidado que no le habíamos explicado a mi tía nada sobre él.

Mis labios se curvaron hacia arriba por un lado. La brusquedad de Millie podía resultar entretenida, incluso útil. Cuando no iba dirigida a mí, claro.

Ekrem Bey no pareció inmutarse ante ese recibimiento y tuve que reconocer que admiraba ese control sobre sí mismo.

—Me parece que conoció usted a Ziya. Era archivero. Yo soy su hermano Ekrem —le dijo a mi tía sin hacer caso alguno del gruñido que obtuvo por respuesta—. Solo quería pasar a saludar, puesto que los acompañaré en este viaje —anunció, extendiendo las manos al hacerlo.

—¿Y por qué, exactamente, va a acompañarnos? —pregunté.

—Porque se trata de una aventura.

Ekrem me guiñó un ojo, un gesto que hizo que me estremeciera por varios motivos. Para empezar, porque pensaba que debería mostrarse más caballeroso en cuanto al asesinato de su hermano, la única razón que se me ocurría por la que pudiera estar ahí. Ekrem se despidió del resto de la mesa con una leve reverencia antes de regresar a la suya.

—Me encantaría pasar un día entero sin una nueva sorpresa —dije sin dirigirme a nadie en concreto.

—Buena suerte… —Millie apuró el *whisky* que le quedaba y pidió otro por señas al camarero.

Cuando regresamos a nuestro compartimento, el mozo había transformado los asientos con cojines en una litera que era más cómoda de lo que habría creído posible para un viaje en tren, aunque de todos modos se notaba que ibas en un vagón en movimiento. Me preocupaba no poder conciliar el sueño, pero esas últimas noches tan moviditas por fin me pasaron factura y no tardé en quedarme dormida gracias al vaivén del tren sobre las vías.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me llamó la atención la ausencia de Redvers. Aún se notaba que su lado de la litera estaba revuelto, pero resultaba imposible saber cuánto tiempo llevaba fuera. Pese a las estrecheces, no me había dado cuenta de cuándo se había levantado. Me puse un vestido gris de lana con un par de zapatos Oxford planos, muy cómodos, y recorrí el pasillo en dirección al baño. Un encargado de uniforme azul estaba frente a la puerta y me la abrió para que entrara. Era un espacio mucho mayor de lo que cabría esperar en un tren, acabado con baldosas blancas y paneles de madera, accesorios de latón y una pequeña ducha contra la pared del fondo. Realicé los quehaceres matutinos echándome agua a la cara en el lavabo de mármol antes de darme un vistazo en el espejo. Aunque había dormido mucho y bien, a las bolsas de debajo de mis ojos seguramente también habrían tenido que ponerles una etiqueta para subir al tren. Salí del baño y el encargado se apresuró a limpiarlo y prepararlo todo para el siguiente viajero; solo podía suponer que ese era el motivo por el que se mantenía como los chorros del oro.

Regresé al compartimento y, al entrar, casi me choqué con Redvers. En los pocos minutos que había estado en el baño, él había vuelto de donde fuera y lo había recolocado todo para recuperar la salita.

—¡Me has asustado! —Respiré hondo—. ¿Dónde estabas?

—Hablando un momento con el revisor —respondió como si nada —. ¿Qué tal has dormido?

Me señalé los ojos.

—Pese a estas bolsas, la verdad es que bastante bien.

Redvers no hizo ningún comentario, una decisión muy sensata por su parte.

—Hablando de bolsas… Alguien se coló anoche en el vagón de equipajes.

Suspiré.

—Déjame que adivine el equipaje de quién se ha visto afectado.

—Todavía no he ido a comprobarlo. He pensado que querrías acompañarme.

—Por fin estás aprendiendo.

En el pasado había sido bastante explícita sobre lo mucho que detestaba que me dejara de lado cuando investigaba.

Redvers no contestó, pero percibí un brillo en su mirada mientras se volvía y me guiaba hacia el pasillo.

El vagón de equipajes se encontraba al principio del tren, justo detrás de la locomotora, y atravesamos varios vagones casi idénticos al nuestro antes de llegar a él. Tuve los ojos bien abiertos por si veía rostros familiares, como alguno de los hombres que nos habían seguido en Estambul, pero no reconocí a nadie.

—¿Has visto a alguno de nuestros perseguidores? —pregunté.

Redvers negó con la cabeza.

—De momento, no. Pero eso no significa que uno o dos no estén aquí. De hecho, puesto que han registrado nuestras cosas, yo diría que eso confirma que por lo menos uno va en el tren.

Asentí y no dije nada más hasta que llegamos a nuestro destino. Un hombre con el característico uniforme azul ferroviario discutía con uno de los mozos en la unión de los vagones, pero se callaron en cuanto nos acercamos.

El hombre que supuse que era el revisor saludó a Redvers con un gesto de la cabeza.

—Lo que sospechábamos. La puerta del vagón está dañada y no tiene arreglo. Se cierra, pero no con vuelta de llave.

Fulminó con la mirada al mozo, que tenía los ojos fijos en el suelo. Me pregunté si el pobre conservaría su trabajo cuando llegáramos a la siguiente estación.

Redvers emitió un ruido de asentimiento y se volvió hacia el joven.

—¿A qué hora se retiró usted?

El mozo tenía las manos cerradas en dos puños a los costados.

—Sobre medianoche. —Apenas se lo oía.

—Una hora razonable. ¿Todos los pasajeros a su cargo estaban acostados?

El chico asintió, todavía sin establecer contacto visual con ninguno de nosotros. Yo sabía que había un mozo asignado a cada vagón, y que era responsable de los viajeros que lo ocupaban. Cuando todos se habían retirado a sus compartimentos, los mozos tenían permiso para dormir unas horas mientras seguían sentados en su puesto, aunque había un sistema de llamada para despertarlos si alguien necesitaba algo en mitad de la noche. Debía de ser agotador, la verdad. A saber lo que algunos viajeros eran capaces de pedir a cualquier hora del día. Había viajado con mi tía Millie… Sabía lo crudo que podía ponerse.

—¿Han tocado algo? —le preguntó Redvers al revisor.

—Todavía no he tenido ocasión de mirar —explicó el hombre antes de volverse hacia el mozo—. Vaya a hacer su trabajo.

Al pobre no hizo falta decírselo dos veces; se escabulló enseguida por el estrecho pasillo. No era ni mucho menos culpa suya que alguien hubiera irrumpido en el vagón de equipajes mientras él echaba una cabezada, así que esperé que no lo consideraran responsable.

Entramos los tres en el vagón de equipajes, aunque Redvers se tomó un momento para inspeccionar la cerradura rota antes de pasar al compartimento. También yo le eché un vistazo, y de inmediato vi que alguien había hecho un trabajo bastante chapucero, probablemente con una herramienta como un martillo. Aunque no sabía de dónde podía haber sacado nadie una

herramienta así en un tren como ese, a menos que ya la llevaran consigo.

Allí dentro no había ni rastro de la elegancia de los demás vagones. Se trataba de una zona utilitaria con grandes estanterías construidas a lo largo de los costados y también en el centro para contener los numerosos baúles y maletas en varios pisos. La primera zona en la que miramos era donde guardaban nuestro equipaje. Apenas hizo falta un vistazo para confirmar que esos dos baúles, así como el de mi padre, habían sido registrados: tenían los cierres arañados y tampoco podrían arreglarse. El revisor contuvo un grito de sorpresa al ver los evidentes daños, pero ni Redvers ni yo nos asombramos lo más mínimo.

—Siento que les hayan estropeado sus pertenencias. Nunca había ocurrido algo así en nuestro tren.

Quise decirle que nunca nos había tenido a nosotros en su tren, pero me reprimí.

—Deberíamos hacer inventario para ver si se han llevado algo —propuso.

Redvers ya había abierto la tapa de su baúl y negó con la cabeza.

—No será necesario.

Yo me inclinaba a pensar lo mismo. Habíamos tenido la precaución de no meter nada interesante ahí dentro. Lo más que cualquiera habría podido encontrar eran mudas de ropa, y eso podíamos remplazarlo si se había estropeado. Miré también en mi baúl y, aunque estaba todo revuelto, vi que nada parecía haber sufrido daños.

Sin embargo, sí que debíamos comprobar si habían registrado algún baúl más. Tardamos un buen rato, pero localizamos los baúles de nuestros compañeros de viaje —Millie, lord Hughes y Maral— y descubrimos que los habían abierto todos y habían rebuscado en su interior, aunque resultaba imposible determinar si habían sustraído algo. Ekrem Bey no parecía llevar equipaje, que yo viera.

—Han sido exhaustivos —comentó Redvers casi para sí.

—En efecto —repuse mientras miraba alrededor con los brazos en jarras—. No encuentro el equipaje de Ekrem. ¿Y tú?

Redvers paseó la mirada por el vagón.

—Es posible que no haya traído nada. Puede que solo preparara una bolsa con cuatro cosas para unirse a nosotros en el último momento.

—¿Para un viaje en tren a otro país? No podía saber cuánto tiempo estaría fuera, ¿cómo iba a bastarle con una bolsa improvisada?

Redvers se limitó a negar con la cabeza: no tenía respuesta para eso.

Tampoco pude evitar preguntarme cómo había conseguido un hombre así una plaza en el Orient Express tan a última hora. A nosotros nos había costado, y eso que lo habíamos hecho con un día de antelación. ¿Exactamente cuándo había decidido que se venía con nosotros?

Aquello no me gustaba ni un pelo. Nuestro registro se alargó más de lo esperado y, para cuando llegamos al vagón comedor, el estómago me rugía de hambre y sentía un pequeño dolor de cabeza que me latía detrás de los ojos a causa del retraso de mi dosis de cafeína.

—¿Servirán desayunos todavía?

Me froté las sienes en cuanto nos sentaron a nuestra mesa. Fue un alivio ver que Millie y lord Hughes ya habían terminado; los camareros estaban retirando sus platos cuando entramos, lo cual quería decir que ya habían acabado de desayunar y habían salido de allí hacía rato. Me alegró poder descansar del escrutinio siempre crítico de mi tía.

Unos segundos después, mi pregunta quedó contestada por el camarero que nos tomó nota. En cuanto se alejó, otro joven llegó con un café caliente para mí y un té para Redvers. El servicio era impecable de verdad.

Solté un suspiro de alivio al beber los primeros sorbos de un café cortado con una nube de nata. Redvers me miró divertido unos segundos antes de ponerse serio. Paseé la mirada por el vagón comedor, pero estábamos prácticamente solos, si exceptuábamos una mesa cerca del fondo, cuya ocupante parecía estar alargando el té del desayuno.

—¿Quién crees que ha sido? —pregunté—. Supongo que, o bien alguien que viaja con nosotros, o bien uno de nuestros perseguidores.

—Podría tratarse de cualquiera. Sinceramente, si han sido listos, habrán dañado también su propio equipaje para eludir sospechas.

Asentí sin sorpresa. Era justo lo que había pensado yo.

—¿Qué estarán buscando? —reflexioné.

—Si es alguien ajeno a nuestro grupo, supongo que busca el mapa. Y no lo tenemos, porque tu padre lo encontró primero y se lo llevó consigo. —Redvers caviló unos instantes—. Hemos estado dudando sobre si tu padre se marchó por propia voluntad, pero, si todavía están buscando ese mapa, entonces es razonable presumir que sí, que se marchó por iniciativa propia. —Calló un momento—. Y creo que también es razonable presumir que, si alguien lo tuviera a él, ese alguien tendría también el mapa. En tal caso, ¿qué querrían de nosotros? ¿Qué necesidad habría de registrar nuestro equipaje?

Esa idea me animó muchísimo. Tal vez mi padre hubiera logrado escapar sin que lo siguieran, por improbable que pareciera.

Aun así, alguien había registrado nuestras cosas en ese tren. Era un recordatorio muy claro de que, por mucho que hubiéramos salido de la ciudad, no habíamos dejado atrás el peligro que nos acechaba. Ziya Bey estaba muerto, habían matado a otro hombre en el callejón del club y no teníamos ni idea de quién iba con nosotros en el tren.

—Es poco probable que se trate de Maral o de Ekrem, porque ya saben que mi padre tiene el mapa —expuse—. Dudo que ninguno de ellos nos haya registrado los baúles.

—A menos que busquen algo más… ¿Otra parte de la pista? ¿Quizá algo relacionado con el dinero? —Los ojos de Redvers estaban fijos en los míos.

—Si hay algo más, no tengo ni idea de qué puede ser. Mi padre se llevó consigo todas sus notas, y sabemos que el dinero desapareció hace tiempo. El propio Ekrem nos explicó que lo habían timado y que el culpable huyó de la ciudad. —Bebí un poco de café—. Tenemos las cartas que me dejó mi padre, pero son crípticas, como poco. No nos ha dejado ninguna información que pueda considerarse útil. Y, puesto que tenía una memoria casi fotográfica,

no llevaba un diario. Incluso sus notas de trabajo resultaban poco claras. Él era el único que sabía lo que querían decir y, de todos modos, tampoco las tenemos.

—Pero ¿saben eso los demás? —A Redvers le gustaba jugar al abogado del diablo, pero también resultaba un ejercicio útil.

—Seguramente no. No creo que sea lo más normal en un académico. Por lo que recuerdo, suelen extenderse en sus anotaciones. —Pensé en lo que sí teníamos de mi padre—. ¿A quién le hemos enseñado las cartas?

Intenté recordarlo rememorando los acontecimientos.

Redvers lo pensó un momento.

—A nadie.

—¿Ni siquiera a Ziya Bey?

¿Le habíamos mostrado algo de lo que teníamos de mi padre? Aunque había pasado muy poco tiempo, me costaba recordarlo.

—Ni siquiera a Ziya —confirmó Redvers—. Y quién sabe lo que este le contaría a su hermano. Hasta el momento, a nuestros compañeros solo les hemos explicado el contenido de esas cartas.

—Y si no han creído nuestra versión de lo que mi padre decía en ellas…

—Puede que hayan sentido la suficiente curiosidad para registrar nuestro equipaje en su busca. O queriendo encontrar cualquier documento de tu padre que crean que tenemos.

—Podría ser cualquiera.

Suspiré. Había esperado delimitar nuestro campo de búsqueda, pero no había suerte.

—Registrar un baúl de equipaje es una reacción extrema, pero sí. Podría ser cualquiera —convino Redvers.

Iba a necesitar más café todavía.

El resto del día se sucedió despacio. Los nervios me mantenían alerta pese a la comodidad del alojamiento, y me di cuenta de que estaba distrayendo a Redvers e interrumpía su lectura, así que decidí salir a recorrer los pasillos y contemplar el paisaje desde el salón de

señoras, aunque no asimilaba nada de lo que veía. Lo que quizá me resultó más llamativo fue no cruzarme con ninguno de nuestros compañeros de viaje en todo el día. No era que me apeteciera su compañía, pero sí resultaba extraño que ninguno de ellos se hubiera pasado por las zonas comunes.

Cuando los mozos anunciaron la cena, todos se presentaron en el comedor y cada cual se sentó a su mesa, si bien se los veía algo apagados. Incluso en la nuestra, pude cenar con tranquilidad en lugar de soportar los ataques de mi tía para obligarme a participar en la conversación. La comida volvió a ser excepcional y conseguí disfrutarla antes de retirarnos para tomar una última copa al salón, donde Millie y lord Hughes jugaron una partida de cartas mientras Redvers y yo mirábamos.

Al caer la noche, seguía demasiado excitada para conciliar el sueño, así que me tumbé en la litera mirando el techo, con Redvers profundamente dormido a mi lado por una vez; solía ser él quien menos dormía. Sin embargo, nunca se me había dado muy bien esperar a que ocurriera algo, y a eso había que sumarle mi angustia por saber si mi padre estaba bien. La suposición de Redvers de que, si nos habían registrado el equipaje, era porque tal vez mi padre viajaba todavía por su cuenta había contribuido a aliviar en gran medida mi preocupación por él, pero seguía desaparecido, sin sus cosas, y el banco seguía amenazando con quedarse la casa. ¿De dónde íbamos a sacar el dinero para devolver el préstamo?

Mi cerebro no dejaba de darle vueltas al asunto, de modo que seguía muy despierta todavía cuando alguien llamó a la puerta. Redvers ni siquiera se movió, y me alegré de estar echada en la parte exterior del colchón, porque enseguida me envolví con la bata y fui a abrir. Era un mozo del tren, aunque no el que teníamos asignado y tampoco uno que hubiese visto antes.

—Siento molestarla. —El joven hablaba en voz baja por deferencia hacia nuestros vecinos, que debían de estar durmiendo—. Se requiere su presencia en el vagón de la señorita Aslanyan.

Enarqué las cejas. Algo grave debía de haber ocurrido para que un mozo fuera a despertar a otro pasajero. Me volví y miré para ver si Redvers seguía dormido. En efecto, sí. No dormía muchas horas,

pero cuando lo hacía era profundamente. El mozo también echó un vistazo a su cuerpo adormecido tras de mí, pero no dijo nada.

Mientras seguía al joven por varios vagones de pasajeros, reparé en que era más tarde de lo que había pensado en un principio. Casi todos los compartimentos estaban a oscuras, y sus ocupantes, bien dormidos. Los únicos sonidos eran los de nuestras pisadas cautelosas y el suave traqueteo del tren mismo sobre las vías.

El hombre llamó a una puerta antes de abrir y me la sostuvo para que entrara, pero frené en seco nada más cruzar el umbral. En ese compartimento no había nadie, y tardé apenas un segundo en comprender que había caído en una trampa. Giré en redondo, pero el mozo me bloqueaba la puerta y tenía una pequeña pistola negra en la mano. Entonces empujó la puerta y la cerró tras de sí, aunque la cerradura no acabó de encajar.

—Al asiento —ordenó mientras alcanzaba un cojín que estaba en la rejilla superior, sin dejar de mirarme y sin que le temblara la mano siquiera.

Me quedé helada, física y mentalmente. No abrí la boca para gritar porque el instinto me decía que ese hombre —que estaba claro que no era un mozo— me habría disparado allí mismo. Sin embargo, no tuve ocasión de tomar ninguna decisión porque la puerta volvió a abrirse sin hacer ruido. Un instante después, la boca del hombre de uniforme se abrió con sorpresa y dejó escapar un grito ahogado antes de caer desplomado en el suelo con un cuchillo enorme clavado en medio de la espalda.

29

Aparté los ojos del cuerpo tirado en el suelo y los posé en Maral, que estaba de pie en la puerta, mirándome fijamente con las manos en las caderas.

—No hay de qué.

—¿Cómo…? ¿Cómo? —Mi cerebro no acababa de procesar nada de lo que había ocurrido en los últimos segundos, así que no había forma de que produjera una frase completa.

Ella se encogió de hombros.

—No duermo bien en los trenes y hace un rato he oído pasos amortiguados en el pasillo. Me he asomado y he visto a este hombre empujando a mi mozo al baño.

—¿Está muerto? —pregunté.

—¿El mozo o este hombre? —preguntó Maral antes de agacharse a arrebatarle el arma al susodicho—. Este parece muerto. El mozo, no estoy segura.

Su calma contenida me sacaba de quicio y comprendí que quería a Redvers allí antes de hacerle ninguna pregunta más.

—Una de las dos tiene que ir a despertar a Redvers —dije.

—Iré yo.

Maral me entregó la pistola inclinándose por encima del cadáver, y yo la sujeté, tras lo cual me desplomé en el asiento que tenía a mi espalda y me quedé mirando al vacío.

Solo pasaron unos minutos antes de que Maral regresara seguida de Redvers. Agradecí haber tenido ese tiempo para asimilar la escena ante la que me hallaba y, aunque había empezado a temblar, me notaba más preparada para formar frases completas.

Redvers pasó por encima del hombre tendido en el compartimento, Maral entró enseguida y cerró la puerta antes de apoyarse en ella. Lo cierto era que allí no había sitio para los tres,

además del cadáver del suelo. Redvers ya estaba de cuclillas junto al hombre, buscándole el pulso. Alzó la mirada hacia mí y negó con la cabeza antes de volver a incorporarse y apoyar las manos en las caderas.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó con delicadeza.

Maral seguía completamente serena y le explicó cómo había ido tras nosotros.

—Era evidente que pensaba disparar a Jane, así que… —Se encogió de hombros e hizo un gesto como de apuñalar con la mano.

Redvers no estaba tan calmado, una preocupación intensa brillaba en sus ojos al mirarme.

—¿Estás bien?

Asentí y me volví hacia Maral.

—¿De dónde has sacado el cuchillo?

—De mi cama.

—¿Duermes siempre con un cuchillo en la cama?

—¿Tú no? —Me miró fijamente—. Lo guardo debajo de la almohada.

No, yo no lo hacía, pero no valía la pena comentarlo en esos momentos. Solo sentía una gratitud inmensa porque ella durmiera con un arma, y no quería ni pensar qué habría podido ocurrir si Maral no hubiera estado despierta y dispuesta a rescatarme.

Me di cuenta de que Redvers estaba pensando lo mismo, pero se limitó a alargar el brazo y apretarme la mano antes de volverse de nuevo hacia el cadáver del suelo. Guardamos silencio un rato, preguntándonos qué hacer con el muerto. Estaba boca abajo, con la cara vuelta hacia donde nos encontrábamos nosotros.

—Es evidente que no era un mozo —dedujo Redvers.

Maral negó con la cabeza.

—Iré a ver al mozo auténtico, el del baño.

Vi cómo salía por la puerta. La tranquilidad con que actuaba me resultaba más que desconcertante. ¿También guardaba un cuchillo debajo de la almohada cuando dormía con mi padre? Sentí un breve ataque de pánico al pensar que mi padre podría haber acabado igual que ese hombre, pero lo hice a un lado con firmeza. Ni servía de

nada ni era probable. No solo eso: Maral acababa de salvarme la vida. Debía estarle agradecida, no sospechar de ella.

Aunque ¿cuánto sabía mi padre sobre esa mujer?

Maral no tardó en regresar.

—Empieza a volver en sí. Solo estaba inconsciente.

—Bien —dijo Redvers—. Iré a informar al revisor.

—¿Crees que actuará con discreción?

—Sí, estoy seguro. La pregunta, en realidad, es si considerará que hay que llamar a la policía.

Me puse tensa. No era muy aficionada a hablar con la policía de países extranjeros, pero en esa ocasión era evidente que Maral había actuado para defenderme.

Redvers percibió mi incomodidad.

—No creo que haya ningún problema. Está muy claro lo que ha pasado.

Esperé que acertara. Seguía sin hacerme mucha gracia descubrir cómo era una cárcel turca por dentro, y ya pensaba que habíamos eludido esa posibilidad al escapar del último escenario de un crimen en Estambul.

Redvers registró enseguida los bolsillos del hombre a los que tenía acceso inmediato.

—¿Hay algo?

—Nada fuera de lo común: unas monedas sueltas y un pañuelo. —Sacó también un paquete de tabaco algo arrugado de un bolsillo de los pantalones—. Y esto.

Lo levantó en alto y se inclinó sobre el cuerpo que tenía a sus pies para entregármelo. Dentro del paquete había una caja de cerillas, y la saqué. No tenía nada de especial, salvo que era de Maxim's, el mismo lugar en el que habíamos conocido a Ekrem Bey y donde habían matado a aquel hombre en el callejón.

—¿Otra coincidencia?

Levanté las cerillas para que Redvers las viera, y él gruñó mientras entornaba un poco los ojos. No había nada escrito dentro de la caja, así que la metí otra vez en el paquete y se lo devolví a él, que lo guardó de nuevo en el bolsillo donde lo había encontrado. Me

estremecí un poco, contenta de no ser yo la que había registrado el cadáver.

Con la inspección completada, Redvers salió en busca del revisor. Maral se sentó entonces a mi lado y entre las dos se hizo un silencio algo incómodo. Quise decirle que regresara al baño para limpiarse la sangre que se le estaba secando en las manos, pero, pensándolo mejor, decidí que el revisor debía ver primero toda la situación.

Maral y yo salimos al pasillo cuando regresaron los hombres, ya que ahí dentro no había sitio para todos. Y, si era sincera, me alegró poner algo de distancia con el cadáver. Sin embargo, dejé la puerta lo bastante abierta para poder ver lo que hacían Redvers y el revisor.

Había deseado que ocurriera algo, pero no era eso lo que esperaba.

En cuanto vio el cadáver, el revisor soltó una sarta de improperios a media voz que me parecieron del todo adecuados para la situación, aunque enseguida se disculpó por ser tan malhablado. Tanto Redvers como Maral se encogieron de hombros.

—Deberíamos darle la vuelta.

Redvers agarró el cadáver por los hombros y el revisor se acuclilló para ayudarle a girar el cuerpo. Cuando lo dejaron bocarriba, comenté que yo seguía sin reconocerlo.

Miré a Maral, que también negó con la cabeza. Sin embargo, solo con mirar a Redvers comprendí que él tenía una versión diferente. Su rostro estaba tenso, fruncía el ceño.

—¿Redvers? —pregunté.

Habló casi sin voz:

—Yo sí lo conozco. O lo conocía, al menos.

30

El revisor y Maral parecían sorprendidos, pero, tras pensarlo un instante, a mí no me asombró. Dada la naturaleza del trabajo de Redvers y el hecho de que la última vez que estuvo en Estambul habían descubierto su tapadera, lo que más me sorprendía era que no tuviera más información sobre quiénes habían estado siguiéndonos por la ciudad. Él empezó a explicarse sin que tuviéramos que preguntar.

—Es armenio, pero sus lealtades eran maleables, como poco. Arman no sé qué. No recuerdo su apellido. Pero, por lo poco que sé de él, no me sorprende que estuviera dispuesto a matar por dinero.

Sus ojos se volvieron raudos hacia mí, y supe que de nuevo pensaba en lo que podría haber ocurrido si Maral no hubiese estado ahí. Esperé que no se culpara por ello; no era responsable de que yo hubiera decidido aventurarme de noche y sin compañía. La culpa era solo mía por haber salido sin despertarlo y sin decir adónde iba. Era algo que hablaríamos más adelante, largo y tendido.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —pregunté.

—La última vez que estuve en la ciudad. —No se extendió más, y supe que estaba siendo vago adrede por nuestros dos acompañantes.

Miré a Maral.

—¿Estás segura de que no lo reconoces?

Pensé que tal vez fuera uno de los hombres que habían seguido a mi padre y que quizá lo había podido ver antes.

—¿Porque los dos somos armenios? No nos conocemos todos.

En absoluto era eso a lo que me refería, y se lo dije; después expliqué por qué pensaba que tal vez le sonara su cara.

—Perdona. Es solo que mi pueblo ha pasado muchas dificultades y siento haber tenido que matar a un compatriota armenio. —Negó

con la cabeza—. Pero no me ha quedado otra opción.

Estuve tentada de alargar la mano y tocarle el hombro, pero su postura tenía algo que me lo impidió. No me pareció que fuera a agradecer el gesto en ese momento.

—Muchos afirman que el genocidio armenio no tuvo lugar —explicó Maral con una acritud evidente en la voz—. Pero sí ocurrió. Por no hablar del desplazamiento forzoso. —Inspiró hondo tras mirar de nuevo al hombre que yacía en el suelo—. En Estambul había muchos griegos y armenios que eran dueños de tiendas y restaurantes, pero los obligaron a todos a recoger sus cosas, abandonar sus propiedades y trasladarse a un país que no habíamos vuelto a ver en generaciones. —Otra vez hizo un gesto de negación —. Para muchísima gente fue devastador. —Señaló al hombre—. Los abocó a situaciones como la suya.

Pensé que argumentar que su trágico pasado había obligado a ese hombre a intentar matarme siguiendo órdenes de otra persona era mucho argumentar, pero me lo guardé para mí. No quería minimizar el dolor de Maral. Sin embargo, sentía curiosidad por las experiencias que habría vivido. Nunca habíamos hablado de eso.

—¿Cómo acabaste regresando a Estambul? —pregunté.

—Por mi padre. Le pidió a un empleado que se encargara del restaurante en su nombre y juró regresar, cosa que hizo. Falsificamos unos documentos y conseguimos volver.

Iba a preguntarle cómo lo habían logrado, pero sus labios se cerraron con firmeza. No quería explicar más sobre su regreso a Estambul, y en realidad no era relevante para nuestra situación, así que me aguanté y volví a centrar la atención en el cadáver que yacía a nuestros pies.

Guardamos silencio unos momentos más, con la historia de Maral pendiendo todavía en el aire, hasta que las consideraciones prácticas ganaron la batalla.

—Jane, ¿podrías llevar a Maral al baño para que se limpie? —pidió Redvers—. Y acompáñala a nuestro compartimento cuando hayáis terminado. Allí podremos hablar más sobre qué hacer ahora.

Ella le había clavado el cuchillo al hombre en la espalda desde muy poca distancia, de manera que la sangre le había salpicado en

la ropa, así como en el rostro y las manos. Seguramente el vestido ya no tenía remedio, pero lo demás sí podía lavarse.

Le tendí una mano. En lugar de aceptarla, Maral mantuvo los brazos echados alrededor de sí misma, aunque me siguió desde el compartimento al baño, donde se encerró. Yo me quedé en el pasillo unos minutos que se me hicieron eternos oyendo cómo corría el agua. Agradecí que el revisor hubiese echado al mozo de ese vagón, puesto que así no tendríamos que dar explicaciones sobre el estado de la ropa de Maral. Aunque no me apetecía mucho limpiar el baño cuando terminara, pensé que no debíamos dejar indicio alguno de lo sucedido. Maral salió por fin y me asomé dentro; había dejado el lavabo y la zona circundante tan inmaculados como habría hecho el mozo. Solté un leve suspiro de alivio.

Recorrimos en silencio los demás vagones hasta llegar a nuestro compartimento. Me alegró que nadie más pareciera estar despierto aún; los únicos con quienes nos cruzamos fueron un par de mozos, dormidos en sus puestos. Entramos y me senté en el borde de la litera abierta.

Maral siguió de pie un momento, insegura, claramente incómoda al verse en el compartimento donde nos alojábamos Redvers y yo, y más aún porque estaba preparado para la noche.

—Creo que regresaré a mi compartimento. Podemos esperar a la mañana para discutir qué hacer a continuación.

La miré unos segundos. Había mantenido una calma sorprendente —una calma inquietante, en realidad— hasta que Redvers anunció la etnia del asesino a sueldo. Ahí, Maral había demostrado por primera vez algún tipo de emoción tras haber matado a un hombre de una puñalada. Mi gratitud por sus actos estaba reñida con mis sospechas y no me hacía ninguna gracia dejarla marchar, aunque tampoco es que pudiera saltar del tren en marcha.

Me dio rabia que esa fuera mi reacción instintiva: preocuparme de que pudiera escapar, cuando lo único que había hecho era salvarme la vida.

Esperé que esa batalla interior no se dejara entrever en mi rostro, así que asentí enseguida.

—Suena bien. Necesito dormir un poco. Ya hablaremos de cómo enfrentarnos a la policía por la mañana.

Maral dio media vuelta para salir, pero la detuve.

—Maral… Gracias —dije.

No me pareció necesario explayarme en por qué se las daba.

Ella se volvió para mirarme, me dirigió un único gesto y, sin decir nada, se marchó.

La puerta se cerró con delicadeza tras ella y me quedé a solas con mis pensamientos. Había mantenido un nivel de serenidad razonable hasta ese momento, pero al verme sola por fin fui capaz de pensar en lo cerca que había estado de un final rápido y letal, por lo que empecé a temblar de miedo. Agarré una manta, me envolví con ella y me hice un ovillo en el rincón del fondo de la litera.

Aunque me pareció que pasaba una eternidad, apenas debió de transcurrir media hora hasta que Redvers regresó al compartimento.

Respiré aliviada solo con verlo. Cerró la puerta y vino directo hacia mí para abrazarme. Nos quedamos sentados así un buen rato, sin decir nada, y reparé en que por fin había dejado de temblar.

—No quiero ni pensar en lo que podría haber ocurrido —dijo Redvers al cabo de un rato.

—Pues no lo pensemos. No me ha pasado nada, estoy bien.

Él se limitó a negar con la cabeza. Luego se apoyó en la pared y volvió a conectar con los asuntos más prácticos. Aun así, en lugar de soltarme, siguió aferrándome contra su cuerpo.

—Es un fastidio que todo el que podría darnos respuestas muera antes.

—Muy poco práctico, sí. Sin duda Maral parece saber lo que se hace con un cuchillo —comenté.

No le había dado muchas vueltas a cuánta fuerza debía de requerir apuñalar a un hombre con el ímpetu suficiente para matarlo casi al instante. Era como si la hubieran entrenado para ello. Pero, de nuevo, aparté esa idea de mi mente; me sentía una traidora, ya que estaba ahí sentada gracias a ella.

De todos modos, no pude evitar preguntarme otra vez hasta qué punto conocía mi padre a su novia.

—Tendremos que hablar con la policía cuando paremos, pero creo que será bastante sencillo y que no nos retendrán mucho tiempo. Lo ocurrido ha sido muy simple.

—Encontraremos la forma de explicarlo.

Me alegró ver a Redvers tan seguro de eso, pero a esas alturas me sentía completamente agotada y tenía que dormir un poco, o intentarlo al menos. De todo lo demás ya nos ocuparíamos por la mañana, o cuando consiguiera despertarme. Me tumbé y, aunque los ojos ya se me estaban cerrando, aún tenía otra pregunta para él.

—¿Qué habéis hecho con el cadáver?

—Lo hemos metido en la sección refrigerada del vagón de equipajes. De momento.

Me estremecí de nuevo. A la mañana siguiente desperté antes de lo que me habría gustado, dado lo poco que había dormido. No había sido solo la interrupción: pese a estar exhausta, llevaba una o dos horas durmiendo profundamente cuando había empezado a dar vueltas y más vueltas durante la poca noche que quedaba.

Me apresuré a prepararme, ya que Redvers estaba levantado desde hacía un buen rato, esperándome. Ese hombre era igual de sigiloso que un gato; no había oído nada, pero ahí estaba, sentado y vestido del todo, leyendo un libro mientras aguardaba a que yo despertase. En cuanto me puse mi vestido borgoña de lana con falda plisada y los zapatos de hebilla y tacón fino bajo, nos dirigimos al vagón comedor. Me agradó ver que, salvo la tía Millie y lord Hughes, casi no había pasajeros.

—Quizá deberías tomar polvos para conciliar el sueño, Jane. —Millie frunció los labios—. Es evidente que no duermes lo suficiente. Sé que al principio cuesta acostumbrarse… A dormir en el tren, quiero decir. Pero debes encontrar la forma de descansar antes de que lleguemos a Hungría esta tarde o no le servirás de nada a nadie.

El camarero ya estaba acercándose, así que pude concentrarme en él en lugar de intentar formular una respuesta para Millie. Pedí todo el café que fuera capaz de traerme antes de prestar atención otra vez a mis compañeros de mesa.

—¿No habéis desayunado ya, tía Millie? —pregunté con educación.

—Sí, pero quería hablar contigo esta mañana. En el pasillo he oído rumores sobre algo que ocurrió anoche.

Ladeé un poco la cabeza.

—¿Qué clase de «algo»?

La voz de Millie se volvió un susurro:

—Han matado a alguien.

Había esperado que no se corriera la voz, pero supuse que era inevitable; al fin y al cabo, había un cadáver en la cámara frigorífica. Los rumores debían de haber empezado entre los mozos o entre el personal de cocina. Una persona se lo habría mencionado discretamente a la siguiente, y así sucesivamente hasta que lo supo todo el mundo.

—Sí que ha ido deprisa —le susurré a Redvers mientras atacaba el café que acababan de ponerme delante.

—¿El café o el rumor?

Le dediqué una leve sonrisa.

—Los dos.

Redvers se echó un poco de leche y azúcar en el té y le dio vueltas con naturalidad mientras se hacía cargo de la conversación con Millie y lord Hughes, así que me dejó unos instantes para disfrutar del café con relativa calma.

—Sí, anoche mataron a alguien. No estamos muy seguros de quién era ni de cuál era su cometido.

Estuve a punto de fruncir el ceño, ya que muy poco de esa última frase era cierto, pero logré contenerme y concentrarme en mi taza. No íbamos a sacar nada diciéndole a mi tía que habían intentado asesinarme y solo había conseguido evitarlo porque la novia de mi padre había apuñalado al hombre en cuestión. No estaba segura de cómo reaccionaría, pero sí de que le pondría más trabas a mi día que otra cosa.

—¿Lo investigaréis hoy? —preguntó lord Hughes.

—Sin duda —repuso Redvers—. En cuanto acabemos de desayunar, Jane y yo registraremos su compartimento para ver si averiguamos algo.

Me animé un poco. Aunque el hombre hubiera intentado matarme, yo siempre disfrutaba de un buen registro y todavía conservaba la

esperanza de encontrar algo útil entre sus cosas, algo que nos indicara quién lo había contratado.

Pese a mis sentimientos encontrados, Maral me daba un poco de lástima, así que me anoté mentalmente pasar a verla más tarde. La noche anterior me había parecido muy entera, pero no podía olvidar que había matado a un hombre de una puñalada. Al margen de las circunstancias, de estar en su lugar, a mí me pesaría tener las manos manchadas de sangre.

El camarero llegó con el desayuno y Millie pidió otra tetera, cosa que me hizo suspirar por dentro. Redvers y yo no tendríamos ocasión de disfrutar de un desayuno tranquilo a solas.

—¿Habéis visto al señor Bey esta mañana? —preguntó Redvers.

Millie frunció el ceño.

—No me he fijado en si estaba.

Lord Hughes, sin embargo, asintió.

—Estaba desayunando, sí. Igual que la señorita Aslanyan.

—Excelente —repuso Redvers.

Me quedé con la duda de qué estaría tramando que requiriera la presencia de Ekrem Bey.

31

Millie y lord Hughes se marcharon por fin y, cuando alcancé un nivel de cafeína aceptable, Redvers y yo nos dirigimos al compartimento del que había estado a punto de ser mi asesino. Arman compartía un espacio en segunda clase con un joven sacerdote que estuvo encantado de irse al vagón panorámico cuando llamamos a su puerta.

Vi marcharse al hombre de sotana negra y alzacuello blanco.

—No se trata de otro sospechoso, pues.

—De momento no, pero nunca se sabe. —A Redvers le brillaron los ojos antes de lanzarse a la tarea que teníamos entre manos—. Por lo que me ha dicho el revisor, Arman ocupaba la litera superior.

La del sacerdote estaba plegada para el día, pero el mozo había dejado la de arriba tal como estaba, y Redvers empezó por ahí.

Yo me puse con el otro lado del compartimento, aunque no había mucho que registrar, la verdad. El espacio era pequeño, así que revisé mi zona en cuestión de minutos y acabé con las manos vacías.

—Nada en este lado, me temo —dije con los brazos en jarras.

Redvers acabó de registrar la litera de Arman y le llamó la atención una bolsa de mano de piel algo maltrecha que había encontrado. Vació el contenido en la mesita auxiliar.

—Aquí podría haber algo interesante. —Levantó un momento un trocito de papel y luego se dispuso a estudiarlo mejor—. Es una lista. Descripciones físicas de todos nosotros, incluso de mí.

—¿Qué? —Me puse de puntillas para leer por encima de su hombro, pero enseguida decidí que era una tontería y lo aparté a un lado para poder leer el papelito junto a él.

Redvers lo dejó en la mesa, donde ambos pudimos examinarlo. Tenía razón. Era una lista con los nombres de todos y cada uno de nuestros compañeros de viaje y una vaga descripción de cómo

éramos. Ekrem Bey no aparecía en ella, pero eso no era sorprendente, puesto que se había sumado a la expedición en el último momento. Junto al nombre de Redvers, sin embargo, ponía: «Ya lo conoces».

—Hmmm… —Señalé esa frase.

—Estoy de acuerdo —repuso él.

Lo miré.

—Si ni siquiera sabes lo que estoy pensando.

—Claro que sí. Estás pensando que esto sugiere que otra persona escribió esta lista y se la dio. Es lo que indica el uso de la segunda persona. También quiere decir que quienquiera que lo contratara me conoce.

Proferí un sonido poco educado, pero me negué a reconocer de forma abierta que, en efecto, eso era lo que había pensado. No quería que se pusiera arrogante creyendo que era capaz de leerme la mente.

Redvers ya había devuelto la atención a la bolsa.

—Tal vez haya alguna cosa más con algo escrito aquí dentro, para comparar las caligrafías.

Siguió vaciándola, pero no sacó nada útil.

Entre las pertenencias del hombre no había nada más de interés: una pequeña Biblia, un periódico y un horario de trenes húngaros eran las únicas cosas que podían considerarse ligeramente relevantes, y lo único que significaba lo último era que tenía pensado seguirnos más allá de Budapest. Desde luego, eso suscitaba la pregunta de cómo sabía que íbamos a otra ciudad de Hungría, pero, de nuevo, no teníamos a quién preguntar. Volvimos a meter las cosas de Arman en la bolsa, excepto la lista. Redvers la cerró bien y se dirigió a la puerta con ella en la mano.

—¿Adónde la llevas?

—Será mejor que nos la quedemos. Por si hemos pasado algo por alto.

Asentí. Me alegraba que él estuviera pendiente de todo.

Quería pasar a ver cómo se encontraba Maral después de la noche que habíamos vivido, así que fuimos directos a su compartimento en el vagón de segunda clase. Sin embargo, detuve a Redvers justo antes de que llamara a la puerta.

—¿Y el baúl de Arman? —susurré—. ¿Había algo suyo en el vagón de equipajes?

—En efecto. Ya lo registré anoche —contestó Redvers, imitando mi susurro con burla—. Nada destacable.

Le di un pequeño codazo en el brazo, el castigo por una serie de infracciones, pero sobre todo por haber realizado un registro sin mí. Además de la burla, claro.

Redvers llamó a la puerta y desde dentro llegó la voz de Maral, invitándonos a entrar. Estaba sentada junto a la ventana, viendo pasar el paisaje. Su compartimento era algo más estrecho que los de primera, y resultaba evidente que había una litera superior y otra inferior. A mí me habría puesto nerviosa pensar que podía caerme de la litera de arriba, sobre todo si el tren se veía obligado a frenar de repente, pero el compartimento también estaba acabado con madera noble y tenía un estampado floral muy moderno que se repetía en las paredes y el suelo.

Cuando entramos, ella se volvió hacia nosotros y no pude evitar fijarme en que tenía ojeras. Eso era nuevo, y no me sorprendía que se hubiese pasado la noche sin dormir, aunque su voz seguía siendo clara y directa, sin rastro de temblor alguno.

—Solo queríamos ver cómo te encuentras —dije.

Nos invitó a pasar y tomar asiento con un gesto de la mano.

Cuando nos sentamos, vi que había una taza de té en la mesa, y parecía que apenas la había tocado. Lord Hughes había visto a Maral esa mañana en el desayuno, pero me pregunté si habría conseguido comer algo. ¿Hasta qué punto le estaba pesando la noche anterior? Resultaba evidente que no había dormido, pero ¿era ese el único efecto secundario que sufría tras haber matado a un hombre? Yo me había pasado la noche entera dando vueltas, pero no había perdido el apetito. Aun así, no era yo quien había blandido el cuchillo.

—¿Has comido algo? —pregunté.

Maral me miró con ironía.

—¿Es eso lo que has venido a preguntar?

Me sonrojé. Solo me preocupaba que no estuviera cuidándose después de un suceso tan traumático.

Maral me ofreció una sonrisa para mostrarme que solo pretendía fastidiarme.

—He comido algo antes, en el desayuno, pero gracias por tu atención, Jane. —Miró a Redvers—. Y ¿de qué queríais hablar conmigo?

—Me temo que no podremos evitar tratar con la policía en cuanto lleguemos —anunció él.

Maral enarcó una ceja.

—¿Y queréis que nos aseguremos de contar la misma historia?

Redvers negó con un leve gesto de la cabeza.

—Vamos a contar la verdad y a explicar exactamente lo que ha ocurrido. Ese hombre, vestido de mozo, sacó a Jane de su habitación e intentó matarla. Tú oíste un ruido y… tomaste cartas en el asunto.

—Matándolo, quieres decir. —Maral no mareaba la perdiz, eso seguro—. ¿Qué diremos sobre su motivo para matar a Jane? Supongo que no vamos a mencionar a Henry.

—En efecto. No hablaremos ni del profesor Wunderly ni del corazón del sultán. En realidad no son relevantes. Al menos no para la policía. —Redvers me había asido la mano todo el rato en el pequeño sofá, y entonces apretó un poco—. En cuanto a por qué quería ese hombre matar a Jane, diremos que era un simple robo.

Tanto Maral como yo lo miramos con escepticismo.

—No tengo nada que valga la pena robar —dije.

Redvers se encogió de hombros.

—Eso la policía no lo sabe.

Guardó silencio un momento y noté que la presión de su mano aumentaba. No iba a gustarme lo que diría a continuación:

—Hay otra opción. Podríamos decir que Jane le pareció atractiva y la engañó para llevársela a un compartimento vacío… con intenciones horribles.

Se me encogió el estómago. Había un sinfín de cosas desagradables que podían haber sucedido la noche anterior si Maral no hubiera intervenido.

32

Una hora después, ya habíamos acordado lo que cada uno le contaría a la policía cuando llegáramos a Budapest ese mismo día. Según Redvers, el revisor se había planteado realizar una parada extra para descargar el cadáver, pero parecía mejor plan llegar hasta una ciudad donde hubiera más recursos, tanto policía como una morgue, pese al hecho de que tuviéramos que cruzar la frontera y entrar en un país diferente de aquel donde se había producido el suceso. Sin embargo, las únicas paradas entre donde nos encontrábamos y nuestro destino eran apeaderos diminutos, apenas equipados como estaciones de tren, y por supuesto sin policía.

Al salir del compartimento de Maral nos quedamos un momento en el pasillo.

—Está demasiado tranquila. Incluso ha bromeado conmigo, esta misma mañana, mientras el cuerpo de ese hombre sigue en la cámara frigorífica —dije en voz baja.

Todavía estaba inquieta tras nuestra conversación y me costaba no pensar continuamente en que había escapado por los pelos de la muerte, o de algo igual de terrible.

—La gente reacciona de maneras muy diferentes —opinó Redvers.

Eso era cierto, pero seguía sin poder evitar que la calma de Maral ante…, bueno, ante todo, me resultara más que desconcertante. Los recuerdos que conservaba de mi madre se desvanecían, pero no podía evitar decirme que Maral parecía ser todo lo contrario a lo que recordaba de ella. Mi madre había sido una mujer cálida y divertida, y no lograba imaginarla mostrándose tan insensible tras arrebatarle la vida a un hombre. Desde luego, tampoco era capaz de imaginarla en una situación en la que eso fuera necesario.

En general, sobre todo sentía curiosidad por la elección de mi padre en cuestión de mujeres. ¿Le atraía Maral porque era muy

diferente a mi madre? Eso no me sentaba muy bien, así que aparqué el tema y me propuse considerarlo más adelante.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Creo que deberíamos charlar con Ekrem Bey —señaló Redvers.

Estuve a punto de buscar una excusa para no participar en esa conversación, pues el hombre me resultaba muy desagradable, pero, al fin y al cabo, tampoco quería perderme nada, por mucho que conllevara otro encuentro incómodo.

—Tú primero.

Tras ir al compartimento de segunda de Ekrem, algo más al fondo del mismo pasillo que el de Maral, y no encontrar más que a su compañero de alojamiento, continuamos la búsqueda por el vagón comedor y el salón. Allí, la elegante decoración se veía amplificada por una preciosa barra de madera a lo largo de una de las paredes, con cuantiosas botellas de alcohol al alcance del camarero que hacía guardia tras ella. Por todo el espacio se repartían asientos de piel, lujosos y mullidos, y los preciosos paneles de madera que había entre las ventanillas llamaban más la atención al tener menos muebles compitiendo por la atención del espectador. Lo encontramos allí, dando sorbos a una bebida marrón servida en un vaso de cristal tallado; si hubiese tenido que adivinar, habría dicho que era

whisky.

—Es algo temprano para eso, ¿no cree? —comentó Redvers.

Ekrem le dirigió una mirada divertida mientras hacía girar el líquido en el vaso.

—No les preguntaré si quieren acompañarme, entonces.

De todos modos nos sentamos en los sillones que había junto a su mesita y nos hundimos en la suntuosa tapicería de piel.

—No llegó a decirnos por qué decidió apuntarse a este viaje —comentó Redvers—. Suponemos que es porque busca al asesino de su hermano.

Él se encogió de hombros con elegancia mientras sus ojos oscuros brillaban.

—Decidí que difícilmente iba a encontrar las respuestas que busco en Estambul.

A pesar de no querer llamar la atención del hombre, no pude evitar que se me escapara una pregunta.

—¿Y eso por qué?

Estaba del todo convencida de que esa entrevista iba a ser una completa pérdida de tiempo. Ekrem tenía un dominio de sí mismo absoluto y jamás respondería en serio a ninguna de nuestras preguntas.

—Porque creo que el responsable es su padre.

Tenía varias respuestas entre las que elegir para contestar a eso, pero Redvers me puso una mano en la pierna para frenarme, y conseguí morderme la lengua. A duras penas.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó por mí.

Ekrem me dedicó una de sus desagradables sonrisas.

—No me refiero a que su padre lo matara con sus propias manos, señorita Wunderly. Pero de todos modos es el responsable.

Redvers no me había quitado la mano de la pierna, cosa que resultó muy conveniente, porque todo lo que decía me estaba pareciendo incendiario a más no poder, y la suave presión de su mano me ayudaba a tener la boca cerrada. Ekrem miró la mano de Redvers con intención y enarcó una ceja con burla, aunque no hizo ningún comentario.

—De nuevo, ¿qué le hace decir eso? —La voz de Redvers era ecuánime.

—Investigué un poco más sobre su padre y su «inversión» en esa expedición. —Ekrem dio un sorbo de *whisky* y de pronto deseé tener también algo de alcohol a mano para seguir la conversación—. Mi hermano se sentía culpable porque su padre había perdido mucho dinero, pero empiezo a creer que fue su padre el que metió a mi hermano en ello y no al revés. Mi hermano también perdió capital, aunque ni de lejos tanto como derrochó el profesor Wunderly.

Cerré los ojos un instante, intentando controlar los nervios pese a desear propinarle un puñetazo en la cara a Ekrem Bey. En la anterior ocasión solo me había sentido tentada de lanzarle una bebida, pero en esta era mi puño, sin duda. La insinuación de que el instigador de

nuestros problemas había sido mi padre y de que había tirado a la basura el dinero cuando era posible que perdiéramos la casa por ello… era demasiado.

—Eso no significa que el profesor Wunderly fuera el responsable —opinó Redvers.

—De por sí, no. Pero el hombre que se fugó con el dinero era un socio suyo. Mi hermano no lo conocía de nada.

¿Podía ser eso cierto? ¿Podía mi padre haber sido timado por un socio y haber metido a Ziya en aquel lío? ¿Por qué habría de sentirse culpable el archivero de que mi padre perdiera el dinero, entonces? ¿Y qué importaba, en realidad, si el dinero ya no estaba? No podríamos recuperarlo, al margen de quién hubiera metido a quién en todo aquello. En algún rincón de mi mente, empecé a preguntarme si mi padre tenía razón. Tal vez dar con el corazón del sultán era la única forma de no perder la casa. Aunque para eso teníamos que encontrarlos tanto a él como al corazón antes de que se agotara el plazo del banco, desde luego. Y el tiempo corría incluso mientras manteníamos esa conversación.

Ekrem hizo un gesto con la mano.

—Sea como fuere, el asesinato de mi hermano está relacionado con su padre y la búsqueda del corazón del sultán. Y, puesto que están viajando a Budapest para encontrar al profesor, si los sigo es más que probable que acabe encontrando al asesino.

Eso no podía rebatírselo. Seguramente tenía razón.

—Anoche mataron a un hombre —dijo Redvers—. ¿Lo conocía?

El rostro de Ekrem se puso serio por fin.

—He oído algo de que alguien encontró un final desafortunado, pero no creo que lo conociera.

—¿Está seguro? —insistió Redvers—. Parece que se pasaba bastante por Maxim’s.

Al menos eso era lo que indicaba la caja de cerillas que habíamos encontrado en su bolsillo. Supuse que Redvers también sabía algo acerca de las costumbres del hombre.

—Igual que la mitad de la población de Estambul —repuso Ekrem con displicencia—. No conozco a todos los personajes que entran por la puerta.

La respuesta fue evasiva y el hombre intentó no mirarnos a ninguno a los ojos, un claro indicio de que estaba mintiendo. Por la arruga que se formó en la frente de Redvers adiviné que pensaba lo mismo, pero lo que no lograba explicarme era por qué mentiría sobre si conocía o no al hombre. Afirmaba estar allí porque buscaba al asesino de su hermano, pero ¿tenía algún otro motivo? ¿Era posible que fuera también detrás del corazón, como una suerte de compensación por haber perdido a Ziya? ¿O simplemente porque lo convertiría en un hombre rico? Era algo que no se me había ocurrido antes.

Lo único que sabía con seguridad era que ese individuo me provocaba dolor de cabeza.

—¿Qué sabe del corazón del sultán? —pregunté al final.

Ekrem dio un largo trago de *whisky* y me miró unos segundos antes de dejar el vaso otra vez en la mesa.

—No es ningún secreto que su padre iba tras él. Aunque me parece que sería un auténtico milagro que lo encontrara.

—¿Por qué dice eso?

Era evidente que ese hombre sabía más de lo que tenía intención de contarnos, pero debía de haber oído algo sobre la persona que intentaba que mi padre la condujera al corazón. O sobre si alguien se proponía impedir sus planes, alguien dispuesto a asesinar a varias personas por el camino.

Ekrem, sin embargo, se encogió de hombros como si nada.

—Porque la gente lleva cientos de años buscando el corazón. Y, aun así, nadie lo ha encontrado. Las probabilidades no están a su favor.

Sentí que esa declaración tan poco espectacular me desinflaba. Eso no nos ayudaba en absoluto; debería haber adivinado que ese hombre no me confesaría lo que deseaba saber.

—Pero sí le diré una cosa. He oído rumores, y su padre no es el único interesado en encontrar el corazón. Solo la caja en la que está enterrado valdría dinero suficiente para convertir a cualquiera en un hombre rico. Les aconsejaría a ambos que se anduvieran con mucho ojo para no acabar igual que mi hermano. —Apuró el resto de la bebida—. Y no, no puedo darles nombres.

No quería darnos nombres, más bien.

El hombre se levantó.

—Gracias por esta charla tan agradable. Los veré en la comida. Tal vez después podríamos echar una partida de cartas, señor Redvers. —Sonrió de oreja a oreja enseñando unos dientes blanquísimos que contrastaban con su barba oscura—. Ayuda a… matar el tiempo.

33

Ekrem se marchó y, pese a que era temprano, me planteé muy en serio pedir una copa, pero al final decidí no hacerlo. Ese hombre me sacaba de mis casillas, no cabía duda. Redvers tuvo la misma idea, solo que él sí se lanzó, llamó al camarero con un gesto y pidió un *whisky* solo para él y un *gin-rickey* para mí. Pese a haber decidido unos segundos antes que no quería beber nada, tampoco se lo impedí.

Cuando nos sirvieron las bebidas, Redvers se reclinó en el asiento mientras tamborileaba con los dedos en el cristal del vaso.

—Sabe más de lo que cuenta.

—¿De verdad te lo parece? —apunté con dulzura, la barbilla apoyada en el puño, y pestañeé con teatralidad antes de poner los ojos en blanco. Redvers me sonrió, y no pude evitar corresponder su sonrisa antes de volver a ponerme seria—. Yo diría que en realidad sabe quién va detrás del corazón, o por lo menos lo imagina. Y, por ende, sabe también quién va detrás de mi padre y posiblemente incluso quién mató a su hermano.

Redvers estaba de acuerdo.

—Es una suposición plausible. Como también lo es que no vaya a compartir nada de eso con nosotros.

—Si sabe quién mató a su hermano, ¿por qué acompañarnos en este viaje?

—La respuesta no va a gustarte.

Suspiré.

—Porque, si Ekrem sabe de quién se trata y él está aquí, eso quiere decir que la persona responsable de la muerte de su hermano también está aquí o que ha partido de Estambul siguiendo a mi padre.

Tenía razón, no me gustaba. Maral había eliminado una amenaza inmediata, pero eso no quería decir que no hubiera más acechando a la vuelta de la esquina. De hecho, era muy probable.

—Mi siguiente pregunta es si Ekrem lo sabe porque está metido en el ajo o si lo sabe solo por sus trapicheos en el club.

—¿Insinúas que tuvo algo que ver con la muerte de su hermano?

Ladeé la cabeza y lo pensé algo más. Ekrem parecía muy resuelto a encontrar al asesino de Ziya, pero eso no significaba que no estuviera de algún modo involucrado en el asunto.

—Supongo que no podemos descartarlo. Aunque sería bastante osado por su parte unirse a nosotros siendo parte implicada.

—Pero ya has visto cómo es… No creo que haga muchas cosas que no requieran osadía.

Redvers asintió para darme la razón.

—Cuando lleguemos a Budapest, pasaré por la oficina de telégrafos y enviaré un mensaje al departamento. A ver qué podemos averiguar sobre Ekrem Bey y también sobre Arman. Me gustaría saber con quién hace negocios y de qué tipo son.

—Saber eso sería una suerte.

—Hasta ahora hemos tenido bastante.

Le dirigí mi mirada más escéptica.

—Si por «tener suerte» te refieres a que todavía no nos han matado, entonces sí, supongo que la hemos tenido.

Redvers se puso serio al instante.

—No sé qué habría hecho de haberte perdido.

La intensa emoción de su voz fue mi perdición, y noté cómo se me humedecían los ojos antes de parpadear para intentar contener las lágrimas. Comprendía que Redvers me amaba —ya me lo había dicho—, pero no era habitual que mostrara esa profundidad de sentimientos, de modo que me conmovió muchísimo. Alargué el brazo y le tomé la mano que tenía libre y no sujetaba el vaso de *whisky*. Respiré varias veces y esperé para no hablar antes de estar segura de ser capaz.

—Espero que no te culpes por lo ocurrido —dije.

Me apretó la mano, pero guardó silencio, claramente intentando decidir cuáles serían sus siguientes palabras.

—Redvers, no puedes mantenerme alejada del peligro en todo momento. Y no eres responsable si decido desaparecer en plena noche sin pensar en mi propia seguridad.

Tampoco era la primera vez que ocurría. En esta ocasión, sin embargo, creía que por fin había aprendido la lección.

Suspiró.

—Lo sé de una forma lógica, pero me resulta difícil no sentirme responsable de tu seguridad.

—¿Ni siquiera mientras duermes? Eso es ridículo. Si ya dormías demasiado poco antes de esto… —Le apreté la mano un poco más —. Pero te prometo una cosa: no volveré a marcharme en plena noche sin decirte antes adónde voy.

—Pienso hacer que cumplas tu palabra.

Me tranquilizó un tanto percibir en su voz que había recuperado cierto sentido del humor, ya que estaba más que lista para dejar atrás la intensidad de esa conversación.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —Mi tono se había vuelto provocador.

—Pienso hacerte dormir en la parte interior de todas las camas para que tengas que saltar por encima de mí al salir —respondió con un brillo en los ojos.

Me eché a reír.

—Al menos tienes un plan.

Lo cierto era que, hasta la hora de comer y la llegada a la estación de Budapest, durante el resto de la mañana no había mucho que hacer, aparte de picar algo, beber y jugar a las cartas, de modo que eso fue justamente lo que hicimos. Millie y lord Hughes se unieron a nosotros en el salón no mucho después de que Ekrem se marchara, y Redvers propuso echar unas partidas para pasar el rato.

El rato pasaba, pero no había forma de que yo me concentrara en lo que ocurría delante de mí. Tenía demasiada información que asimilar, por no hablar del hecho de que nuestra inminente llegada a Budapest conllevaría una declaración ante la policía mientras

descargaban el cadáver del tren. Descubrí que me preocupaba que pudieran detenernos y perdiéramos más tiempo aún en nuestra búsqueda para dar con mi padre.

Era evidente que no conseguía concentrarme en mis cartas, y Millie empezaba a estar cada vez más frustrada conmigo, así que al final dejé el juego y me dediqué solo a mirar antes de que me cayeran más reprimendas. En lugar de defenderme, me mordí la lengua. Habíamos mantenido a Millie y a lord Hughes en la inopia sobre gran parte de lo que estaba ocurriendo, tanto en Estambul como a bordo del tren. No parecía haber ningún motivo para alarmarlos, y por una vez Millie no me presionaba para saberlo todo.

De hecho, mi tía solo mencionó el asunto una vez.

—Después de todos estos líos, más vale que cuando lleguemos no encontremos a tu padre sentado en algún bar, disfrutando de una copa —comentó.

Estaba bastante segura de que solo era una pose, así que no contesté nada, pero, por lo que a mí respectaba, esa era la mejor posibilidad. Nada me habría gustado más que encontrarlo sano y salvo pasando un buen rato. Allá donde estuviera.

Desde luego, sería aún mejor si mi padre hubiera dado también con la forma de devolverle el dinero al banco.

34

Tras disfrutar de una comida que consistió en ternera con *petits pois*, panecillos crujientes y unas lonchas de un queso magnífico, llegamos a la estación de Budapest. Nos bajamos del tren y oí que Millie, detrás de mí, profería un ruidito de asombro. Sonó casi como un carraspeo, y oculté una sonrisa. La estación tenía unos techos altísimos, pero por lo demás era bastante modesta. Tenía las paredes de piedra y había puertas y ventanas de un verde pálido que recorrían ambos lados. Redvers y lord Hughes fueron a ocuparse del equipaje y asegurarse de que lo trasladaban al tren que iba al sur, a Szigetvár, mientras los demás pasajeros bajábamos del tren y entrábamos a la estación por la puerta que nos indicaron.

—Esta es la sala de espera real —dijo el mozo—. Aquí las atenderán.

Atendernos, por lo visto, era ofrecernos una copa de champán antes de volver a salir de la estación, y acepté la mía mientras observaba el entorno.

—Esto ya me gusta más —le comentó Millie a lord Hughes cuando regresó.

Él le sonrió y bebió un poco de champán.

Las sillas repartidas por la sala estaban tapizadas con un elegante terciopelo rojo, a juego con la alfombra de diseños rojos y dorados que teníamos a nuestros pies. Las paredes de mármol contaban con tallas ornamentales y, por encima de las columnas y los arcos, en lo alto, había unas ventanas redondas con vidrieras de colores. Era una sala preciosa, sin duda digna de la realeza, pero no pude disfrutar por completo de la experiencia sabiendo que debía hablar con la policía.

Lord Hughes y Millie habían tomado asiento junto a una de las mesas, y reparé en que mi tía tenía a su lado al camarero con la

botella de champán. Maral se acercó adonde estábamos Redvers y yo, y así nos encontró el revisor unos minutos después.

—Si tienen la bondad de acompañarme. El inspector de la policía hablará con ustedes en el despacho del jefe de estación. —El hombre lo dijo en voz baja para no alarmar a ningún otro pasajero.

Miré a Millie.

—¿Crees que debería decirle algo?

Redvers miró a mi tía, que estaba pidiendo que le rellenaran la copa, y sonrió.

—Creo que a lo mejor ni se entera de que nos hemos ido. Sobre todo si tienen una o dos botellas más de champán por alguna parte.

Los tres seguimos al revisor, que nos llevó a la zona principal de la estación. Era un espacio precioso, aunque no tan imponente como el de la estación de Estambul. De todos modos, los altos techos abovedados y las numerosas ventanas conseguían darle ligereza y amplitud. Nos movimos en un grupo apretado por entre el ajetreo de la zona de taquillas y llegamos a una parte mucho menos majestuosa, destinada únicamente al personal. Un inspector de la policía nos esperaba allí, aposentado tras el escritorio del jefe de estación, al que no se veía por ningún lado.

El inspector de la policía llevaba un uniforme azul oscuro con botones plateados y charreteras azules y plateadas, y tenía un bigote oscuro y abundante que se curvaba hacia arriba en los extremos.

—Soy el inspector Kovács. Estoy aquí para tomarles declaración sobre lo sucedido a bordo del tren.

—¿El cadáver…? —empezó a preguntar Redvers.

—El cadáver ya se ha trasladado y se ocuparán de él —informó Kovács—. Bueno. Me gustaría que, uno por uno, me contaran lo ocurrido, y lo pondremos todo por escrito. Después podrán marcharse.

No solo me hizo sospechar que todo pareciera tan sencillo, sino también que ese hombre se mostrara tan deferente con nosotros. No se parecía en nada a las experiencias de trato con la policía que había tenido hasta la fecha, pero al cabo de unos minutos noté que se me relajaban los hombros, liberados de gran parte de la tensión.

El inspector hizo justamente lo que había anunciado: mecanografiar nuestras declaraciones con unos dedos que volaban sobre las teclas. Kovács apenas nos preguntó nada, solo nos pidió que firmáramos los documentos y nos dio las gracias por nuestro tiempo.

Los tres salimos del despacho y nos miramos.

—Eso ha sido… más rápido de lo que imaginaba —dijo Maral.

Asentí. Yo pensaba lo mismo.

—Somos pasajeros del Orient Express —dijo Redvers encogiéndose de hombros, aunque no añadió nada más.

Las dos lo miramos un instante, esperando más explicaciones, pero al ver que se daba por satisfecho lo dejamos correr.

—Voy a dar una vuelta —anunció Maral—. Me apetece estirar las piernas antes de subir al siguiente tren.

Dicho eso, se alejó sin esperar respuesta.

Redvers y yo la vimos marchar; luego él me dio un beso en la sien.

—Voy a acercarme a la oficina de telégrafos, a ver si alguien nos ha dejado algún mensaje.

—¿Sin mí?

—Sin ti. Aunque tal vez podrías pasarte por la sala de equipajes de la estación a hacer averiguaciones. Solo por si acaso. —Me dedicó una sonrisa arrebatadora—. Divide y vencerás, cariño.

Lo ahuyenté con una mirada divertida. Todavía faltaba un buen rato antes de que saliera el siguiente tren, pero de todos modos sería más eficiente trabajar por separado. Estuve unos segundos viendo cómo se alejaba y disfruté de la vista antes de volverme para estudiar la zona en busca de la sala de equipajes. Supuse que Redvers esperaba que mi padre nos hubiera dejado algún tipo de paquete, aunque yo creía que no tendríamos la enorme suerte de recibir de esa manera algo tan importante como, por ejemplo, el mapa. Vi de lejos a Millie y a lord Hughes en la pequeña cafetería que quedaba delante de mí y, aun desde donde me encontraba, me fijé en que mi tía ya estaba mangoneando al personal. Esos dos estarían ocupados al menos un rato más.

Giré despacio, observando la estación en busca de algún cartel que me dirigiera hacia la sala de equipajes, y lo encontré algo más

allá de la taquilla. En la cola solo había un hombre con un fedora oscuro, y esperé a que recuperara un pequeño maletín de tejido de alfombra. Ni me miró cuando me rozó al alejarse, así que me dirigí al mostrador, donde un empleado de mediana edad con un bigote muy pulcro esperaba a oír mi petición.

—¿Hay algo para Jane Wunderly? —pregunté.

—¿Tiene un resguardo? —dijo, mirándome por encima de unos anteojos de medialuna.

Negué con la cabeza.

—Hmmm… —hizo, pero de todos modos se agachó para echar un vistazo.

Oí cómo rebuscaba entre varios papeles antes de volver a incorporarse con un sobre en la mano.

—No debería entregárselo sin resguardo. —Me miró de arriba abajo y sostuvo el sobre unos momentos más antes de tendérmelo a regañadientes.

—Gracias.

Busqué en el bolso para darle unos billetes, pero entonces reparé en que eran liras turcas en lugar de la moneda húngara. El hombre me miró con acritud, pero los aceptó igualmente.

Me sentí tentada de abrir el sobre de inmediato y leer su contenido, pero me contuve. No tenía ni idea de quién podía estar vigilándome, así que lo guardé a buen recaudo en mi bolso y lo apreté todo lo que pude contra mí mientras regresaba entre el gentío a la mesa donde Millie y lord Hughes estaban tomando un té. No había ni rastro de Redvers todavía, de modo que me senté con mi tía y su prometido, aunque sin mencionar nada sobre la conversación con la policía ni sobre la nota que me habían dejado, por mucho que la notara ardiendo como una llama viva, abrasando los límites de mi conciencia.

—¿Dónde os habíais metido vosotros dos? Os habéis perdido el champán.

—Yo he probado un poco —dije—. Estaba bastante bueno, pero he pensado que era mejor no pasarme. A veces me da dolor de cabeza.

No contesté el resto de su pregunta, pero esperaba que no se diera cuenta. Estábamos ocultándoles bastante información, incluido

el hecho de que casi me habían pegado un tiro la noche anterior. Ni siquiera lo habíamos hablado de forma expresa; Redvers y yo habíamos llegado al acuerdo tácito de que no tenían por qué conocer todos los detalles de lo que ocurría. Sin duda, en parte era porque quería proteger a Millie —tanto emocional como físicamente —, aunque yo sabía que era una mujer dura de pelar.

Sin embargo, si era sincera, se trataba también de que no acababa de fiarme de ella. Estaba claro que metería las narices en todo y empeoraría la situación más aún de lo necesario, cosa que estaba decidida a impedir. Eso por no hablar de mi profundo deseo de no quedar en deuda con ella, como sería el caso si acababa salvándonos de nuestro pequeño apuro financiero con la casa. Quizá al final tuviéramos que pedirle que lo hiciera, pero nos quedaba algo más de una semana para intentar solucionar el problema sin su ayuda, por lo que aún albergaba un ápice de esperanza y confiaba en que mi padre podría encontrar el corazón y salvar nuestro hogar.

Estábamos apurando el té cuando Redvers volvió de la oficina de telégrafos para acompañarnos al tren.

—¿Y tú dónde has estado tanto rato? —le preguntó Millie.

—He ido a ver si tenían algún mensaje para mí —contestó él con naturalidad.

—¿Y bien? —insistió mi tía sin el menor indicio de creer que su pregunta podía resultar inadecuada o invasiva.

Siempre me impresionaba la habilidad de Redvers para seguirle la corriente, le soltara lo que le soltase.

—Nada de interés.

Me guiñó un ojo cuando salimos del café y nos encaminamos hacia la siguiente etapa de nuestro viaje. Mi tía carraspeó, y me dio la sensación de que no lo había creído, pero tampoco lo presionó más. Yo sabía que Redvers tenía algo que compartir, pero también que esperaría a que estuviéramos los dos solos para hacerlo.

El tren, a pesar de que íbamos en primera clase, era mucho menos lujoso que el Orient Express. De todos modos, una vez más agradecí disponer de un compartimento privado: aunque no pasaríamos la noche a bordo, teníamos muchas horas de trayecto por delante y allí por lo menos los asientos estaban tapizados.

Cuando ya nos encontrábamos a solas y el tren había empezado a moverse, saqué el sobre del bolso. Casi me sorprendió no notarlo caliente al tacto. Era un sobre normal y corriente que contenía un papel de carta de hotel normal y corriente. El membrete del Pera Palace estaba en lo alto, lo cual quería decir que mi padre había escrito esa carta antes de marcharse de Estambul. O que se había llevado el papel del hotel, pero no el equipaje, cosa que me parecía poco probable.

—¿Qué dice? —preguntó Redvers.

Me lo quedé mirando antes de proceder a leer la carta en voz alta. No fue ninguna hazaña, puesto que se trataba más de una nota que de una epístola.

Querida Jane:

Si también has encontrado este mensaje, espero que te quedes donde estás, en Budapest. Te ruego que no me sigas más allá. Lo tengo todo controlado y solo nos harás un flaco favor a ambos si vienes tras de mí. Quédate en Budapest y yo iré a buscarte dentro de poco.

Tu padre, que te quiere,

Henry

—Debe de estar muy preocupado por mi seguridad. No quiere que lo siga bajo ningún concepto.

—Hmmm… —hizo Redvers.

No dijo más al respecto, pero comprendí que no creía que fuera eso lo que había motivado la petición de mi padre de que me quedara en Budapest.

Suspiré.

—Demasiado tarde, ya estamos de camino. Y tampoco nos habríamos quedado en Budapest, por mucho que lo hubiera leído antes de partir.

Redvers sonrió a medias.

—Estoy convencido de que no.

Noté que mis cejas se unían mientras pensaba en el rastro de mensajes que me había dejado mi padre. No obstante, en lugar de llevarme a alguna parte, me decía que me quedara donde estaba.

¿Acaso no sabía que repitiéndome sin parar que me quedara quieta solo me animaba a hacer justamente lo contrario? Era casi como si no me conociera lo más mínimo.

Esa idea me incomodó. Me alegré cuando, al cabo de un momento, recordé que tal vez Redvers tuviera novedades también.

—¿Había algún mensaje para ti?

—En efecto. —Calló un momento para sacar un par de papeles del bolsillo interior de la americana y me los pasó. Antes de que pudiera leerlos, continuó—: Ekrem Bey está relacionado con una organización criminal del hampa. Con un par de ellas, en realidad. Se le conoce por ser negociador.

—¿Qué significa eso?

—Que negocia tratos entre las diferentes bandas.

Pensé en el encanto y los finos modales del hombre. Bueno, supuse que resultarían finos cuando trataba con otros, ya que a mí me resultaban irritantes en grado sumo, pero sospechaba que lo hacía a propósito. El papel de negociador, con todo, le iba como anillo al dedo.

—¿Y esa es la organización que ha estado siguiéndonos?

—Por lo que nuestra gente ha podido dilucidar, no. Ellos trabajan con otro tipo de vicios. —Al ver que levantaba las cejas, prosiguió—: El corazón del sultán no les interesa para nada.

Eso fue una leve decepción. Habría sido muy oportuno tener identificado al grupo al que nos enfrentábamos. Pero que la organización con la que estaba asociada Ekrem no fuera tras el corazón no quería decir que Ekrem no estuviera interesado por su propio beneficio. De hecho, lo contrario me habría sorprendido.

Caí en que hacía un buen rato que no lo veíamos.

—¿Ekrem ha subido a este tren?

Redvers meneó la cabeza.

—Hablé con él antes de reunirme con vosotros, pero no lo he visto desde entonces. Imagino que consiguió subir. Y Maral también.

Nuestros compañeros de viaje me inspiraban sentimientos encontrados: no quería perderlos de vista pero tampoco me fiaba de tenerlos cerca, así que no sabía si desear que ambos hubieran logrado subir al tren.

35

Por fin llegamos al pequeño apeadero de Szigetvár, que, sin embargo, tenía una estación encantadora para recibirnos. Era un edificio alargado de color crema, con columnas de piedra que sostenían un tejadillo para proteger el andén. Conseguimos encontrar a un lugareño con un carro y un caballo que se mostró dispuesto a llevarnos el equipaje por unas cuantas coronas húngaras. La localidad era tan pequeña que solo tenía un par de opciones de establecimientos donde hospedarse, de modo que le indicamos al hombre que llevara nuestras cosas al que tuviera mejores habitaciones. Aquello fue toda una proeza, ya que el señor no entendía el inglés, aunque al final descubrimos que hablaba un poco de alemán, de modo que lord Hughes pudo intervenir y comunicarse por nosotros.

—No sabía que hablaras alemán, Edward —dijo Millie mientras recorríamos tras el carro los kilómetros que había hasta el hotel.

—Lo aprendí durante la guerra, querida —explicó este dándole unas palmaditas en la mano, que mi tía había dejado descansar en el ángulo de su codo.

—Podría sernos útil —repuso Redvers en voz baja.

Lo miré, pero él meneó ligeramente la cabeza.

Por lo que podía ver, la localidad de Szigetvár era encantadora. Tenía una placita cuadrada, rodeada de edificios alargados con tejados rojos y numerosas ventanas con postigos. Una pequeña iglesia blanca se levantaba formando un ángulo extraño con los demás edificios; la parte superior estaba rematada por dos torres con cúpulas oscuras de formas curiosas y la típica cruz alzándose hacia el cielo. Los árboles ya estaban pelados, pero imaginé que serían preciosos cuando la temporada no estuviese tan avanzada. El granjero depositó nuestros bártulos en una esquina de la plaza,

frente a un edificio de dos plantas pintado de color crema y con detalles marrones. Preguntamos por habitaciones en el mostrador de recepción, y el alemán de lord Hughes volvió a resultar muy útil pues, por lo visto, en la circunscripción de Szigetvár no abundaban los hablantes del inglés. Al final conseguimos entender que quedaban solo dos habitaciones, de manera que Maral y Ekrem decidieron buscar alojamiento en el otro hotel, a solo unos números de allí. Les di las gracias a ambos, pero Maral le quitó importancia.

—Ni él ni yo necesitamos más que una habitación pequeña con una cama individual. No es ningún problema —dijo, mirando al hombre de reojo.

Él no nos miró a ninguna de las dos, se limitó a recoger su bolsa de mano y salir por la puerta. Fue así como nos dimos cuenta de nuestro error: Ekrem no llevaba casi equipaje de viaje.

De nuevo en el mostrador de recepción, lord Hughes intentaba preguntarle al empleado si le sonaba de algo un tal Henry Wunderly. No entendí lo que decía en su alemán chapurreado, pero sí reconocí el nombre de mi padre.

El recepcionista negó con la cabeza y contestó en un alemán igual de precario. Mientras hablaba, parecía que iba a tragarse su poblado mostacho. Observaba con fascinación y horror el bigote, que de algún modo seguía sobre su labio superior, y casi me pierdo el momento en que señaló la calle, más abajo, medio inclinándose sobre el mostrador para hacerse entender. Lord Hughes le dio las gracias y se volvió hacia nosotros.

—Me parece que dice que probemos en una casa de esta misma calle —dijo mientras Millie lo miraba encandilada.

—Buen trabajo, lord Hughes —dijo Redvers al aceptar la llave de la habitación que le entregó este.

Se dieron un apretón de manos y acordaron que nos reuniríamos de nuevo en el vestíbulo al cabo de más o menos una hora, cuando nos hubiéramos instalado. Redvers y yo no necesitábamos que ningún mozo llevara nuestras bolsas, las subimos nosotros mismos a la habitación. En cuanto cruzamos la puerta, ambos dejamos las cosas, nos miramos y, sin tener que cruzar una sola palabra,

asentimos antes de salir *ipso facto* hacia la calle para ir en la dirección que había señalado el recepcionista.

La hospedería que el hombre parecía haber indicado era un establecimiento mucho más sencillo. Daba la sensación de ser una gran casa que simplemente alquilaba habitaciones libres. Llamamos a la puerta y una anciana acudió a abrir.

—No habitaciones —dijo, con ganas de cerrar directamente la puerta.

Me alegró comprobar que por lo menos hablaba un poco de inglés.

Redvers metió un zapato en el resquicio de la puerta antes de que la mujer pudiera cerrar del todo. Ella lo fulminó con la mirada: primero al pie, luego a él. No parecía impresionada.

—No habitaciones —repitió con algo más de brusquedad.

—No queremos una habitación. Estamos buscando al profesor Wunderly.

Redvers vocalizó con claridad, ya que era evidente que en esa pequeña localidad no solía oírse mucho inglés y el vocabulario de la mujer debía de ser bastante limitado.

—Profesor, sí. No aquí ahora. —Y levantó una mano para remeterse un mechón de pelo bajo el pañuelo estampado que llevaba en la cabeza.

Sentí una oleada de alivio al pensar que al menos habíamos encontrado el lugar donde se hospedaba mi padre. Parecía haber llegado allí por propia voluntad, y esperaba que nadie lo hubiera seguido.

También esperaba que nadie nos hubiera seguido a nosotros, desde luego.

Redvers le dio las gracias y sacó el pie del resquicio de la puerta. La mujer le dedicó una última mirada oscura antes de cerrar.

—Al menos sabemos dónde se aloja —dijo Redvers.

—Es un alivio, aunque todavía queda el tema de cómo devolverle el dinero al banco.

Redvers me tomó del brazo y me alejó del portal.

—Sí, sin duda eso sigue siendo un tema. Por no hablar de si alguno de nuestros compañeros busca también el corazón para quedárselo… Porque lo hemos traído directo hasta tu padre.

Suspiré.

—Detesto cuando tienes razón.

Con eso me gané una risotada por su parte.

—Ya lo sé.

—¿Hay alguna forma de mantener a Ekrem Bey al margen?

—Si se me ocurre alguna, serás la primera en saberlo —repuso.

Regresamos paseando al hotel, donde exploramos nuestra habitación con más detalle —era sencilla pero práctica— y nos adecentamos un poco. Por muy lujoso que fuera el Orient Express, los días de viaje en tren me habían hecho desear un buen baño, pero por el momento me conformé con lavarme la cara y cambiarme el vestido por otro de lana color borgoña. Allí hacía más frío aún que en Estambul, y no me habría sorprendido que de repente el cielo nos lanzase encima una tormenta de nieve. Pensé que esa época del año era horrible para cavar en la tierra, si es que era eso lo que se proponía hacer mi padre.

Regresamos al vestíbulo y allí encontramos a mi tía y a lord Hughes esperándonos.

—¿Vamos al hostal que nos ha indicado el recepcionista? —preguntó Millie.

Miré a Redvers en busca de ayuda, pero, por una vez, también él parecía no saber cómo manejar a mi tía. Decidí encargarme yo.

—Nos hemos acercado hace un rato. La mujer no habla inglés, así que tendremos que conformarnos con abrir bien los ojos por si lo vemos.

Noté la mano de Redvers, que me daba unas palmadas de aprobación en la espalda. Era mejor no decirles todavía lo que habíamos descubierto sobre el alojamiento de mi padre, aunque no estaba segura de cuánto más podríamos seguir ocultándoselo todo a Millie y a lord Hughes. Por no hablar de nuestros compañeros. Aquella ciudad era pequeña y nuestros tejemanejes iban a resultar complicados. Sin embargo, al regresar había decidido que debíamos

seguir el plan de reservarnos esa información. Primero quería hablar con mi padre y averiguar si tenía pensado cómo lidiar con el banco antes de echarle encima a Millie.

Insistí en que pasásemos a ver si Maral quería cenar con nosotros.

—¿Por qué habríamos de hacer eso? Es una mujer adulta —dijo Millie.

—Porque… —No terminé la frase, incapaz de explicarle a Millie que Maral me había salvado la vida y que me sentía en deuda con esa mujer, pese a tener todavía mis dudas respecto a ella como persona y como pareja de mi padre.

—Porque creo que el profesor Wunderly querría que la incluyéramos —dijo Redvers.

Le sonreí por haber salido en mi ayuda mientras Millie carraspeaba, aunque accedió. Resultaba agotador seguir la cuenta de la cantidad de cosas que estábamos ocultándole. Esperaba que aquello terminara pronto por una multitud de motivos, y lo mucho que anhelaba poder hablar otra vez con libertad, sin tener que pensar en cada una de las palabras que salían de mi boca, no era el menor de ellos.

Paramos en el pequeño hotel del final de la calle, pero Maral no estaba en su habitación cuando preguntamos. No me molesté en interesarme por Ekrem Bey; esperaba evitarlo todo lo posible.

Encontramos un restaurante para los cuatro en la preciosa plaza y disfrutamos de una cena sencilla que consistió en un *goulash*: un estofado caliente y sustancioso cargado de ternera, páprika, cebollas y patatas. Incluso Millie tenía hambre suficiente para no protestar por la falta de opciones a nuestra disposición, y compartimos una botella de vino tinto entre todos, aunque tuve la precaución de tomar solo una copa. Después, Redvers y yo nos excusamos y les dijimos a mi tía y a lord Hughes que queríamos dar una vuelta, asegurándonos de dar la impresión de que iba a ser un paseo «romántico». Millie me dirigió un gesto cómplice de la cabeza y ellos dos regresaron al hotel.

Entrecerré los ojos al ver cómo se alejaban mi tía y su prometido.

—¿Eso no ha sido muy fácil?

Redvers enarcó una ceja.

—Puede que también quieran pasar una velada romántica.

Me alegré por ellos, pero era una imagen que no me hacía ninguna falta evocar.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora, esperamos —dijo Redvers mientras enfilábamos de nuevo hacia el alojamiento de mi padre.

Nos aposentamos en un parque pequeño que había frente al edificio donde antes habíamos preguntado por él. Había un banco de madera desde el que se veía bastante bien la puerta de entrada, y nos acurrucamos un poco para entrar en calor. Como los árboles estaban pelados, no teníamos mucha protección de las miradas ajenas, pero ya estaba oscuro y podíamos fingir que éramos un par de amantes que habían ido allí a disfrutar de un rato a solas.

Cosa que, en honor a la verdad, éramos. Aunque mantuvimos la atención fija en la hospedería.

—Suponiendo que mi padre tiene el mapa… —empecé a decir.

—Nos ha dicho que lo tiene.

—Sí, bueno, si tiene el mapa, ahora que se ha puesto el sol tendrá que terminar la búsqueda por hoy.

—Existen artefactos como las lámparas, ¿sabes?

Le di un codazo en las costillas y oí que reía junto a mí. Aun así, había acertado en mi suposición de que mi padre regresaría cuando se hubiera hecho de noche. Oímos el carro mucho antes de verlo: era una tartana de madera parecida a la que había transportado el equipaje hasta el hotel, solo que este iba tirado por un par de bueyes con grandes cuernos. Los pasos lentos y pesados de los animales anunciaron su llegada y, cuando el carro se detuvo con un chirrido delante de la hospedería, vi que, en efecto, era mi padre quien acababa de llegar. Incluso en la penumbra, enseguida reconocí su silueta desgarbada.

Cuando bajó de un salto por la parte trasera del carro, yo salté también de donde estaba sentada y ya había dado un paso adelante cuando noté la mano de Redvers en el brazo, reteniéndome. No tuvo

que decirme nada, apenas tardé un instante en darme cuenta de que mi padre no iba solo. Dos hombres fornidos habían salido también y se colocaron a uno y otro lado. Lo acompañaron hasta la puerta y uno se quedó allí vigilando mientras el otro seguía a mi padre al interior.

Todo el alivio que había sentido un momento antes estalló en mi pecho como si fuera un globo demasiado inflado. Aunque me alegraba ver que mi padre estaba vivo, esos dos hombres eran un indicio de que no todo iba bien. Nada iba bien, en realidad.

36

Redvers y yo esperamos en las sombras hasta que mi padre y su acompañante aparecieron de nuevo. Vi que, esta vez, mi padre llevaba su cartera de piel marrón, maltrecha desde hacía por lo menos una década, aunque seguía negándose a dejar que le comprara una nueva. Su razonamiento era que todavía podía guardar cosas dentro, así que no era necesario sustituirla.

Dicho de otro modo: no había duda de que era la suya.

Los tres volvieron a subirse al carro en el que habían llegado y el conductor hizo restallar las riendas. Los bueyes se pusieron en marcha y se llevaron a mi padre. Miré alrededor, angustiada, muy consciente de que en una ciudad tan pequeña no teníamos forma de encontrar un medio de transporte a esas horas de la noche. Tuve que tragarme un grito de frustración.

El carro se alejó por la calle y Redvers y yo salimos de las sombras.

—Es lo que me temía —dijo.

Ni siquiera tuve que preguntarle a qué se refería. Explicaba su anterior reticencia a emocionarse por haber encontrado el alojamiento de mi padre. Debía de haber sospechado desde el principio que también tenía problemas allí, en Szigetvár. A mí me preocupaba haber arrastrado los problemas con nosotros al ir acompañados de Ekrem Bey, pero no había pensado en que mi padre podía haberse topado con sus propios contratiempos en la localidad.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté con los brazos en jarras—. ¿Cómo averiguamos adónde han ido, si en esta ciudad nadie habla una palabra de inglés? No podemos apostarnos aquí fuera hasta que regrese. Si es que regresa…

—Tampoco tiene mucho por lo que regresar. Su baúl lo tenemos nosotros, así que no puede llevar mucho consigo.

Y acabábamos de verlo salir con la cartera que yo había echado en falta en su habitación del Pera Palace. Era lógico suponer que no regresaría a esa hospedería, sobre todo porque iba escoltado por dos matones. No tenía duda de que controlaban sus movimientos, porque uno incluso lo había acompañado dentro. Me sorprendió un tanto que le hubieran permitido regresar a por la cartera, sinceramente, a menos que en ella hubiera algo que querían. O, lo que era más probable, que quería la persona para quien trabajaban.

Regresamos al hotel, ambos callados y abstraídos.

—Ahora mismo nos irían muy bien las habilidades lingüísticas de Ziya Bey —masculló Redvers cuando subíamos los escalones de la puerta principal.

—¿Crees que su hermano tendrá el mismo don de lenguas? —pregunté.

Redvers me abrió la puerta del vestíbulo y yo entré, pero enseguida frené en seco. Allí, en el pequeño salón que había a la izquierda, estaba nada menos que Ekrem Bey.

Me volví para mirar a Redvers, que seguía detrás de mí.

—¿Cómo lo has hecho?

—Magia. —Redvers me sonrió un poco antes de ponerse serio.

Nos acercamos al hombre y, por una vez, se puso de pie al vernos. Lo único que consiguió con esa pequeña deferencia fue que sospechara de él aún más.

Ekrem frunció los labios.

—¿Por qué no vamos a algún sitio donde podamos hablar?

—Una idea estupenda. —Redvers me miró—. Tú primero, Jane.

No estaba muy segura de dónde debíamos mantener esa conversación, pero me encogí ligeramente de hombros mientras subíamos a nuestra habitación. Era un lugar tan bueno como cualquier otro, aunque no me hacía mucha gracia tener a ese hombre en mis aposentos. Sin embargo, no parecía existir una opción mejor para mantener una charla tan privada.

Abrí la puerta y entré en primer lugar, seguida por Ekrem y luego por Redvers, que cerraba la comitiva.

En la habitación, miré alrededor. Solo había una silla y la cama, ningún lugar más donde sentarse.

—¿Pido que nos suban un par de sillas? —pregunté mientras colgaba el pesado abrigo de lana en el pequeño armario.

Redvers echó el suyo sobre la cama mientras Ekrem tomaba asiento en la silla.

—No será necesario —dijo Redvers, que se apoyó en la pared, cerca de la puerta, con los brazos doblados en el pecho.

Su pose era informal, pero yo sabía que estaba alerta y preparado para cualquier eventualidad. Lo notaba por la forma en que se comportaba. Me senté en el borde de la cama y me pregunté qué sucedería a continuación. Sospechaba que, fuera lo que fuese, no iba a gustarme.

—Supongo que está usted aquí para contarnos algo que ha averiguado en las pocas horas que han pasado desde que lo vimos por última vez —dijo Redvers.

Los dientes de Ekrem brillaron cuando se los mostró a Redvers.

—No es una mala suposición, aunque no se trata tanto de lo que he averiguado como de lo que puedo hacer por ustedes.

Solté un bufido.

—¿Y qué cree que puede hacer?

El juego estaba demasiado avanzado para que a esas alturas viniera a ofrecernos información. Él no sabía quién seguía a mi padre, el que probablemente era responsable de los dos hombres que lo escoltaban a todas partes. Sin eso, ¿qué podía darnos? Ya habíamos localizado a mi padre, solo teníamos que determinar adónde se lo habían llevado.

—Hablo un poco de húngaro —dijo Ekrem.

Noté que se me cambiaba el rostro con disgusto; era lo único que podía ofrecernos y que necesitábamos. Tal como acabábamos de hablar.

—¿No se creen que sepa hablarlo? —preguntó Ekrem, fingiendo haberse ofendido al ver que yo cuestionaba sus capacidades.

A continuación soltó una sarta de frases en lo que, para mí, podría haber sido hasta polaco.

—¿Y eso por qué habría de importarnos? —dije, todavía reacia a aceptar la verdad o a aparcar mi animosidad contra ese hombre.

—Porque necesitan un traductor. —Ekrem incluso se estaba divirtiendo.

—¿Cómo sabe que necesitamos un traductor?

Soltó una risa desenfadada.

—¿Cómo, si no, van a preguntarles nada a los lugareños? Puede que haya alguna persona que hable un poco de inglés rudimentario. Yo estaba presente, ¿recuerdan?, viéndolos dar tumbos de un lado a otro. Tuvieron suerte de que lord Hughes hable un poco de alemán, pero no les servirá de mucho más.

—¿Por qué no ha intervenido antes?

El hombre volvió a sonreír.

—Era entretenido verlos. —Se encogió de hombros—. Pero, si quieren hacer preguntas por la localidad, van a necesitar a alguien que hable el idioma de aquí.

Eso no podía discutírselo, teníamos muchas probabilidades de necesitar un traductor. Sin duda habría que hablar con la población para ver si podíamos determinar dónde trabajaba mi padre por la zona. De regreso al hotel, yo me había planteado buscar al conductor del carro de bueyes al día siguiente para preguntarle adónde había llevado a los hombres. Pero Ekrem tenía razón: no seríamos capaces de hacerlo sin hablar un poco de húngaro.

—¿Y cómo es que habla húngaro? —quise saber.

—Un tío mío se casó con una húngara. Me gustaba pasar el rato en la cocina con ella y me enseñó su lengua, además de un poco de sus artes culinarias. —Ekrem sonrió de medio lado—. Yo también tengo, digamos, facilidad con los idiomas. Mi hermano no era el único.

Había lamentado que mataran a Ziya, pero, aunque era terrible reconocerlo, fue en ese momento cuando más sentí que fuera a él a quien habían asesinado en aquel ascensor, al ser consciente de que podríamos estar tratando con él en lugar de con Ekrem. Hice a un lado esas horribles consideraciones y me centré en el hombre que tenía delante.

—¿Qué quiere a cambio? —quiso saber Redvers.

Era justo lo mismo que me estaba preguntando yo.

—Una parte, por supuesto. —Ekrem levantó una mano al ver la indignación en mi rostro—. Solo un porcentaje muy pequeño.

—Eso suponiendo que mi padre tenga algo que ofrecer. Sabe muy bien que ha perdido el dinero que invirtió.

Ya me había preguntado antes si él estaba al tanto de que podíamos perder también la casa por culpa del préstamo que mi padre había pedido al banco.

—Esto será mucho más difícil de perder, creo, y no tengo duda alguna de que habrá algo que dividir.

Sin embargo, por mucho que insistimos en ello, Ekrem no dijo nada más sobre el tema. Tal vez no llegáramos a saber si se había enterado de algo sobre mi padre en las pocas horas que llevábamos allí o si sencillamente estaba haciendo suposiciones basándose en lo que ya sabía. Yo seguía negándome a aceptar sus condiciones, pero ni siquiera eso parecía molestarlo. Por lo visto, creía que mi opinión no era relevante; al final, para él solo importaba que Redvers acabara accediendo.

No era capaz de recordar al último hombre que hubiera conseguido subirme la presión arterial de esa forma. Y menos aún uno cuya ayuda, de hecho, necesitáramos.

37

Quedamos en vernos a la mañana siguiente. Aunque era evidente que no podíamos confiar en ese hombre y yo no estaba dispuesta a cederle un porcentaje de nada, la verdad era que necesitábamos sus aptitudes como traductor. No había vuelta de hoja, tendríamos que trabajar con él.

La siguiente pregunta era adónde podíamos redirigir a la tía Millie mientras interrogábamos a los lugareños. No había monumentos que visitar como turista, y a mí no me hacía mucha gracia la idea de que nos acompañara en nuestras rondas por la ciudad. ¿Qué tarea podíamos encargarle?

Resultó que, una vez más, estaba gastando energía al preocuparme por algo que se solucionó solo.

—Hoy, Edward y yo vamos a visitar una bodega local —anunció en cuanto nos sentamos a la mesa del desayuno.

Nuestras opciones en la localidad se limitaban a muy pocos establecimientos y nos habíamos decidido por probar una pequeña cafetería que había tres calles más allá. Las sillas y la decoración eran bastante rústicas y sencillas, pero esperaba que la comida fuera tan deliciosa como la de la noche anterior.

—Qué bien suena eso —dije, contenta de que con ello hubieran eliminado la necesidad de inventar alguna excusa para quitárnoslos de en medio.

—Parece lo único que vale la pena en esta zona del país. Además del castillo, claro. —Millie se colocó la servilleta en el regazo—. Supongo que hoy hablaréis con los vecinos y para eso no nos necesitáis.

Por lo visto se me desencajó la mandíbula, ya que Redvers alargó la mano y me cerró la boca otra vez.

—Qué poco fina, Jane —comentó mi tía antes de concentrarse en extender mantequilla en un trozo de pan de la cestita que nos habían traído—. Como iba diciendo, lo pasaremos muy bien en la bodega. Tal vez os veamos aquí otra vez para la cena.

Me pregunté cuánto vino tenía intención de beber Millie, pero, de nuevo, decidí no mirarle el diente al caballo regalado.

—Espero que tengan un buen oporto —apuntó lord Hughes.

—A saber si habrán oído hablar siquiera del oporto, que estamos donde Cristo perdió el gorro… —replicó Millie—. Tendremos suerte si bebemos algo que no sea un licor destilado en una bañera.

—Me encanta tu optimismo, querida.

Era evidente que lord Hughes estaba tomándole el pelo a mi tía, pero, en lugar del comentario mordaz que esperaba en respuesta, vi que ella le sonreía.

No pude contenerme y torcí el gesto. Los milagros existían. Todavía me costaba asimilar que esos dos fueran pareja, pero resultaba evidente que la relación funcionaba.

—Lástima que no podamos ir directos al castillo a buscar a Henry —comentó Millie cuando llegaron los huevos que había pedido.

Los toqueteó un momento con el tenedor y luego los aderezó con sal y pimienta. La miré con suspicacia, preocupada por si los devolvía por no cumplir con sus estándares, pero los probó y dio una cabezada de aprobación antes de seguir con lo que estaba diciendo.

—Tal vez Edward y yo visitemos la fortaleza si estamos muchos días más aquí.

Murmuré algo con educación y me centré en mi desayuno.

Al terminar, Millie y lord Hughes encontraron un carruaje tirado a caballo y estructuralmente seguro que obtuvo el beneplácito de mi tía, y los dos partieron en dirección a la bodega, que quedaba a varios kilómetros de la ciudad. Esperé que el conductor del carruaje estuviera dispuesto a esperar para traerlos de vuelta, porque, si no, no sabía muy bien cómo regresarían. Pero eso no era problema mío.

Me volví hacia Redvers y estaba a punto de comentarle que deseaba que Ekrem Bey mantuviera su promesa, si es que su palabra tenía algún valor, cuando oí unos pasos tras nosotros en el suelo de madera.

—Buenos días —dijo Ekrem—. ¿Pensaban que no vendría? —Había recuperado el tono irónico, junto con una ceja levantada.

Entorné un poco los ojos, pero Redvers intervino antes de que pudiera contestarle.

—Encantados de verlo. Espero que haya dormido bien.

Él, diplomático hasta la médula.

Los dos charlaron un poco con educación, aunque mi compañero sí le preguntó si había visto a Maral esa mañana.

—La he visto en el desayuno —dijo este.

—¿Ha hablado con ella?

—¿Para qué? —preguntó Ekrem.

Sacudí la cabeza con impaciencia, ansiosa por ponernos en marcha. Redvers me miró y luego sonrió al hombre, que era más de lo que yo estaba dispuesta a hacer.

—Jane quiere salir ya. Propongo que empecemos por la casera del profesor Wunderly. Creo que las únicas palabras que conoce en inglés son «habitaciones» y «no».

Cuando llamamos a la puerta, nos abrió la misma mujer, con el mismo pañuelo y el mismo delantal. Solo el vestido había cambiado. Ese día fue incluso más insistente, quizá por no creer que siguiéramos sin entenderla.

—¡No habitaciones!

Ekrem intervino y habló con ella en lo que parecía un húngaro bastante apañado. La mujer se quedó desconcertada y abrió la boca un tanto, con lo que pudimos ver que le faltaban la mayoría de los dientes. Sin embargo, abrió la puerta casi del todo para mirarlo primero a él y luego a nosotros antes de soltar una retahíla de sonidos en respuesta, a los que Ekrem contestó algo más antes de volverse hacia nosotros.

—Dice que el profesor Wunderly se hospedaba aquí, pero que ya no está, y que ya ha limpiado su habitación.

Si ya había limpiado, tenía poco sentido entrar a echar un vistazo. Dudaba que a esa mujer se le escapara una sola pelusa.

—¿Y se ha dejado algo? —pregunté.

Ekrem repitió la pregunta y ella negó firmemente con la cabeza. Él habló de nuevo, supuse que para darle las gracias por su ayuda, y la

anciana asintió antes de cerrar la puerta otra vez.

—No dejó nada.

Nos apartamos del portal y nos detuvimos en la calle.

—¿Quién va ahora? —pregunté.

Por lo visto, la respuesta era «todo el mundo», porque me pareció que eso fue lo que hicimos: hablar con todos y cada uno de los habitantes de la localidad, incluidos los que no tenían ninguna relación con nada de lo que necesitábamos saber. No conseguimos información directa, pero sí recabamos algunos apuntes aquí y allá que tal vez pudieran sernos de utilidad.

Como el hecho de que últimamente había llegado una gran afluencia de extraños o, por lo menos, hombres que no eran conocidos en la zona. Y que, luego, con la misma rapidez con que habían ocupado los alojamientos disponibles en Szigetvár, habían desaparecido. Uno o dos vecinos especulaban que se trataba de un grupo de contrabandistas, aunque era difícil saber si podía ser cierto o si lo decían solo por la emoción que esa clase de negocios aportaría a una ciudad, por lo demás, adormilada.

Fuera como fuese, parecía que Ekrem había decidido dejar de lado el sarcasmo y la actitud juguetona y estuvo todo el día ofreciendo traducciones fidedignas. Por supuesto, nos era imposible discernir si eso era así o no, pero parecía más sincero que en cualquier otra interacción que hubiéramos tenido con él hasta la fecha. También era del todo posible que se estuviera guardando información, pero, dado lo poco que conseguimos y el comportamiento general de las personas con quienes hablamos, no me pareció que pudiera ocultarnos nada de mucho valor.

Para mí seguía siendo un absoluto misterio qué era lo que movía a Ekrem Bey, pero tampoco tanto como para desear llegar al fondo del asunto.

A mediodía, estábamos cansados y sucios de tanto recorrer calles polvorientas, aunque con tanto movernos de un lado a otro al menos no habíamos pasado frío. Notaba que tenía las mejillas sonrosadas a causa del viento y del ejercicio, y hasta me sentó bien quitarme el abrigo de lana cuando nos reagrupamos en el mismo restaurante de la noche anterior. Yo me decidí por unos rollitos de col rellenos y un

cuenco pequeño de *goulash*, ya que tanto andar y tanto entrevistar me había abierto el apetito.

—Tu padre ya no se encuentra en la ciudad —dijo Redvers cuando terminamos de pedir.

—Y es evidente que estamos en desventaja, puesto que no tenemos el mapa y ninguno de nosotros ha llegado a verlo.

—Excepto, tal vez, Maral —comentó Ekrem con un tono oscuro.

—¿Cree que ella pudo verlo?

Me sorprendió esa acusación, pero hizo que me preguntara en qué invertía ella su tiempo; no la habíamos visto desde que habíamos llegado la noche anterior, aunque él había coincidido con ella en el desayuno. No tenía la menor intención de pedirle ayuda a esa mujer, ni siquiera de dejar que se sumara a nosotros en la búsqueda, pero tampoco me gustaba no conocer sus actividades. ¿Podía Maral haberlo sabido todo desde el principio y estar ya con mi padre? No sería la primera vez que sabía algo y se lo guardaba para sí mientras nos dejaba dando palos de ciego.

—Tal vez podríamos preguntar por ella después de comer. —Y retomé la conversación original—: Donde sea que retengan a mi padre, quedará a una distancia que pueda recorrerse con un carro tirado por bueyes.

Redvers estuvo de acuerdo.

—Seguramente a pocos kilómetros de aquí.

—Pero sigue siendo un área demasiado amplia para buscar.

El ruido de una silla al ser arrastrada hasta nuestra mesa interrumpió mi reflexión sobre el asunto. Levanté la mirada y vi a mi tía sentándose en ella.

—No os preocupéis —anunció—. Creo que sé dónde está.

38

—¿Lo sabes? —Esas dos palabras no podían contener más sorpresa.

Millie, con las manos cómodamente entrelazadas en el vientre, sonrió toda ufana. Lord Hughes había arrimado otra silla para unirse al grupo y también se sentó.

—Qué incómodas son estas sillas —le comentó mi tía.

—¡Déjate de sillas, tía Millie! ¿Dónde está? —quise saber.

Ella frunció los labios, pero continuó sin castigarme más.

—Creo que está en la bodega. Y, si no me equivoco, lo tienen allí preso.

Recordé que no habíamos compartido con ella nuestra inquietud acerca de los problemas con los que mi padre podía haberse topado allí, entre ellos los dos hombres con quienes lo habíamos visto.

Redvers tomó la palabra.

—¿Por qué crees eso?

—Porque no nos han dejado entrar en la casa principal, donde residen los propietarios.

—Eso no es tan raro. No querrán que la gente se meta donde viven ellos —repuse.

Millie me dirigió una mirada aplastante.

—Pero tampoco nos han dejado entrar en el sótano de la bodega. A ver, ¿qué clase de bodega no deja que la gente baje al sótano? El sótano es precisamente donde está la bodega. Es ridículo.

Tenía que reconocer que en eso llevaba razón. ¿Era posible que mi padre estuviera encerrado en una bodega fría y húmeda? ¿A finales de noviembre? Eso añadía mi preocupación por su estado de salud a mi lista general de preocupaciones. No solo lo tenían preso, sino que, además del resto, corría el peligro de pillar una neumonía.

Ese viaje no parecía ofrecernos más que una mala noticia tras otra.

Sin embargo, sentía curiosidad por saber qué había hecho pensar a Millie que allí retenían a mi padre.

—¿Por qué crees que lo tienen preso? Aunque esté en la bodega, puede que se encuentre bien.

—Es evidente que no nos lo habéis contado todo —dijo Millie sin molestarse siquiera en regañarme por ello—. Y Henry no es exactamente la persona más observadora del mundo. Nunca lo ha sido, de modo que no soy capaz de imaginarlo llegando tan lejos sin que alguien lo siguiera.

Estuve a punto de abrir la boca para contestar algo, pero mi tía se me adelantó.

—Además, había dos hombres muy corpulentos, con pinta de ser dos auténticos trogloditas, que parecían no hacer más que deambular por la propiedad. No he conseguido que el guía nos explicara para qué estaban allí. —Millie se apoyó en el respaldo de la silla con aspecto de estar satisfecha consigo misma—. Solo puedo deducir que Henry se ha metido en algún lío y que lo tienen allí retenido; de lo contrario me habría oído y habría salido a saludarme.

Si mi padre estaba en esa propiedad, era poco probable que no hubiera oído la voz de mi tía. En eso no andaba equivocada, sin duda. Millie había dado por hecho muchísimas cosas para sacar sus conclusiones, pero básicamente había llegado al mismo lugar que yo, que tenía toda la información.

Ni confirmé ni desmentí nada de lo que nos había dicho, pero sí reconocí que necesitábamos idear un plan para infiltrarnos en la bodega y peinarla a conciencia. Se lanzaron toda clase de sugerencias, entre ellas una táctica estilo caballo de Troya que Redvers descartó enseguida. Al final, decidimos que nuestra mejor baza consistía en colarnos en la propiedad cuando cayera la noche y echar un vistazo.

La verdadera batalla fue decidir quién participaría en la pequeña aventura.

—Soy perfectamente capaz de estarme callada —insistió Millie bastante indignada al ver que intentábamos excluirla.

—Claro que lo eres, querida. —Lord Hughes resultó más sincero de lo que, a mi entender, cualquiera de los demás habríamos logrado

parecer—. Pero no quiero arriesgarme a que salgas herida.

Mi tía le dirigió una mirada suspicaz, pero pareció algo aplacada al ver que se preocupaba por su seguridad.

A mí, en cambio, no había ni la más remota posibilidad de que fueran a convencerme para que me quedara atrás. Redvers lo sabía, y lo pillé enarcando una ceja y mirándome con diversión, a lo que reaccioné con un leve gesto negativo. Yo pensaba ir, era inútil que insinuase siquiera lo contrario.

Al cabo de un rato, por fin logramos urdir un plan. Ekrem nos buscaría un caballo y un carro que pudiéramos alquilar esa noche, ya que la bodega quedaba a más de una hora a pie de la ciudad y, si encontrábamos a mi padre, tal vez necesitáramos huir deprisa. No queríamos a ningún conductor con el carro, de modo que resultaría complicado encontrar a un lugareño dispuesto a dejar que una panda de desconocidos se llevara su vehículo de noche y sin supervisión. O sería muy difícil o sería muy caro.

Decidimos que nuestra mejor opción era esperar a que cayera la noche. Habíamos discutido bastante sobre si debíamos ir de día y, tal vez, realizar otra visita de grupo a la bodega como tapadera, pero al final convinimos en que sería más sospechoso aún si uno o dos del grupo desaparecían para ir a investigar. Era mucho más probable que nos pillaran, sobre todo porque quienes estuvieran reteniendo a mi padre estarían más alerta durante el día y con extraños en la propiedad. Resultaba sorprendente que siguieran ofreciendo visitas si tenían a alguien cautivo allí, lo cual me generó ciertas dudas en cuanto a si habíamos acertado con nuestras suposiciones. Sin embargo, eran demasiadas señales de alerta como para desoírlas por completo; teníamos que ir a comprobar la bodega.

Ekrem Bey y Millie se quedarían en Szigetvár. Yo había insistido en que él no viniera con nosotros porque no me fiaba de él y nunca lo haría. Bajo ningún concepto pensaba arriesgarme a que pudiera trabajar para el otro bando. En esa misión necesitábamos a personas en las que pudiéramos confiar con los ojos cerrados, y Ekrem Bey no era una de ellas, pese a la aparente ayuda que nos había prestado durante el día. Él protestó un tanto, pero luego se rindió y se encogió de hombros con naturalidad. Me anoté mentalmente

llevarme a mi tía aparte para pedirle que no le quitara el ojo de encima por si pretendía tendernos una emboscada en la retaguardia.

Disolvimos el grupo para el resto de la tarde e insistí en que Redvers y yo fuéramos a ver a Maral. No contestó cuando llamamos a su puerta, y el recepcionista hablaba el inglés justo para hacernos entender que, la última vez que la había visto, parecía haber salido a pasear. Yo quería hacer más preguntas, pero eso habría requerido bastante más inglés del que el hombre entendía. Era la primera vez que deseaba que Ekrem estuviera allí, pero se había marchado a realizar su cometido.

No nos quedaba más que esperar. Casi era la hora de cenar cuando Ekrem informó de que en las afueras de la ciudad había encontrado a un granjero que estaba dispuesto a dejarnos su burro y un carro esa noche. No pregunté, pero supuse que una cantidad nada desdeñable de dinero tendría que cambiar de manos para cerrar el trato.

—¿Puede preguntar por Maral en su hotel? —le pedí.

Ekrem nos miró a Redvers y a mí.

—¿No la han encontrado?

—El recepcionista dice que ha salido a pasear, pero querría hablar con ella —repuse.

Aunque parecía agotado, accedió a preguntar por el paradero de la mujer en recepción y volver para informarnos. Tenía la sensación de que algo iba mal, aunque podía ser una exageración por mi parte. Ekrem la había visto en el desayuno, y el recepcionista, por la tarde. Compartí mis pensamientos con Redvers, que frunció el ceño.

—Es extraño que no esté intentando participar en la búsqueda.

—A menos que sí viera el mapa y se haya ido con mi padre sin decirnos nada.

Redvers no comentó nada más, pero la arruga que tenía en la frente se hizo más profunda.

Millie y lord Hughes se sumaron a nosotros para disfrutar de una cena tranquila, ya de noche y con la conversación bajo mínimos, lo

cual no contribuyó a calmar los nervios que me provocaba la tarea que teníamos por delante. Le pedí a mi tía que tuviera vigilado a Ekrem mientras no estábamos, y ella accedió a hacer lo que pudiera. Solo me quedaba esperar que con eso bastase.

Cuando acabamos de cenar, nos reunimos con Ekrem delante de nuestro hotel. Había ido a buscar el burro y el carro a la granja mientras nosotros estábamos en el restaurante.

—Aquí lo tienen. Buena suerte —dijo al entregarle las riendas a Redvers—. No es el animal más obediente del mundo.

Presencié el intercambio y luego le pregunté qué había averiguado sobre Maral.

—Nada. El recepcionista no la ha visto volver del paseo, y yo he subido a su habitación y no estaba.

Me pregunté en voz alta si deberíamos haber entrado en esa habitación para ver si había algo sospechoso, pero ya era tarde para eso. Debíamos seguir adelante con el plan.

—Puedo ir yo mientras ustedes están fuera —se ofreció Ekrem.

Entorné los ojos para mirarlo con suspicacia. Desde que estábamos en Szigetvár se había mostrado demasiado solícito y su actitud burlona había desaparecido casi por completo. No me gustaba ni un pelo.

—Yo iré con él —dijo Millie con decisión.

Asentí. Era lo mejor que podíamos hacer a esas alturas. Solo esperaba que Millie llevara cuidado.

Lord Hughes y Redvers se sentaron en el pescante y yo me encaramé al incómodo banco de madera de atrás. Partimos y el carro empezó a avanzar a trompicones por la carretera de tierra sin pavimentar que salía hacia el campo, donde, en cuanto las escasas luces de la localidad desaparecieron tras nosotros, se nos tragó la oscuridad. El silencio resultaba inquietante, los únicos ruidos eran el golpeteo rítmico de las pezuñas del burro y el traqueteo del carro. Ninguno de nosotros decía una palabra. Estábamos concentrados en la tarea que nos aguardaba e intentábamos no sucumbir al frío.

—Ya casi hemos llegado —oí que murmuraba lord Hughes después de lo que me pareció una eternidad.

No nos atrevíamos a dejar el carro demasiado cerca de la casa donde vivían los propietarios, así que preferimos salir de la carretera junto a un campo de vides que crecían agazapadas en el suelo, retorcidas y amenazadoras bajo la luz de la luna. Redvers ató un extremo de las riendas del burro a un poste de la valla. Lanzamos a los pies del animal un poco de la paja que llevábamos en el carro y le dejamos suficiente cuerda para que pudiera moverse y pastar un poco si quería. En lugar de eso, el burro echó sus grandes orejas hacia atrás y hacia delante varias veces antes de cerrar los ojos y, por lo visto, quedarse dormido. No parecía en modo alguno una bestia tan difícil como nos había advertido Ekrem. Esperé que no cambiara de actitud mientras no estábamos y encontrara la forma de escapar. También esperé, y con fervor, que no se le acercara nada que lo espantara. Íbamos a necesitar ese burro algo después, pasara lo que pasase.

Seguimos a pie una pista de tierra que había a nuestra izquierda y que se internaba entre las vides peladas y subía colina arriba. Esos campos debían de ser preciosos en los meses de verano: viñas cubiertas de hojas frondosas y cargadas de pesados racimos de uvas. En ese momento, en cambio, no me gustaron nada, desnudas y encogidas por el frío. Me estremecí mientras aguzaba el oído por si oía algún ruido más que el de nuestros propios pasos.

Avanzábamos sin decir nada. No era necesario, porque ya habíamos acordado el plan de ataque horas antes. Primero buscaríamos el sótano de la bodega. Después, si allí no encontrábamos nada, intentaríamos registrar la casa. Nos había parecido sensato dejar la residencia para el final. Si podíamos evitar entrar donde vivían los propietarios, mucho mejor.

El edificio principal, construido en piedra y con el tejado rojo característico de la región, tenía una pista de tierra que llegaba hasta él por la parte de delante; nosotros nos acercamos por otra que recorría la parte trasera de los campos. Allí detrás, a cierta distancia de la casa, se encontraba lo que solo podía suponer que era la bodega, otro edificio de piedra que se levantaba cerca de los campos, a punto para procesar las uvas de las hectáreas de viñedos que habíamos recorrido. Nos acercamos con cautela a una pequeña

construcción de ladrillo que estaba a pocos metros de la bodega, apenas más que un cobertizo, en realidad, que ofrecía el cobijo justo para nosotros tres. Allí esperamos, atentos por si veíamos algún movimiento en la propiedad.

No pasó mucho tiempo antes de ver nuestros esfuerzos recompensados. Un hombre cruzó la pesada puerta de madera de la bodega. Se movía con calma, y una breve chispa brillante seguida de una pequeña brasa nos indicó que seguramente solo había salido para fumar.

Sin embargo, aquel era el edificio donde sabíamos que se encontraba el sótano de la bodega, y a esas horas de la noche no había ningún motivo para estar ahí abajo, a menos que buscaras algo.

Todavía nos encontrábamos a cierta distancia, pero, incluso desde nuestra posición y con aquella oscuridad, el hombre parecía grande y musculoso. Habría apostado un buen dinero a que estábamos viendo a uno de los hombres que habían escoltado a mi padre desde su hospedería el día anterior. Pero ¿dónde estaba el otro? ¿Y cómo íbamos a esquivar a ese par de gorilas?

Redvers se inclinó hacia lord Hughes y le susurró algo al oído mientras yo arrugaba la nariz con impaciencia. Cuando terminó de hablar, se acercó a mí y me susurró también:

—Hughes y yo iremos por detrás y nos encargaremos de los guardas. Tú quédate aquí y te enviaré una señal cuando sea seguro salir.

Pensé en discutírselo, pero miré hacia abajo y vi que la luz de la luna se reflejaba en la pistola que llevaba en la mano. Decidí que, en esa ocasión, seguramente tenía razón: él iba armado y yo, sin un arma, no podía hacer mucho para ayudar a reducir a dos gigantes. Aunque me dije que después me quejaría de mi falta de armamento, sobre todo porque vi que lord Hughes también llevaba una pistola. Pensaba cantarle las cuarenta a Redvers.

Le dirigí una cabezada, y Hughes y él salieron de detrás del cobertizo en dirección a la bodega, manteniéndose cerca de la hilera de árboles que delimitaba la propiedad. Pronto desaparecieron de mi vista, pero calculé mentalmente por dónde irían y, unos segundos

después, entreví un movimiento delante de la bodega, justo donde aquel hombre estaba terminándose el cigarrillo. Se giró para volver a entrar por la puerta, pero entonces tuvo lugar el ataque y, en vez de entrar, cayó al suelo. Redvers le había dado un fuerte golpe en el cogote con la culata de la pistola, y lord Hughes y él lo agarraron cada uno de un brazo y lo arrastraron a la parte de atrás del edificio.

Uno menos. Solo quedaba otro, o eso esperaba…

39

Redvers no me envió ninguna señal, pero de todas formas avancé por la hilera de árboles del borde de la propiedad hasta donde habían escondido el cuerpo del guarda. Acababan de dejar los brazos del hombre en el suelo cuando llegué donde estaban. Allí no se nos veía ni desde la casa principal ni desde ninguna otra estructura exterior.

Redvers me lanzó una mirada oscura por no haber seguido sus instrucciones, pero me encogí de hombros.

—Necesitáis un guarda para el guarda —susurré.

No me hizo caso. Se agachó e hizo girar al hombre de lado para atarle los brazos a la espalda. Me pregunté de dónde había sacado esa cuerda, pero era muy posible que la llevara consigo, escondida dentro de esos bolsillos que parecían no tener fondo. Ya me había sorprendido que ambos fueran armados, de modo que a saber con qué otro material cargaban.

—¿Serás capaz de quedarte aquí al menos? —Redvers señaló al suelo, justo donde estábamos.

—Pues claro —susurré con indignación, e incluso en la tenue luz de la luna reparé en que Redvers apretaba los dientes.

A lord Hughes le pareció divertido.

Ellos dos se colocaron en la esquina del edificio y yo me senté con la espalda contra la pared de piedra tosca y el guarda atado e inconsciente a mis pies. El hombre estaba tan KO que ni siquiera se movió cuando le di un toquecito con la punta de mi zapato de hebilla, así que me volví para mirar a Redvers y a lord Hughes.

No pasó mucho tiempo antes de que el otro guarda apareciera buscando al primero. Era evidente que había esperado que regresara después de fumarse el cigarrillo y eso era con lo que contaban Redvers y Hughes. El hombre salió a la luz de la luna y vi que

llevaba una pala. Esperé que no pudiera darle un palazo a ninguno de los dos antes de que lo abatieran. La pala era grande y parecía capaz de hacer bastante daño.

Era evidente que Redvers había pensado lo mismo, porque, en lugar de esperar a que el guarda se acercara a la parte de atrás, donde estábamos escondidos, y encargarse de él allí, prefirió salir de entre las sombras blandiendo el arma.

—No se mueva. —Habló en voz baja pero autoritaria, y el hombre se detuvo al instante y levantó la mano que tenía libre—. Suelte esa pala —ordenó Redvers, y el hombre obedeció despacio.

Parecía que estuviera intentando decidir qué probabilidades tenía contra el intruso cuando lord Hughes salió también de su escondite apuntándolo con la pistola. El cuerpo del hombre se relajó y adoptó una postura de resignación, tras lo cual también yo noté que se me aflojaba la tensión de los hombros. El guarda podía haberse atrevido a enfrentarse a un hombre armado, pero no estaba preparado para medirse con dos.

No era un completo idiota, por lo visto.

Me levanté y le di otro golpecito con el zapato al que estaba tendido a mis pies. No se movió, así que le puse una mano en el pecho con cuidado para asegurarme de que seguía respirando. Solo tardé un instante en decidir dejarlo allí sin vigilancia y seguir a Redvers y a lord Hughes. Esperaba que no despertase antes de que hubiéramos descubierto lo que ocurría en ese sótano.

Asomé la cabeza por la esquina y vi que Redvers le indicaba al hombre con la pistola que los guiara al interior del edificio. Corrí para alcanzarlos y me coloqué detrás de lord Hughes. Nuestro guarda empezó a bajar las manos en cierto momento, pero Redvers le recordó que las tuviera en alto, y él obedeció. Por lo que podía ver, no apartaba la pistola de la espalda del hombre, pero tampoco se la acercaba demasiado, cosa que podría haber provocado que lo desarmara con un movimiento repentino.

Nada más cruzar la puerta de la bodega se hizo evidente que íbamos a descender, y deprisa. La entrada solo consistía en un pequeño vestíbulo y enseguida se convertía en un pasadizo de ladrillo que bajaba. Respiré hondo y reconsideré si quería

someterme a lo que claramente iba a ser un espacio muy angosto. No se me daban bien las estrecheces.

Aun así, en el silencio se distinguían ruidos de alguna clase de trabajo manual, metal contra tierra dura, y también unas voces débiles. Todavía estaban demasiado lejos para distinguir de quiénes podían ser, pero se me aceleró el corazón. ¿Sería una de ellas la de mi padre? Respiré hondo, pensé en inhalar más despacio y entré en el pasadizo detrás de los demás.

Bajamos por el estrecho pasillo formando una pequeña tropa. Era evidente que nos encontrábamos por debajo del nivel del suelo porque el aire empezó a notarse viciado y a oler a tierra, aunque me sorprendió que no hiciera mucho más frío que en el exterior. El pavimento no era más que tierra compactada y alisada tras muchos años de pisadas, y los antiquísimos ladrillos descoloridos que formaban una bóveda por encima de nosotros estaban iluminados de vez en cuando por una antorcha. Después del abrupto descenso del principio, llegamos a una zona donde el suelo se nivelaba y las paredes se ensanchaban; también mi respiración se normalizó y pude dejar de contar cada vez que inhalaba y exhalaba. Miré alrededor y vi grandes barriles de vino a lo largo de las paredes. Algunos parecían muy antiguos, y por un momento me pregunté cuánto tiempo llevarían envejeciendo allí.

Las voces tenues que había oído antes empezaban a sonar con más fuerza, y por fin distinguí que uno de los interlocutores —el más vehemente, de hecho— era mi padre. Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no ponerme a correr y adelantar a los demás, pero conseguí mantenerme la última recordándome que eran ellos quienes iban armados y que todavía teníamos a un rehén.

Los hombres aminoraron el paso y yo me preparé para lo que pudiéramos encontrar tras el último recodo.

40

Los tres se detuvieron de una forma bastante brusca al acabar la curva del pasadizo, justo después del último gran barril. Respiré hondo para prepararme antes de salir de detrás de ellos. Había temido encontrar a mi padre maniatado y custodiado, pero, en lugar de eso, estaba la mar de sano y contento, apoyado en una pala mientras contemplaba a un pequeño grupo de personas que cavaban a lo largo de los cimientos de la pared del fondo. La sala estaba bien iluminada gracias a varios faroles y más antorchas en las paredes de ladrillo, oscurecidas por el hollín y el paso del tiempo.

—Creo que deberíamos cavar más hacia el oeste. —Henry Wunderly se sacó un papel doblado del bolsillo y lo inclinó hacia la luz para verlo mejor.

Me quedé atónita. Muda. Desde luego, estaba encantada de ver a mi padre vivo y con buena salud, sobre todo después de la angustia y la preocupación que me habían perseguido durante todo el viaje. Sin embargo, no solo se encontraba bien, sino que parecía estar disfrutando. Tuve que reconocer que eso me afectó mucho y me dolió: ¿era yo la única que se preocupaba por estar a punto de perder nuestro hogar?

—¿Padre? —dije al fin.

No se enteró, así que volví a llamarlo, más fuerte esta vez, para que me oyera por encima del ruido de las palas. Henry Wunderly se volvió y se sobresaltó al vernos. No entendía que no nos hubiera oído llegar, aunque, tal como Millie había señalado antes, mi padre tampoco era el hombre más observador del mundo.

Los otros individuos trabajaban con ahínco tras él, así que era comprensible que no se hubieran dado cuenta de que estábamos allí.

—¿Jane? —Se adelantó un poco y se detuvo al darse cuenta de que Redvers todavía encañonaba al guarda corpulento a punta de pistola—. Jane, ¿por qué está apuntando ese hombre a Andor?

—¿Andor? —pregunté sin dar crédito—. ¿Me estás diciendo que este hombre está contigo?

—Pues claro. Los contratamos a su primo y a él para que nos ayudaran con la seguridad. Es mejor andarse con pies de plomo, ¿sabes? —Mi padre frunció el ceño—. Aunque parece que no valen lo que les pagamos, la verdad.

Como seguía callada, y a eso se le añadía que estaba un tanto boquiabierta, mi padre continuó hablando con la frente arrugada:

—Verás, los contratamos en Estambul, aunque son húngaros. Aquí, los lugareños no hablan inglés.

—Sí, ya lo hemos comprobado —dije con retintín, y recuperé por fin el aplomo necesario para acercarme a mi padre y darle un abrazo.

Lo sujeté con fuerza un instante para asegurarme de que se encontraba bien. Tras concederme ese momento, retrocedí un paso y me calmé un poco antes de empezar a hacer preguntas.

—Entonces, ¿estás bien?

—Desde luego, cielo. —Mi padre seguía teniendo un brazo posado en mi hombro, pero entonces lo bajó y me miró con astucia—. Aunque preferiría que no hubieras venido. ¿No recibiste mis mensajes?

A esas alturas, todos habían dejado de cavar y contemplaban la escena que protagonizábamos. Al mirar a la derecha, vi que Redvers había bajado el arma a un costado y que lord Hughes hacía lo mismo. Sus rostros reflejaban mis sentimientos: confundidos y quizá algo molestos.

La pregunta de mi padre encendió una chispa de ira en mi interior.

—¿Preferirías que no hubiera venido? —Mi voz destilaba incredulidad—. ¡He pasado… semanas preocupada por el lío en que nos has metido! Te marchaste de Estambul sin tus cosas, han matado a Ziya y estamos a punto de perder la casa —Las palabras ya habían salido de mi boca antes de recordar que no queríamos que lord Hughes y Millie conocieran esa parte del asunto.

Aun así, mantuve mi indignación. Ya podía enterarse lord Hughes de que nos jugábamos la casa.

Mi padre me sonrió.

—Bueno, ya ves que no era necesario, Jane. Estoy muy bien. —Entonces frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con que han matado a Ziya? Dijo que te ayudaría, pero se suponía que nadie saldría herido.

Yo estaba que echaba humo, pero él no hizo ni caso y se volvió de nuevo hacia el grupo, cuyos integrantes estaban apoyados cada uno en su pala, mirándonos con ávido interés. Me tomé un momento para observar a los hombres y vi que reconocía a dos de ellos: el profesor Matthew Kelley, del Departamento de Antropología, y el profesor Michael Blanchard, cuya especialidad era la antigüedad clásica, en concreto la música antigua. Ambos trabajaban en la misma universidad que mi padre.

—¿Recuerdas a los profesores Blanchard y Kelley?

Los dos me saludaron afablemente con la mano, pero siguieron contemplando la escena. Mi padre señaló al último de la hilera.

—Y ese es Michael Dillman. Profesor de Historia, ¿sabes?

Dillman me sonrió y me saludó con la cabeza, tras lo cual los tres siguieron cavando, aunque algo más despacio. Se notaba que todavía tenían el oído puesto en lo que ocurría entre nosotros.

Miré a Redvers y me encontré con una expresión hermética. Suspiré y luego busqué a Andor con la mirada, pero reparé en que había desaparecido. Redvers contestó la pregunta que yo estaba a punto de formular:

—Ha subido arriba a desatar a su compañero. Y a recuperar la pala, supongo.

Esperé que regresara con la pala y sin ningún rencor. Lord Hughes se había acercado más al punto de excavación y estaba preguntando si ya habían encontrado alguna cosa.

—Pues sí. Es evidente que esta bodega se construyó encima de Turbék —empezó a explicar el profesor Kelley antes de que mi padre, entusiasmado, lo interrumpiera.

—Turbék la levantaron los otomanos encima de la tumba de Solimán. Era toda una pequeña ciudad, con mezquita incluida, y se

encontraba justo aquí, pero cien años después fue arrasada por los cruzados. Sabíamos que tenía que estar a cierta distancia de la fortaleza de Szigetvár y en lo alto de una colina, pero no pudimos determinar la ubicación exacta hasta que tuvimos el mapa. —Volvió a sacarse el papel doblado del bolsillo y se lo pasó a lord Hughes—. Esto es una copia, por supuesto.

Hughes estudió el mapa mientras el profesor Kelley se encargaba de explicar qué habían descubierto por el momento:

—Hemos encontrado añicos de materiales varios y también sillares de los muros originales, aunque no es lo que buscábamos, desde luego —dijo—. De todos modos, somos optimistas y creemos que nos estamos acercando.

Lord Hughes hizo un comentario alentador y los hombres prosiguieron con su conversación, en la que Blanchard y Dillman intervenían de vez en cuando. Redvers estaba a mi lado, divertido, con las manos unidas a la espalda y asimilando la escena. Yo tenía ganas de agitar los brazos con frustración. Pero ¿qué estaba ocurriendo ahí? Ninguno de esos profesores era arqueólogo, ¿cómo se habían reunido los cuatro en la campiña de Hungría para buscar el mítico corazón del sultán?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por una pregunta de mi padre, que había regresado a mi lado.

—¿No vas a presentarme a tu amigo?

Me lo quedé mirando unos segundos, muy tentada de gruñirle, cuando Redvers me puso una mano en el brazo. Con eso logró centrarme, así que respiré hondo e hice las presentaciones correspondientes.

—Padre, este es Redvers. Redvers, este es mi padre, el profesor Henry Wunderly.

Los dos se dieron la mano y yo me froté la frente. Aquello era surrealista a más no poder. Empecé a repasar mentalmente la lista de cosas que aún no habíamos logrado averiguar…, y eran muchas.

—¿Por qué dejaste el equipaje en el hotel?

—Fue un ardid, cielo. Para que pareciera que había desaparecido. —Se balanceó sobre los talones—. Pensé que era una ocurrencia muy inteligente.

—¿Pensando en quién? ¿Por qué tenías que dar esa impresión? ¿Sabes quién te seguía? —Miré a Redvers y luego otra vez a mi padre—. Él enseguida se dio cuenta de que nos seguían unos hombres.

Mi padre se aclaró la garganta.

—Sí, bueno, eso…

Lo miré a los ojos hasta que, con aspecto de estar algo avergonzado, siguió hablando:

—Puede que yo tuviera algo que ver.

41

—¿Me estás diciendo que fuiste tú el que mandó seguirnos? Pero ¿puede saberse por qué? —Mi voz había adoptado un tono desagradable, así que respiré hondo.

—Porque no podía arriesgarme a que nos trajeras a nuestros rivales hasta aquí. —Mi padre se encogió de hombros y miró a Redvers como pidiendo perdón. Luego frunció el ceño—. A ver, ¿qué es eso de que han hecho daño a Ziya?

—Lo asesinaron en el Pera Palace después de que nos ayudara a traducir el azulejo. Y también ha muerto uno de nuestros perseguidores —explicó Redvers.

—¿Qué? —Mi padre por fin puso cara de espanto—. No pensaba que Jane hablara en serio.

No encontré una respuesta educada para eso.

—Siento mucho saberlo —añadió con sobriedad—. Apreciaba a Ziya, era un buen traductor. Casi un amigo. —Guardó silencio un instante—. ¿Se sabe quién fue?

Redvers contó lo que sabíamos sobre los dos incidentes de Estambul, aunque omitió que Maral me había salvado la vida al apuñalar a un hombre en el Orient Express. Supuse que prefería que fuera yo quien le explicara eso a mi padre, aunque pensé que él estaba haciendo muy buen trabajo al contarlo todo de forma concisa y, por mí, bien podía seguir. Yo estaba tan furiosa que tenía la lengua paralizada.

Tras escuchar la descripción del hombre al que habían matado en el callejón, mi padre se frotó la barbilla.

—No era de los nuestros. Apuesto a que trabajaba para el otro bando.

—¿De los nuestros? ¿El otro bando? Padre, ¿de qué estás hablando? —Estaba llegando al límite de mi exasperación.

Mi padre nos indicó que nos acercáramos más y miró atrás, a sus amigos, que seguían cavando en los cimientos con gran esfuerzo. Era evidente que no le apetecía que oyeran lo que estaba a punto de contarnos.

—Es cierto que pedí un préstamo con la casa como aval e invertí el dinero en lo que creía que era una oportunidad lucrativa y segura.

—Y, en lugar de eso, te timaron —dije. No pude evitarlo.

Mi padre no hizo caso, se centró en Redvers y continuó hablando en voz baja:

—El tipo resultó ser un ladrón y se largó con el dinero. También con el de Ziya.

Casi solté un suspiro. De manera que Ekrem tenía razón al decir que había sido mi padre el que había metido a su hermano en el negocio. Me disculpé en silencio con el difunto y luego, en voz alta, murmuré:

—No debería haberte dejado solo en casa.

Mi padre volvió a ningunearme.

—Bueno, sé que el banco quiere su dinero, pero también sabía que, si lograba dar con el corazón, podría recuperar ese capital.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —preguntó Redvers.

—Ah, cualquier institución pagaría una fortuna por el corazón —dijo mi padre, aunque elevando algo la voz.

—Pensaba que íbamos a entregarlo a un museo —interpuso Blanchard—. A donarlo, como habíamos hablado.

A mi padre se le puso toda la cara colorada, igual que me ocurría a mí cuando sentía vergüenza.

—Bueno, me he metido en unos problemillas, así que tendremos que volver a discutir eso.

El profesor Blanchard fulminó a mi padre con una mirada gélida de sus ojos azules antes de rendirse y regresar al trabajo meneando la cabeza. Por lo visto, sus amigos lo conocían bien.

—Invertiste todo el dinero que sacaste a cambio de la casa para encontrar el corazón y, cuando te lo robaron, decidiste buscarlo por tu cuenta —resumí.

—Así es. —Mi padre me sonrió con aspecto de sentirse muy ufano —. Y, puesto que ahora tenemos el mapa, seguro que lo

conseguimos. Sobre todo porque vamos por delante de ellos.

—Esto es una locura —le dije—. Para empezar, ninguno de vosotros tiene formación arqueológica.

Mi padre puso cara de ofendido.

—Dillman ha estudiado un poco de arqueología, para que lo sepas.

Miré al susodicho, pero ni siquiera había levantado la cabeza mientras seguía cavando.

—Y estamos haciendo muy buen trabajo. Ya hemos recuperado un artefacto que estoy seguro de que tiene mucho valor.

Me froté la frente otra vez.

—¿Cómo convenciste a esos tres para que se embarcaran en esta locura?

Redvers no le dio a mi padre ocasión de contestar, cosa que estuvo bien, porque no estaba segura de querer oír la respuesta.

—Andor lleva muchísimo tiempo ahí fuera —apuntó.

—Tal vez no haya podido despertar a su primo.

Mientras ofrecía una posible explicación, intenté calcular cuánto llevaba el hombre allí arriba. Redvers y yo cruzamos una mirada, ambos evidentemente preocupados por si había ocurrido algo más, pero mi padre le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Bah, seguro que no pasa nada —dijo—. Quién sabe, puede que esos dos se hayan marchado después de recibir un trato tan rudo por vuestra parte.

Parecía divertirle imaginar a sus fornidos guardas reducidos por nosotros tres, pero no preguntó por qué Redvers iba tan bien equipado para hacerlo. De todos modos, no estaba muy segura de cómo habría explicado la profesión de mi compañero.

Lord Hughes regresó con nosotros.

—Ese hombre lleva ahí fuera mucho tiempo. —Miró a mi padre y le tendió una mano—. Edward Hughes. El prometido de su hermana.

Mi padre le estrechó la mano con educación y los hombres cruzaron un par de fórmulas de cortesía. Aun así, en cuanto pudo, me susurró al oído:

—¿También has traído a Millie?

—¿Creías que conseguiría impedir que viniera? —mascullé en respuesta.

Mi padre suspiró.

—Supongo que no —dijo mientras ambos sonreíamos hacia los demás.

Agarró la pala y se acercó a la zanja con la clara intención de ayudar por fin un poco a sus colegas. El sonido metálico que hizo entonces la pala de Kelley al tocar el suelo paralizó momentáneamente a todo el mundo, mientras este y Dillman se ponían a excavar alrededor de algo sólido y con forma cuadrada. Todos contuvimos la respiración intentando averiguar qué habían descubierto.

Me di cuenta de que, pese a los altibajos emocionales de los últimos minutos, incluso yo estaba entusiasmada por ver qué habían encontrado.

El único que no prestaba atención era Redvers, que estaba concentrado en un punto tras nosotros: la escalera del fondo del sótano. No vi nada allí, así que me volví de nuevo hacia los hombres y me acerqué más para poder apreciar mejor lo que estaba ocurriendo. De reojo, vi que Redvers se colocaba junto a un barril, sacaba el arma del bolsillo y la dejaba colgando a un lado del cuerpo.

—Solo es otro sillar —declaró Blanchard con decepción antes de clavar la punta de la pala en el suelo con firmeza—. Yo lo dejo por hoy.

Se pasó una mano por el pelo rubio rojizo y se quitó las gafas para limpiarles la tierra con el borde de la camisa. No estaba segura de que esa camisa estuviese mucho más limpia que las propias gafas, pero él pareció contento con el resultado.

Entonces Dillman se puso a discutir con él.

—Venga, sigamos un poco más. Hoy apenas hemos avanzado nada. Y, si no hubieras bebido tanto esta tarde, a lo mejor no estarías tan cansado.

Blanchard replicó que lo que hacía por las tardes no era asunto de Dillman, y su discusión siguió a partir de ahí. Kelley no les hizo ningún caso y, después de sacar de la zanja el sillar con la ayuda de

mi padre, porque era bastante grande, continuó cavando en su esquina. Mi entusiasmo momentáneo por si de verdad habían encontrado el corazón del sultán se convirtió en desilusión, y al volverme vi que Redvers había retrocedido y se había agazapado detrás de una barrica de vino.

Fue entonces cuando comprendí que alguien bajaba por la rampa. Seguí el ejemplo de Redvers y me coloqué en el lado contrario de la sala, donde me oculté tras un barril enorme. En la tenue luz de las antorchas, vi que seguramente se trataba de una mujer, pero por algún motivo llevaba las manos a la espalda. Cuando salió del pasadizo y se detuvo en el suelo de tierra compactada, vi que era Maral. Estuve a punto de salir de mi escondite, pero Redvers levantó una mano para detenerme. Miré a mi izquierda y comprendí que nadie más del grupo se había dado cuenta de que acababa de llegar una persona.

O personas, más bien. Otros pasos descendían por la rampa detrás de Maral y, cuando esta se volvió hacia quien fuera que la seguía, vi lo que antes no había podido ver.

Maral llevaba las manos atadas a la espalda.

42

Lo que me habían parecido los pasos de una persona resultaron ser los de muchas, porque un grupo entero de hombres llegó por la rampa siguiendo a Maral, usándola como escudo en un principio, aunque después la apartaron de en medio. Iban armados y mi intuición me dijo que componían ese «otro bando» que había mencionado mi padre. Pero ¿cómo habían apresado a Maral? ¿Y cuándo? ¿Mientras paseaba? Debía de haber sido así, aunque me pregunté cómo habrían conseguido reducirla; era evidente que Maral no los habría acompañado sin oponer resistencia.

El grupo avanzaba hacia nosotros y Redvers carraspeó con fuerza desde donde se encontraba, escondido tras el barril. Los amigos de mi padre dejaron por fin lo que estaban haciendo y mi padre inclinó el rostro hacia ellos, confundido. Incluso sin ser capaz de verlo todo desde donde estaba agazapada, comprendí que podrían con nosotros. Los recién llegados iban armados, y mi padre y sus amigos eran académicos. No era muy probable que resultaran útiles en una pelea, y menos aún contra unos matones con armas.

Redvers había desaparecido en las sombras inmediatamente después de dar la señal de alarma, y esperé que no lo hubieran visto. Necesitábamos por lo menos un as en la manga. Porque, fueran quienes fueran esos hombres, no creía que estuvieran allí para disfrutar de una charla educada sobre el proceso de fabricación del vino.

Empujaron a Maral hacia delante y mi padre, sorprendido, exclamó su nombre al tiempo que echaba a andar hacia ella, pero yo salí de mi escondrijo y lo agarré del brazo antes de que pudiera llegar muy lejos. Intentó zafarse de mí.

—Jane, conozco a esta mujer —empezó a explicar, pero lo interrumpí.

—Sí, sé muy bien quién es —dije, negándome a soltarlo bajo ningún concepto.

Él siguió tenso, pero al menos dejó de intentar apartarse de mí.

Me fastidiaba haber tenido que salir de mi escondite, pero por fin podía ver a cuántos hombres nos enfrentábamos: cuatro, y también me di cuenta de que, aparte de Maral, había otra mujer entre ellos. Iba toda vestida de negro y era unos treinta centímetros más bajita que los gorilas que la rodeaban.

Katerina Semenova.

—Debería haber sabido que eras tú —dije en cuanto Katerina salió de detrás de sus matones a sueldo.

Ella, alegre, me saludó con la mano libre. En la otra sostenía una pequeña pistola negra.

—Un grave error por tu parte, la verdad. Aunque soy bastante buena actriz. No deberías castigarte demasiado.

Mi padre abrió la boca al oír nuestra conversación, pero no logró decir nada.

Katerina se dio cuenta.

—Este debe de ser tu padre, ¿verdad? Profesor Wunderly, lo he visto muchas veces en Maxim's, pero nunca nos han presentado como es debido.

No tenía duda de que su tono educado y sus buenas maneras estaban calculados al milímetro para tenernos en ascuas, y reparé en que toda esa escena tenía a mi padre desconcertado.

—¿Por qué han maniatado a Maral? —preguntó.

—Porque es mi prisionera —respondió Katerina como si estuviéramos charlando tranquilamente—. Hemos tenido que usar un pañuelo empapado en no sé qué para hacerle perder el conocimiento. No ha sido fácil, la verdad. Bueno, ¿ya ha conseguido localizar el corazón?

—No sé de qué me está hablando —dijo mi padre con un tono severo.

—Por favor, no sea bobo —repuso Katerina con censura en la voz —. Es una pregunta muy sencilla. Una que le recomiendo contestar. —Meneó la pistola en dirección a Maral—. No por nada tengo prisionera a su amante.

Se me demudó el rostro al oír las palabras que había elegido, y Katerina soltó una risa.

—¿Y qué va a hacerle? —La voz de mi padre sonó desafiante.

Negué un poco con la cabeza. No me parecía buena idea contrariar a Katerina, sobre todo en la situación en que nos encontrábamos. Quería mirar en dirección a Redvers para tranquilizarme, pero mantuve la mirada fija al frente para no delatar su posición. Notaba que el resto de nuestro grupo se había reunido tras nosotros, y solo podía esperar que no hubieran dejado las palas en la zanja. Eran las únicas armas que teníamos, aparte de las pistolas de Redvers y lord Hughes.

—La mataré —dijo Katerina.

Esta vez no había ni rastro de dulzura en su voz y no me pareció que ninguno de los que estábamos allí dudara ni por un momento de que no hablaba en serio.

Katerina peinó nuestro grupo con la mirada.

—Suelte el arma —ordenó.

Apuntó a lord Hughes con su pistola y yo contuve la respiración.

Nos habíamos quedado con una única pistola y no tenía ni idea de dónde se había escondido Redvers.

Él y yo íbamos a tener una seria charla en el futuro sobre eso de dejarme sin un arma de fuego en esa clase de situaciones. Si es que había un futuro, porque en esos momentos no me sentía demasiado segura a ese respecto.

—Lo preguntaré solo una vez más —dijo Katerina, y se acercó a Maral para encañonarle la cabeza, justo detrás de la oreja. Oí que Maral gemía; pese a todo lo que habíamos vivido, era la primera vez que demostraba tener miedo—. ¿Ha encontrado el corazón? —Katerina pronunció cada palabra con claridad.

Mi padre se puso a temblar muchísimo al ver la pistola en la cabeza de Maral y, como no estaba segura de que fuera capaz de responder, decidí intervenir:

—No, no lo han encontrado. Ni siquiera podemos estar seguros de que esté aquí, Katerina. Ya han cavado bastante y no han encontrado nada.

Parte de eso era cierto, pero también era mentira hasta cierto punto. Casi crucé los dedos esperando que ninguno de los hombres me contradijera. Contuve la respiración un instante y me alivió ver que todo el mundo guardaba silencio.

—Bueno, aún no hemos acabado —dijo Dillman.

Cerré los ojos. Por poco.

—Maravilloso —repuso Katerina con un brillo en la mirada, aunque retrocedió un paso y bajó el arma de la cabeza de Maral, a quien empujó al suelo—. Entonces, sigan tranquilamente.

Los hombres que la acompañaban se distribuyeron sin dejar de apuntarnos con sus pistolas. Nosotros los superábamos en número, pero era evidente que no en armamento, así que no resultó ninguna sorpresa que mi padre y su círculo de académicos agarraran las palas y se pusieran a cavar de nuevo. Era difícil resistirse al incentivo de verse al otro extremo del cañón de un arma, o de varias, como era el caso.

—¿Dónde está el mapa, Henry? —preguntó Katerina.

Me estremecí al oír ese repentino tuteo a mi padre y recordé que había tenido una reacción similar en los baños, cuando Katerina había hablado de él, aunque en aquella ocasión lo había pasado por alto. Tenía que aprender a hacer más caso a mis instintos.

Mi padre gruñó mientras levantaba la pala del suelo.

—Lo he quemado.

—Eso es mentira —repuso ella—. Voy a pedirte que me lo entregues, o haré que te lo quiten.

Mi padre no dijo nada, de modo que me dirigí a él desde donde estaba sentada, en el sillar que había encontrado Kelley hacía un rato:

—Será mejor que hagas lo que dice, padre.

Él se detuvo con la pala cargada de tierra y la dejó caer en el suelo. Los demás, a su alrededor, siguieron cavando mientras él buscaba en el bolsillo de los pantalones y sacaba el papel doblado. Lo lanzó en dirección a Katerina, aunque no llegó muy lejos.

—Jane, recógemelo, ¿quieres?

Me levanté despacio. No me apetecía que ningún movimiento repentino le hiciera apretar el gatillo, aunque mi mente iba a toda

velocidad pensando cómo podía aprovechar el momento en mi beneficio. Me agaché y recogí el papel; luego fui hacia Katerina.

—Ni se te ocurra, querida.

—En absoluto —dije, y le entregué el papel antes de retroceder varios pasos.

—Bueno, las dos sabemos que eso es mentira. —Katerina apenas apartó la vista de mí para mirar el papel tras abrirlo con un gesto raudo de la muñeca—. Esto es una copia, Henry. ¿Dónde está el original?

Mi padre tardó tanto en contestar que casi estuve a punto de intervenir otra vez, pero por fin dijo algo:

—En la granja.

Katerina no nos quitaba el ojo de encima, pero ladeó la cabeza hacia el hombre que estaba junto a ella. Llevaba un grueso chaquetón de lana y tenía una barba negra muy poblada.

—Ve a buscarlo, Kiril.

El matón dio media vuelta sin decir palabra y subió por la rampa.

Eso mejoraba nuestras probabilidades, aunque solo un poco.

43

—Bueno, Jane, no creas que no sé que Redvers tiene que estar por algún lado.

Casi me estremecí, porque me había aferrado a la esperanza de que Katerina no se diera cuenta de que faltaba, pero conseguí mantener una expresión neutral.

—Está en la granja. No eres la única que quería ver el mapa original.

—Hmmm…

Katerina se dio unos golpecitos en la barbilla con la pistola antes de apuntarla hacia mí y disparar una bala que hizo saltar la tierra por los aires a una distancia terriblemente escasa de mis pies. Proferí un gritito y me eché a temblar, pero entonces sacudí la cabeza.

—Está en la granja, lo juro.

Detrás de mí, nadie dijo una palabra y tampoco me arriesgué a mirar, aunque sí acertaba a ver el rostro de Maral. No fui capaz de interpretar su expresión, pero me sostuvo la mirada desde donde estaba sentada, en el suelo, detrás de Katerina y sus hombres. Uno de ellos estaba bastante al fondo y apartado, apuntándola con la pistola sin mucho empeño. Volví a mirar a Katerina cuando, de pronto, oímos un pequeño golpe y Maral profirió un grito de sorpresa.

Katerina se encogió un poco, pero, salvo por eso, no se movió ni volvió la cabeza. Solo habló hacia un lado:

—¿Maral? ¿Va todo bien?

—Sí. —Esta parecía algo atragantada al contestar—. Solo ha sido una rata. Me ha pasado por encima del pie, y me dan mucho miedo.

Katerina lo pensó un momento, luego asintió una vez y pareció aceptar la explicación. Estaba claro que no conocía a Maral; era poco probable que una rata pudiera hacerla gritar de miedo. ¿La misma

mujer que, sin dudarlo, había apuñalado a un hombre por la espalda y con muy pocos remordimientos? No, una rata no podía asustarla.

Cuando volvió a hacerse el silencio, dejé escapar el aliento que había contenido. Habría apostado lo que fuera a que esa «rata» que había sobresaltado a Maral era del tamaño de una persona y tenía forma de Redvers. Recé para mí por que hubiera podido reducir a ese tercer matón y equilibrar un poco los dos bandos.

Pensé en cuál podría ser el siguiente paso del plan de Redvers si había logrado anular al hombre, y se me ocurrieron diversas posibilidades que descarté enseguida. El problema era que Katerina Semenova estaba justo en el centro del espacio libre del sótano, un pasillo con hileras de barriles a uno y otro lado. Le sería difícil acercarse a ella para desarmarla sin que lo viera. A menos que yo pudiera distraerla.

De modo que empecé a hacerle todas las preguntas a las que había estado dando vueltas.

—¿Fuiste tú quien mató al hombre del callejón? ¿El que estaba siguiéndonos? —quise saber.

Katerina me miró unos segundos, pero luego apareció en su rostro una sonrisa lo bastante amplia para que le saliera el hoyuelo.

—Sí, por supuesto. En cuanto os levantasteis de la mesa, salí por una puerta diferente. Me camuflé a toda prisa con un disfraz. Siempre resulta útil tener a mano ropa oscura.

Debió de actuar con rapidez, pero supuse que era posible, sobre todo porque debía de conocer muy bien el edificio.

—Nos seguiste y disparaste a uno de tus propios hombres —dije.

—Vi que habíais decidido arrinconarlo y no podía arriesgarme a que cantara. —Su sonrisa se desvaneció, convertida en una mueca de satisfacción—. Conozco muy bien a Redvers. Sé que no habría dudado en hacer lo que fuera necesario.

No pude evitar preguntarme si lo que decía era cierto. ¿Haría Redvers lo que fuera necesario por conseguir información? ¿Incluso… torturar?

Se me revolvió el estómago al pensarlo. No quería creer eso de mi prometido, pero no era algo en lo que pudiera centrarme en ese

momento. Solo tendría ocasión de preocuparme por ello si salíamos vivos de ese sótano.

Katerina prosiguió, y esperé que no hubiera reparado en mi reacción.

—Ivan era uno de los miembros más débiles del equipo. No fue una gran pérdida. —Frunció el ceño—. Aunque me arrepiento de no haberos disparado a todos esa noche.

Un vistazo por encima del hombro me dijo que mi padre había dejado de trabajar otra vez y se había quedado quieto como una estatua. Por la expresión de su rostro supe que estaba preocupado por mí.

—Henry —dijo Katerina con tono de advertencia—, ¿acaso he dicho yo que pares?

Mi padre parpadeó varias veces, pero volvió a palear despacio. Los demás siguieron trabajando en silencio. Sus palas se movían algo más lentas tras esa nueva amenaza, pero no se detuvieron.

Me pregunté cuánto más podrían seguir esos pobres académicos con ese nivel de esfuerzo físico. Ninguno de ellos era jovencito.

—¿Y por qué no nos disparaste esa noche? —pregunté.

Era una de las cosas que no había logrado explicarme: por qué no nos habían eliminado a nosotros también.

—Esperaba poder avivar los rescoldos con tu apuesto prometido. Encontrarme de nuevo entre sus brazos habría sido un extra muy agradable en toda esta empresa. Decidí dejarlo vivo por si era posible.

Redvers me había dicho que nunca hubo nada entre Katerina y él, y en ese momento decidí creerlo. Además, aunque era evidente que algo había ocurrido entre ellos, también creía que aquello no era más que una treta de Katerina para intentar sulfurarme. Lo estaba disfrutando.

Ni me molesté en preguntarle por qué no me había disparado a mí. Por mucho que hiciese la pregunta, no me contestaría la verdad. Sin embargo, tal vez pudiera aclararme otras cosas.

—Cuando tengas el corazón, si es que lo encontramos, ¿qué harás con él? ¿Utilizarás sus poderes? —quise saber.

Katerina se burló.

—He oído hablar de esos poderes místicos, sí. Una patraña para idiotas. —Se movió un poco en su sitio—. No, lo que quiero es la caja de oro. Puedo venderla por bastante dinero. Tal vez no me permita regresar a Rusia, pero sí recuperaré parte de mi estilo de vida.

Debí de poner cara de desconcierto, porque Katerina se molestó y dejó caer los brazos a los costados con frustración.

—En Rusia pertenecía a la nobleza. Era una noble muy rica. Tenía todo lo que quería, en cuanto lo quería. Hasta que me vi obligada a irme y empezar de cero. A cantar en un club nocturno. —Esas últimas palabras las escupió.

Me puse tensa al presenciar su ira creciente. Había agitado el avispero sin saberlo.

—De modo que hice lo que tenía que hacer. —Katerina asintió—. Empecé a trabajar en Maxim's, me quedé con las caras de la gente importante. Pronto era yo la que cerraba tratos y daba órdenes. No me llevó mucho tiempo; la gente es muy idiota con cosas como las drogas y las mujeres.

Esa mujer había levantado todo un imperio criminal. Si no hubiera temido que pudiera matarnos, me habría impresionado.

—¿Y con eso no ganabas suficiente dinero?

Se echó a reír, esta vez algo menos furiosa, cosa que me permitió relajarme aunque fuera un poco. Sobre todo porque la mano con la que sostenía el arma también se aflojó algo.

—Ay… ¿Cuánto es suficiente, Jane? ¿Cuánto será suficiente para recuperar mi antigua vida?

Proferí un ruido sin saber muy bien a qué me refería con ello, pero había decidido que era mejor mostrarme simpática y evitar temas que encendieran más aún a mi imprevisible captora.

—¿Y el hombre al que Maral mató en el tren? —pregunté.

Katerina abrió la boca para contestar, pero no tuvo ocasión de hacerlo porque la tía Millie salió de detrás del barril más cercano y le propinó un palazo que le dio en toda la cabeza.

44

Al oír que Katerina caía al suelo, los guardas se volvieron hacia ella. En ese instante, Redvers salió de repente de detrás del último barril, se lanzó hacia las rodillas del que tenía más cerca y consiguió abatirlo. Millie corrió hacia delante y me agarró del brazo para intentar arrastrarme a un lugar seguro, detrás de una hilera de toneles de madera, aunque yo me zafé y agarré la pala que ella había soltado. Se oyó un disparo, seguido enseguida de otro, y me agaché mientras Millie, maldiciéndome con gran floritura, se ponía a cubierto también.

De algún lugar de mi derecha salió otro disparo que abrió un agujero en uno de los barriles de vino; las astillas volaron por los aires y el olor del vino inundó el espacio mientras el líquido manaba del depósito a la tierra del suelo. A mi derecha, Redvers estaba sentado sobre la espalda del hombre al que había reducido y apuntaba con la pistola al que quedaba en pie, que tenía las manos levantadas, aunque una de ellas aún empuñaba un arma. Mi padre y el profesor Blanchard seguían forcejeando con el tercer matón y luchaban por hacerse con su pistola. Yo estaba agazapada, pero entonces me arrastré hasta detrás del segundo hombre, donde me puse de pie y levanté la pala en actitud amenazadora.

—Suelta eso —dije.

Redvers le indicó con la pistola que me hiciera caso, y el hombre obedeció. Recogí el arma con la mano libre, aunque por un momento no supe muy bien qué hacer con la pala.

—¡Pásamela a mí! —exclamó mi tía.

Me volví y se la tiré con delicadeza.

—Me refería a la pistola, Jane —oí que mascullaba, pero agarró la pala y montó guardia con ella ante Katerina.

Enseguida dirigí de nuevo mi atención al último guarda, que por fin había quedado reducido por mi padre y el profesor Blanchard. Este tenía el arma del hombre, aunque no la empuñaba con mucha seguridad, ya que tanto mi padre como él se habían quedado sin aliento.

Respiré hondo y, sintiendo que por el momento las cosas estaban controladas, realicé un rápido inventario y me di cuenta de que Michael Dillman estaba en el suelo y no se movía en absoluto. Corrí hacia él y, con las prisas por llegar a la zanja, tropecé con un terrón excavado del suelo. Se habían oído tres disparos y era evidente que por lo menos uno había alcanzado a Dillman; no respiraba, y la mancha de sangre de su camisa le cubría todo el pecho.

—¿Cómo está? —preguntó mi padre.

Le puse los dedos en el cuello y acerqué la oreja a su nariz con la esperanza de percibir algún indicio de vida, pero no lo había. Por las heridas que podía ver, parecía que le habían disparado justo en el corazón y, al menos, en algún otro lugar. Miré a mi padre y, abatida, negué con la cabeza. Él se tragó un sollozo y cerró el puño con fuerza, como si quisiera darle un puñetazo al guarda.

—¡Padre, no! —exclamé casi gritando—. No —repetí, más calmada.

Teníamos la situación controlada y debíamos conseguir que siguiera así. De hecho, necesitábamos algo para maniatar a los hombres y a Katerina. Estaba a punto de proponer que Millie fuera a ver si encontraba un poco de cuerda, pero solo con mirar a mi tía supe que no pensaba abandonar su puesto como vigilante de la rusa. Solté un pequeño suspiro y me dirigí a la rampa. No había llegado muy lejos cuando Maral apareció en el descansillo, por encima de mí, cargada con varias cuerdas.

Me las pasó y le di una a Redvers, que ató al hombre sobre el que seguía sentado. Luego me encargué de vigilarle mientras mi compañero seguía maniatando al resto de la banda de Katerina. Le cedí a él esa labor, ya que su habilidad con la cuerda era superior a la mía.

Katerina Semenova seguía sin volver en sí, y vi que Maral no dejaba de mirarla.

—Siento no haber podido devolverte el favor —dije.

En realidad, debería haber dicho «no haberte devuelto el favor», puesto que sí habría podido, de haberme tomado la molestia de investigar cómo había desaparecido Maral.

Ella me miró un instante.

—Tranquila —dijo—, no me debes nada. Aunque creo que empezamos con mal pie y me gustaría cambiar eso. —Se giró hacia Katerina—. Pero tal vez más tarde.

Le ofrecí una sonrisa algo adusta, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Me gustaría mucho.

Todavía tenía sentimientos encontrados hacia ella, pero era evidente que mi padre le tenía aprecio, y eso quería decir que por lo menos debía intentarlo.

De hecho, me sorprendía un poco que mi padre no estuviera ocupándose ya de ella, puesto que ni media hora antes la habían apuntado con una pistola en la cabeza, pero tanto él como Kelley y Blanchard estaban arrodillados en el suelo, junto al cadáver de Dillman.

—No le quedaba familia —comentó Kelley.

—Creo que deberíamos repatriarlo a Estados Unidos —repuso mi padre.

Me sentía fatal por haber perdido a un hombre, pero también aliviada, porque no habían sido ni Redvers ni mi padre. Entonces me invadió la culpa por ese alivio; al fin y al cabo, alguien había perdido la vida.

Nada era sencillo, nunca.

Cuando ya teníamos a los cuatro hombres contenidos —no solo estaban atados, sino también en fila, fuera del edificio y con el profesor Blanchard vigilándolos—, Katerina recobró la conciencia. La dejamos atada y amordazada mientras decidíamos con quién ponernos en contacto para que se llevara a esa panda de criminales.

—¿A quién llamamos? ¿Le importará siquiera a la policía local? —le pregunté a Redvers.

Millie se acercó a nosotros.

—Pues debería, la verdad —opinó—. He enviado a ese tal Ekrem Bey a buscarlos después de hacer que me trajera aquí, de modo que supongo que llegarán dentro de nada.

Miré a mi tía con asombro, pero Redvers no parecía en absoluto sorprendido, sino divertido.

—¿Y cómo habéis venido? —pregunté.

Mi tía frunció los labios con desagrado.

—A caballo.

A Millie nunca le había gustado montar.

—¿Cómo sabías que había que alertar a la policía? Puede que aquí no ocurriera nada.

Mi tía, con la mirada fija en mí, negó con la cabeza y luego se atusó el pelo para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Lo estaba; nadie habría adivinado jamás que había presenciado un tiroteo y acababa de abatir a una mujer de un palazo.

—Esos dos hombres eran bastante corpulentos y hablaban muy poco inglés, pero cuando he llegado ya se estaban marchando. Uno ayudaba al otro, que parecía tener una herida en el cogote. —Millie nos miró a Redvers y a mí repetidas veces, pero a ninguno nos apetecía ofrecerle una explicación. Era tarde y estábamos cansados, así que mi tía resopló y continuó hablando—: El caso es que se han ido a toda prisa, así que he comprendido que algo iba mal. —Me lanzó una mirada oscura—. Menos mal que he decidido venir de todos modos.

Abrí la boca para protestar que no era yo quien había insistido en dejarla atrás, pero preferí no discutir. Solo esperaba que lord Hughes también recibiera su reprimenda, aunque lo dudaba. Él parecía mejor equipado para tratar con mi tía y hacerla cambiar de humor con sus encantos. Además, tenía que reconocer que Millie nos había sacado de un buen apuro. No era ninguna pánfila y sabía defenderse ella sola. Había blandido esa pala como si fuera una experta.

—Gracias, tía Millie. Me alegro de que vinieras al rescate —dije.

Ella se hinchó como un pavo y, en lugar de poner los ojos en blanco, me excusé y me acerqué adonde estaba Katerina, sentada contra la pared. No tenía ni idea de cuánto tardaría Ekrem Bey en conseguir movilizar a las autoridades locales, pero me pareció aconsejable hacer algunas preguntas antes de que llegaran.

Me agaché, le quité la mordaza de la boca y me aparté enseguida, pues parecía que la mujer se preparara para escupirme. Pensé que, si no lo hizo, fue porque tenía la boca seca a causa de la mordaza. Me incorporé y la miré un momento, intentando decidir qué era lo primero que quería preguntarle.

Sin embargo, antes de poder decir nada, Redvers se acercó y se colocó a mi lado. Se agachó y volvió a amordazarla, cosa que hizo que Katerina sacudiera la cabeza atrás y adelante con violencia mientras la melena oscura le cubría la cara y sus ojos hervían de rabia.

—No merece la pena hacerle ninguna pregunta. Nada de lo que diga será cierto, de todos modos.

Lo miré unos instantes, pensando en lo que me había contado ella sobre ese hombre y su disposición a hacer «lo que fuera necesario» para conseguir información. Después levanté una mano y le di un beso mientras Katerina, en el suelo, profería un gruñido de indignación.

—Tienes razón —dije—. Nada de lo que dice esta mujer es cierto.

45

Ekrem Bey llegó por fin con dos agentes de la localidad, pero no antes de que yo dudara si regresaría en algún momento. Ninguno de los policías iba de uniforme, pero él nos aseguró que entendían que nuestros prisioneros estaban detenidos.

—Parece que me he perdido toda la diversión —comentó.

Ni me molesté en responder.

Ekrem había llegado con los agentes en un vehículo muy pequeño, de modo que requisaron el carro y el burro con los que habíamos ido nosotros para llevarse a los cinco prisioneros de vuelta a Szigetvár. Allí tenían una única celda en la que encerrarían al grupo entero hasta que pudiera encontrarse otra solución. Me pregunté si los enviarían de vuelta a Estambul o si los procesarían en Hungría, y qué sería mejor. Después decidí dejar esa preocupación para otro día.

Nos quedamos todos de pie contemplando cómo hacían subir a los prisioneros al carro, y vi que Ekrem Bey se llevaba a mi padre aparte. Empezaron lo que parecía una discusión acalorada, y en cierto momento mi padre le puso una mano en el brazo, pero él se la quitó de encima enseguida. Estuve tentada de acercarme para mediar entre ambos, pero comprendí que, en última instancia, aquello era cosa de ellos dos. Habían asesinado a su hermano, y era debatible si mi padre tenía alguna responsabilidad moral en ello o no. Sin embargo, eso tendrían que arreglarlo solos.

Cuando se llevaron a los prisioneros en el carro, que chirrió al avanzar por la pista llena de baches, todos regresamos a nuestros respectivos alojamientos a caballo para aprovechar lo poco que quedaba de la noche.

Al menos, eso fue lo que hice yo.

A la mañana siguiente, no precisamente temprano, más bien casi por la tarde, desperté y me quedé tumbada en la cama un buen rato, intentando poner en orden mis ideas sobre lo que había ocurrido la noche anterior. Redvers no estaba por ningún lado, por supuesto, pero por una vez casi lo agradecí. Necesitaba unos minutos a solas.

Me pregunté si Maral le diría a mi padre que había apuñalado a un hombre en el tren para salvarme la vida. Había decidido que debía contárselo ella, puesto que, por muy displicente que se mostrara al respecto, era algo con lo que tendría que cargar en su conciencia. Le había quitado la vida a un hombre, y eso no era ninguna minucia.

Además, aunque Maral todavía me ponía nerviosa, la noche anterior había sido sincera al decir que intentaría empezar de cero con ella. Lo cierto era que me resultaba difícil desligar mis sentimientos hacia Maral del hecho de que mi padre pareciera haber decidido apartar los recuerdos de mi madre. Eso, sin duda, era un problema mío; mi madre había muerto hacía años y, aunque él hubiera encontrado a otra persona, eso no quería decir que la hubiera olvidado por completo. Mi padre merecía ser feliz y yo no debía interponerme en su camino.

Sin embargo, ¿no debería inquietarle la clase de persona que era Maral? Me había defendido, sí, pero su forma de reaccionar me parecía preocupante. Aun así, si sus reacciones no eran iguales a las que hubiera tenido yo, ¿la convertía eso en mala persona? ¿O solo era diferente? Estuve dándole vueltas un buen rato, pero no encontré la respuesta, así que asumí que tal vez nunca lo haría y que no pasaba nada.

Me centré entonces en lo que Katerina me había contado sobre Redvers, pero solo un momento. Ni siquiera merecía la pena mencionárselo a él, así que enseguida zanjé el asunto. Redvers tenía razón: no había nada de verdad en ello, esa mujer era una mentirosa consumada. Solo esperaba que sus habilidades no la libraran del castigo al que se enfrentaba.

También estaba el asunto del banco, que iba a quedarse con nuestra casa. Todavía lo sentía pendiendo sobre mi cabeza y solo teníamos unos días para solucionarlo. Mi padre y sus amigos ya

habían cavado mucho en el sótano de la bodega, ¿qué probabilidades había de que llegaran a encontrar algo? Y, si lo encontraban, ¿insistirían los demás en donar el corazón en lugar de aceptar el dinero que saldaría nuestra deuda? Hice una mueca al recordar que había mencionado el tema delante de lord Hughes la noche anterior. Esperaba que se lo guardara para sí y no se lo contara a Millie, no me apetecía oír los «te lo dije» que nos perseguirían hasta la tumba en ese caso.

Como no llegué a ninguna gran conclusión, decidí que sería mejor seguir reflexionando sobre todo eso después de un café, de manera que fui a buscar una taza y también a mi prometido.

Millie y lord Hughes, Ekrem Bey, Redvers y yo nos reunimos en nuestro hotel tras el aperitivo matutino —era tan tarde que no estaba segura de poder llamarlo «desayuno»—. Ekrem había hablado con el dueño del burro y del carro de la noche anterior y había acordado que nos los quedaríamos un día más. Imaginé que el hombre estaría encantado con el dinero que iba a parar a su bolsillo, aunque el burro parecía menos entusiasmado de tener que tirar de todos nosotros. Regresamos a la bodega casi en silencio, con Redvers conduciendo el carro y la tía Millie aposentada junto a él en el pescante. El resto íbamos dando botes en los bancos de madera de atrás, reprimiendo una mueca cada vez que pillábamos uno de los inevitables baches del camino de tierra. Llegamos a la bodega algo perjudicados tras los bandazos del trayecto y fuimos directos al sótano. Allí encontramos a mi padre y a sus compañeros ya trabajando, cavando en el mismo sitio que la noche anterior.

—¿Dónde está Maral? —pregunté mirando alrededor.

Esa noche se había quedado allí con mi padre, que se sonrojó un poco.

—Bajará algo más tarde.

Preferí no hacer más preguntas al respecto.

Como la temperatura del sótano era bastante fría, el cadáver de Michael Dillman se había quedado envuelto en una sábana,

depositado en una esquina del fondo hasta que pudieran trasladarlo de vuelta a Estados Unidos para enterrarlo.

—Pero él querría que siguiéramos cavando —insistió mi padre.

Kelley estuvo de acuerdo con ese sentimiento:

—Sí, sin duda habría querido que termináramos lo que hemos empezado.

Ambos miraron a Blanchard, que se encogió de hombros.

—Creo que deberíamos volver a mirar el mapa. No parece que vayamos a encontrar nada donde hemos estado cavando —opinó.

Mi padre puso cara de querer discutirlo, pero cambió de opinión. Ese día había llevado su cartera, así que la abrió y rebuscó en ella un momento antes de sacar de dentro un trozo de pergamino con aspecto de ser muy antiguo.

Los demás nos reunimos en torno a él, aunque éramos tantos que nadie consiguió verlo bien. Al mirar alrededor, mi padre soltó un gruñido de frustración, luego agarró una llana y se agachó.

—Apartaos —pidió.

Todos retrocedimos varios pasos, y entonces él replicó el mapa en la tierra del suelo, mascullando mientras trazaba las líneas. Lo hizo de memoria, sin mirar el original.

—Nosotros estamos aquí. —Dibujó una pequeña estrella en la tierra.

Millie, que había tomado el mapa, iba mirando el pergamino y los dibujos de mi padre.

—Henry. —En su voz se oía una reprimenda—. ¿Has trabajado todo el rato de memoria?

—No, hice una copia —repuso él—. Aunque puede que la dibujara de memoria también —reconoció un momento después.

—Lo tienes del revés. —Millie le entregó el pergamino y señaló el punto que su hermano acababa de indicar como nuestra posición en el mapa—. Tendríamos que estar en el otro lado.

Mi padre parecía dispuesto a rebatirlo, pero estudió el mapa unos segundos y luego arrastró los pies con docilidad.

—Supongo que me estoy haciendo viejo. Mi memoria ya no es lo que era…

Me sorprendió que sus amigos no protagonizaran un golpe de Estado ahí mismo: tanto trabajo para nada. Pero, una vez más, se limitaron a poner los ojos en blanco, agarraron las palas y se trasladaron al otro lado del sótano. Admiré la paciencia que tenían con mi padre, y esperé que alcanzara también para lo que ocurriría con el corazón si lograban encontrarlo.

Una vez empezaron a cavar en la zona correcta, no tardaron mucho en meterse con él. Si bien no estaban furiosos por haber perdido el tiempo y haberse esforzado en vano, sí le hicieron pasar un mal rato mientras excavaban el nuevo sector. Mi padre se lo tomó bien; comprendía que, evidentemente, se merecía las burlas. Por suerte, había muchas más manos disponibles para hacer el trabajo en sí, y todos —Millie incluida— contribuimos por turnos.

Yo no acababa de creer que fuéramos a encontrar nada, pero estaba dispuesta a concederles un último día para intentar terminar lo que habían empezado. Si no daban con el corazón, me vería obligada a aceptar la pérdida de nuestra casa de Boston, o bien a pedirles ayuda a Millie y a lord Hughes. No lograba decidir qué me parecía peor. Perder la casa supondría un golpe a mi sensación de seguridad, pero tener que pedirle el dinero a Millie y afrontar las repercusiones de eso no solo sería un golpe para mi orgullo, sino también para el de mi padre. Y nunca dejaríamos de oírselo.

No conseguía quitarme esas ideas de la cabeza mientras cavábamos con decisión. Mi padre aprovechó también para darnos una conferencia sobre Solimán el Magnífico y el asedio de un mes que tuvo lugar en Szigetvár antes de su muerte. Había oído esa historia muchas veces, de manera que desconecté y me dediqué a observar cómo cavaban. Cuando el profesor Kelley se topó con algo sólido por segunda vez esa mañana, ni se molestó en interrumpir a mi padre, sino que le dio un codazo al profesor Blanchard, que se volvió hacia él y lo ayudó a cavar alrededor de lo que fuera aquello. Yo miraba mientras los dos desenterraban un pequeño objeto rectangular, mucho más pequeño que los sillares que habían ido encontrando antes.

Blanchard y Kelley se mantuvieron bastante tranquilos, aunque desde el otro lado de la sala reparé en su emoción. Intenté hacer

callar a mi padre, pero no me hizo ningún caso.

—¡Henry! —gritó al final mi tía—. ¿Te quieres callar un momento?

Mi padre parecía bastante ofendido, pero entonces miró atrás y, con las prisas por reunirse con sus compañeros y el descubrimiento de estos, casi se cayó de bruces en la zanja recién cavada. Los tres se pelearon por limpiar la tierra del objeto. Contuve la respiración. ¿De verdad podía ser el corazón?

En efecto, lo era. Poco a poco apareció ante nuestros ojos una caja de oro con una hilera de piedras preciosas engarzadas. Estaba deslustrada a causa de los años y la tierra, pero supuse que cuando la limpiaran resultaría espectacular. Por no hablar de lo valiosa que era.

—¿De verdad creéis que está ahí dentro? —preguntó mi padre con un hilo de voz.

No me sorprendía que a él le interesara más el corazón momificado que la caja cuajada de joyas que lo contenía. Yo decidí que no necesitaba ver lo que había dentro, de modo que regresé arriba para disfrutar del sol y el aire fresco.

Más de una hora después, seguía envuelta en el abrigo para protegerme del frío, sentada en un banco de madera que había encontrado, dejando que el sol me calentara el rostro y sintiendo que casi todo se había resuelto.

Lamentaba que el profesor Dillman hubiera perdido la vida por la causa, y esperé que mi padre y sus amigos comprendieran que aquella aventura había sido una temeridad y no volvieran a intentar nada similar en el futuro. Aunque sí habían conseguido algo muy improbable y habían encontrado el corazón y, quizá lo más importante, la caja. Deseé que mi padre lograra convencer a los hombres de que debían aceptar el dinero a cambio de su descubrimiento, y que este fuera suficiente para solucionar nuestros problemas y también compensar justamente a los demás. Excepto a Ekrem Bey. Seguía pensando que a él no debíamos cederle ninguna parte.

Aún me costaba aceptar la idea de recibir dinero a cambio de un descubrimiento histórico, pero, al final, cuando la necesidad aprieta, el diablo manda, como decía el refrán. Mientras la caja y el corazón no se vendieran a un coleccionista privado, mientras algún museo estuviera dispuesto a ofrecer ese dinero, haría a un lado mis objeciones morales. Ya lo hablaría con mi padre cuando encontrara un momento para estar con él a solas, cosa que parecía difícil, porque Maral y él parecían siameses.

No sabía lo que les depararía el futuro a mi padre y a ella. No tenía ni idea de si su relación sobreviviría a la distancia, sobre todo ahora que parecía que mi padre tendría pocos motivos para regresar a Estambul. Imaginaba que sería complicado, pero durante el rato que estuve al sol también llegué a la conclusión de que eso no era cosa mía. Mi padre tomaría sus propias decisiones, igual que habría hecho yo.

Ekrem Bey había regresado a Estambul esa misma mañana, una decisión que, sinceramente, me había descolocado. Estaba convencida de que se quedaría con nosotros para ver si mi padre conseguía dar con el corazón; había exigido una parte de los beneficios, a fin de cuentas. Sin embargo, por la mañana lo había visto callado e introspectivo al despedirse de nosotros. Nos dio las gracias por haber intentado encontrar al asesino de su hermano, por mucho que fuera un objetivo más bien secundario en nuestro plan general. Mencionó que se aseguraría de que Katerina no escapara de la justicia y todo lo que se le venía encima, y me dio la sensación de que mantendría esa promesa, pese a que en otros asuntos no fuera muy de fiar. Ekrem no volvió a interesarse por el corazón, y me pregunté si habría decidido que ya tenía lo que buscaba en realidad: justicia para su hermano. No sabía de qué había hablado con mi padre ni a qué clase de acuerdo habían llegado —si es que habían llegado a alguno—, pero dejé que se marchara sin preguntárselo.

Todavía estaba dándole vueltas a los destinos de nuestros compañeros cuando todos se reunieron conmigo en el exterior. El profesor Blanchard sostenía la caja con cierta ternura mientras los demás cargaban con las palas y las herramientas que habían bajado al sótano. Me pregunté si habrían vuelto a tapar las zanjas o si los

propietarios permitirían más excavaciones. Esa bodega estaba construida sobre lo que antaño fue una pequeña ciudad; sin duda habría muchas más cosas que desenterrar allí, aunque ninguna tan valiosa ni tan famosa como el corazón del sultán. Sin embargo, era indiscutible que se descubrirían muchos otros objetos de interés.

—¿Quieres ver el corazón? —me preguntó mi padre.

Estaba segura de que creía que me hacía un favor, pero no pude reprimir una mueca.

—No, no tengo ningunas ganas de ver un corazón reseco.

—Más bien momificado, en realidad —me corrigió mi padre, como si con eso fuera a hacerme cambiar de opinión.

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros. Luego se sentó conmigo en el banco. Los profesores continuaron hacia la casa principal con la caja, charlando emocionados sobre cómo la limpiarían para desvelar toda su belleza. Millie los siguió ofreciendo consejos sobre la mejor manera de hacerlo; no pude evitar sonreír, divertida. Lord Hughes y Redvers caminaban en silencio tras ella, y me sorprendió encontrarme a solas con mi padre por primera vez.

—¿Has hablado con ellos sobre lo que haréis con el corazón? —pregunté.

—Sí, y hemos acordado que solo se lo venderemos a un museo.

Solté un suspiro de alivio, y él me sonrió.

—Sé lo que piensas al respecto. Te he enseñado bien. A mí tampoco me haría mucha gracia aceptar ese dinero de no ser porque estamos en un aprieto económico —confesó mi padre. Se miró las manos y se toqueteó una ampolla que le había salido de tanto cavar. Tras un momento de silencio, me miró—. Siento haberte preocupado tanto.

Asentí para aceptar sus disculpas.

—Ojalá hubieras confiado en mí y me hubieras dicho la verdad desde el principio.

Los labios de mi padre se torcieron en una sonrisa de medio lado.

—Ojalá pudieras confiar en que me ocupe de los asuntos económicos.

Los dos nos reímos, aunque me pregunté qué pasaría cuando Redvers y yo nos casáramos. ¿Quién se encargaría de los asuntos de

mi padre?

—¿Crees que conseguiremos el dinero a tiempo para pagar al banco? —pregunté.

Solo nos quedaban unos días. Estaba impaciente por regresar a Budapest, donde podríamos realizar una transferencia bancaria, suponiendo que lográramos tratar directamente con algún museo tan deprisa.

—No te preocupes. Hughes me ha dicho, en confianza, que él se encargará de la transferencia en cuanto regresemos a la civilización. Hay tiempo de sobra.

Volví a hacer una mueca, y mi padre me dio unas palmaditas en el brazo.

—Me ha dicho que puedo devolvérselo en cuanto tenga el dinero del museo —añadió—, y así lo haré.

Y, si mi padre no lo hacía, sin duda yo me encargaría de devolverlo.

—Pero Millie… —quise objetar.

—Hughes me ha dicho que Millie no tiene por qué saber nada de lo que él hace con su dinero. —En el rostro de mi padre apareció entonces una sonrisa de oreja a oreja—. Por lo visto, conoce bien a mi hermana.

Le correspondí esa sonrisa con una propia.

—Pues sí.

—Me alegra que haya encontrado a alguien que la entiende —comentó mi padre—. Hablando de eso, me he enterado de que vas a casarte otra vez.

—¿Cuándo ha conseguido Redvers sacar el tema? ¿Mientras todo el mundo nos estaba disparando?

Mi padre soltó una risa socarrona.

—En realidad, tu tía lo mencionó primero.

—Eso me cuadra más.

Mi padre se quedó callado un momento, luego me dio unas palmaditas en la mano.

—Me alegro por ti. Creo que Redvers es muy buena elección. Me ha pedido mi beneplácito esta mañana, y se lo he dado. No podía decirle que no… ¡Ese hombre nos ha salvado la vida!

Pensé que Millie discreparía de esa interpretación de los hechos, pero me mordí la lengua.

Mi padre se aclaró la garganta.

—Siento no haberme dado cuenta de que el último no era… una buena opción. Ni un buen hombre, para el caso.

Nunca habíamos hablado de forma abierta sobre mi primer matrimonio, aunque sí le había confesado que no me había ido bien en él. Sospechaba que mi padre había leído entre líneas pese a lo poco que le había contado, aunque dudaba que jamás llegara a relatarle lo terrible que había sido en realidad. Aquello era lo más cerca que estaríamos jamás de hablar a las claras, y mi instinto fue el de hacer un chiste: tal vez sobre que Redvers le caía bien porque había reducido a un hombre con una pistola y resultaba útil tener a mano a alguien así. Sin embargo, en lugar de eso, respiré hondo y contesté con sinceridad:

—Gracias.

Busqué algo más que añadir, pero me conformé con dejarlo ahí.

No obstante, mi padre, que tenía los mismos instintos que yo, aligeró la situación de manera considerable con su tono:

—Si tu tía tuviera voz y voto en el asunto, mañana mismo estarías camino del altar. O, Dios no lo quiera, celebrarías una boda doble con lord Hughes y con ella.

Le lancé una mirada de horror puro y mi padre estalló en carcajadas.

—¡Pues más vale que espabiles, cielo!

Quizá no le faltara razón.

Nota de la autora

El lenguaje es peliagudo, y ha sido difícil decidir cómo llamar exactamente a Estambul, puesto que su nombre cambió de forma oficial de Constantinopla a Estambul en 1930, pero a la ciudad se la llamó Estambul —en inglés, *Istanbul*, y a veces *Stamboul*— de manera habitual durante muchos años antes de eso. Hemingway escribió sobre ella como «Stamboul» a principios de la década de 1920 y, por lo que he podido comprobar, muchos lugareños la llamaban *Istanbul*, forma que se parecía más a su nombre turco. De modo que, para la novela, me he decidido por Estambul.

Me ha resultado difícil determinar exactamente cuánto tiempo se habría tardado en viajar de Boston a Estambul en los años veinte y cuál habría sido la mejor ruta, de manera que he hecho un cálculo aproximado de unos diez días viajando en barco y en tren, y luego algo más en barco.

En cuanto al Orient Express, es muy probable que hubiera que hacer transbordo para llegar a Budapest, pero he convertido el trayecto en una ruta directa en aras de la simplicidad. También era un tramo bastante rápido, así que he añadido algo de tiempo para darle más juego a la trama, en lugar de hacerlos llegar tan deprisa como hubiera ocurrido en realidad. El primer viaje de Agatha Christie en ese tren tuvo lugar en 1928, dos años después de los hechos que se describen en esta novela, pero quería hacerle un guiño, así que también he unido esas fechas.

Cuando fui a Estambul a realizar trabajo de campo, la Cisterna Basílica estaba cerrada a causa de obras de restauración, así que me disculpo si en ese punto aparece algo que no se corresponde con la realidad.

Los nombres de los comerciantes de alfombras son reales, trabajan en una tienda cerca de la Cisterna Basílica. No solo me

vendieron una alfombra preciosa, sino que me ofrecieron un espacio para escribir durante varias horas y me sirvieron muchísimo café turco. Les doy las gracias por su hospitalidad, y tienen toda mi admiración por su habilidad como vendedores.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a John Scognamiglio, mi extraordinario editor, así como a Larissa Ackerman y Jesse Cruz, mis excepcionales publicistas. Gracias a Robin Cook, Lauren Jernigan y Sarah Gibb. También al resto del equipo editorial, que trabajan tantísimo para que los libros lleguen a vuestras manos.

Mi reconocimiento y todo mi cariño a Ann Collette, mi increíble agente, que siempre hace que me sienta agradecida no solo de conocerla, sino de poder trabajar con ella. Llenas mi vida de alegría.

Mucho amor y mucha gratitud para Zoe Quinton King, queridísima amiga, editora y compinche. Tengo mucha suerte de contar contigo en mi equipo, tanto en mi vida como en mi carrera. Doy las gracias por ti todos los malditos días.

Muchísimo cariño y muchas gracias a Jessie Lourey, Lori Rader-Day, Susie Calkins y Shannon Baker. La pandilla de amigas hasta la muerte del Medio Oeste.

Siento una gratitud inconmensurable por la amistad, el amor y el apoyo de Tasha Alexander, Gretchen Beetner, Lou Berney, Mike Blanchard, Keith Brubacher, Kate Conrad, Hilary Davidson, Dan Distler, Steph Gayle, Daniel Goldin, Juliet Grames, Andrew Grant, Glen Erik Hamilton, Carrie Hennessy, Tim Hennessy, Chris Holm, Katrina Holm, Megan Kantara, Steph Kilen, Elizabeth Little, Jenny Lohr, Erin MacMillan, Joel MacMillan, Dan Malmon, Kate Malmon, Mike McCrary, Catriona McPherson, Katie Meyer, Trevor Meyer, Lauren O'Brien, Roxanne Patruznick, Margret Petrie, Nick Petrie, Bryan Pryor, Andy Rash, Jane Rheineck, Kyle Jo Schmidt, Johnny Shaw, Jay Shepherd, Becky Tesch, Tess Tyrrell, Bryan Van Meter y Tim Ward.

Gracias también a los increíbles libreros y bibliotecarios que han apoyado este libro, y sobre todo a las personas que en esta ocasión

me han invitado a realizar una gira presencial. Un saludo especial a Jane, Joanne y Charlotte, de Mystery to Me; a Daniel, Chris y Rachel, de Boswell Books; y a Barbara, de Poisoned Pen.

Mi gratitud y todo mi amor a mi maravillosa familia, Rachel y AJ Neubauer, Dorothy Neubauer, Sandra Olsen, Susan Catral, Sara Kierzek, Jeff y Annie Kierzek, Justin y Christine Kierzek, Josh Kierzek, Ignacio Catral, Sam y Ariana Catral, Mandi Neumann, Andie, Alex y Angel Neumann. Un agradecimiento especial y mucho amor a mi querido amigo Gunther Neumann, que es verdaderamente una roca.

Muchísimo amor, gratitud y reconocimiento a Mike B. por ser la persona increíble que es. Hasta la médula, cariño.

Y todo mi amor y mi agradecimiento a Beth McIntyre, la Laverne de mi Shirley, la Thelma de mi Louise… Aunque mejor no nos lancemos por un precipicio. Por mucho que adoremos conducir. ¡Piii, piii!

Disfruta de unas navidades acompañada por Jane Wunderly, una protagonista encantadora con un talento especial para meterse en líos.

MUERTE BAJO EL MUÉRDAGO



Próxima publicación en noviembre de 2026

Jane Wunderly celebra la Navidad con Redvers en su casa familiar para conocer a su padre. La mansión, situada en la pintoresca localidad inglesa de Barnard Castle, se convierte en el lugar perfecto para un asesinato inesperado que revelará secre-

1

Cuanto más se acercaba el tren a la pequeña localidad inglesa de Barnard Castle, más callado estaba Redvers. Su mutismo chocaba bastante con la atmósfera festiva de la que disfrutaban los demás pasajeros, muchos de los cuales iban cargados con paquetes envueltos que llevaban a casa como regalos de Navidad.

—¿Irán a recogernos a la estación? —le pregunté a mi prometido.

—A saber… Espero que alguien se acuerde de que llegamos.

El rostro de Redvers desvelaba poco, pero todo él irradiaba una gran tensión. Regresar al hogar de sus antepasados durante las fiestas navideñas había sido decisión suya, aunque no le hacía mucha gracia. La invitación nos la había enviado su padre —su madre había muerto hacía años—, y la reacción instintiva de Redvers había sido rechazarla. Sin embargo, tras considerarlo un poco, cambió de opinión y aceptó en nombre de los dos con la misteriosa excusa de que tenía que hablar con su padre en persona.

Yo albergaba sospechas sobre el porqué de aquello, pero por una vez no había metido las narices en el asunto; ya me lo diría cuando estuviera preparado. Además, sinceramente, estaba encantada de ver el lugar en el que había crecido Redvers. Eso por no mencionar que también sentía algo más que curiosidad por conocer a su padre. El trato entre ambos parecía cordial, aunque no estaban muy unidos, y tenía muchas ganas de ver cómo se relacionaban en la vida real. Esperaba, con ello, llegar a conocer algo mejor al hombre con quien había accedido a casarme.

Todavía no acababa de creerme que hubiera aceptado, pero así era, aunque de momento no teníamos más que un acuerdo verbal. No habíamos hecho planes ni intercambiado ningún anillo.

Pese al silencio de Redvers, yo estaba disfrutando de la preciosa campiña inglesa desde la ventanilla de nuestro compartimento. En

las ondulantes colinas ya se veía una nevada ligera, cosa que me sorprendió pese a encontrarnos bastante al norte, cerca de los Peninos Septentrionales, una sierra maravillosa que solía recibir más nieve que el resto del país. O eso me habían dicho, así que esperaba disfrutar de una blanca Navidad.

El apeadero de Barnard Castle consistía en poco más que un pequeño cobertizo situado entre dos vías; no había ni edificio ni jefe de estación a la vista. Redvers y yo bajamos del tren y, al mirar hacia el resto de los vagones, solo vi a otros dos pasajeros que hacían lo mismo. Ya en el andén, tomamos el equipaje y agradecí que en esta ocasión viajáramos ligeros, con una única maleta cada uno. Redvers me había asegurado que no necesitaría vestuario formal. No se esperaba que nos arregláramos para las cenas, de modo que me había contenido bastante con la selección de prendas.

Al final del andén había un hombre con un abrigo de lana largo y las manos entrelazadas ante sí. Era alto, serio, y, pese a que debía de haber cumplido ya los cuarenta y muchos, en su rostro apenas se veía una arruga, lo cual hizo que me preguntara si sonreiría alguna vez. Podríamos haber pasado de largo junto a él si no hubiera alzado la voz cuando nos tuvo cerca.

—¿El señor Dibble?

Redvers se detuvo ante él.

—Así es.

Su forma de llamarlo me descolocó. Estaba muy acostumbrada a la manía de Redvers de usar solo su nombre de pila, y era poco habitual oír a alguien dirigiéndose a él por su apellido.

—Soy el chófer de su padre —informó el hombre sin moverse apenas—. Carlisle.

—Debe de ser usted nuevo —repuso Redvers.

Carlisle le ofreció una breve cabezada antes de volverse hacia mí con la luz de la tarde iluminando su cabello dorado.

—¿Me permite la maleta, señora?

—Desde luego, muchas gracias —dije, con lo que también yo me gané un breve gesto de la cabeza por su parte.

Carlisle nos guio hasta un sedán negro en cuyo maletero metió mi equipaje antes de volverse y coger también el de Redvers para

colocarlo junto al mío. Mi prometido rodeó el coche y fue a la otra puerta mientras Carlisle abría la mía y esperaba a que me acomodase en el asiento de atrás para cerrarla.

Cuando el chófer se incorporó a la carretera, Redvers rompió el silencio.

—¿Está mi padre en casa, Carlisle?

—En efecto, señor.

Redvers asintió, y pareció que eso era todo lo que iban a decirse, pues los dos guardaron un silencio algo incómodo. Tanta tensión me extrañó: ¿íbamos a relacionarnos así con el servicio de la casa de los Dibble? Carlisle era nuevo, cierto, aunque tampoco daba la sensación de ser precisamente parlanchín ni afectuoso. ¿Se debería el silencio de Redvers solo a que no estaba familiarizado con ese miembro del personal en particular?

Barnard Castle era una pequeña localidad encantadora que, por lo visto, ostentaba la categoría de «población con mercado» y debía su nombre al castillo que una vez se levantara allí, aunque de él apenas quedaban unas ruinas. Las tiendas de la calle mayor estaban alegremente decoradas para la Navidad: en ellas abundaban ramas con follaje, guirnaldas y cintas. Los escaparates exhibían sus artículos, y no pude evitar sonreír pensando que buscaría una oportunidad para salir de compras durante nuestra estancia. Todavía tenía que encontrar un regalo para Redvers, pero estaba convencida de que identificaría el obsequio perfecto en cuanto lo viera. O tal vez confiaba en que fuera eso lo que pasara; era nuestra primera Navidad juntos y sentía la presión de que todo saliera bien, aunque estaba convencida de que a Redvers no le importaba demasiado. Por lo que a él respectaba, en cuanto a regalos, lo que contaba era la intención.

Cruzamos el pueblo y enfilamos una estrecha carretera rural. Estaba a punto de comentar lo bonito que era el paisaje cuando torcimos hacia la derecha en un cruce y nos metimos por lo que a primera vista no parecía más que un seto vivo, pero que resultó ser un camino que llevaba a alguna parte. Dos surcos profundos y bien marcados se hundían en la tierra mientras avanzábamos dando bandazos.

Redvers me miró.

—Ya falta poco.

Le sonreí, aunque él ya estaba mirando hacia delante por el parabrisas con algo que se asemejaba un poco al pavor. Me pregunté, y no por primera vez, si no debería prepararme para una visita desagradable.

Con todo, mis reflexiones se vieron interrumpidas cuando los árboles se abrieron y ante nosotros apareció la casa solariega. Era una mansión de piedra encantadora. No podía competir en tamaño ni esplendor con Wedgefield Manor, la propiedad que pertenecía al prometido de mi tía Millie, pero aun así era un hogar grande y elegante. Miré a Redvers, cuyo gesto seguía siendo el mismo: completamente neutro e impasible. Eso no era nada nuevo, se le daba de maravilla controlar la expresión de su rostro, de modo que solo pude intuir su desazón porque lo conocía muy bien.

Carlisle detuvo el coche y yo abrí mi puerta antes de darle al pobre hombre la ocasión de hacerlo. Él no se inmutó, pero vi que se le tensaban los hombros. Tendría que recordar ser un poco menos estadounidense mientras estuviera allí. El hogar de los Dibble parecía ser más formal que la última mansión en la que había estado.

—Perdóneme, Carlisle —dije.

El hombre inclinó de nuevo la cabeza, solo un poco. Me pregunté si alguna vez perdía los estribos, y qué haría falta para que ocurriera.

Cerró la puerta del coche tras de mí.

—Subiré el equipaje a sus habitaciones —informó.

Le dimos las gracias y luego seguí a Redvers hasta la puerta de entrada, que nos abrió un hombre de cierta edad con el pelo entrecano y un traje oscuro impecable y bien cuidado. Eché un vistazo por el vestíbulo: los preciosos suelos de parqué y una armadura que montaba guardia nos dieron la bienvenida, aunque la decoración, por lo demás, era escasa.

—Youngblood —dijo Redvers, saludando al mayordomo—. Confío en que esté usted bien.

—Así es, gracias, señor Dibble. —Youngblood ya estaba ayudándome con el abrigo. Luego alargó una mano y cogió también el de Redvers, de lana gris—. Su padre está en la biblioteca.

—Gracias.

Me animé al oír eso de la biblioteca. Al menos podría encontrar material de lectura nuevo; no me había llevado ningún libro porque el espacio de mi maleta estaba muy cotizado. Redvers respiró hondo y miró alrededor antes de volverse hacia mí.

—Todo está igual —declaró, y me ofreció una sonrisa nada convincente.

Continúa en tu librería
a partir de noviembre de 2026

Las mejores lecturas *cozy crime*

con Jane Wunderly en ambientaciones

fascinantes y con personajes

enigmáticos



Egipto, 1926. Jane Wunderly se aloja en el lujoso hotel Mena House. Pronto sucumbe a los encantos de uno de los huéspedes, el misterioso banquero Redvers, y la atractiva joven Anna Stainton enseguida la ve como una rival. Por eso, cuando

al día siguiente Jane encuentra el cadáver de Anna en su habitación, se convierte en la principal sospechosa de su muerte.



Océano Atlántico, 1926. A bordo del lujoso transatlántico Olympic, Jane Wunderly se embarca en una travesía hacia Nueva York. La joven se une a los servicios secretos británicos para desenmascarar a un espía alemán que se oculta entre los pasajeros. Pero cuando la rica heredera Vanessa FitzSimmons denuncia la desaparición de su esposo la situación se complica, y Jane está convencida de que hay algo más siniestro en juego.

Título original: *Intrigue in Istanbul*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136191
Conversión a formato digital: www.acatia.es

